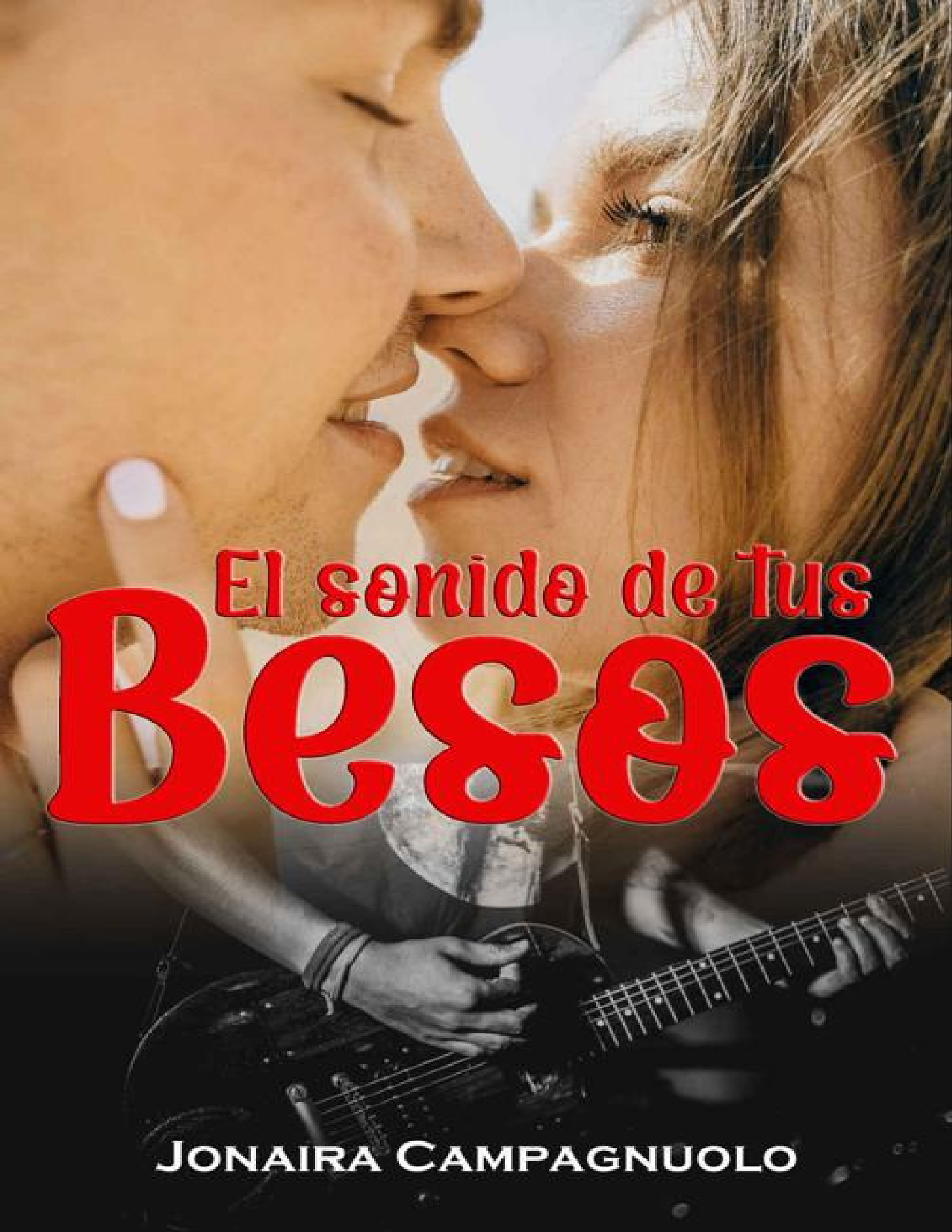

El sonido de tus
Besos
Jonaira Campagnuolo

EL SONIDO DE TUS BESOS

Jonaira Campagnuolo

EL SONIDO DE TUS BESOS
Copyright © 2023 Jonaira Campagnuolo
Primera Edición Agosto de 2023
SC: **2306114563300**

© Diseño de portada e interior: **Jonaira Campagnuolo**
© Imagen de portada: Nataliya Vaitkevich y Edward Eyer – www.pexels.com

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la trasmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1. Madison.
Capítulo 2. Liam.
Capítulo 3. Madison.
Capítulo 4. Liam.
Capítulo 5. Madison.
Capítulo 6. Liam.
Capítulo 7. Madison.
Capítulo 8. Liam.
Capítulo 9. Madison.
Capítulo 10. Liam.
Capítulo 11. Madison.
Capítulo 12. Liam.
Capítulo 13. Madison.
Capítulo 14. Liam.
Capítulo 15. Madison.
Capítulo 16. Liam.
Capítulo 17. Madison.
Capítulo 18. Liam.
Capítulo 19. Madison.
Capítulo 20. Liam.
Capítulo 21. Madison.
Capítulo 22. Liam.
Capítulo 23. Madison.
Capítulo 24. Liam.
Capítulo 25. Madison.
Capítulo 26. Liam.
Capítulo 27. Madison.
Capítulo 28. Liam.
Capítulo 29. Madison.
Capítulo 30. Liam.
Capítulo 31. Madison.
Capítulo 32. Liam.
Capítulo 33. Madison.
Capítulo 34. Liam.
Capítulo 35. Madison.
Capítulo 36. Liam.
Capítulo 37. Madison.
Capítulo 38. Liam.
Capítulo 39. Madison.

Capítulo 40. Liam.
Epílogo.
¿Te gustó?
SOBRE LA AUTORA

Capítulo 1. Madison.

El día había llegado. Estaba dispuesta a tomar el riesgo que fuese necesario para lograr que Liam Davis, mi músico favorito en el mundo, supiera de mi existencia.

Un año atrás, cuando lo vi por primera vez sobre el escenario del bar Perla Negra desgarrando temas en su guitarra, quedé flechada. El sonido melancólico y a la vez agresivo que imprimía a sus canciones me rompía en pedazos.

Era como si expulsara de su alma los sentimientos de dolor y rabia que lo embargaban, liberándose de ellos, y liberándome a mí. Su música destilaba las frustraciones que me oprimían y me dejaba tan ligera como una pluma.

Relataban experiencias similares a las que yo había vivido, como el acoso y las burlas en la escuela por mi baja estatura, o la tristeza, la ira y la confusión que me produjo el rechazo y el abandono de mi padre. Era como si él se hubiese metido dentro de mi cabeza y, con toda la basura allí encontrada, escribiera las más conmovedoras canciones.

Me entendía, sin conocerme, dándole alivio a mi alma. Por eso lo amaba y debía lograr que supiera de mí esta misma noche, antes de que la fama, que estaba a punto de tocar a su puerta, lo alejara hasta volverlo inalcanzable.

—No sé, Madison. Sé que es viernes y no te niego que disfrutar de los pectorales definidos y del estómago con forma de tableta de chocolate de Oliver Jones sea gratificante, pero creo que deberíamos quedarnos a estudiar más sobre ética periodística. Es poco lo que hemos repasado de esa materia y la profesora nos advirtió que el examen del lunes estará difícil.

La queja de mi amigo Rogers me hizo resoplar por el hastío. No había parado de lamentarse mientras yo me preparaba para el concierto de mi vida, escuchando uno de los temas de los Squids, la banda de rock alternativo de Liam, en la habitación estudiantil que ocupaba en las afueras de la Universidad de Rhode Island.

—Todos los profesores dicen eso para obligarnos a estudiar como posesos.

—¡Todas las materias de este semestre están como poseídas!

Sus exclamaciones dramáticas me incomodaron. Dejé de verme en el espejo que se hallaba sobre mi cómoda mientras me maquillaba, para girarme y mirarlo con odio. Él me ignoró por juguetear con la foca de peluche que yo abrazaba cuando dormía.

—¿De qué te quejas, Rogers? Eres el estudiante con el mayor índice académico del curso —rebatí aireada.

Y era cierto. Mi amigo era una lumbrera, no había materia en la que no se destacara. En los dos años que llevaba estudiando con él la carrera de periodismo siempre lo veía sacar notas altas.

—Lo soy porque repaso más de una vez los contenidos para un examen. No me confío al creer que me las sé todas más una.

Me torció los ojos con altanería, eso hizo hervir mi sangre.

—Ya, polluelos, dejen la discusión —intervino Cleo al salir del baño. Era una chica robusta y de actitud varonil con la que compartía habitación y se había convertido en mi mejor amiga. Los tres estudiábamos la misma carrera y cursábamos el mismo semestre—. Rogers, no hemos repasado una sola vez los temas de ética, llevamos una semana leyendo las guías que nos facilitó la profesora y hablamos de su contenido en cada almuerzo y cada noche por videollamada antes de irnos a la cama. Estamos preparados para lo que sea. Además, aún tenemos el fin de semana para seguir estudiando, ¡nos merecemos un descanso! —reclamó hacia el chico. Él volvió a torcer los ojos mostrándose altivo—. Y tú, Maddi, hazme el favor de calmarte —me regañó—, pareces un ampere.

Sonreí divertida mientras ella miraba con preocupación su parte de la habitación, sin saber por dónde comenzar a ordenarla.

—Pasas tanto tiempo con tu novia, la estudiante de electrónica, que ya hablas como ella.

Cleo me observó con los ojos entrecerrados.

—Rosita, cariño. No olvides su nombre —advirtió y me señaló con un dedo, pero enseguida perdió su actitud desafiante. Parecía bipolar—. Tienes que calmarte, estás hermosa y radiante, eres una diosa. Liam Davis va a verte a kilómetros de distancia.

—Ni la cabeza se le verá entre el público que asistirá al concierto —masculló Rogers en voz baja, aunque pude oírlo bien.

—¡No te burles de mi tamaño! —grité.

Odiaba que hicieran alguna referencia sobre mi corta estatura. Apenas medía 1,52 centímetros, por eso siempre era la más pequeña de cualquier grupo en el que estuviera, siendo el blanco perfecto para las burlas.

De niña me acosaron en la escuela por ese motivo. Se reían y me tildaban de «enana» hasta hacerme llorar. Llegue a sentir asco de mí misma por culpa de mi tamaño, teniendo que asistir a

costosos psicólogos.

Para no causarle tantos gastos a mi madre, que muchos sacrificios había tenido que soportar al criarme como madre soltera rechazada por su familia, me volví una fiera. Logré que dejaran de humillarme asumiendo maneras violentas.

De mi padre ausente heredé una fuerza superior a mi tamaño y contextura, me aproveché de ese rasgo para defenderme del acoso y darme a respetar. Nadie se metía conmigo porque terminaban con una pierna hinchada, con el estómago adolorido o con los pies aplastados por mis botas. Dejaron de decirme «enana» para no sufrir mis ataques, así había logrado superar toda la preparatoria.

No permitiría que en la universidad eso continuara, aunque sabía que Rogers no lo decía con mala intención, solo para fastidiarme.

Él era un sujeto altísimo, delgado y de piel tan negra como el carbón, además de ser gay. Nadie como él me entendía. El acoso que había vivido en su infancia duplicaba el mío, pero ahora aceptaba por completo su realidad, sin ocultarla a nadie y sin sentir vergüenza. Le daba igual si alguien se ofendía con su presencia o no, e ignoraba la mayoría de las chanzas en su contra. A algunas las respondía con duros sarcasmos.

Mientras yo endurecí mis puños para defenderme, él lo hizo con su actitud.

—Tranquila, Maddi. Nos ubicaremos en un sitio alto y despejado para que Liam te vea —aportó Cleo para evitar que me sintiera mal por la referencia a mi estatura y recogiendo su ropa regada por el suelo.

—Sí, colgados de las lámparas del bar —insistió Rogers.

Rugí de rabia. Sabía que sus provocaciones no se debían a una burla por mi tamaño, sino a su frustración de no quedarnos en la habitación con la cara hundida en los libros. Él no podía vivir sin estar estudiando.

—Sigues burlándote de mí y te daré una patada en una pierna.

—¡No, bruja! La última que me diste me dolió por días.

Se acarició la pierna derecha manteniendo una mueca de sufrimiento en el rostro. Recordaba el castigo que le había propinado por comerse una de las cuatro galletas de mantequilla que me habían dado de postre en el comedor de la universidad, sin pedirme permiso. Odiaba que tocaran mi comida.

—Te desmayarás por el dolor con la próxima si me sigues provocando.

Mi advertencia lo hizo reír. Él miserable disfrutaba al molestarme.

—Ey, calma, polluela —pidió Cleo buscando sosegar de nuevo las aguas y ya resignada a no lograr poner en orden su lado de la habitación antes de que nos fuéramos al bar. Era mucho lo que tenía que acomodar—. Dejemos las agresiones para los borrachos patosos con los que siempre nos topamos en el Perla Negra. Paz y amor entre nosotros —exigió, y se acercó a mí—. Escucha, ya te lo dije, estás hermosa. Si Liam es inteligente alzará su pesada cabeza y notará tu brillo.

—Si es que la cortina de cabellos que le cubre la cara lo deja ver algo.

—¡¿Qué dijiste?! —pregunté con advertencia hacia Rogers.

—¡Nada! —respondió él con fingida inocencia.

Ahora fui yo la que puso los ojos en blanco e intenté retomar mi tarea de maquillarme.

—Es mi última oportunidad —dije cansada de la discusión. Los obligaba a acompañarme porque ellos se habían convertido en mis más grandes soportes.

Había quedado sola en el mundo. Mi madre había muerto un año y medio atrás, mi padre no quería saber nada de mí y el resto de mi familia me ignoraba para no verse en la obligación de socorrerme ahora que era casi una huérfana, solo mis amigos se mantenían a mi lado. No podía llevar a cabo la locura que deseaba hacer si ellos no me acompañaban.

Aunque ansiaba con todas mis ganas una mirada de Liam Davis, quemarme con el fuego que emitían sus ojos, tenía miedo. Temía no lograr hacerme visible para él, o peor aún, que me viera y sintiera aversión por mi tamaño. Eso jamás lo superaría.

—Los Squids consiguieron manager —expliqué evitando que me embargara la tristeza—, en menos de una semana firmarán un contrato discográfico y dejarán de tocar en bares de mala muerte como el Perla Negra. Nunca más tendré a Liam tan cerca de mí. Es hoy o nunca.

El Perla Negra era el bar más cercano a la universidad, parada habitual de los estudiantes cuando querían despejarse de los estudios y tomar una cerveza. Allí vi por primera vez a los Squids y quedé fascinada con su música. Por un año los seguí por todos los clubes de Kingston donde se presentaban, conociendo más de ellos, de la historia de su formación, de sus integrantes y de sus canciones. Así me enamoré de Liam.

Él tan solo era el guitarrista, siempre estaba a un lado, apartado y semioculto tras la cortina que creaban sus cabellos, que eran cortos en la parte de atrás y muy largos adelante. Tocaba concentrado en la guitarra, poco veía al público, y cuando lo hacía era de forma tímida, como si

le temiera. Amaba ese aire misterioso y perturbado que poseía, despertaba mi curiosidad y hacía palpitar mi corazón con fuerza.

Quien protagonizaba los conciertos era Oliver Jones, la voz líder de la banda, un rubio de cuerpo exquisito, voz enérgica y rasgada y carisma inagotable. Oliver era quien se robaba todas las miradas y los suspiros, tanto de mujeres como de hombres, sobre todo, porque siempre se presentaba sin camisa, mostrando sin pudor su torso esculpido por ángeles —o por demonios de la lujuria—. Pero Liam me los robaba a mí, hasta el punto de convertirse en mi obsesión. Para mí, él era la estrella más brillante del escenario.

—El mundo musical no es tan sencillo, cariño. Lee las biografías de los músicos más famosos y te darás cuenta que pasan años y sufren muchísimo antes de que puedan lograr un contrato discográfico —porfió Rogers.

—Los Squids llevan mucho tiempo trabajando para ser reconocidos —insistí con pedantería—, tienen todo: un grupo de músicos unido y muy talentoso, un cantante con una fuerza vocal única y al mejor guitarrista del mundo, que además, compone las canciones más apasionadas y enérgicas jamás escuchadas.

—¿Sabes que el fanatismo es una enfermedad? —soltó Rogers para fastidiarme.

—¡Cállate! —impugné viéndolo con ojos encendidos.

—¡Dejen la pelea, he dicho! —ordenó Cleo al llegar a su límite—. Bien, Madison. ¿Tú quieres que sea hoy el día en que Liam se fije en ti? Pues, así será. La paz mental de este grupo de amigos lo necesita —dijo señalándonos a los tres—. No podremos dedicarnos a otra cosa hasta que tú no cumplas con ese sueño. Así que, Liam Davis hoy te dedicará esa mirada que tanto anhelas, lo prometo.

—Y una sonrisa. También quiero una sonrisa —agregué ilusionada, y me miré en el espejo notando como la determinación brillaba en mi piel y en mis pupilas—. Tiene que verme. Tiene que saber que existo antes de que su fama suba como la espuma, que soy su más grande admiradora y que sus canciones han sido mi vitamina todo este tiempo.

Dirigí mi atención hacia un afiche de la banda que tenía pegado en la pared frente a mi cama y había robado en uno de los tantos conciertos que realizaron en el Perla Negra, mientras Rogers y Cleo me tapaban con sus cuerpos enormes.

En esa imagen Liam se hallaba tras Oliver, en segundo plano, a pesar de ser quien más aportaba a la agrupación: era el compositor y productor de las canciones que les daba fama, dirigía a la banda y hacía sonar unos poderosos riffs de guitarra que a todos nos dejaban con la

piel erizada. Sin embargo, Oliver era el foco de atención. Su gran atractivo y talento vocal opacaban a cualquiera.

Liam se mantenía atrás, cabizbajo y escondido bajo el manto de sus cabellos, con una expresión serena en el rostro y una mirada sufrida. Aunque muchas veces deseaba que superara sus inseguridades y ocupara el puesto que le correspondía, lo prefería así, sin que resaltara demasiado. De esa forma estaba lejos del interés de las mosconas que siempre los rondaba.

No pude evitar que mis ojos se empañaran con lágrimas al mirar su imagen y mientras cantaba la estrofa que en ese momento sonaba por mi móvil de uno de sus temas más conmovedores. Era una tonta fans enamorada, pero Liam merecía mi estúpido estado de ánimo.

Yo no había tenido una vida fácil desde mi niñez. Sufrí por la falta de interés de mi padre, por las burlas de mis amigos a causa de mi tamaño, por las angustias que le causaba a mi madre y por su repentina muerte cuando apenas iniciaba mi carrera universitaria. Me sentía vacía y maltrecha, y los temas y la música de Liam enderezaban mi espalda para hacerme caminar erguida a pesar de los golpes.

Por eso necesitaba con urgencia que se fijara en mí, quería decirle «gracias por regalarme toda esa fuerza» antes de que me resultara imposible.

Dejé el maquillaje que utilizaba sobre la cómoda y me aproximé al afiche para besar el rostro de Liam, estaba emocionada. Por el rabillo del ojo vi como Rogers me miraba con repugnancia y decidí provocar su paciencia. Saqué la lengua para pasarla sobre la cara de Liam gimiendo de placer.

—¡Deja de lamer el afiche, asquerosa! —rugió y me lanzó la foca de peluche.

Cleo y yo estallamos en risas.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 2. Liam.

Respiré hondo y me apreté el puente de la nariz, así podía controlar la frustración. Oliver y Jonathan discutían a los gritos, de nuevo. A pesar de encontrarse en la habitación contigua los escuchaba como si estuvieran a mi lado.

—Jamás se pondrán de acuerdo en nada —dijo William, sentado frente a mí. Hacía sonar el bajo eléctrico. Repetía las melodías de los temas que tocaríamos esa noche.

—Deberían relajarse —aportó Theo antes de esnifarse una línea de cocaína.

Esa era su píldora de escape. La única forma que tenía para olvidar las miserias de su existencia y así poder darlo todo en el escenario mientras hacía rugir la batería.

Volví a respirar hondo y apreté la mandíbula. Aquello se convertía en una rutina en todos los conciertos. Oliver bebía más de la cuenta y Jonathan lo retaba por irresponsable, William se hacía el desentendido y Theo se drogaba.

Walter, el tecladista y Dj, desaparecía de los alrededores hasta el momento exacto en que debíamos subir al escenario. Nunca sabíamos dónde estaba ni qué hacía, siempre se mantenía alejado. En ocasiones debíamos llamarlo por móvil para que se hiciese presente, en otras llegaba solo. Se materializaba de manera repentina cerca de nosotros como si fuese un fantasma.

Y yo, bueno, yo me encontraba allí, en espera. Como si estuviese en la habitación de un hospital a punto de ser llevado a quirófano para que me sacaran algún órgano inservible. Un mal que debía extirparse para estar bien, sin importar si el proceso sería doloroso.

Tenía los ojos abiertos pero no veía nada, estaba oculto bajo mis cabellos. De esa forma me sentía seguro. Ellos me protegían de toda la porquería que me rodeaba.

—¡Yo-ho-ho piratas! ¡Están preparados para la función!

Observé de reojo a Oliver cuando entró a la habitación donde nos encontrábamos. Tenía el rostro colorado por la embriaguez y los ojos enrojecidos y vidriosos. Su apariencia y sus expresiones infantiles me resultaban deprimentes.

—Hay que llamar a Walter —recordó William sin apartar su atención del bajo eléctrico.

Oliver gruñó por el fastidio, pero igual sacó el móvil del bolsillo de su pantalón para marcar el número de nuestro compañero al tiempo que se acercaba al bar. Bebería su quinto vaso de whiskey antes de subir al escenario.

Vi a Jonathan entrar en la habitación y mirarlo con odio, pero, para tranquilidad de todos, no dijo nada. Solo apoyó sus manos en el respaldo del sofá donde estaba sentado y se inclinó sobre mí para hablarme de forma confidencial.

—¿Estas bien, Liam?

—¿Por qué no debería estarlo?

—Te noto ausente.

Lancé una ojeada hacia Oliver descubriendo que nos veía desde la distancia con dureza mientras hablaba por móvil.

—Siempre estoy ausente.

—Si lo deseas, puedo mover mis influencias para suspender el show.

Jonathan no era nada en la banda, o tal vez, lo era todo. Era mi amigo desde la infancia, estudiamos juntos durante casi toda la preparatoria. Su padre era dueño de una tienda de instrumentos musicales y de una fábrica de guitarras cuya marca comenzaba a ser reconocida en la ciudad. Ese hombre poseía dinero y conocía a mucha gente ligada al mundo del espectáculo que siempre le debían favores, así que se convirtió en nuestro patrocinador un año atrás. Nos usaba para difundir su empresa entre los jóvenes amantes de la música prestándonos sus instrumentos y gestionándonos conciertos. Eso nos ayudó a hacernos notar en el ambiente musical de la región y alcanzar nuestros logros más importantes hasta la fecha.

Jonathan nos acompañaba siempre, era nuestro asistente, guía y protector, y el enlace directo con nuestro patrocinador. Cuidaba de nosotros, de nuestras necesidades y de nuestra seguridad. Gracias a sus gestiones pudimos contactar a unos productores musicales: los hermanos Thomson, quienes quedaron encantados con nuestro trabajo y decidieron convertirse en nuestros managers promocionándonos en las disqueras. El concierto de esta noche era para demostrar nuestro talento a algunos ejecutivos musicales que ellos habían invitado y podrían servirnos de trampolín hacia nuestro anhelado contrato discográfico.

—No suspendas nada —pedí cansado—. Nuestro futuro musical dependerá de lo que logremos hoy.

Aquello lo expresé con firmeza pretendiendo convencerme de mis propias palabras. A pesar de haberlo esperado por años, me costaba sentir emoción por el paso que estábamos a punto de dar. Y me daba la impresión que al resto del grupo le sucedía igual.

Jonathan respiró hondo y se irguió para sentarse en el respaldo del sofá, a mi lado.

—Walter está afuera. Es hora de subir al escenario, señoritas —expresó Oliver al terminar la llamada y dirigiendo una mirada enfadada hacia Jonathan y hacia mí. No comprendía por qué mostraba tanta rabia hacia nosotros.

Los tres habíamos estudiado juntos en la secundaria, Theo también había sido nuestro compañero. En esa época iniciamos la banda tocando covers de temas conocidos en fiestas de amigos o en eventos del colegio. Nos unió la pasión que sentíamos por la música y las influencias musicales que compartíamos.

Durante la última época de la preparatoria me dio por escribir canciones y componer su música con mi guitarra. Al mostrársela a los chicos y ver que les gustaban, me animé a escribir más.

De pronto teníamos cuatro temas propios que resultaron pegadizos para el público y por ellos comenzaron a invitarnos a bodas y festivales locales.

Al salir de la preparatoria llevamos nuestra música a bares y clubes nocturnos e hicimos crecer la banda con otros integrantes, como William y Walter. Al primero lo conocimos gracias al padre de Jonathan, que lo ubicó y lo puso en contacto con nosotros. Había dado clases de bajo eléctrico en su tienda y los fines de semana tocaba para una banda que versionaba éxitos de rock de los ochenta. Era muy bueno, aunque algo despistado y desinteresado. Todo parecía darle igual.

Con Walter no tengo muy claro el motivo por el que había llegado a nosotros, siempre aparecía de la nada. Creo haber escuchado la historia de que Oliver se lo había encontrado en el baño de un bar. Mientras usaban el orinal hablaron de música y minutos después, el hombre, quince años mayor que nosotros, formaba parte del grupo y le daba a nuestros temas un toque electrónico que resultaba atractivo y nos diferenciaba del resto de las bandas emergentes de la zona.

Fue así como obtuvimos una gran popularidad en Kingston que nos llevó a recorrer casi todo Rhode Island. En ese tiempo amplié la lista de temas incluyendo seis más. Con ellos nos mantuvimos activos por un año hasta toparnos con esta oportunidad de oro.

Aún consideraba mi música muy pobre, sentía que podía dar mucho más con la guitarra y con mis letras, pero no había tenido tiempo suficiente para pulirlas. Mi madre se había empeñado en que estudiara Contaduría para que tuviera una carrera de la que pudiera vivir una vez que pasara mi «capricho» por la música, eso me consumió por un tiempo. Pero ella no sabía que había abandonado la universidad para dedicarme a lo que me apasionaba. Llevaba meses sin pisar un aula tratando de perfeccionar mis temas.

Además, Oliver estaba empeñado en sacar nueva música, ya habíamos agotado el tiempo de vida de nuestras diez canciones y necesitábamos carne fresca que ofrecer a las disqueras. Sin embargo, aunque había logrado componer varios temas, ninguno me convencía del todo y eso me hacía sentir frustrado.

La presión de la banda recaía sobre mí. Oliver y Theo me preguntaban a diario por las canciones y William se mostraba molesto cuando escuchaba que no tenía nada concreto entre manos. Walter insistía en que si no renovábamos nuestra música, el público, que ahora nos adoraba, se aburriría y se dejaría seducir por la infinidad de bandas que nos rodeaban. Este mundo era en extremo competitivo.

Toda esa responsabilidad me hacía sentir cansado. Sin ganas para estar sobre un escenario.

—¡Vamos, es hora! —ordenó Oliver luego de recibir el anunció de un asistente del bar, logrando que en esa ocasión todos nos pusiéramos de pie y lo siguiéramos, aunque parecíamos borregos de camino a un matadero.

Antes de salir al escenario, Matt, uno de los hermanos Thomson, nos detuvo para hablarnos de forma confidencial.

—Afuera se encuentra Terry Morgan, director de uno de los programas de radio y televisión con más popularidad en Providence. Busca nuevos talentos musicales para promoverlos en los recitales que organiza. Hagan su mejor show. Él no vino a evaluarlos solo a ustedes, sino también, a los chicos de Destroyer. No se dejen arrancar esta oportunidad.

Destroyer era una banda de punk rock que se había convertido en nuestra rival. Llevaban aproximadamente el mismo tiempo de fundados que nosotros y también anhelaban alcanzar el sueño de firmar un contrato discográfico. A pesar de contar con su propio patrocinador y tener también éxitos importantes, envidiaban nuestros logros. Por eso muchas veces nos jugaban sucio y motivaban habladurías en nuestra contra, o generaban conflictos entre nosotros, para hacernos la vida más difícil y así ganarnos terreno. La mayoría de las veces lo lograban.

—No se preocupen por la competencia, ¡la romperemos esta noche en el escenario! —expuso Oliver dominado por la adrenalina, pero solo obtuvo de nosotros resoplidos y miradas de fastidio.

Matt le palmeó un hombro para animarlo y nos invitó a todos a dar lo mejor antes de marcharse. Los chicos comenzaron a gritar frases motivacionales para encenderse mientras corrían al escenario, yo solo respiré hondo y caminé tras ellos.

Desde hacía meses me sentía extraño, inconforme y aburrido. Me costaba hallarle emoción

a la vida, era como si me hubiese secado por dentro.

Tocar en vivo era una de las pocas cosas que me hacían sentir bien, me encantaban los gritos y las voces de los fanáticos coreando mis canciones, pero me sentía intimidado al verlos. Tenía miedo de encontrar en sus rostros gestos de desaprobación o molestia.

Esa noche el Perla Negra estaba a reventar. Ya antes de nosotros se habían presentado otras dos bandas y los Destroyer quedaban para el final, porque siempre la desmadraban con sus apariciones creando líos y caos.

Nuestro plan era agitar bastante los ánimos del público para que estuvieran cansados para la última presentación, así los Destroyer la tendrían difícil.

Cuando los focos fueron encendidos, Oliver gritó un saludo que hizo rugir a todos. Sentí el suelo vibrar bajo mis pies, esa fue la chispa que encendió mi hoguera.

Toda la mierda que me atiborraba la mente desapareció como si hubiese sido sacudida por un fuerte viento y mi corazón comenzó a cabalgar agitado, embriagado por una emoción que me costaba describir.

No importaba las confusiones que pudiera tener en la cabeza, la música era mi lugar seguro. Mi válvula de escape.

Luego de la melódica introducción que iniciaba el primer tema, con el apoyo de las voces a capela de Theo y William haciendo un coro de murmullos mientras Oliver cantaba, cerré los ojos e hice sonar mi guitarra con furia. Así dimos inicio a una noche llena de adrenalina.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 3. Madison.

El concierto estaba brutal. Los Squids habían mejorado sus temas, tanto en la música como en el tono de la voz de Oliver. Sonaban más enérgicos y electrizantes. La gente se volvía cada vez más loca con cada canción.

Lo malo era que se amontonaban frente al escenario. Así me dificultaban el hecho de hacerme visible para Liam.

—¡No lo lograré! —dije desolada. Mi bajo tamaño era mi mayor obstáculo.

—¡Claro que sí, idiota! ¡Solo hay que ponerse agresiva! —porfió Cleo, mientras se abría paso entre la marejada de gente valiéndose de su cuerpo robusto y fuerte.

Rogers nos seguía detrás, muy cerca. Dividía su atención entre no perdernos de vista y disfrutar del espectáculo. Oliver Jones, como era habitual, estaba sin camisa. Animaba a todos a cantar con él las letras de las canciones. Mi amigo participaba de la dinámica sin inconveniente, él no tenía a una muchedumbre sudada, embriagada de emociones y de alcohol a punto de aplastarlo. ¡Maldita sea mi estatura!

Aunque Cleo me hacía avanzar no lograba ver a Liam. Mientras más caminábamos, más cuerpos me tapaban la vista, todos me superaban por veinte centímetros.

—¡No es posible seguir! —dijo frustrada mi amiga. Quedamos compactados a pocos metros del escenario.

—¡Salgamos de aquí! ¡Me desmayaré! —pedí con el corazón roto y sintiendo ansiedad por la falta de oxígeno.

—¡No! ¡Queda una opción! —aseguró Cleo e ignoró mi estado asustado y enfermo para dirigirse a mi amigo—. ¡Rogers, agáchate!

Él estaba ajeno a lo que nosotras conversábamos. Los pectorales y el abdomen definido de Oliver, así como los potentes temas, lo tenían hechizado. Cleo lo tomó por un brazo y lo sacudió con rudeza.

—¡¿Qué pasa?! —consultó él con enfado.

—¡Maddi va a morir asfixiada!

No solo Rogers se olvidó de la música para enfocarse en mí, algunas de las personas que

nos rodeaban dejaron de forcejear para así mirar lo que me sucedía. Yo boqueaba como pez fuera del agua y estaba a punto de entrar en pánico por el nulo espacio que tenía para moverme. Sentía que el mundo se me venía encima.

Algunos desviaron sus teléfonos móviles del cuerpo semidesnudo de Oliver para posarlo en mí. Nada mejor que grabar un fallecimiento por asfixia en pleno concierto en el Perla Negra. Eso llenaría de misticismo a la banda y al club.

¿Ayudar al que estaba desvalido? Jamás se les pasaría por la mente.

—¡Maddi, ¿qué hago?! —preguntó angustiado mi amigo.

—¡Agáchate! —ordenó Cleo con firmeza.

—¡¿Para qué?! —quiso saber aunque cumpliendo con su orden.

Cleo me ayudó a sentarme sobre los hombros de Rogers. Al entender su intención, se me pasó un poco la angustia por la falta de oxígeno y por la posibilidad de morir aplastada.

Con dificultad Rogers se levantó, ayudado por Cleo. Mi amigo tenía menos fuerza que un niño de diez años. Cuando él pudo quedar en pie me sentí fantástica.

Rogers era tan alto que me hacía sobresalir de la multitud por varios centímetros. A esa altura la vista era fenomenal, sin ningún tipo de obstáculo, y me hallaba a pocos pasos del escenario, lo que significaba que tenía a los chicos de la banda a escasa distancia.

Oliver iba de un lado a otro mientras un mar de gente saltaba y gritaba los estribillos de las canciones con pasión, y Liam se encontraba frente a mí. Lo tenía tan cerca que se veía irreal. Mi pechó se hinchó de alegría.

Alcé los brazos y grité histérica celebrando mi triunfo, Cleo hizo vítores para apoyarme, y Rogers, aunque no se sentía cómodo por el peso que tenía sobre los hombros, sonrió divertido.

Cada vez que los Squids se presentaban en el bar yo siempre los disfrutaba desde la lejanía, parada en algún sitio alto y protegida del salvajismo del público. Por primera vez los veía a una distancia tan próxima. Mi felicidad era desbordante.

Me costaba creérmelo. Por momentos quedé paralizada. Los detallaba con suma atención comparándolos con la imagen del afiche que tenía en mi dormitorio. Buscaba las diferencias y similitudes.

—¡Háblale a Liam! —me pidió Cleo sacándome con brusquedad de mi idilio.

Empecé a gritar su nombre y a agitar las manos, pero él no me oía. Tenía su rostro cubierto

por sus cabellos y estaba centrado solo en su guitarra.

De quien sí pude llamar la atención fue de Oliver, que se ubicó delante de mí y me señaló poniéndome nerviosa. Cantaba con sus ojos voraces puestos en mi cara y seduciéndome. Hacía que el resto del público me odiara.

Yo señalaba hacia Liam. Trataba de decirle con gestos que era a él a quien quería, pero Oliver pensó que entraba en su juego y se puso más sugerente.

Varias chicas comenzaron a imitarme subiéndose a los hombros de sus amigos para obtener también un poco de atención de su ídolo. De nuevo estaba siendo opacada, porque las otras mujeres eran más altas que yo y resaltaban más.

El alzamiento de tantas chicas pareció llamar la atención de Liam, que con curiosidad miró hacia el público para saber lo que ocurría. Me frustré, porque no se detenía en mí. Jamás sabría que existía si no enfocaba su vista en mi figura. Comencé a desesperarme.

Se vino la parte del tema donde solo sonaban la guitarra y la voz de Oliver al unísono, en un canto suave que daba una sensación de soledad, previo al último estribillo.

—¡LIAMMMMMMMM! —grité con ferocidad, haciéndome notar por encima de la música.

Cuando los ojos del guitarrista se posaron en mí alcé mi blusa por completo, incluyendo a mi sujetador, y le mostré las tetas. Él no pudo apartar su mirada pasmada de mí. Notó mi presencia sin que el resto de la humanidad lo distrajera.

—¡TE AMOOOOOOO! —vociferé poniendo mi ropa en su lugar.

No sé si logró escuchar mi declaración. Justo en ese instante resonó el grito potente y súper largo de Oliver que reventaba la suave melodía para dar paso al cierre salvaje del tema.

La música se volvió épica, llevando al público a un nivel máximo de excitación. Todos enloquecieron, tanto abajo como encima del escenario. Se sacudían por las intensas melodías.

Sin embargo, Liam ya no se quedaba todo el rato con la cabeza gacha, oculto tras sus cabellos. De vez en cuando alzaba la miraba y me veía. Me sonreía con una timidez que fraccionó aún más a mi atolondrado corazón.

Al terminar la presentación, los organizadores dejaron un descanso de una hora amenizado por un Dj para que los Destroyer se prepararan para su función. A mí no me interesaban ellos, ni siquiera me quedaría a escucharlos. Le había prometido a Rogers que, luego de obligarlo a cargarme sobre sus hombros la media hora final del concierto, nos iríamos a estudiar.

Pero permitió que me acercara unos minutos a la parte trasera del escenario antes de marcharnos, con la esperanza de ver por última vez a mi amor platónico. El problema fue que más de una decena de chicas pensó lo mismo. Todas se unieron hasta convertirse en un muro alto que me impedía la visibilidad.

Algunas se abrazaban entre sí para cantar a todo pulmón los temas de la banda, buscando llamar su atención, otras gritaban sus nombres. El más sonado, por supuesto, era Oliver, y muy seguido resonaba el nombre de Theo, que con su carita dulce, de niño travieso, había conquistado a una gran fanaticada.

William también se llevaba su parte. Él era un tipo alto, de cuerpo atlético, y tenía unos años más que Oliver, Theo y Liam. Daba la sensación de ser su hermano mayor, lo que despertaba el morbo de muchas.

A Walter, en cambio, nadie lo nombraba. Él era un sujeto algo extraño. Superaba los treinta y cinco años y se decía que tenía esposa e hijos. No solía compartir mucho con la banda ni con los fans, solo se le veía cerca de ellos cuando se hallaban sobre el escenario. Para sus seguidores, era un simple colaborador, no parte del grupo.

Me enfadó descubrir a un manojo de mosconas llamando a Liam. Las miré con odio desde la distancia. Se habían ubicado frente a mí y con sus cuerpos de estatura alta me tapaban por completo. Si él salía a saludar y firmar autógrafos, como otras veces lo había hecho, jamás lograría llegar a su lado. No me dejarían.

—¿Por qué no nos vamos ya? —se quejó Rogers cansado de perder el tiempo.

—Solo déjame verlo —pedí con frustración, cruzada de brazos.

—Lo único que querías era que él te dirigiera una mirada y una sonrisa en el escenario, ¡y lo conseguiste! Aunque a un precio muy alto —se quejó mi amigo haciendo sonar las vértebras de su cuello, que las tenía adoloridas—. Ya cumpliste con tu sueño anhelado, ahora, ¡vámonos! —exigió molesto.

—Calma, calma, polluelo. ¿Cuál es el apuro? —agregó Cleo al acercarse a nosotros con una botella de cerveza en la mano—. Ya sabes que hoy es la última oportunidad de esta jovenzuela de disfrutar de su adorado tormento. Él pronto será una superestrella.

Rogers la observó con una mueca de asco.

—¿Ya estás borracha?

—¿Yo? —Cleo soltó un resoplido gracioso que demostraba su incipiente embriaguez—.

Para nada, mi organismo tolera muchísimo la cerveza.

Ella se giró para evaluar con interés el cuerpo de una chica que en ese momento pasaba por su lado.

—¡Solo te has bebido tres cervezas y ya estás a punto de ser infiel! —la acusó Rogers.

Cleo ensanchó su boca en una O perfecta.

—¿Infiel? ¡Jamás! Yo a mi Rosita nunca le he jugado sucio —aseguró, aunque volvió su mirada hacia la mujer que antes había evaluado y se fue tras ella.

Vi que Rogers ponía los ojos en blanco y tuvo intención de decirle algo antes de que se perdiera de nuestro lado, pero el alboroto que generaron las chicas al abrirse la puerta de los artistas hizo que cerrara la boca, y a mí reseteó por completo la conciencia, acelerando mi corazón.

Al aparecer Oliver, la mayoría rugió por la alegría y se abalanzaron sobre él. Los guardaespaldas actuaron rápido para controlarlas mientras él reía divertido. Comenzó a firmas autógrafos en afiches y en camisetas. Al salir Theo la locura fue similar y al hacerlo William fue necesario llamar a otros guardias porque la situación estaba a punto de descontrolarse.

Liam no salía y eso me ponía nerviosa. Cuando al fin lo hizo, casi me desmayé de la emoción. Me sostuve de Rogers para no caer manteniendo mis ojos fijos en él.

Un grupo de mosconas se acercó para pedirle autógrafos, que él firmó con rapidez al tiempo que buscaba algo en los alrededores.

—¿No irás a que te firme las tetas? —preguntó mi amigo con tono burlón.

—No me dejarán pasar. Tendré que golpearlas y si hago eso terminaremos todos en prisión, como ha pasado otras veces.

Mis arranques de violencia en varias oportunidades nos habían complicado las salidas. No quería que eso sucediera otra vez, porque además, Liam estaba cerca y no deseaba que se llevara una mala imagen de mí. Debía resignarme y pensar en otra forma de abordarlo antes de que fuera famoso.

La frustración me dominó y empapó mis ojos con lágrimas. En momentos como esos odiaba mi vida y las cualidades que me había regalado, como mi estatura de mierda.

Luego de plasmar un autógrafo en el cuaderno de una fanática, Liam repasó de nuevo los alrededores con impaciencia. La sangre se me congeló cuando él fijó su atención en mí. Por un

momento me sentí más pequeña de lo que era, completamente insignificante.

—¡Te está mirando! ¡Te está mirando otra vez! —gritó Rogers saltando de alegría, pero yo no podía ni moverme.

El magnetismo de sus ojos oscuros aniquiló mi autonomía.

Sin apartar la vista de mí, Liam llamó a uno de los guardaespaldas para hablarle en forma confidencial. Me señaló mientras le decía algo al oído.

El sujeto me observó unos segundos antes de asentir.

Los organizadores del concierto aparecieron en ese momento buscando alejar a las chicas de los músicos y a ellos los metieron de nuevo en el área exclusiva de los artistas.

Yo seguía paralizada, aferrada con fuerza al brazo de Rogers como si fuese mi cable a tierra.

Al regresar la calma, en el estómago se me abrió un hueco muy profundo cuando noté que el guardaespalda se aproximaba a mí.

—Señorita.

—¿Sí? —pregunté con voz temblorosa.

—Liam Davis le pide que vaya a su hotel. Se alojan en el Palace. En una hora nos encontraremos en la recepción, yo la subiré a la habitación del joven.

El hombre se marchó dejándonos a Rogers y a mí como estatuas de sal. Un minuto después ambos pudimos reaccionar y nos vimos con sorpresa.

—¿Te pidió? —masculló Rogers impactado—. ¿Liam Davis quiere verte?

Al asimilar sus palabras, estallé por el júbilo. Comencé a gritar y a saltar por el lugar como una loca, sin preocuparme por las miradas extrañadas y de burla que me dirigía la gente ubicada en los alrededores.

—¿Qué mierda te pico? —preguntó Cleo de mala gana al acercarse.

—¡Me pidió! ¡Liam me pidió! —grité eufórica.

Cleo me observó con desconcierto. Rogers se acercó a ella y le contó con rapidez lo sucedido, logrando que se espantara por la noticia. Detuvo mis saltos sosteniéndome por los hombros con firmeza.

—¿Estás loca? No irás.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué?! —quise saber molesta.

—¿No te das cuenta, tonta? Liam cree que eres una grupi. Le enseñaste las tetas en pleno concierto y ahora te pide solo para tener sexo contigo.

Apreté el ceño con extrañeza. Estaba tan feliz que no podía procesar sus palabras.

—¿Y qué? —fue lo único que se me ocurrió responder.

Tanto Cleo como Rogers me vieron con horror.

—¿Cómo qué: y qué? ¿Piensas ir a ese hotel a acostarte con él? —consultó mi amiga casi fuera de sí.

Respiré hondo tratando de calmar a mi alegre corazón y apoyé mis manos en mis caderas.

—Me pidió, así estaré cerca de él y podré darle las gracias por todo lo que su música ha hecho por mí.

Cleo parecía haber entrado en shock. En ese instante Destroyer subía al escenario y el bar se volvía un hervidero de locura.

Di media vuelta para salir de allí, tenía solo una hora para llegar al hotel Palace y encontrarme con mi músico favorito.

—¡¿Te volviste loca?! —gritó mi amiga al ver que me marchaba, pero no le respondí, ni siquiera, le di la cara. Seguí hacia la salida invadida por una emoción tan grande que me hacía sentir enorme.

Esta vez, nadie me opacaría.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 4. Liam.

Por la ventana de la habitación del hotel veía una pequeña parte de la ciudad. La sinfonía luminosa que creaban sus avenidas encendidas con destellos cautivadores y los faroles centellantes de los autos que danzaban sin parar.

En cada rincón había luces de neón parpadeando como luciérnagas, que parecían señalarte el camino hacia alguna aventura emocionante o a un mundo paralelo donde el dolor no fuese bienvenido, mucho menos, una asfixiante sensación de vacío, como la que me desgarraba el pecho en ese momento.

Podía quedarme por horas admirando aquella belleza, perdido por completo de la realidad. Esa contemplación me ayudaba a distraerme y a no hundirme en recuerdos ni en preocupaciones banales.

Cuando tocaron a la puerta me apresuré por abrir, estaba algo ansioso. No era la primera vez que invitaba a alguna fanática que se mostraba dispuesta en los conciertos para visitar mi habitación. Aunque lo hacía muchísimas veces menos que Oliver, Theo o William.

Casi siempre me encerraba solo y me hundía en el agua caliente de la tina escuchando mi música preferida, con todas las luces apagadas; o terminaba en el bar, acompañado por gente extraña con la que conversaba sobre bandas de rock mientras cegaba a mi mente con alcohol y tabaco, hasta que el sueño me dominaba.

En esta ocasión se me ocurrió hacer algo distinto, pero sentí decepción al encontrar al otro lado de la puerta a Jonathan y no a la chica que había solicitado en el bar Perla Negra.

—¿Qué quieres? —pregunté fastidiado.

Él lanzó una mirada precavida hacia el interior de la habitación antes de hablar.

—¿Estás solo?

—Todavía —dije molesto y entré dejándolo solo en la puerta para dirigirme al minibar y sacar una cerveza.

—¿Por qué no te vienes con nosotros al bar Galicia? Se presentará un grupo de música celta del que he escuchado buenas críticas. Quizás te sirva de inspiración.

Suspiré con agobio ante ese recordatorio. Me molestaba que buscaran por mí la inspiración que parecía haberme abandonado, pero a todos les urgía que terminara de componer nuevas

canciones para la banda.

—Cuando hablas de «nosotros», ¿a quién te refieres? —lo pinché, cambiando el tema, y mientras le daba un trago a mi bebida.

Sabía que Theo estaba con una chica a unas habitaciones de distancia, William se había llevado a dos y Oliver tal vez se encontraba en medio de una orgía en alguna de las suites.

Jonathan suspiró con agobio y pasó para estar más cerca de mí.

—Varios de los miembros del staff irán y los hermanos Thomson. Es posible que mi padre se acerque en algún momento de la noche para conversar con los Thomson, porque ustedes sorprendieron gratamente a Terry Morgan. Los quiere en su programa de radio y televisión.

Aquello me hundió más en mi desesperación. Si eso era cierto, me exigirían el doble por nuevos temas. El terror comenzaba a abordarme.

—No iré. Me quedaré aquí.

—¿Solo?

No le respondí, solo lo miré con obviedad. Él respiró hondo, con molestia, al comprender que esperaba a alguien.

—¿Por qué no vas a casa de tu madre? Ella me llamó para saber cómo había salido todo y me dijo que en su casa está tu tía Margaret con su esposo. Preparó risotto de hongo —propuso.

Resoplé con fastidio.

—¿Y crees que será buena idea estar cerca de mi madre y de mi tía en estos momentos? Ambas no perderán la oportunidad de preguntarme por la universidad, para que les dé anécdotas de sus antiguos profesores y de los proyectos académicos que tengo pendientes. ¿Qué les diré, Jonathan? ¿Qué abandoné mis estudios hace meses y que gasto todo mi dinero en bares y hoteles mientras me convierto en estrella de rock?

Mi amigo amplió los ojos, incómodo. Hubo un momento de silencio antes de que él volviera a intervenir.

—Entonces, ¿vas a quedarte aquí? ¿Drogándote con una desconocida?

Alcé los hombros con indiferencia.

—Ella, al menos, no me preguntará por mis tareas pendientes o me juzgará por las decisiones que he tomado en la vida.

—Pero, podría hacerte daño.

—No si la dejo —expuse con firmeza, convencido de mis palabras.

Cuando estaba con alguna mujer extraña limitaba los encuentros solo a sexo, sin casi nada de conversión. Si alguna se producía, la mantenía en una temática alejada de mi vida íntima tocando temas triviales.

Levantaba altas murallas a mi alrededor para que nadie hurgara dentro de mí. Las miserias de mi existencia las conservaba en la más estricta privacidad.

Ellas solo venían para satisfacer su morbo con el músico exitoso y eso les daba. Querían ver al que estaba sobre el escenario, al que llevaba una guitarra eléctrica colgada del cuello. Al hombre sensible, confundido y asustado que habitaba dentro ni les interesaba.

—Sí así lo deseas, suerte con tu conquista de esta noche —expuso Jonathan con decepción y caminó hacia la puerta, pero antes de cruzar el umbral se giró para mirarme—. Brandon Davis irá con mi padre al Galicia. Hoy estuvo con él en el Perla Negra y te vio tocar.

Luego de decir aquello se marchó, dejándome paralizado.

El buen dominio que había tenido sobre mis emociones se cuarteó al escuchar esa noticia. Me odiaba a mí mismo por ser tan débil.

Me senté en un sillón cercano con la piel erizada por las emociones, el corazón latiéndome a mil por horas en el pecho y las lágrimas de rabia y frustración tratando de escapar de mis ojos.

Debía dejar de sentir de esa manera. Ya no era el niño ilusionado que se quedaba hasta tarde esperando a que apareciera su padre con todas las anécdotas de su día atoradas en la boca, y las buenas calificaciones apretadas en una mano. Por años había hecho guardia en la puerta de mi casa confiando en que pronto él llegaría para darme el abrazo que tanto había necesitado, me felicitaría por mis logros y revisaría los poemas dispersos que había escrito en los márgenes de los cuadernos y libros.

Respiré hondo para calmarme y apreté los puños con fuerza buscando controlar mi ira. Brandon Davis no conseguiría nada de mí, ni siquiera, unas silenciosas lágrimas de viejo anhelo.

—Maldita sea, estuviste en el Perla Negra —mascullé con enfado antes de terminarme la cerveza.

Quería matar la emoción que esa noticia producía en mi pecho. No iba a ilusionarme de nuevo. Era demasiado tarde para esperar algo de ese hombre.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 5. Madison.

Nunca en mi vida había estado tan nerviosa y asustada. Mis manos temblaban levemente, de impaciencia.

El guardaespaldas no aparecía. Luego de algunos minutos de espera me acerqué a la mesa de recepción del hotel para preguntar por los integrantes de la banda Squids. La encargada me informó que nadie se había registrado con sus nombres y no esperaban a ninguna comitiva de músicos. Eso me decepcionó.

Para no incomodar a nadie me alejé hacia unos sofás ubicados frente a las escaleras. Al menos, me permitieron aguardar allí por la persona que me había citado.

—Los artistas famosos nunca se registran con sus nombres reales en los hoteles —dijo Rogers en voz baja, para consolarme—. Y tal vez entraron por alguna puerta secreta para eludir a la prensa y a los fanáticos.

—Los Squids aún no son famosos, no tienen que esconderse de nadie —rebatió Cleo con enfado.

—Claro que lo son —impugné igual de molesta.

Ambas nos observamos con irritación. Ella seguía negándose a que me reuniera con Liam, pero yo no quería perder esa oportunidad. Nunca volvería a tenerlo tan cerca.

—Oblígalo a que use preservativo y no aceptes propuestas sucias.

—¡¿Qué mierda haces?!

Cleo casi pierde la paciencia por culpa de los consejos de mi amigo. Odiaba que él me apoyara en aquella locura.

—¡Lo hará lo quieras o no! Al menos, vamos a asegurarnos de que lo haga bien.

Yo resoplé hastiada.

—Dejen la pelea, ¿sí? Me ponen más nerviosa.

—Esto es una locura, Maddi —insistió Cleo—. No tienes por qué estar aquí. Ese guardaespaldas no va a aparecer. Te mintió. ¡Vámonos ya!

Puse los ojos en blanco.

—Agradezco tu preocupación, pero entiende que quiero vivir esta experiencia. Te juro que no me dejaré lastimar de ninguna manera, soy fuerte y sé algunas técnicas de judo.

—Y da unas patadas dolorosas —agregó Rogers acariciándose la pierna derecha, donde solía golpearlo cuando me fastidiaba.

Cleo suspiró hondo para llenarse de paciencia.

—Entiendo que esta es tu decisión —aceptó con forzada resignación—, pero reconócelo, no sabemos nada de Liam Davis. Tú lo ves como un dios, pero podría ser un tipo enfermo.

Me erguí mostrándome altiva y comencé a enumerar con los dedos de una de mis manos.

—Nació el dos de febrero en Hope Valley y toca la guitarra desde los ocho años motivado por su interés de ponerle música a los poemas que escribía. Es hijo del músico Brandon Davis, quien fue el guitarrista principal de la banda multipremiada de folk-rock «Los hijos de la montaña», donde trabajó durante doce años. Su madre, Fiona Davis, es socia de una firma contable de gran relevancia en el estado y quien proviene de una familia asociada al mundo de la poesía. Su abuelo fue un gran poeta, así como uno de sus tíos. Es hijo único de padres divorciados, intentó en la preparatoria dedicarse al tenis, su segunda gran pasión, pero la música lo acaparó por completo. Actualmente estudia Contaduría, aunque…

—Bien, bien, bien —me detuvo Cleo—. Soy consciente de que te conoces toda la biografía de ese tipo, pero sigue sin parecerme suficiente.

Rogers se aproximó a ella para hablarle de forma confidencial, sin dejar de mirarme, como si vigilara mis movimientos.

—Yo creo que de quien deberíamos preocuparnos es de Liam Davis. Esta chica es una fanática obsesionada, como las sasaengs de los ídolos k-pop. Pudiera estar loca de remate.

Resoplé con fastidio.

—No soy una fanática obsesionada. —Cerré la boca pensando mejor mis palabras, debía aceptar que sí había mucha obsesión en mi amor por Liam—. Bueno sí, soy un poco obsesiva, pero solo un poco y Liam no corre peligro conmigo.

—Golpea muy fuerte y sabe algunas técnicas de judo —agregó Rogers en susurros hacia Cleo, logrando que ella se mostrara aburrida y yo gruñera furiosa.

Iba a continuar la discusión, pero mi amigo me lo impidió.

—¡Viene el guardaespaldas!

Su advertencia me hizo saltar por los nervios y girarme sin disimulo hacia las escaleras. El hombre bajaba apresurado y, apenas me divisó, caminó hacia mí.

—Hay, carajo —escuché decir a Cleo, pero tanto ella como Rogers se quedaron a una distancia prudencial cuando él se acercó para hablarme, parecía molesto.

—¿Está lista?

—Sí —respondí con una voz casi infantil.

—Entonces, acompáñeme —ordenó y enseguida regresó a las escaleras.

Me giré hacia mis amigos con los ojos resplandecientes por la emoción y el miedo. El corazón me palpitaba en la garganta.

—Vayan a la residencia —les pedí.

—¡¿Qué?! ¡No te vamos a dejar aquí! —impugnó Cleo alarmada.

—¡No se van a quedar toda la noche! —los regañé con enfado.

Sentiría vergüenza al estar en una habitación con Liam Davis, haciendo lo que sea que vayamos a hacer, sabiendo que mis amigos estarían esperándome en la recepción para marcharnos.

Seguí al guardaespaldas, pero antes de subir las escaleras me volví de nuevo hacia ellos para insistirles con un gesto de una de mis manos que se fueran.

Cleo había quedado petrificada, me miraba con terror. Rogers se notaba inseguro, pero igual tomó de un brazo a mi amiga para arrastrarla hacia la salida del hotel.

Al ver que se iban, respiré con alivio. Aquella había sido mi decisión, debía enfrentarla sola y asumir luego las consecuencias. No podía obligarlos a quedarse allí.

Por suerte me cuidaba bien, tomaba anticonceptivas y llevaba conmigo varios preservativos. A pesar de que amaba a Liam Davis, nada ni nadie estropearía mi futuro. Estaba dispuesta a hacer de esa experiencia algo inolvidable con lo que pudiera vivir por el resto de mi existencia.

Avancé por el largo pasillo de la segunda planta como si me llevaran de camino a un escenario, donde tendría que mostrarme ante un enorme público, casi desnuda, para ser juzgada y valorada. Me sentía histérica por la alegría, pero a la vez, saturada por el terror.

Al llegar a la puerta tuve intención de escapar. El guardaespaldas se detuvo para tocar dándome la espalda. Si corría con rapidez llegaría a las escaleras antes de que él se percatara.

Tenía tiempo suficiente para huir sin que nadie me detuviera.

Pero no lo hice, me quedé, porque mi interés por ver a Liam a escasos centímetros de distancia y decirle lo mucho que me habían fortalecido sus canciones era más grande que mis miedos.

Cuando la puerta se abrió, todo mi organismo palpitó a un mismo ritmo, y tan rápido que casi pierdo el conocimiento. Apreté los puños y respiré hondo esforzándome por no desmayarme, ese momento no podía terminarlo de esa manera.

Nadie salió para recibirnos, el guardia abrió por completo la puerta y me invitó a pasar.

El tiempo pareció ralentizarse mientras avanzaba y más aún, cuando logré estar adentro.

Liam esperaba de pie cerca de una ventana, erguido, con las manos guardadas en los bolsillos del pantalón. Me veía con fijeza, con una expresión indescifrable en su rostro. De ansiedad, anhelo y… ¿miedo?

Me ahogué en su mirada, en la profundidad abismal de sus ojos. Que se notaban cansados, aunque inundados de determinación.

El clic de la puerta cerrándose me sobresaltó. De pronto me di cuenta que estaba a solas con mi músico preferido en el mundo, en una habitación de hotel, con las sombras de la noche escurriéndose por la ventana y con una cama recién hecha esperándonos a pocos metros de distancia. Lista para hacer su trabajo.

Tener conciencia de todo eso hizo que mi cuerpo reaccionara de forma involuntaria y expulsara toda presión que lo tenía agobiado: me doblé en dos para estallar en sonoras carcajadas.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 6. Liam.

De todas las chicas a las que pude haber elegido para tener sexo luego del concierto, escogí a la más extraña. Tuve que esperar varios minutos a que ella terminara de reír como si urdiera un plan para conquistar el mundo, luego otros más para que recuperara la respiración.

Al ver que parecía volver a la normalidad, me acerqué a una mesa auxiliar y tomé una caja de pañuelos descartables para extendérsela.

—¿Estás bien?

—Sí, disculpa. Estaba demasiado nerviosa.

La evalué con atención mientras se limpiaba el rostro. Era pequeña, pero muy guapa y poseía un cuerpo apetecible. Su larga cabellera castaña me encantaba, aunque más lo hacían sus ojos verdes grisáceos, de mirada avasallante, que resaltaban en su cara perfilada.

Me costaba apartar mi atención de ella.

—¿Quieres… un whiskey? —ofrecí inseguro—. También hay cerveza, vodka y tequila en el minibar. Y creo que vino.

La joven me observó con inquietud.

—¿No tienes ningún tipo de gaseosa? —pidió—. O tal vez, zumo o… agua. —Asintió para dar firmeza a sus palabras—. Una botella de agua sería genial.

No pude evitar asombrarme.

—Agua —dije algo confuso y me acerqué al minibar en busca de su desconcertante solicitud—. Sí hay —dije aliviado al encontrar un botellín. No sabía que también las incluían en el servicio—. Y hay hielo. ¿Quieres un vaso con hielo?

—No, natural está bien —respondió sonriente.

Ese gesto me gustó de ella. Su sonrisa era amplia y dulce, parecía una chica buena.

Le entregué el botellín y vi como lo abría bebiendo casi todo el contenido de un solo trago.

—¿Ahora sí estás bien?

Ella amplió la sonrisa volviéndola chispeante. Así era más adorable.

—Sí. Gracias, de verdad.

Guardé de nuevo las manos en los bolsillos de mis pantalones. Mi mente se blanqueó por completo. No sabía qué hacer ni qué decir. Había ido a ese hotel con una finalidad definida, pero la conversación con Jonathan me había dejado descolocado, y esa chica me confundía aún más.

Las que había elegido antes eran de apariencia feroces. Me miraban con hambre y ya venían medio borrachas o drogadas. No perdían tiempo para lanzarse sobre mí, arrancarme la ropa y hacerme olvidar, con las caricias urgentes de sus bocas y de sus manos, todos los problemas que me agobiaban. Pero era obvio que no siempre sería igual.

—¿Quieres… sentarte? —invité señalándole el sofá—. ¿Fumas?

Ella se acercó al mueble negando con la cabeza.

—Nunca he sentido inclinación por el cigarrillo… o por algo similar.

Supuse que eso último lo decía refiriéndose a las drogas. Tomé una cerveza y me senté junto a ella. Tenía la impresión de que aquella noche iba a ser muy extraña, necesitaba algo que me ayudara a soportarla.

—¿Te drogas?

La joven hizo aquella pregunta justo cuando le daba un trago a la cerveza, casi me atraganto por su culpa.

—No eres periodista, ¿cierto?

La chica amplió los ojos en su máxima expresión.

—Faltan como dos años para eso.

Resoplé con enfado. No solo elegí a una niña buena, sino también, a una estudiante de periodismo capaz de hurgar en mi desolada vida para hacerla su proyecto escolar, o el material para la próxima nota que de seguro publicará en un blog de chismes en internet.

—Quizás esto fue un…

—Gracias —me interrumpió de repente.

Había tenido intención de echarla de mi habitación antes de que algo desagradable sucediera y yo terminara siendo expuesto en tablones de diarios amarillistas o en redes sociales, pero su agradecimiento me contrarió y más aún, su cambio de actitud.

Se sentó de lado en el sofá para quedar frente a mí y observarme con sus grandes y abrasadores ojos.

—Gracias, ¿por qué? —pregunté intimidado.

—Por tu música. Siempre describes a la perfección todo lo que siento, pero no puedo decir. Me sirve de desahogo.

Quedé asombrado. Escribía sobre toda la mierda que me embargaba, sobre mis pérdidas y frustraciones. Volcaba en mis canciones la amargura que me oprimía. ¿Acaso era la misma que la agobiaba a ella?

—Mi tema favorito es «Trozos de mí» —confesó y emitió una risa graciosa—. Todos la toman como una canción de duelo, ya que haces mención a un fantasma que te ronda y no se quiere ir, pero para mí narra la historia de un abandono. Creo que está dirigida a alguien que no se ha ido del todo, que sigue vivo y va y viene, pero incluso, cuando viene, sigue estando muy lejos, es inalcanzable. Y uno tiene que vivir con esa realidad de tenerlo cerca pero no poder tocarlo, porque él no te lo permite. Es algo que te rompe día a día y por más que te recompongas, vuelve de nuevo para continuar desintegrándote.

Su explicación me dejó pasmado. Ese tema lo habían escuchado miles de personas, era la balada más popular de la banda. Decenas de teorías se tramaron sobre su composición y yo apoyé la del tema de la muerte porque me convenía esconder tras ella los verdaderos sentimientos que exponía. La que explicaba esa joven era la única que se acercaba a la real.

—Esa canción me hace recordar a mi padre.

Me paralicé por sus últimas palabras. Yo la había compuesto pensando en el mío.

—¿Por qué?

Ella alzó los hombros, como si quisiera restar interés a lo que diría. Pero sus ojos habían adquirido un brillo de tristeza que me oprimió el pecho.

—Nunca quiso reconocerme como su hija, aunque en ocasiones me busca. Dice que yo soy su «pequeña gran creación». Por eso de que mi estatura es bajita —reveló algo molesta—. Dice que soy muy inteligente, fuerte y alegre, que disfruta estar conmigo, pero nunca se queda. Ese «amor» le dura solo unas horas, luego se aburre y se va, o se queda en las cercanías sin permitir que yo me acerque. No le gusta que sea su hija, odia las responsabilidades y las exigencias, pero adora la «idea de tener una hija». Para él solo soy un trofeo o un logro que puede sacar a la luz cuando le conviene y el resto del tiempo mantiene encerrado en un escaparate llevando polvo.

Su confesión heló mi sangre. Ella narraba punto a punto mi propia existencia, la misma desgracia que me marcaba.

—Me sucede exactamente igual ——revelé de forma involuntaria—, solo que mi padre sí me reconoció.

Necesitaba desahogarme y ella me daba una oportunidad de oro.

—Ambos somos hijos del rechazo —dedujo con una sonrisa pesarosa.

Ahora fui yo quien alzó los hombros buscando restar importancia a ese asunto tan trascendental.

—Nos tocará seguir recomponiendo nuestros pedazos día a día, por más difícil que sea, como dice la canción.

—Yo nunca me cansaré de eso —expresó con una determinación que me abrumó—. Primero muerta que derrotada.

Ahora su sonrisa se mostraba peligrosa, atrevida y desafiante. Me fue imposible no sonreír también. Me llenó de energías.

—¿Cómo te llamas? —me urgió saber.

—Madison Gadner.

—Madison —repetí, buscando memorizarme su nombre.

Me sonaba a un lugar lejano, tranquilo y salvaje. A un refugio seguro.

—¿Y tú de verdad te llamas Liam Davis, o es un nombre artístico?

Sonreí resignado.

—Ese es mi nombre real. No tengo escapatoria.

La cara de la chica resplandeció por la alegría. Nada quedaba de la nerviosa que había recibido minutos atrás o de la triste que me reveló uno de sus secretos más turbios, ahora era una dulce niña traviesa, una que comenzó a evaluar mi cuerpo con unas ganas apremiantes.

Le di un trago largo a mi cerveza para que me ayudara a enfocarme de nuevo.

—¿Y? ¿Tendremos sexo?

Su pregunta casi logra que me atragante de nuevo.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 7. Madison.

La charla estaba entretenida, pero el hecho de estar en un espacio reducido y privado con Liam Davis despertó en mí una necesidad incontrolable.

Olía formidable, a esa colonia que usan los hombres para luego del baño. Era evidente que se había dado una ducha, porque no estaba usando la misma ropa que había llevado puesta en el concierto.

Los pantalones vaqueros no le quedaban ajustados, pero le hacían resaltar con gracia los glúteos. Mi boca se hacía agua por las ganas que tenía de morder esa parte de su anatomía. Y, a diferencia que en el Perla Negra, donde había vestido una sudadera negra con el logo de Punisher, en el hotel se había puesto una camisa blanca abotonada adelante y arremangada hasta los codos. Los dos primeros botones los llevaba abiertos, dándome un vistazo de su pecho. Anhelaba pasar mi lengua por toda esa piel.

Liam no era un tipo de cuerpo musculoso, como Oliver, pero se notaba fuerte y algo ejercitado. Sus años practicando tenis le habían aportado una buena anatomía.

Pero lo que más me hacía suspirar era ver sus largos dedos acariciando las cuerdas de la guitarra, hasta hacerla llorar con una pasión desgarradora. Quería que hiciese algo similar conmigo, que me tocara de todas las formas posibles hasta hacerme gritar de placer.

—¿Quieres… tener sexo? —preguntó él con cierta inseguridad.

—Si no quieres hacerlo, puedo irme.

—¡No! —Su respuesta repentina me sobresaltó, y regresó la emoción que estuvo a punto de abandonarme—. Es que… eres diferente.

—¿A quién?

—A las otras chicas con las que he estado antes.

Nos miramos un instante, con intensidad, como si sopesáramos en el otro el efecto de nuestras palabras.

—¿Quieres que sea como ellas?

—¡No! —dijo con firmeza—. Solo que… no sé cómo actuar contigo. Me resultas… agradable.

Aquello lo dijo cabizbajo, dejando que sus cabellos le cubrieran parte del rostro. Se escondía, buscaba un sitio seguro porque comenzaba a sentirse incómodo.

No quería ser agradable para él, deseaba enloquecerlo de ganas como me tenía a mí. Agradables eran los amigos, esos con los que simplemente querías pasar el rato para divertirte y ya. Necesitaba que me viera de otra manera. Tenía que cambiar mi actitud y volverme más directa.

—¿Por qué me elegiste teniendo otras opciones? —pregunté mientras le quitaba la botella de cerveza de las manos, que estaba casi vacía, y la ponía sobre una mesita auxiliar junto a mi botellín de agua.

Él volvió a alzar el rostro para mirarme, ahora, con interés.

—Por lo que hiciste en el concierto.

—¿Por qué te mostré mis tetas? —insistí, aproximándome.

Liam se había sentado en una esquina del sofá y yo en la otra, debía eliminar ese asiento que se interponía entre ambos. Él no dejó de seguir mis movimientos en ningún momento.

—Sí. Nunca habían hecho eso por mí, siempre por Oliver. Eso me sorprendió y… gustó.

—No todas suspiramos por Oliver —revelé, inclinándome hacia él.

Dejé mi rostro cerca del suyo, para bañarlo de forma seductora con mi aliento mientras introducía una mano por la abertura de su camisa, así lograba acariciar su pecho.

La respiración de Liam se volvió pesada y fijó su atención en mis labios entreabiertos.

—También dijiste que me amabas.

Lo observé asombrada. Pensé que no había logrado escuchar mi grito histérico luego de haber llamado su atención.

—Amo esa alma sensible que revelas en tus canciones, que llora y sufre, pero que no se cansa de luchar y superar sus limitaciones. Eso me inspira a luchar también.

—Estás enamorada del músico que está sobre el escenario, no me conoces en realidad —expresó con la voz grave, afectado por mis caricias y por mi cercanía.

—Entonces, deja que te conozca a fondo —pedí y abrí el resto de los botones de la camisa.

Sentí a Liam temblar bajo mi mano y arder en un fuego que yo había propiciado. Me llegué hasta su boca y sucumbí en ella en un beso urgente, uno que llevaba un año esperando y, para mi

delicia, resultó más exquisito de lo que en alguna ocasión había podido imaginado.

Él apresó mi cabeza con una de sus manos para sumergir su lengua dentro de mi boca. Buscó con apremio la mía y la sedujo con sus caricias hasta que ambas se enredaron en un vals interminable.

Me incorporé para sentarme sobre él, a horcajadas. Apenas lo hice Liam me apresó por las caderas para empuñarme a su cuerpo y frotar su miembro duro en mí. Llevó sus manos hasta mi espalda tocándola bajo la blusa y buscó mi sujetador, que abrió con un solo movimiento de sus dedos.

Enseguida me quitó la blusa por la cabeza y me dejó desnuda de la cintura para arriba. La forma en que miró mi cuerpo expuesto hizo que me erizara, lo veía con adoración, como si estuviera impactado por una gran belleza.

Frotó su rostro contra mis senos al tiempo que los estrujaba con sus manos, luego se metió uno a uno a la boca, dando inicio a una placentera tortura que por poco me hizo pedazos.

Entre besos y caricias ansiosas él se puso de pie y yo me anudé a sus caderas con mis piernas. Me llevó a la cama, donde terminamos de quitarnos la ropa hasta que nada quedó entre nosotros.

Por suerte él tenía un preservativo a la mano, porque el deleite que experimentaba nubló mi mente haciéndome olvidar ese detalle. Al estar listos, nuestros cuerpos calientes y sensibles se friccionaron como dos pedernales. Se unieron como si fueran parte de una misma pieza, encajando a la perfección.

Sonreímos mientras nos mirábamos, con nuestros ojos empañados en lágrimas de goce, embriagados por un placer que a cada segundo se hacía más exquisito y urgente. No solo le abrí por completo mi cuerpo, sino también mi corazón. Cada una de sus acometidas las sentía en el pecho, se cincelaban en mi alma.

Su forma de desenvolverse en la intimidad me demostró que esa aura sensible que revelaba en sus canciones la llevaba a otros niveles de su vida. Era suave y delicado al inicio, manejaba el sexo de la misma manera en que lo hacía con su música. Iba de lo superficial a lo más profundo, hasta estallar con una fuerza demoledora. Una que me hizo gritar y llorar de júbilo, que me arrancó notas altas que drenaron todo el exceso acumulado en mi interior. Me exprimió, dejándome sin una gota de energía.

Minutos después él quedó derrumbado sobre mí, con el rostro escondido en mi cuello y permitiendo que le acariciara los cabellos y la espalda. Pasaba con sutileza el dorso de mis dedos

por toda su columna vertebral.

No sé si dormía, pero lo sentía sereno, respiraba con calma. A veces suspiraba y en otras se estremecía por mis caricias. Me encantaba crear ese efecto en él.

Yo tenía mi atención puesta en el techo de la habitación, aunque en realidad, era en la nada.

Pensaba. Me sorprendía de la inmensa dicha que ese día había alcanzado.

Le había ganado una a la vida, ya era hora. Luego de tantos golpes al fin pude obtener un éxito. Estaba en la cama de un hotel debajo del cuerpo desnudo y sudoroso de Liam Davis, mi músico favorito en todo el mundo. Horas antes me moría de ansiedad por no llegar a él, por no lograr que me viera y supiera lo que sus canciones habían significado en mi vida. Logré que me escuchara y hasta llegué más allá.

El día en que enterré a mi madre me prometí a mi misma no seguir perdiendo, no continuar abandonando en el camino trozos de mí. Si algo deseaba, iría por ello hasta dónde fuera necesario y eso hice, no me arrepiento de nada.

El problema era que sin proponérmelo, estaba cometiendo el mismo error que mi madre. Le entregaba mi corazón a un extraño, a alguien que nunca lo valoraría.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 8. Liam.

No me lo podía creer. Me mantuve despierto casi toda la noche y teniendo sexo luego de un concierto agotador, sin usar drogas o bebidas energizantes, y sin estar lleno de alcohol hasta dentro de las orejas. Había roto mi propio record.

Pero aquello no fue lo más inusual, sino haber amanecido entre los brazos de aquella chica.

Una vez que conseguía lo que quería, salía de la habitación e iba a la mía. Si ellas querían quedarse un rato más, allí las dejaba, pero en esa ocasión me sentí tan cómodo que me quedé dormido y, al despertar, vi como los rayos del sol entraban a raudales por la ventana con ella a mi lado.

Me senté en la cama algo desconcertado. Para enfocarme me fumaba un cigarrillo y tocaba un rato mi guitarra, la música me permitía poner los pies de nuevo en la tierra. El problema era que todas mis cosas habían quedado en el otro dormitorio, allí no tenía nada.

Vi hacia el colchón y solo divisé una parte de la cabeza de Madison, con los cabellos desperdigados sobre la almohada. Dormía acurrucada bajo el edredón. Era tan pequeña que casi desaparecía en el acolchado.

Sonreí complacido. Me encantaba esa chica, era dulce y tierna, muy cariñosa, pero cuando se excitaba se comportaba salvaje, era difícil de saciar. Me parecía perfecta, en todo sentido.

Antes de que ambos perdiéramos la conciencia por el agotamiento me aceptó una cerveza y charlamos un buen rato. Me contó de sus estudios, de sus singulares amigos y un poco de sus padres, así como de la tortura que vivió en la preparatoria por culpa de su tamaño. Me sorprendió descubrir que en cierta forma nos parecíamos, ambos habíamos atravesado dramas similares, por eso ella había conectado tan bien con mis canciones.

En muchas de ellas yo hablaba de la asfixiante sensación de soledad que había sufrido desde que tenía ocho años, cuando mi padre decidió abandonarnos, a mi madre y a mí, para priorizar su carrera musical. Me volví un niño tímido y retraído, blanco fácil para los acosadores. En ocasiones me golpeaban y molestaban por mi actitud callada y esquiva, lo que me llevó a enfermar varias veces por los nervios.

En esa época Jonathan estudiaba conmigo, éramos amigos pero no tan cercanos. Como prefería miles de veces estar lejos de todos, escribiendo poemas e imaginando melodías a las que luego les daba vida con mi guitarra, me consideraban un ser extraño. Uno que les servía de

distracción cuando no tenían nada en qué enfocarse, hasta que Oliver llegó al instituto y se convirtió en mi escudo.

Él era lo contrario a mí: extrovertido, alegre y sociable, agresivo cuando veía alguna injusticia y de porte desafiante. No era muy bueno en los estudios, pero genial con la música. Su voz siempre fue portentosa.

Cuando descubrió mi pasión por la guitarra me atormentó con hacer dúos, por un tiempo lo rechacé, hasta que me convenció e hicimos covers de temas famosos. Luego de eso, mis otros compañeros comenzaron a tratarme de manera diferente en la escuela, sin tanto rechazo ni odio. Me veían como alguien que hacía cosas geniales y se rodeaba de chicos geniales.

No solo Jonathan se hizo más cercano, sino que empecé a entablar amistad con otros compañeros que compartían mi amor por la música, como Theo, aunque siempre mantuve un poco mi individualidad.

Había tenido una temporada muy difícil, sin embargo, la música me ayudó a mantenerme en pie y transformar mi realidad. Madison, en cambio, no había tenido las mismas facilidades. Solo contó con su carácter para salir adelante.

Admiraba su fuerza y determinación, no era de las que se amilanaba frente a los inconvenientes. Si tenía que hacer una locura para hacerse notar, no lo dudaba dos veces, como lo había hecho la noche anterior en el Perla Negra para llamar mi atención. Ya quisiera tener su misma fortaleza de espíritu.

Me incliné para intentar poner orden en su cabellera rebelde y así mirar su carita somnolienta. Tenía ganas de saber cómo se veían sus ojos claros cuando recién despertaban, pero un toqueteo en la puerta me interrumpió.

—Liam, ¿estás ahí?

La voz de Jonathan me confundió. Enseguida me levanté cubriendo mi desnudez con una sábana para acercarme a la puerta.

Mi intención fue abrir y hablar con él a través de una rendija, pero mi amigo empujó la puerta y entró como un vendaval a la habitación.

—¿Qué haces aún aquí? ¿Por qué no dormiste en tu otra habitación?

—¿Puedes irte? —le pedí molesto.

—¿Qué? ¿Por qué? —exigió desconcertado. Al ver movimiento en la cama dirigió su atención a esa dirección, allí descubrió a la chica que se asomaba con temor por el edredón—.

¡¿Sigues acompañado?! —preguntó como si aquello fuese la cosa más extravagante del planeta.

—Necesito privacidad —insistí con la mandíbula apretada.

Él estuvo paralizado por un minuto como si no me comprendiera. Luego respiró hondo y se marchó.

Cerré la puerta y me giré hacia Madison. Para mi sorpresa, ella había logrado alcanzar sus pantalones y su ropa interior y comenzaba a vestirse a las apuradas.

—Ey, tranquila, no pasa nada. No necesitas irte ya.

—Aunque acepté venir porque estaba loca por estar contigo, yo no soy así. Esto no es habitual para mí y me siento incómoda.

Su confesión me dolió, me hizo sentir rechazado.

—Incómoda, ¿por qué? ¿Por haber pasado la noche conmigo?

Ella detuvo su tarea para mirarme. Se notaba inquieta y azorada.

—No soy una grupi. No voy de bar en bar enseñándole las tetas a cada músico con el que me tropiezo, ni acepto invitaciones a hoteles de hombres a los que apenas conozco. Lo que sucedió ayer fue excepcional, lo hice solo porque eras tú y hay una relación especial entre tus canciones y mi vida. Pero que me pillen desnuda en tu cama es bastante vergonzoso. Tengo miedo de que afuera estén todos tus amigos y me vean con desprecio cuando salga o me digan algo indebido por mi atrevimiento. Aunque no lo creas, tengo límites.

—Nadie va a verte mal ni a decirte nada indebido. No lo permitiré —aseguré molesto, pero ella lo que hizo fue vestirse con mayor rapidez—. Madison, escucha, lamento si te ofendí al invitarte a esta habitación. Yo tampoco soy experto en este tipo de cosas, trato de evitarlas porque no me hacen sentir cómodo, pero de verdad me deslumbraste y me emocionó que me tomaras como tu primera opción y no me vieras como un premio de consolación porque Oliver no te prestó atención, como siempre me sucede. Pasamos una noche increíble, por eso quisiera que termináramos este encuentro con calma, sin apresuramientos, porque no hicimos nada malo.

Al ver que se detenía respiré aliviado, parecía reflexionar mis palabras, aunque seguía comportándose con cierto nerviosismo.

—No soy una prostituta.

—Eso ya lo aclaramos.

—Y a mí también me encantó estar contigo.

—Me alegra escucharlo —revelé más tranquilo.

—Pero tengo que irme, ya es mediodía y en unas horas entro a trabajar. Y si mis amigos no tienen noticias de mí llamarán a la policía.

—¿Ya es mediodía? —pregunté desorientado. Ella continuó con la búsqueda de su ropa y vistiéndose a las carreras.

—Esa es la hora que marca el reloj que está en la pared.

Señaló el objeto con la cabeza, así pude percatarme de su existencia y confirmar la hora. Ni siquiera lo había visto al llegar.

—¿Por qué no les envías un mensaje de texto a tus amigos, o los llamas? —propuse para que se quedara un poco más. No sé por qué quería más de ella.

—Mi teléfono está apagado. Debió descargarse durante la noche.

Corrió para tomar sus zapatos, olvidados cerca del sofá, y se sentó allí para colocárselos. Su premura me inquietaba.

—Usa el mío, o el del hotel. Yo pagaré esa llamada.

Se ató los cordones de las zapatillas con rapidez y enseguida se puso de pie para observarme con tristeza.

—De verdad, necesito irme.

—¿Y así termina todo? —quise saber con el corazón roto.

Nunca me había sentido tan usado y humillado, ni siquiera, cuando había sufrido acoso en la escuela.

Madison corrió hacia mí y me encerró mi rostro entre sus manos para darme un beso largo y profundo, que fue como un bálsamo que calmó un poco el dolor de mis heridas.

—¿Quieres que volvamos a vernos?

—Sí —respondí enseguida. De verdad que lo quería.

—Te dejaré mi número y hablamos luego. Puedes escribirme o llamarme cuando quieras. Si estoy en una clase, al menos, te escribiré para que sepas de mí.

—¿Lo prometes?

Su sonrisa dulce fue su contestación y su siguiente beso la forma en que sello un pacto

entre nosotros.

En mi pechó ocurrió un extraño estallido por culpa de sus caricias. Por instinto solté la sábana que me cubría y la envolví en mis brazos, pero ella se escurrió con facilidad aprovechando su baja estatura. Tomó su bolso y su móvil y, mientras caminaba a la cómoda, sacó un lápiz labial. Escribió con rapidez una serie de número en el espejo antes de dirigirse a la puerta.

Me repasó con descaro disfrutando de mi cuerpo desnudo y excitado.

—¿Vas a dejarme así? —pregunté provocativo.

—Te lo compensaré luego —aseguró ella y se lamió los labios. Ese gesto tensó aún más mi cuerpo.

Pero igual abrió la puerta y salió. Cuando dejé de ver sus ojos brillantes y claros me sentí desolado.

De pronto la habitación se volvió fría y enorme.

—Maldición —me quejé lleno de una frustración asfixiante.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 9. Madison.

Luego de la muerte de mi madre, tuve que cambiarme de residencia estudiantil. Antes había estado en las ubicadas dentro de la universidad, que se hallaban a un par de minutos del campus donde estudiaba. Ahora me quedaba en una asentada en las afueras, en un barrio de los alrededores.

Como tardaba media hora para llegar a los edificios de aula (si corría podía hacerlo en menos tiempo) me resultaba imposible levantarme tarde, o distraerme en actividades previas. Lo bueno era que gozaba de mayores libertades, ya que nadie me supervisaba y ahorraba algo de dinero.

Cuando mi madre vivía ella me socorría con determinados gastos, ahora todo iba por mi cuenta. Por suerte contaba con una beca y con un trabajo de medio tiempo como mesera en un merendero. De esa forma solventaba cada una de mis obligaciones.

Ese día, a pesar de estar agotada y con sueño, tenía que trabajar en la tarde, por eso me urgía marcharme del hotel. Ya me hubiese gustado quedarme tumbada en la cama encima o debajo de Liam, memorizando cada milímetro de su cuerpo.

Me quedaba media hora para prepararme y otra media hora para comer con calma antes de ir al merendero, pero sabía que no tendría todo ese tiempo disponible. De seguro Rogers me esperaba en la habitación para saber lo ocurrido en el hotel y Cleo me atosigaría con regaños por mi alocado comportamiento.

Al entrar, y como lo supuse, me recibió mi amigo. Estaba hecho un manojo de nervios. Corrió hacia mí exigiendo información precisa y detallada.

Cleo se quedó sentada en el escritorio, había estado leyendo un material de estudio. Solo me dirigió una mirada cargada de reproches y se cruzó de brazos.

—¡Comienza a contar con pelos y señales todo lo sucedido con Liam Davis! —pidió Rogers.

Resoplé con hastío y quise avanzar hasta mi clóset para sacar mi ropa y darme una ducha, pero él se interpuso en mi camino con cara de advertencia.

—Pasó lo que tenía que pasar, ¿bien? —respondí molesta para superar el interrogatorio y quise continuar, pero de nuevo me resultó imposible.

—Dime: ¿Te drogó? ¿te hizo cosas sucias? ¿Te ató a la cama y tapó tus ojos con una venda? ¡¿Sacó un látigo?! —consultó ansioso.

—¡¿Qué?! ¡Nooo! —aclaré con cansancio—. Hablamos un buen rato y luego tuvimos sexo —expliqué pasando junto a él para tomar ropa limpia y meterme en la ducha—. Pero fue lindo y muy intenso, sin sadomasoquismo ni cosas de esas.

Rogers resopló decepcionado.

—¿Eso fue todo?

—¡¿Qué querías que pasara?! —pregunté viéndolo a los ojos.

—No sé, es una estrella de rock. Si te das una vuelta por internet te asombrarás de las cosas raras que hace esa gente con las grupis que dejan entrar a sus habitaciones.

Iba a impugnar sus palabras, pero Cleo se adelantó.

—Ni Madison es una grupi ni Liam Davis es una estrella de rock. «Todavía».

Enfatizó aquel «todavía» para evitar mis reclamos, ya que le había dedicado una mirada furiosa. No me gustaba que minimizara el esfuerzo de otros, mucho menos, el de Liam. Quizás aún no era una estrella de rock en toda regla, pero comenzaba a cosechar grandes éxitos y su camino a la fama se despejaba cada día.

—Me parece que todo salió bien —aceptó ella poniéndose de pie para acercarse a mí. En su rostro se divisaba verdadera preocupación. Por eso la adoraba y evitaba que discutiéramos. El motivo de su actitud era porque le importaba como amiga.

—Fue perfecto —ratifiqué para calmar sus angustias—. De verdad, no hubo nada raro ni violento. Liam es mucho mejor de lo que pudimos imaginar.

—Entonces, no tengo que ir a picarlo en pedacitos —agregó Cleo decepcionada.

—Y eso que ya habíamos alquilado una motosierra y anoche abrimos una zanja a la orilla de la bahía para enterrar sus pedazos. Tanto trabajo para nada —aportó Rogers con semblante irritado.

Puse los ojos en blanco.

—Son insoportables, ¿lo sabían? —Ambos estallaron en risas—. A veces creo que esperan que algo muy malo me suceda en verdad —pinché, y caminé hacia el baño.

—¡Solo queríamos algo de acción! —terció Rogers y se dirigió a la cama para seguir con la lectura del libro que había tenido entre las manos y Cleo se sentó de nuevo en el escritorio.

Decidí fastidiarlos para que no pensaran que era una sosa.

—Tuve que escapar por una ventana del hotel porque una fanática loca se enteró de mi presencia y quiso entrar a la habitación para sacarme por los pelos.

Ambos me observaron con sorpresa. Rogers corrió hacia mí para exigir más información, pero yo me apresuré por llegar al baño y cerré la puerta muerta de la risa.

—¡No seas injusta, Madison! ¡Cuéntanos todo! —exigió golpeando la puerta.

—¡¿Quién era esa perra?! ¡¿Te siguió?! —pidió Cleo, ansiosa por pelear con alguien para relajar la tensión que le creaban los exámenes.

Entre carcajadas me desnudé y entré en la ducha mientras ellos seguían pidiendo noticias. Al comenzar a correr el agua dejaron de insistir. Comprendieron que les había jugado una broma.

A pesar de todas las cosas absurdas que hacía y de los errores que cometía, había momentos de alegría y sosiego en mi vida y esos eran cuando me encontraba con mis amigos. El único lugar, hasta el momento, donde me sentía segura y cómoda.

Sin embargo, debía reconocer que las horas que había pasado junto a Liam resultaron mucho más agradables que las fantasías que había creado con él en mi cabeza. Aquel fue encuentro que jamás iba a olvidar.

Acaricié mi cuerpo mientras el agua caía sobre mi piel, recordando su toque y el contacto áspero y estremecedor de su lengua al recorrerme. Suspiré y alcé el rostro para que el agua caliente cayera en mi cara y sosegara mis ardores. Ya anhelaba estar de nuevo entre sus brazos, a pesar de haber pasado toda una noche, y una mañana, con él. Quería ser de nuevo devorada por su insaciable deseo.

Mi obsesión por Liam Davis subía a niveles estratosféricos, ya no solo quería al músico, sino al hombre voraz y exigente que había hallado bajo su ropa. Así como al dulce, inteligente y algo confundido con quien era capaz de mantener largas conversaciones sin aburrirme, que me hacía reír y conmoverme a parte iguales, y quien poseía una curiosidad desbordante por el mundo que lo rodeaba.

Aún me impresionaba lo sencillo que me había resultado abrirle mi corazón y contarle la parte más vergonzosa de mi vida, una que nunca le había comentado a nadie. A Cleo y a Rogers les había revelado extractos muy sutiles, sin tantos detalles, y tardé un año para sincerarme, hasta asegurarme que podía confiar plenamente en ellos. Con Liam había sido diferente.

Me animó el haber escuchado su triste historia, una similar a la mía. Así supe que él me

entendería enseguida, sin sentir lástima por mí o mirarme como si fuera una reina del drama. Fue como un desahogo… para ambos.

Solo el que ha experimentado tu misma derrota, es capaz de comprenderte a la perfección.

Nunca imaginé que Liam y yo fuéramos tan iguales, a pesar de provenir de mundos tan distintos. Tal vez por eso había logrado una conexión tan fuerte con él y con sus canciones, una que crecía con cada recuerdo de lo vivido, pero que debía controlar.

La experiencia de anoche había sido sublime y placentera. Sin embargo, dudaba que volviera a repetirse. Sabía que Liam y su banda estaban a un paso de alcanzar la fama, que posiblemente él se iría de la ciudad para hacer crecer su carrera y pronto quedaría inalcanzable.

Debía atesorar los momentos vividos a su lado como una anécdota especial, la mejor de mi existencia, sin hacerme falsas ilusiones.

Mi madre ya había pasado por esa pesadilla y sufrió muchísimo por eso. Yo no podía repetir su mismo error. Lo juré en su lecho de muerte y no podía fallarle.

Debía olvidarme de Liam Davis y de sus adictivos besos.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 10. Liam.

Por más que traté de eludirlo, me fue imposible faltar a la reunión de esa noche en la mansión de los Thomson. Jonathan estuvo a punto de reventar mi teléfono con advertencias y recordatorios, era indispensable mi presencia.

Me sentía como si aquello se tratara de un funeral, donde no conocía al muerto. No entendía por qué estaba allí, si igual mi opinión no significaría ninguna diferencia. Las decisiones ya estaban tomadas.

—Señor, Davis. Bienvenido.

Un mayordomo me abrió la puerta y me indicó con gentileza el lugar del encuentro. La casa de los Thomson era inmensa y estaba llena de lujos y excentricidades. Esos hermanos no eran unos tipos súper millonarios, pero todo lo que ganaban lo invertían en su hogar. Muy inteligentes.

La mansión era larga, al menos, a mí me daba la impresión de contar con kilómetros de pasillos por donde se distribuían las habitaciones. Abrías una puerta y pasabas a un ambiente diferente, o a un jardín, o un salón con spa, a una piscina techada o a un estudio de grabación.

Ambos hermanos vivían allí con sus familias. En realidad, eran como cinco casas en una, conectadas entre sí y con fachadas similares. Todo un mundo.

Yo tenía un pequeño departamento en el centro, mi escondite particular, que bien pudiera abarcar una sola de las habitaciones de esa mansión. Era impresionante, pero ese día me daba igual como se viera, o lo que allí sucediera. Solo deseaba terminar rápido con aquella responsabilidad para irme.

Mientras caminaba hacia el área donde se realizaría la reunión vi que en la zona de la piscina se llevaba a cabo una fiesta. Había música, luces de colores, humo de ambientación y gente semidesnuda compartiendo muy animada.

—Genial, de seguro allí estarán Oliver y los demás chicos —me quejé sintiendo crecer mi rabia.

No era la primera vez que ellos escapaban de algún compromiso por disfrutar y me dejaban a mí como único responsable. Si en esa ocasión sucedía igual, estaba dispuesto a marcharme sin darle razón a nadie. Comenzaba a cansarme toda esa situación.

—Qué bien que ya hallas llegado —me dijo Ben Thomson al recibirme.

Entramos en un salón donde ya se encontraba su hermano Matt, hablando con Chester Harris, el padre de Jonathan y nuestro patrocinador. Algunos miembros del staff se hallaban en las cercanías, así como todos los miembros de la banda, incluyendo a Walter.

Me sorprendió la asistencia total. No era común que nos congregáramos todos en una misma habitación, a menos, que fuera minutos antes de un concierto. Era evidente que el trabajo de insistencia de Jonathan había surtido efecto. Pero lo que me paralizó en medio de la sala no fue la sorpresa por la gran asistencia, sino la presencia de Brandon Davis en aquel lugar. ¿Qué carajos hacía allí?

Mi padre hablaba en medio de risas con Jonathan, lo acompañaba una mujer alta y rubia, que lo tenía tomado del brazo como si temiera que él escapara de un momento a otro. No me molestaría por preguntar su nombre, tan solo se debía a «otra más». Una nueva estrella fugaz que atravesaba su firmamento.

—Liam, que bueno que hayas venido. Ven, muchacho.

Matt me llevó hacia unos sofás de estilo inglés ubicados en un costado. Me entregó un vaso con licor cuando me senté y llamó al resto de los invitados para que se acercaran.

Me concentré en detallar la bebida dejando que mis cabellos cubrieran mi rostro, así no tenía que compartir miradas ni saludos con nadie, pero «él» se sentó a mi lado, muy cerca. Me obligó a verlo a los ojos.

—Hola, Liam. Cuanto tiempo —expuso con una sonrisa, como si se reencontrara con un viejo amigo.

Yo apreté la mandíbula para controlar mi indignación.

—Sí, la última vez te vi marcharte de la casa de mi madre con las manos salpicadas de sangre y dejando una destrucción que me costó días recomponer.

Él perdió la sonrisa. Tal vez por mis palabras amargas, que sacaban a la luz sus errores más vergonzosos, o por la mirada cargada de reproches y rabias que le dirigí. El asunto es que se irguió con soberbia y enfocó su atención en los hermanos Thomson. Comprendió lo que podía recibir de mí si me forzaba a socializar.

En el sofá de enfrente se había ubicado Jonathan, quien me regañó con un gesto de su cara por el amargo saludo que le había dado a mi padre luego de años sin vernos. Evité resoplar con hastío y maldecir bebiendo casi todo el contenido de mi vaso, gracias al licor soporté la hora y

media que duró aquella reunión estando junto a aquel hombre.

Como lo había supuesto, todas las decisiones estaban tomadas. Terry Morgan nos quería como parte del cartel de su próximo festival de rock. De relleno, por supuesto.

Éramos una banda emergente, sin más logros que los que habíamos logrado como músicos locales. Lo positivo era que participar en esos conciertos nos daría mucha visibilidad con ejecutivos discográficos, quienes solían asistir a esos espectáculos para cazar nuevos talentos. Además, las actuaciones serían televisadas y radiadas, medio Estados Unidos conocería la música de los Squids y eso aumentaría nuestra fama.

Las posibilidades de obtener un contrato musical se triplicaban con esos shows. Los Thomson y Chester Harris ya tenían parte de la logística asegurada y nos facilitaban un calendario de reuniones y ensayos en un estudio para que preparáramos nuestra presentación.

Que debía incluir, por supuesto, los nuevos temas que estaba componiendo.

Ese último detalle despertó mis inquietudes.

—¿Solo tendremos dos semanas de descanso? —preguntó Theo de mala gana cuando estuvimos solo los músicos y Jonathan; menos Walter, que ya había hecho su acto de desaparición misteriosa. El resto de los presentes se dirigió a un salón anexo donde habían servido aperitivos.

—No habrá descanso, solo estaremos libres de asuntos oficiales —aclaró Oliver sirviéndose su cuarto vaso de licor de la noche—. Usaremos esos días para poner a tono los temas que tenemos y ensayar las nuevas canciones. —Se dirigió hacia mí para observarme con advertencia—. Tienes algo listo, ¿cierto?

Todos me miraron poniéndome nervioso.

—Hay una canción con la que podríamos comenzar —mentí, en realidad, era media canción la que tenía lista. La segunda estrofa y el cierre no me convencían del todo—. Solo debo ajustar el estribillo para darle más energía —completé, para que no se les ocurriera pedírmela en ese momento.

—Tómate tres días para hacer los arreglos que quieras —pidió Theo poniéndose de pie y sacando del bolsillo de su pantalón una bolsita con cocaína—. Déjanos disfrutar, al menos, de tres días de descanso, ¿sí? —exigió hacia Oliver.

William, que había estado sentado a su lado chateando con su móvil, sonrió divertido. Theo siempre quería tiempo libre para gastar el poco dinero que ganábamos con droga, mujeres y

alcohol. Parecía no querer nada más de la vida. Trabajaba duro un fin de semana para luego no saber nada más del mundo por el resto de los días.

Oliver lo ignoró para mirarme. Caminó en mi dirección mientras se bebía su licor de un solo trago.

—Necesito que te enfoques, Liam —me dijo demostrando molestia, y cierta embriaguez—. En dos semanas deberíamos tener listas unas cinco canciones.

—¡¿Cinco canciones?! —pregunté alarmado—. Para eso es el tiempo de ensayos programados que nos facilitaron los hermanos Thomson.

—¡No! —porfió Oliver con enfado. Desde hacía meses se comportaba de forma agresiva cuando bebía de más—. El tiempo de los ensayos será para montar el show que vamos a presentar, no para aprendernos las canciones.

—Los conciertos serán dentro de dos meses, Oliver, hay tiempo suficiente para…

—¡No! —me interrumpió con firmeza y me dedicó una mirada retadora que yo muy bien le respondí. Incluso me puse de pie para enfrentarlo. El resto del grupo dejó lo que hacía para detener la posible pelea. No era la primera vez que a Oliver le daba por lanzarse encima de alguno de nosotros cuando la mente se le desconectaba por el alcohol—. Tenemos que hacer las cosas bien, ¿entiendes? Si dejamos todo para el final se notará la improvisación.

—No es necesario que…

—¡Deja de acostarte con putitas y enfócate en terminar las malditas canciones!

Lo observé con sorpresa, luego miré a Jonathan con una cólera creciente. ¿Le había contado a Oliver lo que había pasado en el hotel?

—¿Me pides a mí que deje de acostarme con mujeres para ocuparme de mis tareas? —pregunté con ira y sarcasmo—. ¿Quién se las lleva de a cuatro a la habitación y se pierde por días ahogado en alcohol y sexo?

—Yo no tengo que escribir canciones, ¡solo cantarlas! —expuso dirigiéndose al bar para servirse otro trago—. Todos aquí dependemos de ti y de tu trabajo. —Se giró para enfrentarme con actitud pendenciera—. Pero tú prefieres perder toda la noche con la primera puta que te enseña las tetas en vez de cumplir con el grupo. ¡¿Por qué dormiste con ella y no la despachaste a la hora, como siempre haces?!

Apreté los puños con fiereza para controlar el ramalazo de ira que me azotó. Jonathan se fijó en mi estado y se acercó a mí con intención de detenerme si se me ocurría atacar, pero yo no

iba a rebajarme de esa manera.

—No es tu problema con quién pase la noche o no. En mi vida privada nadie se mete —aclaré y lo señalé con un dedo—. Y si he tardado en escribir las canciones es porque no consigo nada de inspiración. Esta banda dejó de apasionarme. Ninguno de ustedes pone un gramo de interés en lo que hacemos. Theo solo piensa en drogarse e irse de fiestas, William se hace el desentendido distrayéndose con cualquier cosa y tú solo te ocupas de vaciar todas las botellas de licor que tenemos cerca. De Walter ni hablemos, él ni siquiera se cree parte del grupo. Entonces, ¡¿cómo esperas que yo me sienta comprometido?!

—¡Componer es tu responsabilidad, ese fue el acuerdo! —gritó Oliver y lanzó el vaso al suelo.

El sonido que produjo al hacerse añicos nos sobresaltó a todos, pero ninguno se movió de su sitio. La tensión que creó aquel arranque de malcriadez nos dejó paralizados.

—¿Qué sucede aquí? —Matt Thomson entró en la habitación con rostro preocupado. Detrás de él venía su hermano Ben, Charles Harris y algunos otros del staff.

Al ver el vaso roto en el suelo y la forma en que Oliver y yo nos retábamos comprendieron la situación. Matt se aproximó con precaución, como si fuéramos dos perros rabiosos que estaban a punto de devorarse a mordiscos.

—Chicos, calma. Sea lo que sea podemos resolverlo conversando.

—Ya todo está resuelto —dijo Oliver sin dejar de desafiarme—. En tres días Liam tendrá las nuevas canciones. Las montaremos antes de los ensayos para ganar tiempo.

Apreté los labios con fiereza para no replicar sus palabras y crear una nueva discusión delante de tantos testigos. Además, él estaba embriagado, así sería imposible llegar a algún acuerdo.

Oliver, al ver que no rebatía su orden, decidió retroceder y salir de la sala con rumbo a la piscina, donde se desarrollaba la fiesta.

Luego de unos incómodos segundos, Theo lo siguió, escondiendo la droga en su puño para que no se la quitaran.

—¿Todo bien, muchacho? —me preguntó Matt cuando ellos desaparecieron.

Solo asentí y lo observé con incomodidad, no estaba de ánimos para dar respuestas a nadie, solo quería marcharme.

Al ver que Brandon entraba en el salón y me observaba algo confuso sentí más rabia. Si llegaba a mostrar un poco de preocupación por lo que había sucedido me haría estallar por la cólera. Era demasiado tarde para eso.

Sin despedirme me retiré de camino a la entrada. Me urgía poner distancia a todo ese caos.

—¡Liam! ¡Liam, espera!

Jonathan corrió para alcanzarme, pero yo no me detuve.

—¿Le contaste a Oliver de la chica que estuvo esta mañana conmigo en el hotel? —quise saber, sin dejar de avanzar hacia la puerta.

—No pensé que él se pondría así.

—¡¿Desde cuándo eres su confidente?! —reproché.

En la preparatoria, Jonathan y Oliver fueron muy amigos, pero luego se distanciaron bastante, sobre todo, cuando comenzamos a obtener reconocimiento por nuestra música y Oliver se transformó en un ídolo prepotente y descontrolado con el alcohol.

—Solo quise retomar la confidencialidad entre nosotros.

Me detuve en seco para encararlo. Él se mostró intimidado por mi actitud, pero no retrocedió.

—No vuelvas a utilizar mi vida privada como tema de conversación con otros, ¿entendiste?

Él parecía decepcionado.

—Tratemos de mantener la calma —pidió conciliador—. Hay que retomar la buena relación en el grupo, Liam. Están a punto de dar un paso importante, hay mucho en juego.

—No sacrificaré mi intimidad para que todos vuelvan a estar bien —apunté con severidad —. Lo que haga y con quien lo haga es solo asunto mío.

—Está bien, lo entiendo, no volverá a suceder. Te lo prometo.

Lo miré con advertencia para acentuar mi decisión. No estaba dispuesto a soportar otra escena como la vivida minutos antes. Sin embargo, iba a decirle que aceptaba su disculpa para no crear más fisuras en nuestra relación, pero la aparición de Brandon me bloqueó las palabras.

Él parecía tener la intención de hablarme, aunque ni siquiera se atrevió a acercarse lo suficiente. Se quedó inmóvil cuando noté su cercanía.

Su presencia y su actuar inseguro reavivó mi enfado.

—¿Y qué carajos hace él aquí?

Jonathan bajó el rostro antes de responderme y se guardó las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Quedó fascinado con la música de la banda y quiere apostar por ustedes. Apoyará a los Thomson facilitándoles sus contactos.

El fuego de la ira crepitó en mi interior y comenzaba a superarme. Para no escenificar una nueva discusión seguí mi camino, más apresurado que antes. Me marché sin despedirme de nadie y convertido en una caldera de rabias y frustraciones.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 11. Madison.

Habían pasado varios días y no sabía nada de Liam. Trataba de convencerme a mí misma que nunca esperaría por él, que desde el principio sabía que jamás me llamaría. Eso le demostraba a mis amigos, pero en realidad revisaba mi teléfono cada media hora ansiosa por alguna señal de su parte.

Hombres como él no se fijaban en chicas como yo, a menos, que hicieran una tontería como la que había hecho en el Perla Negra, al mostrarle las tetas para llamar su atención. Por supuesto, me confundió con una grupi y por eso me había citado a su hotel. Al descubrir que solo era una idiota, insegura e inexperta, se desencantó luego de obtener lo que quería.

«No eres como las otras», me había dicho, refiriéndose a las miles de mujeres con las que de seguro se relacionaba a diario, más seductoras y ardientes que yo. «No sé cómo actuar contigo»… «eres agradable».

—Agradable una mierda —mascullé con rabia y guardé mi teléfono móvil en el bolsillo de mi delantal de trabajo, cansada de mirar la bandeja de mensajes vacía de notificaciones de Liam.

En una hora terminaba mi turno en el merendero y Rosita, mi supervisora, me había dejado solo cinco minutos de descanso. Mejor regresaba a mi puesto antes de que me llamara, era bastante regañona.

Era hija de inmigrantes mexicanos y tenía un carácter severo, pero cuando lograbas calar en sus gustos se convertía en todo un amor. Como amiga era fenomenal.

Cleo la adoraba, quizás por su personalidad firme. Mi amiga era todo un desastre y Rosita sabía mantenerla en su carril.

Sin embargo, la chica era exigente en el trabajo, le gustaban las cosas bien hechas. Allí no había amistades ni noviazgo que importara, si tenía que reclamar algo, lo hacía sin miramientos ni delicadeza. Le teníamos un poco de miedo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Cleo cuando me acerqué a la barra. Ella preparaba bebidas detrás del mesón, yo atendía las mesas.

—Trabajar, ¿no es obvio?

—Te dieron cinco minutos de descanso —me recordó y lanzó una ojeada hacia el lugar donde se encontraba su novia, que atendía una mesa que a mí me correspondía, pendiente de que

no se girara y me encontrara fuera del lugar donde me habían recluido.

—Y ya pasó ese tiempo.

—¡Solo pasaron tres minutos! —impugnó en susurros, para que nadie la escuchara, solo yo.

—¡Pero no estoy haciendo nada, moriré por el aburrimiento si no me distraigo con algo! —dije molesta. Lo que quería era dejar de revisar mi móvil.

Ella sacó un paquete de servilletas de debajo del mesón y varios portaservilletas.

—Ayúdame a acomodarlas. —Resoplé con hastío. Cleo me miró con advertencia—. Y hazlo bien, o me retarán a mí por tu culpa.

De mala gana comencé a hacer ese trabajo, no tenía más opciones. No quería regresar al cuarto de los empleados, me aburría y lo único que hacía era ver mi teléfono y sufrir por la falta de comunicación de Liam, pero no podía reincorporarme a mis labores.

Minutos antes en una de mis mesas se habían sentado unos idiotas, estudiantes de mecánica industrial, que regresaban del complejo deportivo. Habían presenciado un partido del equipo de baloncesto de la universidad contra un club de Providence y era evidente que habían metido camufladas unas cervezas, porque el tufo a alcohol que tenían era insoportable. No estaban del todo borrachos, pero sí lo suficientemente ebrios como para resultar molestos. Reían a carcajadas y hablaban a los gritos, empujaban sillas y golpeaban la mesa cuando conversaban, molestando al resto de los clientes, aunque su peor comportamiento lo hicieron cuando fui a atenderlos.

Se rieron de mí por mi tamaño, preguntando al resto de los empleados por qué tenían a una niña de doce años atendiendo las mesas. Pedían a los gritos la presencia de un adulto. Su actitud discriminatoria subió varios niveles mi cabreo. Cleo no fue suficiente para detenerme cuando les solté cuatro insultos y, al ver que eso no los controlaba, tomé los vasos de agua que les había dejado sobre la mesa y les bañé el rostro.

Allí sí comenzaron a tratarme como la mujer que era, pero estaban tan furiosos por la vergüenza que les había hecho pasar (hubieron clientes que, por apoyarme, los insultaron y se rieron de ellos) que uno se puso de pie para amenazarme. Y posiblemente, agredirme.

No le di oportunidad. Lo patee fuerte en la pantorrilla, pero entonces, otro se aproximó para desafiarme, allí apareció Cleo tomándome por los brazos para alejarme. Dejó a Rosita, y a su carácter de fiera salvaje, ocuparse de echarlos a todos del merendero con ayuda de otros empleados y clientes.

Como me costó serenar la furia que me embargaba, que además estaba aderezada con la frustración de no saber nada de Liam desde hacía días, me recluyeron en el cuarto de los empleados hasta que se me pasara el enojo.

El problema era que aquello jamás ocurriría del todo. Estaba encolerizada conmigo misma, por no saber controlar mi rabia, por haber nacido con veinte centímetros menos de estatura y por seguir creyendo en el amor. Ninguna de esas cosas iba a superarlas jamás.

—¿Él sigue sin escribir?

La pregunta de Cleo me generó un ramalazo de ira en el pecho.

—No sé de qué hablas —dije sin verla a la cara.

—Vamos, Maddi. ¿Crees que no me he dado cuenta que sigues esperando noticias de Liam Davis? Por eso estás tan furiosa, no por lo que te dijeron esos idiotas.

Resoplé con hastío.

—Ya no espero nada de nadie. Lo sabes bien.

Mi voz sonó más afectada de lo que hubiese querido.

—Maldita sea, no me gusta verte así.

Intenté mostrar mi mejor semblante para no enfadar a mi amiga, pero me resultaba imposible.

—Lo superaré, Cleo. Siempre lo hago.

Y era cierto. En el amor era un desastre, siempre me enamoraba de quien no debía, pero con Liam me sobrepasé. Me había ilusionado con alguien inalcanzable. Nunca aprendía, era una estúpida en toda regla.

Mucho había logrado con que se fijara en mí el día del concierto y me invitara a su cama. Eso era más de lo que una fanática podía aspirar de su músico preferido.

Pero, en vez de conformarme con eso, seguía esperando por otra oportunidad. Parecía una demente.

—Antes de que salieras del cuarto de los empleados —habló Cleo—, Rogers me avisó que consiguió tres entradas extras para la muestra de cortometrajes que habrá esta noche en la sala de cine de la universidad. Su novio de turno está entre los organizadores. Con eso te distraerás, Rosita, tú y yo podemos ir.

Sonreí con desgana. Sabía que mi amigo estaba en el trabajo de buscar esos pases, su novio de esta semana le había prometido conseguírselos (los novios siempre le duraban una semana, se aburría rápido de ellos), pero ya no tenía ganas de asistir. La depresión comenzaba a dominarme.

Mi teléfono móvil sonó anunciando la llegada de varios mensajes de texto. Comprimí el rostro en una mueca de desagrado y los ignoré para continuar con mi tarea. Cleo me vio con curiosidad.

—¿No vas a ver quién es?

—Ya sé quién es —aseguré irritada y con mi atención fija en mi tarea.

Ella respiró hondo antes de intervenir.

—Es sobre tu padre, ¿cierto? —No contesté. Las respuestas se me atoraban en la garganta cuando se trataba de él—. ¿Por qué no les dices que te dejen en paz?

—No puedo hacerlo —confesé, cabizbaja.

—¿Por qué?

Apreté los labios con fiereza, había verdades que me costaba confesar. Aunque consideraba a Cleo mi mejor amiga, existía una parte de mí que no quería que ella conociera. Como a la mujer rencorosa que llevaba dentro, a quien le costaba olvidar el abandono y los desplantes para seguir adelante.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta de Rosita me salvó de dar explicaciones de las que no estaba preparada.

—Ya se me pasó el enojo, me gustaría retomar mi trabajo.

Rosita, que era bastante perceptiva, me evaluó con los ojos entrecerrados. Esa mujer parecía tener un escáner en la mirada capaz de detectar el estado anímico de las personas.

—Alana necesita más bandejas desechables. Hoy a la gente le dio por pedir mucha comida para llevar. ¿Podrías traer del depósito unos tres paquetes?

Suspiré con frustración. Entendía lo que hacía, no confiaba en mi capacidad de control. De seguro veía en mi semblante que aún no estaba del todo bien luego de la pelea con los idiotas de mecánica y, al ser responsable del trabajo en el merendero, no podía permitir que una empleada siguiera peleando con los clientes aunque tuviese la razón.

Prefería ponerme en otras tareas mientras culminaba mi jornada de trabajo, así evitaba más inconvenientes.

Acepté resignada mi destino, como siempre sucedía, y me fui de hombros caídos al depósito. No solo estaba enfadada y desanimada por la falta de comunicación de Liam y por la pelea de minutos antes, sino porque Cleo había revuelto toda la mierda que tenía dentro de mi pecho con la pregunta sobre mi padre. Aquello terminó de doblegarme.

Me ocupé de la tarea que me impusieron mientras pensaba en las maneras en que podía negarme a la salida con mis amigos de esa noche. No tenía ganas de socializar, ni salir con nadie. Deseaba encerrarme en la habitación a sufrir por mis desgracias, y dormir, hasta que lograra olvidar las miserias que marcaban mi existencia.

Mientras buscaba entre los anaqueles del depósito los paquetes de bandejas desechables decidí dar una ojeada a mi teléfono móvil, quería que un proyectil terminara de atravesar mi pecho adolorido y nada mejor que una nueva decepción para cumplir con ese sueño.

Las palpitaciones se me detuvieron al ver que tenía tres notificaciones de un número telefónico desconocido.

No pude evitar que la esperanza envenenara de nuevo a mi mente mientras abría con rapidez los mensajes.

«Hola, ¿estás disponible?».

«Me gustaría verte esta noche».

«Liam Davis».

El mundo se me fue a la cabeza con esos mensajes. Casi perdí el conocimiento por la emoción. Aunque preferí liberarme de ella de una forma más sutil que un desmayo por culpa de un accidente cerebrovascular: grité con todas mis fuerzas la alegría que me inundaba.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 12. Liam.

Los días de esta semana fueron terribles. Por primera vez, desde que había iniciado la aventura de formar parte de una banda de rock, sentí la música como una carga pesadísima que no quería soportar.

Tuve que encerrarme en mi departamento día y noche para terminar de componer las canciones que estaba preparando, salía únicamente para lo imprescindible, pero tan solo pude finalizar un par de ellas. O eso creía.

Se las envié a los Thomson y le dieron el visto bueno, aunque no sé si lo hicieron para salir del paso y contar con material que pudiera calmar las ansiedades de los chicos, y de los productores del festival al que estábamos invitados, o de verdad les había gustado. Al menos, eso me daba la oportunidad para relajarme un día antes de reunirme con la banda.

Esta noche tendríamos una fiesta privada en la mansión de los Thomson. Algunos periodistas estarían presentes. Matt y Ben querían que la prensa nos conociera aún más y escuchara nuestra música. No nos presentaríamos en vivo, solo proyectarían varios de los conciertos que habíamos realizado en la ciudad y al final daríamos entrevistas.

No tenía muchas expectativas con esa celebración. Por Jonathan sabía que las cosas no marchaban bien con el resto del grupo. Oliver se había visto envuelto en una pelea de faldas en un bar con músicos de otras bandas; a Theo tuvieron que rescatarlo de un hotel de mala muerte donde lo habían dejado tirado unos «amigos», drogado y semidesnudo; a William, su exnovia, con quien había terminado hacía meses, pero con quien seguía viviendo, lo echó de la casa luego de haber tenido una fuerte discusión con él, por eso llevaba días durmiendo en el sofá de la casa de los Harris; y Walter no respondía ni mensajes ni llamadas, le habían dejado varias notas con su esposa, pero aún no tenían respuestas de ninguna de ellas.

En fin, esta noche sabría si los Squids seguían en pie o se habían desintegrado antes de haber nacido, por eso no quería ir solo a esa fiesta. Era probable que fuese deprimente.

Me comuniqué con Madison Gadner y le pedí que me acompañara. Tenía muchas ganas de volver a verla, había pensado mucho en ella en ese tiempo. La claridad de sus ojos, de mirada inquieta, se quedó tallada en mi subconsciente, así como la calidez de su sonrisa, que resultaba contagiosa. Ni hablar de la delicia de su piel, que vibró con cada toque de mis manos. La boca se me hacía agua al recordarla. Necesitaba más de ella.

Temí que se negara a la cita, había dejado pasar varios días luego de nuestro encuentro y ni siquiera un mensaje de texto había logrado enviarle, pero no quería distraerme de mi tarea. Ya su recuerdo me impedía concentrarme por completo, si llegaba a contactarla, no solo perdería horas en conversaciones interminables, sino que probablemente hubiese dejado todo para verla, fallando una vez más a mi compromiso con la banda.

Los ánimos los había dejado bastante caldeados en mi último encuentro con el grupo, no podía empeorar la situación.

Pero aquella era una noche libre y había tenido la suerte de que Madison aceptara acompañarme. Esperaba recuperar el tiempo perdido con ella. Como habíamos quedado por mensaje de texto, fui a buscarla en la noche al edificio donde se residenciaba. Ella esperaba afuera, acompañada por dos amigas.

Luego de estacionar el auto y mientras me bajaba pude detallarla. Se veía preciosa con el vestido entallado que se había puesto, de un verde brillante, como el color de sus ojos, que dejaba a la vista sus piernas bien proporcionadas.

Caminé hasta quedar frente a ella. Era pequeña, apenas me llegaba a los hombros, pero para mí era perfecta. Tan radiante y alegre que me era imposible mantener mi mal humor a su lado. Todos mis conflictos, rabias y confusiones se esfumaron de mi cerebro dándome alivio.

—Hola.

—Hola —me respondió algo ansiosa, parecía a punto de estallar por la emoción que estaba conteniendo.

Me gustaba que sintiera eso por mí. Solo por mí.

—Estás hermosa.

—Tú también.

—Y yo lo estoy más.

Nos interrumpió una de sus amigas. Una chica robusta de cabellos cortos que parecía enfadada. A su lado se hallaba otra, también de cabellos cortos aunque pintados de azul, quien le dio un pellizco en un brazo como reclamo por su actitud.

Me sorprendió la mirada de odio que Madison le dedicó y transformó por completo su semblante. El alegre que me había dedicado se convirtió en uno cargado de amenaza.

—Ella es Cleo, mi amiga —me dijo para presentarme a la que había hablado. La tal Cleo

me saludó con un movimiento de mandíbula, sin modificar su mirada retadora a pesar de que la otra joven no paraba de regañarla en susurros—. Y ella es Rosita.

—Hola, Liam —me saludó la de cabellos azules con una sonrisa, yo le devolví el gesto.

—Es mi novia —soltó Cleo con molestia. No comprendía su enfado y, al parecer, ni Madison ni Rosita tampoco, porque no paraban de amonestarla de forma sutil.

—Genial —fue mi única respuesta y guardé mis manos en los bolsillos de mi pantalón. De pronto nos abordó un silencio incómodo.

—¿Nos vamos? —pidió Madison con cierto hastío.

—¿A qué hora vas a llegar?

La pregunta de Cleo fue respondida con otro pellizco de Rosita y un gesto de odio de Madison. La escena estuvo a punto de hacerme reír. Tuve que apretar mis labios para no hacerlo, comenzando a entender lo que sucedía.

Yo era un extraño y pretendía llevarme a su amiga a un sitio desconocido, porque no le había facilitado a Madison la dirección del lugar. Su actitud era solo una advertencia para que supiera que Madison no estaba sola.

—Prometo que la cuidaré y la regresaré sana y salva antes del amanecer —le dije para tranquilizarla y evitar que la atosigaran con más pellizcos y reprimendas.

—Espero cumplas tu palabra —me avisó pendenciera—. Tengo una motosierra y sé cómo enterrar un cadáver sin dejar rastros.

—¡Cleo!

Quedé estupefacto ante sus palabras. Madison la regañó, indignada, y Rosita estalló en carcajadas. Su risa calmó mi asombro y me hizo reír también.

—Lo tendré en cuenta —respondí esforzándome por mantenerme serio. Debía confesar que esa chica me daba un poco de miedo y no quería que pensara que me burlaba de ella.

Luego de que Madison la retara por última vez con la mirada, me tomó por el brazo y me arrastró hacia mi auto con una firmeza y una autoridad avasallantes. Me encantó su actitud mandona, y hasta me excitó.

Dentro del auto, ella se esforzó por desechar su irritación para mostrarse de nuevo alegre.

—Disculpa a mi amiga, es muy exagerada.

—Tiene razón de ponerse así. Soy un completo extraño —justifiqué mientras encendía el auto.

—No lo eres. No del todo. Bueno, al menos, no para mí —dijo mostrándose de nuevo encantadora.

No pude soportarlo y me incliné hacia ella para darle un beso en los labios. Su contacto me hizo temblar.

—Quise darte ese beso al verte, pero tuve miedo de que tu amiga sacara la motosierra.

Las carcajadas de ella y sus mejillas sonrosadas me dejaron fascinados.

—No te preocupes, yo se la escondí antes de que llegaras.

El buen humor nos acompañó hasta la casa de los Thomson, estando allá no pude evitar que la tensión me embargara. La fiesta era a todo dar, con Dj incluido y luces estroboscópicas. Decenas de autos se aglomeraban en la entrada y se veía más gente de la que podía entrar en el bar Perla Negra.

—Maldición —mascullé mientras bajaba. Había tenido la esperanza de que aquello fuese una reunión privada.

Noté que Madison observaba nerviosa el lugar, no se sentía cómoda. La tomé de la mano y entrelacé nuestros dedos para infundirle confianza. Su sonrisa radiante fue la energía que me animó a asumir mi realidad y entrar en la mansión. Había pensado en escapar de allí a las carreras.

El ambiente adentro era una completa locura. El salón principal estaba tan abarrotado de gente que nos costó movernos. Busqué con la mirada a alguien conocido o al personal de la casa, anhelando que aquella fuera una de las tantas fiestas que los hijos de los Thomson hacían al margen de las actividades que sus padres realizaban.

Al divisar a un miembro de nuestro staff salir de un bar con dos botellas de cerveza en la mano le consulté por nuestros anfitriones. Me indicó que acababan de trasladarse a un salón ubicado en el pasillo que daba a las oficinas, para atender las dudas de los periodistas antes de regresar.

Me dirigí a ese sitio con Madison a cuestas, ella parecía asustada. Si no conseguía a los Thomson la sacaría de allí. Era evidente que no estaba acostumbrada a ese tipo de eventos. Yo tampoco.

—¡Liam!

Theo me recibió en la entrada del salón privado, iba acompañado por unos «amigos». Aunque su rostro estaba encendido por las drogas y el alcohol, no se hallaba en una condición deplorable. Apenas iniciaba su noche de excesos.

—¡¿Y los Thomson?! —le pregunté.

—¡Adentro, con los demás! —Le palmee un hombro como despedida para entrar con Madison, sabía que escapaba a la fiesta agitada que se gestaba en el salón principal, pero él me detuvo y me habló cerca de la oreja de forma confidencial—. Tu padre está allí, ahora será nuestro promotor. Nos consigue una reunión con su antigua disquera.

Quedé paralizado y lo miré con asombro.

—¿Qué dijiste?

Él alzó los hombros con indiferencia.

—Convenció a Charles Harris de que nosotros ya estábamos a otro nivel, que él podía guiarnos mejor.

La furia me embargó, pero no pude moverme. No sabía qué hacer.

Theo me palmeó un hombro manteniendo una mueca de incomodidad en el rostro antes de seguir su camino, él sabía lo terrible que me había sentado esa noticia.

Al quedar solos, Madison me observó confusa y se aproximó para hablarme. Por el sonido de la música no pudo haber escuchado lo que Theo me había contado, pero mi estado debía advertirle que algo sucedía.

—¿Estás bien?

Iba a mentirle y disimular mi estado. Ella no tenía por qué saber lo que me pasaba y lo mucho que me irritaba el hecho de que mi padre regresara de pronto y pretendiera meterse en mi vida y dirigirla sin antes pedir disculpas por su abandono.

No quería nada de él, ni siquiera su cercanía. Odiaba que se impusiera sin siquiera preguntarme o sin querer resolver primero toda la mierda que había dejado.

Los Squids me habían rescatado del naufragio de dolor y abandono que él generó. Gracias a ellos pude respirar de nuevo y avanzar sin seguir siendo atropellado. Fuera de la música que creaba con el grupo todo era recuerdos del pasado, de sentirme solo e incomprendido, sin las piezas necesarias para funcionar de manera correcta.

No quería que él invadiera ese espacio de mi vida, que lo ensuciara con su egoísmo. La

rabia que me produjo enterarme de su intromisión fue tan súbita que me confundió. No sabía qué hacer, cómo reclamar, cómo impedir que él pusiera sus manos en el muro que me había costado construir para alejarlo de mí.

Justo en ese momento no tenía buenas relaciones con el grupo, me costaría convencerlos de que me ayudaran a impedir su intervención. Todos ellos anhelaban el éxito que Brandon Davis podía darnos. Él tenía contactos, ya había atravesado la vía que nosotros queríamos cruzar, su aporte sería crucial para la banda. Por eso Theo solo se había limitado a pasarme la información sin ofrecerme su apoyo.

Estaba solo en esto.

—Liam, ¿estás bien? Tienes el rostro muy colorado.

El fuego de la ira me calcinaba. No podía ocultarlo.

—Necesito… salir de aquí —pedí, asfixiado por la toxicidad que impregnaba ese ambiente.

—Bien —respondió ella con firmeza y comenzó a repasar los alrededores—. Vayamos a ese jardín. Tal vez podamos regresar por ahí al estacionamiento.

Me dejé arrastrar por Madison hacia el lugar que había indicado, sin saber a dónde íbamos. Estaba cegado. Solo quería huir.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 13. Madison.

No podía comportarme como una pueblerina, como muchas veces me habían etiquetado, pero lo cierto era que no lograba acostumbrarme a los ambientes agitados. Las celebraciones estridentes y las aglomeraciones me ponían nerviosa, me costaba manejar el caos.

Cleo y Rogers de vez en cuando me llevaban a eventos masivos para ayudarme a perder el recelo por las multitudes, aunque se trataba de conciertos en salones pequeños como el Perla Negra, donde apenas cabían un poco más de ciento cincuenta personas.

En la fiesta a la que me había llevado Liam se podían contabilizar muchas más. El sitio era gigantesco y estaba rodeado de amplios jardines que le permitía albergar a unas quinientas almas.

Y, por supuesto, todos tenían una estatura alta, lo que me hacía sentir más ínfima.

Si hubiese estado con mis amigos, me habría negado a poner un pie dentro de esa mansión, pero me hallaba con Liam Davis, mi músico favorito en el mundo, el hombre que comenzaba a robarme el corazón. No podía decirle que no.

La Madison que había nacido en un pueblo rural de Providence, entre gallinas, debía quedar bien escondida. Si quería disfrutar de una noche de diversión junto a una futura estrella de rock tenía que sacar a la luz mi faceta más atrevida.

Sin embargo, el preocupante estado de Liam me obligó a activar mi sentido de supervivencia para salir enseguida de allí. No sabía qué le había dicho Theo al oído, el baterista de los Squids, pero aquello lo dejó muy perturbado.

—¿Mejor? —quise saber al llegar a uno de los jardines laterales, a una zona poco invadida por los fiesteros. Nos sentamos en una banca ubicada entre arbustos de nandina.

—Sí… yo… —Él se apretó el puente de la nariz y cerró los ojos un instante, parecía controlarse—. Disculpa, Madison. Esto es vergonzoso.

—¡No! ¡Está bien! —me apresuré a decir—. Sé que hay cosas que nos hacen perder la calma y para dominarlas es necesario alejarnos un poco.

Él me observó como si yo fuera una habitante de otro mundo. Así me sentía muchas veces.

—Voy a pensar que estás acostumbrada a escenas como estas —comentó a modo de chanza, pero yo resoplé con hastío. No había nada más real que esas palabras.

—¿Te sorprenderás si te digo que es así?

Él sonrió con pesadez y estuvo pensativo un instante antes de hablar. Apretó mi mano, que no había soltado en ningún momento. Me encantaba sentir su calor.

—Gracias por haber aceptado venir. Tu compañía me hace bien.

—Gracias por haberme llamado de nuevo.

Me observó con unos ojos llenos de tanta tristeza que me partió el corazón.

—¿Por qué me haces sentir tan especial? —quiso saber.

—Es que eso eres para mí.

—He crecido sobre infinidad de errores.

Señalé con disimulo a nuestro alrededor, a las personas que teníamos cerca e intentaban olvidar con el alcohol, con las drogas, con la música electrizante y con una máscara de desinterés y diversión en el rostro sus propios dolores.

—Dime quien no vive así.

Liam repasó a las personas cercanas mientras asimilaba mis palabras.

Cuando comenzó a sonar la introducción de uno de los temas de los Squids, mi corazón saltó brioso. La gente dentro de la mansión gritó por la emoción.

—¡Es mi agrupación preferida!

Él sonrió divertido.

—Son terribles —se quejó con una mueca. Yo le golpee un hombro como represalia.

—Nunca insultes a los Squids en mi presencia, ¿entendiste?

De su rostro se borró todo rastro de angustia y malestar. La sonrisa le ocupó toda la cara.

—Yo mejor que nadie te puedo asegurar que son una gran…

Interrumpí su reproche con un beso. Me incliné sobre él apoderándome de su boca como si no hubiese un mañana, con mi lengua acariciando atrevida cada rincón hasta arrancarle gemidos. ¡Había anhelado tanto hacerlo!

—¿No sientes la energía? —dije sobre sus labios y con la respiración entrecortada.

—¿De qué hablas? —preguntó y buscó mi boca para continuar el beso, pero yo me alejé, jugando con él. Quería desesperarlo.

—De la música.

Se oía como la gente dentro de la casa coreaba a todo pulmón el tema, su letra motivadora me erizaba la piel. Me pedía que encerrara en lo más profundo de mi mente lo que me hacía daño y viviera el momento.

Liam me tomó por la mandíbula para apartar mi rostro un poco y así poder verme a los ojos. Me estremeció el brillo de fascinación y deseo que capté en su mirada.

—Yo solo te siento a ti. Eres como una repentina descarga eléctrica, me sacudes por completo.

Su confesión me dejó sin palabras, y sin posibilidad de movimientos. Ahora fue él quien invadió mi boca con un beso fiero, hambriento y exigente. Uno que fue capaz de resetear mi cabeza atolondrada.

Lo detuvo para respirar, en el preciso instante en que la canción se volvía más intensa y la gente que estaba en el jardín comenzaba a bailar y saltar, movidos por la energía que destilaba la música.

Oí unos fuegos artificiales estallar en las cercanías, pero no sabía si se habían producido en mi subconsciente o en la vida real.

Él se puso de pie y estiró su mano hacia mí.

—¿Quieres bailar?

Sonreí. La música de los Squids no se bailaba, ella se te metía en los huesos y te hacía saltar de alegría, o de rabia, buscando removerte las malas vibras del cuerpo. Pero él me obligó a pararme y me tomó por la cintura para hacerme bailar una especie de vals apresurado, que igualara el ritmo de la canción. Me hacía dar vueltas tan rápido que nos tambaleábamos, estando a punto de caer en varias oportunidades. No podía dejar de reír.

Nunca había realizado una danza tan penosa y a la vez, tan divertida.

Bailamos por todo el jardín hasta unirnos al pequeño grupo de personas que se encontraban en ese lugar, y disfrutaban de la música cerca de los ventanales que daban al salón principal. Allí pudimos gozar de la celebración sin ser asfixiados por la muchedumbre.

El Dj hizo sonar varias canciones movidas de los Squids y las mezcló con ritmos electrónicos. La locura fue total, tanto dentro como fuera de la mansión. Y entre Liam y yo.

Parecíamos dos niños saboreando por primera vez un sentimiento de satisfacción.

Minutos después, algunas personas reconocieron a Liam y quisieron acercarse a él para hablarle y felicitarlo por su trabajo. Él comenzó a mostrarse cohibido.

De algún lugar salió una guitarra y con ella le pedían que cantara algo. Aquello lo asustó, decía que lo suyo no era el canto, que no podía hacerlo, pero seguían haciéndole exigencias y él cada vez se ponía más nervioso. Me acerqué para hablarle al oído buscando calmarlo.

—Toca «Trozos de mí», yo la cantaré.

Me conmovió su mirada impregnada de terror, no quería que se sintiera así.

Le di un beso suave ganándonos una ovación. Mi gesto pareció tranquilizarlo y le aportó la valentía necesaria para tomar la guitarra y sentarse en la banca. La veintena de personas que nos rodeaban se ubicaron frente a él, ansiosos por escucharlo.

Me senté sobre mis piernas, a su lado. De esa forma él tocaba la guitarra semioculto por sus cabellos, con su atención fija en mi dirección. Solo a mí podía verme, al resto los había hecho invisibles.

Cuando hizo sonar los primeros acordes de mi tema favorito, mi piel se erizó por completo y el corazón se me hinchó por las emociones. Lo miré con adoración, descubriendo que él me veía de la misma forma. Eso hizo que aquel momento se convirtiera en un contacto más íntimo que la noche de placer que habíamos vivido en el hotel días atrás.

No era una unión de dos cuerpos que se deseaban, sino de dos almas que se encontraban y se reconocían entre ellas, y buscaban mantenerse juntas.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 14. Liam.

Madison cantaba fatal, pero lo hacía con tanta emoción que resultaba fascinante escucharla. Era como si la música se rompiera dentro de ella y la hiciera estallar en miles de pedazos. Sacaba de su interior toda la energía que poseía.

Y tenía una facultad especial para dirigir al público, hacía que todos siguieran su canto con la misma pasión.

No sé en qué momento pasé de tener un pequeño grupo de personas cantando a mi alrededor los temas que tocaba con la guitarra a un público numeroso y enfebrecido, que cada vez pedían más y más. Lo extraño fue que en ningún momento me sentí asustado. La tenía a ella a mi lado, controlando la situación, de la misma forma en que lo hacía Oliver sobre el escenario.

Matt Thomson apareció luego del sexto tema y me ayudó a salir de allí. La gente se quejó, pero él los invitó al salón donde se proyectaría un concierto de los Squids.

Regresé la guitarra a su dueño y llevé conmigo a Madison. Por poco la perdía entre la muchedumbre.

Matt me llevó al salón privado donde estaban los periodistas. Querían entrevistarme. El buen humor que había ganado con lo sucedido en el jardín me dio la fortaleza para enfrentarlos sin sentirme incómodo.

—¿Es tu novia? —me preguntó uno de ellos y señaló a Madison, que en ese momento regresaba del baño. Quedé mudo un instante, sin saber qué decir.

—Trabajo en eso.

Mi respuesta no solo le arrancó una sonrisa divertida al hombre, a mí también. La pasaba bien con esa chica, pensar en una relación más seria con ella no me resultaba descabellado, sino interesante.

Madison no me había escuchado. Cuando llegó a mi lado, el periodista recogía sus pertenencias para marcharse. Yo también quería hacer lo mismo, me molestaba ver que Brandon Davis se escurría entre los invitados dando información de nuestra participación en el festival de música como si fuera el dueño de la banda.

Odiaba que se sintiera con tantos derechos, pero no estaba en el lugar ni era el momento adecuado para quejarme. Ya lo haría en privado con los Thomson.

Minutos después, Ben Thomson logró reunir a la banda para tomarnos una foto grupal. El momento fue un poco tenso porque Oliver estaba algo embriagado, así como Theo. Walter tenía un humor de perros que no sabía disimular, porque no lo dejaban hacer sus desapariciones misteriosas, y William se notaba perdido, era evidente que lo habían llevado a ese sitio obligado.

Traté de poner mi mejor cara mientras los flash de las cámaras se disparaban, aunque el momento se volvió amargo cuando Brandon quiso incluirse y se ubicó a mi lado. Más cerca de lo que yo hubiese querido.

Me esforcé por evitar un semblante irritado, aunque supongo que fracasé, porque hasta Madison me observó curiosa.

Al irse la mayoría de los periodistas, ella se acercó a mí. Se había mantenido al margen, casi pegada a la pared. Me sentí mal al hacerle atravesar ese momento tan embarazoso. Respiré con alivio cuando acabó y pude pensar en retirarme.

—¿Y ésta quién es?

Oliver hizo aquella pregunta despectiva estando ella cerca. Le dediqué una mirada de odio como reprimenda.

—Está conmigo —respondí entre dientes.

—Eso lo sé, pero, ¿quién es? —exigió y la repasó de pies a cabeza. Madison le mantuvo la mirada cruzaba de brazos y con el mentón alzado.

Oliver la superaba por varios centímetros y la observaba con desprecio desde su altura, pero eso no la amilanaba, parecía manejar bien esos desplantes.

—¿Por qué no vuelves con Theo a la fiesta y nos dejas en paz? —le dije y asumí una postura desafiante para que dirigiera su atención hacia mí, olvidándose de Madison.

—Es la puta del hotel, ¿cierto? ¿La que nos enseñó a todos las tetas en el concierto?

Una humareda de rabia e indignación me invadió. Ahora me mostraba amenazante y lo enfrente cara a cara. De reojo vi como Madison descruzaba sus brazos y asumía una pose avergonzada.

—Vete a la mierda, Oliver. Estás borracho.

—¿Desde cuándo traemos a nuestras putas a las reuniones con la prensa?

Cegado por la ira lo empujé para iniciar una pelea. No iba a permitir que le faltada al respeto de esa manera, pero de pronto tuve a todo el grupo interponiéndose entre nosotros.

—Tranquilo, Liam. No pierdas el control. No se han ido todos los periodistas —me advirtió Jonathan.

William intentaba alejar a Oliver a los empujones para evitar más discusiones.

—¡¿Qué tal si la compartimos?! —gritó sacudiéndose de su agarre— Como es tan pequeña mi pene le resultará enorme. Eso le dará un gran placer.

Su provocación terminó de enfadarme y me concedió la fuerza para empujar a Jonathan y a Theo y así llegar de nuevo a él, para darle un fuerte puñetazo en la cara.

Oliver cayó al suelo por mi ataque, llevando consigo a William. Quise aprovechar la ocasión para lanzarme sobre él y darle más golpes, sus palabras ofensivas sacaron a la luz todas las frustraciones que me habían embargado desde mi llegada a la fiesta, pero me detuvieron. Me sostuvieron por detrás y apresaron mis brazos para inmovilizarme.

Aunque me debatí rugiendo de furia, alterado por la cara sonriente de Oliver, que parecía disfrutar del momento a pesar de tener el labio hinchado y sangrante, me fue imposible liberarme. Quien me sostenía era muy fuerte.

—Déjalo en paz, hijo. Esto podría dañar tu carrera que apenas empieza.

Esas palabras, dichas junto a mi oreja, me erizaron por el odio.

Me sacudí con rudeza, pudiendo encarar a quien me había detenido.

Brandon Davis quiso asumir una actitud paternalista conmigo, pero el gesto le quedaba muy grande.

—Hoy has logrado un excelente avance, Liam, no lo eches a la basura por una desconocida que no vale la pena —siguió él.

Sus palabras terminaron de infectar mi mente. Cerré los puños con fuerza para evitar que se estrellaran en su falso rostro de preocupación.

—Aquí el único desconocido que no vale la pena eres tú, que llegas sin haber sido invitado y a ocupar un puesto que desechaste hace mucho tiempo. —Me aproximé, para darle mayor firmeza a las palabras que diría a continuación. Aunque Jonathan y Matt Thomson se acercaron con intención de detenerme, ninguno de los dos me tocó. Sabían que si lo hacían empeorarían mi estado—. Nada de lo que hagas cambiará mis sentimientos hacia ti. Mi desprecio será eterno.

Nos debatimos con la mirada un tiempo indefinido, donde logré trasmitirle todo el odio que sentía mientras él se mostraba cada vez más afectado por mi actitud.

El silencio a nuestro alrededor fue tenaz. Nadie dijo nada, ninguno intervino, ni siquiera el cobarde de Oliver fue capaz de continuar con sus provocaciones. Solo se mantuvo al margen, relamiéndose su herida.

Me alejé varios pasos de ellos para sosegar el fuego que ardía en mi interior y mantenía a mi mente ahogada en el resentimiento. Al repasar el salón y no encontrar a Madison, me angustié. Ella se había marchado en algún momento de la discusión.

Me olvidé de todo para ir tras ella, nada me importaba más en ese momento. Por mi culpa la habían ofendido a pesar de los maravillosos momentos que me había hecho vivir esa noche. Tenía que encontrarla.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 15. Madison.

Me deshacía, sentía que pequeños fragmentos de mí caían al suelo mientras caminaba. Ni siquiera entendía a dónde iba, cruzaba el estacionamiento de aquella enorme casa en dirección al portón de vigilancia. Allí averiguaría cómo volver a la ciudad.

—¡Madison! ¡Madison! —los gritos de Liam me hicieron sentir peor. No hubiese querido que me siguiera. En momentos como esos anhelaba contar con la capacidad de desmaterializarme—. ¡Madison, por favor! —Se interpuso en mi camino para detenerme, sin atreverse a tocarme. Tal vez mi cara de amenaza era suficiente advertencia—. Sé que estás enfadada, pero dame una oportunidad de disculparme.

—Tú no tienes por qué disculparte conmigo, solo Oliver.

—Está borracho.

—Siempre lo está.

—Sí, es cierto —aceptó molesto—. Créeme que me encargaré de él luego, ahora solo déjame resarcirte la ofensa.

Resoplé con cansancio.

—Olvídalo, Liam. Solo déjame ir a casa.

—No quiero que te vayas así, hoy la pasamos genial, fuiste una gran compañía. Oliver no debió decirte esas cosas.

—Me desnudé frente a cientos de personas, para llamar tu atención, y no dudé en ir a tu habitación de hotel cuando me lo propusiste. ¿En qué me convierte eso?

—A ti en una fanática enamorada y a mí en un hijo de puta que se aprovechó de la situación para obtener más de lo que merecía. Soy yo quien debió recibir esas ofensas.

Puse los ojos en blanco, irritada conmigo misma. Por más que él buscara adornar la situación no lograría que pensara diferente. Había cometido un error y eso me marcaría por siempre.

—La pasamos genial, Liam, es cierto, pero creo que es hora de terminarlo.

—No quiero —expuso determinado y se aproximó a mí.

—Estás a punto de marcharte a Providence para participar en un festival de música y

luego, de seguro tendrás que irte a Los Ángeles, a California o a Seattle para grabar tu disco y hacer crecer tu música. No pierdas el poco tiempo que te queda en Kingston con alguien como yo.

—A Providence me voy en dos meses y no será para siempre. Es mucho lo que aún tengo que recorrer para que pueda grabar un disco y quiero pasar ese tiempo contigo, con nadie más.

Sus palabras me impactaron y confundieron. Me costaba creerme que él sentía algún tipo de atracción por mí.

—Deberías invertir esos días en fortalecer a la banda. Hoy los vi bastante divididos y poco comprometidos. Varios periodistas se dieron cuenta de lo que pasaba y hasta murmuraron a espaldas de ustedes.

Tuve que confesarle aquella realidad sabiendo que lo afectaría. Se quedó en silencio un instante, pensativo, luego suspiró hondo para hablarme.

—Eso no ha sido solo hoy, desde hace meses tenemos problemas, pero no puedo ocuparme de ellos si no lo hago primero de mí. Necesito sentirme bien para ayudarlos —reveló eso último en medio de un suspiro. Era evidente que sus propias emociones significaban un gran peso.

—¿Y crees que te sentirás mejor estando conmigo?

—Contigo me divierto. Desde hace mucho eso no me pasaba —dijo guardando las manos en los bolsillos de su pantalón y volviendo su mirada suplicante.

Varios mechones de cabello le cayeron cerca de los ojos, pretendiendo tapárselos. Quise apartarlos y acariciarle el rostro, pero me cohibí. No quería que pensara que solo quería un acercamiento físico con él. Ahora lo quería todo.

—¿Soy tu mono de feria?

Su sonrisa me hizo sentir poderosa.

—No, pero… me gusta mucho estar a tu lado.

Sus ojitos brillantes, ahogados en ruegos, me hicieron trizas el corazón. Quería abrazarlo, besarlo y darle todo y más. Nunca imaginé que el fuera tan vulnerable, y me hiciera a mí aún más vulnerable de lo que ya era.

—¿Y qué quieres hacer? —pregunté como si no le diera importancia al asunto, aunque en realidad, me moría por dentro de la emoción.

Liam se transformó por competo con mi pregunta. Pasó en segundos del abatimiento a la

determinación. La sonrisa se le dibujó en el rostro y se irguió como si ya los hombros dejaran de pesarle toneladas.

—No sé, podemos ir a la bahía o llegarnos en mi auto hasta Newport o a Providence. Si lo prefieres nos iremos a Boston o a Canadá. Dame una orden y yo la cumplo.

Reí divertida por las absurdeces que había dicho.

—¿Qué tal si vamos a comer algo en el centro? Tengo hambre.

—¡¿Tienes hambre?! —preguntó con amarga sorpresa—. ¡Qué idiota soy! ¡¿Cómo no se me ocurrió llevarte a comer antes?! —expuso indignado consigo mismo y enseguida me tomó de la mano para caminar con rapidez hacia su auto.

Su contacto cálido y suave me estremeció.

—¿No vas a despedirte de tus amigos? —consulté inquieta.

—Si vuelvo a entrar en esa casa terminaré envuelto en una pelea.

Me impactó su declaración. No imaginé que los problemas que presentaban los Squids fuesen tan delicados. Durante las entrevistas había escuchado murmuraciones de los periodistas sobre los excesos con la droga y el alcohol que varios de ellos cometían, pero me costaba creerme sus palabras. Como fans no llegaba a apreciar las grandes grietas que escondía la banda, solo los veía brillar como estrellas nacientes sobre el escenario, creyéndolos perfectos.

Me sentí triste por Liam, porque sabía que eso podría amenazar sus sueños de alcanzar la fama. Sin embargo, no volvimos a tocar el tema mientras subíamos al auto. Él me hablaba de los restaurantes que conocía en Kingston y me describía el menú que ofrecían para que eligiera el que quisiera.

Me encantaba su empeño de hacerme partícipe en las decisiones, había vivido siempre rodeada de gente que decidía todo sin importarles mi opinión. Solo con mis amigos había logrado encontrar algo de autonomía.

Sonreí satisfecha, adorando cada nueva faceta que descubría de Liam Davis. Mientras más lo conocía, más me enamoraba de él. Del real, no del músico talentoso.

Pero la sonrisa se me desapareció del rostro cuando puso el auto en marcha para salir de la mansión y dirigí mi atención hacia la casa.

Parado en las escalinatas de la entrada se hallaba Brandon Davis, nos miraba con seriedad y desaprobación mientras nos alejábamos.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 16. Liam.

Había pasado la mejor noche de mi vida, al menos, la mejor de los últimos años. Luego de ir a comer pollo con las manos y de caminar descalzos por la bahía mientras hablábamos de cualquier cosa que nos pasara por la cabeza, con la panza doliéndonos por las risas y con nuestras manos siempre entrelazadas, Madison y yo terminamos besándonos como dos adolescentes en el asiento trasero de mi auto.

Su boca era una adicción. Me costaba dejar de besarla, de chupar sus labios o jugar con su lengua. El sonido que hacíamos cuando juntábamos nuestros labios era fascinante, como si fuese el de las olas del mar, el del susurro del viento o el pisar de la nieve. Me relajaba y me provocaba querer más.

Me gustaba tenerla entre mis brazos, abrazar su cuerpo suave y cálido, aspirar su aroma y sentir el roce de sus cabellos en mi cara. Me hacía sentir bien y cuanto más la probaba, más necesitaba de ella, por eso al final de la noche nos fuimos a mi departamento.

Me sorprendí un poco al abrir los ojos y encontrarla a mi lado, en mi cama y desnuda. No era habitual que llevara mujeres a mi casa. Ahí estaban mis guitarras, mis equipos de música, mis discos y todos mis objetos personales. Era mi guarida, mi rincón privado.

Quienes traspasaban la puerta eran personas en las que podía confiar, que conocían mis mañas y obsesiones, y entendían mi locura. A Madison la había dejado entrar porque la veía como yo, sensible, independiente y muy natural.

Cuando me animaba a invitar a salir a alguna chica, estas preferían aprovechar mi status para colarse en fiestas exclusivas donde pudieran conocer a otros músicos o a gente del medio musical. Se mezclaban entre la muchedumbre para gritar, bailar y beber hasta caer desmayadas del cansancio, y si íbamos a comer, sería en el lugar más público y ostentoso de la zona, donde fuera posible encontrarse con más amigos o gente importante.

Y si llegábamos al sexo, tendría que ser en hoteles elegantes, con servicio a la habitación, vistas panorámicas y baño de burbujas incluido.

Ninguna me quiso a mí en verdad, sino a lo que podía darles para sentirse privilegiadas.

Madison fue todo lo contrario, y eso me fascinaba y asustaba en la misma proporción.

Ella buscaba conocer al hombre común, sin etiquetas. Al que despertaba todas las mañanas fastidiado porque no había cumplido con las tareas del día anterior, al que se sentía incómodo

con las multitudes y odiaba las reuniones de trabajo. Al que solo quería componer y escuchar música, y compartir en lugares íntimos para sentirse cómodo, sin presiones.

Madison buscaba a ese hombre y estaba a punto de encontrarlo, se metía por el camino correcto. Pero yo tenía miedo de lo que hallara, porque el verdadero Liam Davis estaba tan repleto de rencores, frustraciones y fracasos que no era muy agradable.

Sin embargo, la dejaba entrar. Me gustaba tenerla cerca, hurgando dentro de mi vida. Como lo había hecho entre mis discos en la mañana mientras yo le preparaba café y desayuno antes de regresarla a su casa, hasta dar con la música que me había hecho lo que soy: Jim Croce, James Taylor, Cat Stevens…

Se decidió por un tema Cat Stevens que nos afectó a ambos y hacía referencia a un padre que aconsejaba a su hijo hablándole de sus experiencias de vida. Dejé lo que hacía para acercarme a ella, que se había sentado en el suelo frente al toca disco. Me agaché tras su espalda y le acaricié los cabellos mientras oíamos la dulce melodía.

Nos hacía pedazos a los dos por la falta que nos había hecho tener un padre así. O simplemente, tenerlo.

Ahora Madison estaba en su casa, con sus amigos, y yo me hallaba de camino a mi amarga realidad. A enfrentarme con mis sueños frustrados.

Chester Harris había organizado una reunión en su casa para oficializar el cambio de promotor y hablar de lo sucedido en la mansión de los Thomson. Pensé en infinidad de excusas para faltar, pero sentía que debía dejar de huir a los problemas. Era hora de enfrentarlos.

Una vez más la banda estaba al completo y todos con caras largas. Nos mirábamos con recelo, como a la espera del inicio de insultos y ofensas.

—Tienen la aceptación del público, canciones que gustan a todos, un nuevo promotor con excelentes contactos y la oportunidad de participar en uno de los festivales musicales más importantes de todo Rhode Island. ¿Qué les molesta? —consultó Chester al tiempo que se fumaba un tabaco y se paseaba por su amplio corredor rodeado de paredes de vidrio, que daban una excelente vista a lado del patio donde se hallaba la piscina.

—¿Cuándo se decidió que Brandon Davis se convirtiera en nuestro promotor? —pregunté con evidente enfado—. A esa reunión no me invitaron.

—Ibas a negarte —contestó Oliver de mala gana. Había pasado todo el encuentro parado con nerviosismo junto a una de las puertas, con los brazos cruzados en el pecho y el rostro ojeroso y cansado. Era evidente que estaba ansioso por irse.

—¿Y acaso mi opinión no cuenta?

—Lo necesitamos, Liam. Lo sabes.

Apreté la mandíbula para no gruñir por la rabia.

—Lo que sé es que hemos venido trabajando bien desde que salimos del instituto. Que nuestra música guste y que siempre llenemos los locales donde nos presentamos es solo gracias a nuestro esfuerzo, no a la mediación de nadie. Si no hubiese sido por eso, Chester jamás se habría animado a financiarnos, ni los Thomson nos hubiesen apoyado, mucho menos, nos habrían aceptado en ese festival. Avanzamos bien solos, no necesitamos a Brandon.

—Yo sí necesito a Brandon —dijo Oliver con rabia y pretendiendo acercarse a mí, pero Theo se puso de pie para detenerlo. Pensé que se había quedado dormido en el sofá. Desde que llegó lo veía adormilado por los rincones. Me sorprendió que actuara con tanta prontitud.

—Chicos, chicos, tienen que dejar de hacer eso —nos regañó Chester dirigiéndose a su minibar.

—Liam, Brandon solo los apoyará en esta etapa de los festivales —aportó Jonathan—. Él conoce a mucha gente en varias disqueras del país, sabe hallar las mejores oportunidades y entiende de contratos discográficos, ya ha pasado por eso. Hará que una disquera los fiche mucho más rápido.

—¡Todos aquí saben de la difícil relación que tengo con él, no puedo aceptarlo!

—Pues, tendrás que hacerlo —dictó Oliver con actitud desafiante.

Estaba a punto de gritarle a la cara varias ofensas antes de irme a la mierda y cortar todo vínculo con la banda, cuando Chester habló.

—Será una ayuda desde la distancia. —Lo observé con odio, encendido por la cólera—. Brandon solo se mezclará con la banda cuando deban reunirse con la prensa, del resto, él trabajará por su lado y ustedes por el suyo. Casi no lo verás.

—Hay posibilidades que en menos de un año logremos un contrato, pero necesitamos a alguien con la experiencia de Brandon para que eso se mueva pronto y no nos jodan con exigencias absurdas —aportó William, que se mantenía sentado con fastidio en un sofá.

—Destroyer y otras bandas están en nuestra misma condición —expuso Walter, ubicado en una mesa apartada mientras comía cacahuates—. Si somos los primeros en firmar un contrato lograremos más privilegios, en caso contrario, seremos solo una sombra de los demás.

Cerré los puños para controlar la amargura. Me ponían entre la espada y la pared.

Como todos ellos, yo también quería alcanzar el éxito, si era rápido sería genial, pero no deseaba sacrificar mi calma y mis principios por eso. La inclusión obligada de Brandon Davis en nuestro equipo me daba muy mala espina.

—¡¿Y qué gana él con todo esto?! —pregunté al borde de mi paciencia.

—Se retirará de la música pronto, está cansado y busca nuevas opciones —me confesó Chester regresando al sofá con un vaso de licor en la mano—. Quiere dedicarse al negocio de los cazatalentos y desea comenzar con ustedes, porque descubrió el gran potencial que tienen en el pasado concierto en el Perla Negra.

Resoplé con hastío buscando descargar tensiones. No confiaba en Brandon, me había fallado por años, ahora no pensaba hacer borrón y cuenta nueva con facilidad.

—Hijo, como todos sabemos lo que sucedió entre ustedes y el gran rencor que sientes por él, nos costó decidirnos quién hablaría contigo para decirte lo que pasaba —reveló Chester—. Ben se había comprometido en hacerlo, pero otras obligaciones lo distrajeron y finalmente Brandon fue a verlos al Perla Negra, el mismo día en que estuvo Terry Morgan. Si él no hubiese estado allí, Morgan habría elegido a los Destroyer para el festival y no a ustedes.

Aquella noticia me hizo hervir la sangre.

—¿Qué dices?

—Esa banda está llamando mucho la atención con su música pesada y sus controversias. Aparecen continuamente en la prensa por los líos en los que están implicados, eso ha hecho que estén en boca de todo el mundo. En redes sociales tienen más fama que ustedes, gracias a eso, su música comienza a sonar con insistencia. Lo que ha parado que los elijan han sido las polémicas en las que siempre se ven envueltos, de eso se sostuvo Brandon para lograr que Terry no se decidiera por ellos, pero recuerda que no hay nada firmado aún y las preferencias pueden cambiar de la noche a la mañana. —El hombre le dio un trago a su bebida antes de hablar—. Para estar sobre ellos necesitan nueva música, Liam, y que sea buena, o hacer mucho ruido en la prensa, como hacen esos chicos, o a alguien con experiencia y astucia de su lado para que los ayude a escalar, como Brandon Davis. Tú eliges, muchacho.

Chester se recostó del asiento de forma relajada y fumó su cigarro sin importarle los rostros ajados que todos teníamos a su alrededor.

Repasé con la mirada a mis compañeros, recibiendo de cada uno expresiones de inconformidad y enojo. Todos queríamos triunfar, pero ninguno deseaba hacerlo por la vía de los

escándalos. Ya era suficiente con las vidas de mierda que nos había tocado vivir.

Y hasta ahora yo no les había aportado una música que significara una diferencia, solo quedaba una opción: Brandon Davis.

—¿Qué otra cosa me ocultan? —pregunté resignado. No podía ir en contra de la mayoría, pero aun desconfiaba.

—Te habrías enterado de lo que hizo Brandon por nosotros si nos hubieses acompañado al bar Galicia el día del concierto al salir del hotel, pero preferiste pasar toda la noche con la putita que nos enseñó las tetas —soltó Oliver con desprecio.

Aquella provocación desató de nuevo mi furia. Quise lanzarme sobre él, empujando a Theo, que cayó en el sofá, pero William y Jonathan se interpusieron impidiéndome alcanzarlo.

—Maldito imbécil, ¡¿qué mierda te pasa conmigo?!

Traté de forcejar con los chicos para que se apartaran de mi camino, pero Chester me tomó por el brazo y con fuerza me alejó del grupo.

Me dejé llevar por él sin dejar de amenazar a Oliver con la mirada. El muy miserable se reía con burla. Jonathan lo retó diciéndole algo al oído, que borró enseguida su sonrisa de superioridad.

—Calma, Liam. No te dejes molestar por nadie —me aconsejó Chester al estar solos al otro extremo del salón—. Oliver no está bien, tiene serios problemas familiares que ya estamos resolviendo, pero no sabe cómo canalizar su rabia. No le des lo que quiere.

—Pienso darle lo que busca —masqué con rabia.

—No, hijo. Deja que nos ocupemos de él, tú concéntrate en lo tuyo, en terminar más canciones para que esta semana inicien los ensayos. Tienen que deslumbrar en ese festival, ¿me entendiste?

Asentí, frustrado.

—Quiero irme —pedí. Tenía un cúmulo de emociones girando en mi pecho como un carrusel, que me producía arcadas. Si permanecía un minuto más en ese lugar, colapsaría.

—Bien, hazlo, pero no descuides tu trabajo. Mañana oficialmente comienzan las preparaciones para el festival.

No dije nada más, no podía. Tenía un nudo atorado en la garganta que me impedía comunicarme. No me sentía cómodo allí, comenzaba a sentirme asfixiado, como antes, cuando

era un niño abandonado a quien acorralaban en los pasillos de la escuela para hacerlo sufrir con burlas.

Me fui sin despedirme. Necesitaba poner distancia para pensar con claridad y tomar mis decisiones.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 17. Madison.

Me esforzaba por mantener los pies sobre la tierra, porque volaba muy alto. Aunque habían pasado días sin ver a Liam, lo cierto era que nos comunicábamos a diario. Siempre me escribía, me preguntaba sobre lo que hacía o me enviaba poemas de apenas unas líneas, preguntando mi opinión. Tal vez eran trozos de sus nuevas canciones.

Me sentía pletórica. Era como haber despertado dentro de un sueño fantástico, donde el hombre que por mucho tiempo había sido mi ilusión de pronto se fijaba en mí y me regalaba una parte importante de su existencia.

Era irreal.

Trataba de no enloquecer, de llorar de alegría o saltar y bailar por toda la universidad. Quería gritarles a todos lo dichosa que era, porque Liam Davis me había elegido a mí, y seguía eligiéndome.

Cleo y Rogers se daban cuenta de mi estado y no lo aprobaban. Estaban a la espera del hecho decepcionante que golpearía con fuerza mi corazón hasta hacerlo polvo cósmico. Algo que muy en el fondo, yo también esperaba.

—Lo único positivo de esta situación, es que tiene la mente tan llena de pajaritos que no ha pensado en sus propias desgracias.

Rogers creyó que no lo había escuchado, pero lo hice y muy bien. Dejé de mirar por décima cuarta vez mi teléfono móvil para concentrarme en el apunte que estaba tomando. Los pajaritos se me esfumaron de la cabeza para ser sustituidos por molestas abejas ponzoñosas.

—No hay nada positivo en todo esto. Terminará mal y hará que la vida real también le termine mal.

Suspiré con agobio por las palabras de Cleo.

—No me desees tanto bien —me quejé.

—No es lo que deseo, es lo que siempre pasa cuando te enamoras de un sujeto que dentro de poco se irá muy lejos y no volverá jamás.

—Yo estoy clara en eso, nunca lo olvido —revelé con amargura—, pero no quiero dejar de vivir este momento. Déjame disfrutarlo en paz, ¿o no me lo merezco?

Cleo se enfadó e iba a hablar para rebatir mis palabras, pero Rogers se adelantó impidiendo que escupiera sus quejas.

—Querida, disfruta todo lo que quieras de ese amorío momentáneo, solo no descuides el resto de tu vida, porque eso es lo que te quedará cuando Liam se marche por el mundo a vivir de su música.

Apreté los labios sin poder impugnar su teoría, yo mejor que nadie sabía que aquello sucedería.

Seguía teniendo en mi móvil mensajes sin responder y llamadas que no deseaba atender de mi «vida real». Estaba tan feliz que no quería que nada estropeara mi momento con sus toxicidades.

—¿Qué le digo a James Adams si vuelve a llamarme?

Mordí mis labios con rabia por la pregunta de Cleo. Bastaba con escuchar ese nombre para que un oleaje de rabia recorriera mi pecho y aniquilara mi buen humor.

—Que me llame directamente a mí —respondí entre dientes.

—¡Pero si nunca le respondes! —se quejó Rogers.

—Lo haré la próxima vez —mascullé casi hundiendo mi rostro en mi cuaderno de apuntes.

Ellos se quedaron callados un instante, mirándome con sorpresa.

—¿Le responderás? ¿Irás a Providence? —quiso saber Cleo.

—No, pero hablaré con él.

Ambos guardaron silencio, aunque logré escuchar suspiros cansados que me hicieron sentir peor.

Sabía que cometía un error al no responder los llamados de James, mi hermanastro mayor, el hijo legal de mi padre. Yo lo odiaba por haber recibido los privilegios de los que siempre había soñado: un apellido, reconocimiento y cariño genuino. Él me odiaba a mí por haberle quitado lo que siempre le había pertenecido: un padre, porque Abraham Adams había tenido que aceptar la resolución de su esposa de abandonar su casa y alejarse de su hijo luego de enterarse que había tenido un romance extramatrimonial con otra mujer en un pueblo de las afueras de la ciudad.

Abraham nunca fue mío, pero tampoco lo era de James. Ambos nos aborrecíamos por eso.

Sin embargo, ahora él hacía hasta lo imposible por contactarme, tenía una encomienda que

llevar a cabo y debía ser lo más pronto posible, sin importarle si yo quería recibir algo de su parte o no.

—Deberías considerar ir a Providence —se atrevió a decir Rogers a pesar de saber que me enfurecía cada vez que sugerían ese plan. Cleo le dio un codazo en el brazo que él ignoró poniendo los ojos en blanco—. ¡Tu padre está a punto de morir, Madison! No importa lo que haya hecho, ya tiene fecha de vencimiento. Él se irá de este mundo, no te quedes con ese rencor anclado en el alma.

Cerré el puño con firmeza alrededor del lápiz para sofocar el fogonazo de ira que su recordatorio me provocó. Cleo de nuevo lo retó dándole un codazo en el brazo, esta vez, más fuerte, pero en ese punto yo había esquivado la mirada para enfocarme en el suelo y esconder las lágrimas de dolor y amargura que salpicaban mis ojos.

—No necesitan mi presencia en esa casa —dije deshecha.

—Pero tú sí necesitas ir —insistió Rogers—. Tienes que hacerlo para que tu vida pueda fluir de nuevo.

Odiaba darle la razón. Desde que mi padre había enfermado y su familia comenzó a contactarme para que fuera a verlo, yo los ignoraba, refugiándome en mis estudios. No quería saber nada de ellos.

Lo cierto era que esa noticia me hacía mucho daño, porque debía reconocer que aún seguía esperando que él recapacitara y me diera ese amor que tanto había esperado. Ahora ni eso sería capaz de hacer, dentro de poco lo perdería, a él y a mis infantiles esperanzas.

Cuando era pequeña, mi padre siempre iba y venía, parecía querer quedarse aunque finalmente desaparecía. Me dejaba llena de anhelos frustrados.

Semanas antes de que muriera mi madre lo había buscado, porque me aterrada quedarme sola, pero él ignoró cada una de mis llamadas y ruegos. No asistió al funeral ni envió rosas o mandó un frío mensaje de texto. Nada recibí de él y eso me llenó de más resentimientos.

Me refugié en mis estudios, en el cariño que me daban mis amigos y en la música de los Squids, así como en el amor platónico que sentía por Liam. De todo eso me sostuve para seguir adelante, para olvidar y aceptar todas mis derrotas.

Ahora Abraham era quien me exigía y solo porque la muerte dormía a su lado. Si no asistía sería juzgada por la humanidad al considerarme una persona enferma de odio y sin corazón, incapaz de perdonar. ¿Quién lo juzgó a él cuando no me acompañó en mi pérdida? ¿O por no haberme contactado durante todo este tiempo de soledad?

Si iba a verlo me rompería de nuevo, perdería todos los avances que había logrado para olvidarlo y volvería a ser la misma miserable rechazada de siempre. Sea cual fuese mi decisión, quedaría derrotada, ese era mi destino.

Nada de lo que hiciera me ayudaría, debía ceder en todo para evitar una condena. Igual me quedaría sin nada, sin padre, sin reconocimiento, sin amor… y sin Liam, porque él también pronto se iría.

«No te ilusiones», «no te impongas», «no guardes rencor», «no te niegues a un ruego», «olvida», «escucha», «no hables», «respeta», «acepta», «resígnate», «sufre en silencio», «no pidas nada», «dalo todo». Desde que tenía uso de razón esas habían sido mis órdenes. No podía quejarme. No se me era permitido.

Tal vez, por eso había nacido tan pequeña, porque siempre debía estar debajo, limitada y sin aspiraciones. Sin sueños locos que pretendieran superar la realidad, como el hecho de pensar que una estrella de rock se fijaría en mí y me convirtiera en su musa.

Esas cosas no eran para mí, no las merecía. Lo mío era doblegarme en silencio, ceder ante todo.

Me inquietó que Cleo se sentara a mi lado y Rogers del otro y ambos me abrazaran dándome consuelo.

—¿Qué pasa? —pregunté. Ahí me percaté de mi estado.

Mi voz quebrada me ayudó a entender que estaba llorando, que decenas de lágrimas bajaban por mis mejillas y temblaba por el intenso dolor que me invadía.

Estábamos en uno de los jardines de la universidad, en las zonas de estudio al aire libre, a la vista de todos, pero aquello no me importó para drenar mis emociones, que tenía muy atoradas en el pecho y me hacían un gran daño. Me carcomían por dentro.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 18. Liam.

Me encontraba en una encrucijada y no quería seguir andando. Nunca me había sucedido algo similar, por eso me sentía tan confundido.

Estaba sentado en el suelo, en la sala de mi departamento, y frente a mí tenía desparramadas decenas de hojas donde había garabateado las letras de algunas canciones, las partituras de guitarra de varios temas y observaciones diversas que no sabía cómo organizar.

Las ideas me venían a la cabeza en oleadas y sin ningún tipo de conexión unas con otras. Intentaba armarlas como si fuesen un rompecabezas, para sacar de allí algo que sirviera, pero cada vez se me hacía más difícil.

En una ocasión llevé esos retazos a los ensayos y con el resto de los Squids intenté darle sentido. El resultado fue un desastre, lo que nos llenó a todos de frustraciones.

Ya no era como antes. Cuando iniciamos la banda estábamos muy motivados, la música fluía como agua entre nosotros, ahora nos costaba sentirla, parecía habernos abandonado.

Entre las notas se encontraba una bolsita de marihuana que me había entregado Theo el día anterior. «Quizás esto te ayude», me había dicho, pero ni siquiera tenía ánimos de soportarla. Si me la fumaba me haría dormir como por tres días seguidos, ya que me sentía muy cansado.

Debía buscar una forma de hacer brotar mi inspiración. Necesitaba diez nuevas canciones para la próxima semana y tan solo habíamos terminado por completo dos.

Un golpeteo en la puerta me sacó de mis elucubraciones, me levanté en medio de un resoplido pensando que sería Jonathan para continuar presionándome. A diario me visitaba, quizás, enviado por los otros.

Al abrir quedé de piedra y perdí enseguida mis sentimientos confusos siendo invadido por una gran incomodidad.

—¿Qué quieres? Estoy trabajando.

Mi madre emitió una risita burlona antes de pasar por mi lado para entrar en la casa, ignorando mi rostro de «deja de joderme y vete». Se quitó los anteojos oscuros y miró con aburrimiento el reguero de hojas en el suelo. Luego se giró con altivez hacia mí.

—En vista de que no vas a la casa ni pasas por mi oficina, vengo aquí a verte.

Cerré la puerta con resignación y de hombros caídos. No me quedaba otra opción que escuchar sus eternas quejas y regaños.

—¿Qué sucede?

—Hola.

La observé con advertencia, no quería que se viniera con juegos.

—Hola, mamá. ¿Cómo has estado? —pregunté con ironía.

—Muy bien, hijo. Con mucho trabajo, pero llena de energías —respondió con una sonrisa orgullosa.

Puse los ojos en blanco.

—Me alegro. ¿A qué debo tu visita?

—Ya te lo dije, como llevas semanas sin que me visites, he venido yo a verte.

Apreté la mandíbula con frustración.

—¿Y qué esperas? ¿Qué te prepare un té o algo más fuerte? Tengo unas hojas de marihuana que quizás te pudieran gustar —la provoqué, señalando hacia la bolsita que me había dado Theo.

—¡Liam! —exclamó horrorizada, para enseguida mirarme con enfado—. Espero eso no te lo haya dado tu padre —advirtió.

Yo sonreí con pesadez.

—Ya comprendo tu visita. Hablaste con Jonathan y él te contó que ahora trabajo con Brandon Davis.

Ella se puso seria.

—No sé por qué tengo que saber de ti a través de tus amigos, tú ni siquiera me llamas. No entiendo por qué me odias, si lo único que he hecho este tiempo es tratar de darte lo mejor.

—No te odio —aseguré con cansancio, pero eso pareció renovar su enfado.

—¡Ni siquiera me llamas!

—¡Eres demasiado invasiva, mamá! ¡Solo he querido un poco de espacio!

El silencio se asentó entre nosotros volviendo más pesado el ambiente.

—He intentado darte lo mejor —repitió dolida.

—Y te lo agradezco, pero hace dos años cumplí mi mayoría de edad, tienes que dejar que tome mis decisiones.

—¡Tus decisiones son débiles y erradas!

—¡Pero son mías, mamá! ¡¿Cuándo vas a entenderlo?!

De nuevo callamos. Ella ya no se mostraba altiva, sino algo desesperada. Se cruzó de brazos y repasó toda la sala como si buscara respuestas en los rincones.

—¿Por eso buscaste a Brandon, porque yo invado tu espacio?

Resoplé con hastío.

—No lo busqué, él vino con intención de ser invasivo también. Le estoy poniendo miles de límites porque no quiero nada de su parte, se lo dejé bien claro.

Ella asintió, aunque seguía notándose llena de ansiedades.

—Entiendo, pero entonces, ¿para qué aceptaste trabajar con él?

Respiré hondo para llenarme de paciencia.

—Mamá, formo parte de una banda, eso es como un equipo de trabajo. Las decisiones se someten a votación y la mayoría decide —mentí, tratando de creerme esa excusa.

Nunca hubo una votación, ni siquiera pidieron mi opinión sobre ese tema. Hasta me habían ocultado la noticia por días para evitar discusiones.

—Pero tú puedes negarte a esa decisión si no la quieres, no tienen por qué obligarte. Además, existen cientos de bandas en el mundo, puedes unirte a la que quieras, eres muy talentoso.

Apreté la mandíbula para controlar mi mal genio. Esa discusión brotaba mis frustraciones.

—Llevo cinco años con ellos, son mis amigos. Profesionalmente nos ha ido bien, hacemos buena música.

—Soy experta en equipos de trabajo, Liam —aseguró, acercándose a mí—. He visto nacer y triunfar a muchos grupos, pero también, complicarse y fracasar a muchos otros. Cuando eso pasa, los ajustamos incluyendo a nuevos integrantes y sacamos a los que dejaron de ser eficientes. Si eso no se hace, la empresa se va a pique.

Sus palabras aumentaron mis inquietudes.

—Los Squids no somos un grupo contable que trabaja en tu empresa, mamá —justifiqué, para defender lo indefendible—. Somos músicos, artistas. Nos relacionamos de otra forma.

—¡¿Siendo invasivos con otros?! —alegó furiosa— A mí me alejaste porque no te permitía crecer con mis imposiciones, pero ¿a ellos los soportas por nada? ¿O lo haces porque tu padre apareció y te ofreció ser el hombre bueno que siempre habías soñado? —soltó con ironía, aunque sus ojos estaban inundados de desesperación.

Entendía que tenía miedo por la aparición de Brandon, que tal vez pensaría que eso nos alejaría más, pero me sentía muy cansado para explicarle que él ya no representaba nada en mi vida. Los anhelos que pude haber tenido de niño se esfumaron con los años.

—Eso no…

—Jonathan me contó de los problemas que has tenido con la banda —siguió, interrumpiéndome—. De la falta de inspiración y de tu desánimo. Me dijo que hasta prefieres andar con mujeres a las que conoces en los conciertos que con el grupo, una actitud que es propia de tu padre y que estás sacando a la luz justo ahora, cuando él aparece. ¿Es casualidad?

Esa referencia me cabreó. No solo por enterarme de que Jonathan seguía contándole a todos sobre mi relación con Madison, sino porque ella me comparaba con ese hombre, uno al que despreciaba.

—La aparición de Brandon no tiene nada que ver con la banda ni lo que yo haga con mi vida privada —dejé claro.

—Ya te veo cayendo en lo mismo —dijo riendo con sorna—. Drogas —señaló hacia la marihuana—, mujeres desinhibidas, música y ningún tipo de conexión con la familia. ¡Igual a tu padre!

—¡¿Qué te enfada?! —reclamé, al borde de mi paciencia—. ¡¿Qué sea como Brandon?! ¡¿Qué él esté cerca de mí?! ¡¿O qué no te llame ni vaya a tu casa?! ¡Aun no entiendo a qué viniste! —apunté molesto—. Brandon no me importa, no quiero ser como él, nunca lo seré. No lo mezcles con lo que me pasa contigo, porque son dos asuntos diferentes. Sé que te duele enterarte que él apareció, que me busca y está muy cerca, pero lo que nos separa a nosotros no es Brandon Davis, eres tú, que no me dejas ser yo mismo.

La señalé con un dedo para dar más peso a mis palabras, lo que la hizo empalidecer. No habló por un casi un minuto, solo me miró, con dolor, ira y decepción. Me sentí mal por haberle hablado de esa forma, pero era imposible hacerle entender algo.

—Lo que ganas con esa banda apenas te da para vivir, Liam —habló, tensa por la rabia—,

pero este departamento lo paga mi empresa, así como el seguro de tu auto. Te alejaste de mí para que no te obligara a estudiar y tener un trabajo de verdad, bien remunerado, con el que pudieras ser totalmente independiente, pero no lo haces para que pague tus gastos. Me necesitas. Sin mí no podrás llevar a cabo tu empeño de ser músico y ¿sabes qué? —preguntó con lágrimas en los ojos—. Con tu padre fue exactamente igual, aunque de eso no te acuerdas porque eras muy niño. Él me utilizó hasta que consiguió lo que quería, luego me dejó diciendo que había sido mi culpa. —Pasó por mi lado para dirigirse a la puerta mientras se colocaba de nuevo las gafas de sol, pero antes de marcharse decidió decir unas últimas palabras—. Dices que soy yo el motivo de nuestra separación, con Brandon sucedió igual. Ambos me señalaron como la única culpable. ¿Y dices que no eres como él?

Se fue cerrando la puerta con suavidad, aunque yo lo escuché como si hubiese dado un firme portazo. Me sobresalté, tenso por la ira y la confusión.

Si antes me había sentido perdido, ahora lo estaba más. Confirmaba que era un completo fracaso.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 19. Madison.

Liam me había llamado. Escuchar su voz subió mi ánimo casi por las nubes. No me ayudó a olvidar el problema que aún tenía con mi padre y con mi hermanastro, pero al menos, suavizó el dolor que empapaba mi corazón.

—Ni se te ocurra desaparecer de la actividad con el guitarrista, Madison Gadner, o le digo a la profesora que no trabajaste en los carteles —amenazó Rogers al ver que me acicalaba demasiado para la exposición que esa noche realizaríamos en una plaza de la universidad, a la que asistiría Liam.

—¿Serías capaz de hacerlo? —pregunté lacerándolo con mi mirada.

—Pruébame, cariño —soltó con soberbia y se irguió altanero. Estuve a punto de lanzarle varios insultos, pero Cleo apareció de pronto tropezando con unos zapatos que había dejado en medio de la habitación.

—Calma, calma, polluelos. Guarden la artillería pesada para Denver y su equipo. Si los molestamos harán mal su presentación y así tendremos más chance de ser los de mayor puntaje —dijo, y tomó los zapatos para lanzarlos a un rincón.

Resoplé fastidiada y les di la espalda para seguir maquillándome. En clase nos habían asignado diseñar una campaña de marketing ingeniosa y a nosotros nos tocó como tema fomentar el uso del hilo dental. Rogers, y su alma psicópata, nos propuso darle un toque de humor y terror a la tarea, dos emociones que fascinaban a todos y nos haría captar la atención de los presentes. Creamos afiches donde se reflejaban restos de comida animados, que se carcomían el lugar oscuro donde se ocultaban (entre los dientes). Tenían rostros aterrados por la llegada de un ser poderoso que lo llenaría todo de luz y los eliminaría de una sola pasada. El trabajo debíamos exponerlo en uno de los jardines de la universidad para registrar las reacciones del público y estaría evaluado no solo por la profesora de la materia, sino por otros especialistas invitados.

Denver era uno de nuestros compañeros de clase, cuyo nivel académico rivalizaba con el de Rogers. En ocasiones entre ellos se producían competencias de estudio para ver quién era el mejor, aunque Cleo era quien se tomaba en serio aquellas contiendas, como si la retaran ella en persona.

Yo también solía comportarme de manera competitiva, pero ese día era diferente. Liam quería verme, así que aceptó pasarse por la universidad y acompañarnos en el evento. No podía

estar más emocionada.

Si él no se hubiese comunicado conmigo, me habría quedado tirada en la cama, en pijamas y sufriendo por la depresión, sin importarme si perdía la nota de ese proyecto o no. Pensar en mi padre, en su condición y en mi obligación de atender a su llamado, me ponía muy mal.

Por eso Cleo y Rogers no se opusieron a que Liam asistiera, más bien, estaban encantados. Eso me obligaría a prepararme para ir a la actividad. Lo que Rogers temía era que me dejara convencer por él para marcharnos a otro sitio, como había hecho el fin de semana pasado que preferí acompañarlo a su fiesta y no ir con ellos a la muestra de cine. Mi amigo era muy celoso.

Salimos de la residencia cargando con todos los carteles y tarantines. Cleo había conseguido con Rosita una mesa plegable donde pondríamos folletos y material adicional que habíamos realizado, como un trozo de brócoli hecho en arcilla de más de cincuenta centímetros de alto, envuelto en hilo dental como si fuese una camisa de fuerza y con cara de espanto. Rogers había logrado que su novio de esa semana le hiciera aquella graciosa pieza, un artista plástico que era de lo más cariñoso, pero que esa noche no podría acompañarnos por tener una evaluación en el taller de pintura que realizaba.

Rosita le había prestado a Cleo su furgoneta del siglo pasado y dentro de ella nos aglomeramos para ir al evento. Al llegar, ya Liam estaba en el sitio. Nos estacionamos tras su auto y enseguida salí de la furgoneta para correr a sus brazos.

Me recibió con una sonrisa y me apretó como si me hubiese anhelado por años. No sé por cuánto tiempo estuvimos así, aferrados. Yo necesitaba de su calor para recobrar energías y él parecía anhelar lo mismo.

—¡No piensas venir a ayudar!

La exigencia de Rogers nos separó. No sabía si me lo había gritado a mí o a Liam, pero ambos nos pusimos en marcha por su grito.

Mientras bajábamos los carteles de la furgoneta nos vimos a la cara, sonrientes, como si nos hubiesen pillado en una travesura.

Aunque me conmovió ver en sus ojos el brillo de la tristeza, era como si yo lo hubiese contagiado con la que enfermaba a mi alma.

—¿Estás bien? —le pregunté en una oportunidad en que pudimos estar solos.

—Ahora sí —me respondió antes de acariciarme el rostro con melancolía y darme un beso en los labios.

Hubiese querido llevármelo de allí, lejos, donde pudiera ayudarlo a curar sus heridas, pero un nuevo grito de Rogers nos obligó a dejar para después nuestras necesidades.

Liam nos ayudó con buena onda, tanto a instalar los tarantines como a organizar el mesón. Estaba fascinado con el brócoli de arcilla, pero más aún, con la forma sobreprotectora con que Rogers lo cuidaba, como si la pieza fuese un niño de pecho. No dejaba que nadie lo tocara.

Algunas mosconas lo reconocieron y se acercaron para hablar con él, pretendiendo acapararlo, pero yo enseguida le daba trabajo qué hacer para llevármelo conmigo y alejarlo de esas fastidiosas.

Frente a nosotros se ubicó Denver y su grupo, quienes habían hecho carteles más grandes que los nuestros y se mofaba de ello, poniendo a Rogers nervioso. Su trabajo mostraba diversas piezas dentales marcadas como si fuesen dados, todas llenas de puntos negros. Su tema era fomentar el buen cepillado de los dientes usando slogans que invitaran a las personas a no jugar con su salud bucal.

—¡Tus dientes dan asco! —le gritó Rogers con altanería para rebatir sus burlas.

—¡¿Los tuyos no?! ¡Están llenos de restos de comida! —respondió el otro desde el otro extremo de la plaza. Entre ellos había varios estudiantes disfrutando de las exposiciones, algunos los vieron con curiosidad.

—¡Los puntos que tienen tus dientes son los únicos que obtendrás hoy! —soltó Cleo ubicada a mi lado, picada por la discusión.

—¡Y a ti te quedará una expresión de susto en la cara, como la de tus asquerosos dibujos, cuando la profesora diga que mi equipo será el ganador!

Cleo se ofendió por lo que había dicho Denver, así que decidió ir hasta el puesto de su rival para insultarlo como era debido. Ella amaba las disputas, y si estaba implicada, mejor. Rogers la acompañó con el brócoli de arcilla acunado entre sus brazos, indignado por la altanería de su contrincante.

Yo resoplé fastidiada, me dejaron sola para atender la mesa y responder las dudas del público. Me sorprendió ver a Liam parado a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones. Miraba sonriente la pelea que se producía al otro lado de la plaza.

—¿Te divierte?

—Tus amigos son lo máximo.

—Están completamente locos.

—Eso es lo divertido —aseguró él y dirigió hacia mí sus ojos, que esta vez irradiaban alegría. Me gustaba verlo así y no decaído—. Imagino que nunca te aburres con ellos.

—Cuando no estamos entre risas, nos vemos envueltos en una pelea —dije señalando la disputa que se producía frente a nosotros—, así que no. Nunca me aburro con ellos —confesé, también sonriente.

Sabía lo afortunada que era al lograr que dos adorables locos me aceptaran como amiga.

—¿No deberías ir a buscarlos? —preguntó preocupado al ver que Cleo se enfrentaba pendenciera a uno de los integrantes del otro grupo, quien se había acercado mucho a ella. Mi amiga odiaba que invadieran su espacio personal.

—Nooo. Estarán bien —lo calmé, ocupándome de atender a las personas que visitaban nuestro stand.

Si se presentaba un problema, lo mejor era estar lejos. Como era la más pequeña, siempre terminaba siendo empujada o pisoteada por accidente.

—Ey, niña, ¿puedes darme un folleto?

Apreté la mandíbula con enfado cuando tres estudiantes de periodismo, de los últimos semestres, aparecieron frente a mi mesa. Esos chicos eran bien molestos, se creían superiores a los demás solo por haber logrado hacer pasantías en un canal de televisión del estado, como si fuesen los herederos de Oprah Winfrey. A mí me trataban de «niña» de forma despectiva por mi tamaño y solían fastidiarme diciendo que no podía trabajar en televisión porque las cámaras nunca me encontrarían.

—Aquí tienen, espero los disfruten —expresé con evidente molestia y dejé los folletos sobre la mesa de mala gana, para que ellos los tomaran.

Mi actitud les pareció divertida, porque aumentaron la sonrisa.

—Tranquila, fosforito. Estamos apoyando a los más pequeños de la universidad a lograr sus metas —expresó con ironía uno de ellos mientras los demás le secundaban la gracia riendo.

Algunos en la universidad me decían «fosforito» por la forma en que reaccionaba cuando se burlaban de mi tamaño, haciendo alusión a que me encendía como un fósforo volviéndome peligrosa.

—¿Todo bien? —quiso saber Liam ubicándose a mi lado y dedicándole a los impertinentes una mirada desafiante.

Me sentí avergonzada. No hubiese deseado que él fuera testigo del acoso que a diario debía soportar. Tenía miedo que se decepcionara de mí o sintiera pena por mi situación.

—Todo bien, no te preocupes. Ellos ya se van —dije eso último hacia los chicos y con voz autoritaria, con intención de intimidarlos, pero eso lo que hizo fue aumentar sus risas.

—Tranquila, fosforito, ya nos vamos. Me gustan tus carteles, son muy creativos… Y tan divertidos como tú, pequeña.

El que había hablado se inclinó frente a la mesa buscando que su cara quedara muy cerca de la mía, de esa forma podía fastidiarme desde mi altura. Aproveché su descuido y empujé la mesa con fuerza, así logré que el borde le aplastara los testículos.

El chico se retorció por el dolor y sus amigos comenzaron a reclamarme. Liam pretendió trenzarse con ellos en una discusión, pero Cleo llegó enfrentándolos a cada uno. Acompañada por Rogers, por Denver y por otros más de la mesa vecina que vinieron a defenderme. Aunque éramos rivales en lo académico, en lo personal siempre se comportaron como mis aliados.

El alboroto que generaron llamó la atención de las personas que paseaban por la plaza y terminó cuando el asistente de la profesora se acercó y los separó regañando a cada uno. Estaba por llegar la profesora con los invitados especiales y no querían que se desatara algún problema serio.

En minutos todo se calmó y cada quien regresó a su mesa. El asistente se llevó consigo a los tres estudiantes ofensivos para amonestarlos por su comportamiento impropio.

—¿Por qué hicieron eso? —preguntó Liam, enfadado.

—Bienvenido a mi mundo —respondí en medio de un suspiro. Él apretó la mandíbula para no soltar una palabrota.

—Pensé que la universidad era otra cosa —habló con decepción.

—El mundo entero es una mierda. En todas partes hay idiotas y envidiosos —impugnó Cleo.

—¿No sabes cómo es la universidad? —pinchó Rogers—. ¿Nunca habías estado en una?

Él perdió su enfado para mostrarse avergonzado.

—No por el tiempo suficiente para conocerla a fondo.

—Es una completa mierda —lanzó Cleo, mientras arreglaba con brusquedad todos los objetos que se hallaban sobre el mesón. Aunque ya todos estábamos más tranquilos, ella seguía

con ganas de pelea.

Respiré hondo para terminar de sosegar la furia que me había consumido por las provocaciones de aquellos imbéciles. Nunca iba a librarme de las chanzas en referencia a mi estatura. En todos lados había gente que amaba burlarse de los defectos o de las características particulares de los demás, debía estar acostumbrada.

Pero lo cierto era que cada vez me dolía más, porque de niña tenía la esperanza de que algún día terminaría pensando que pronto iba a crecer. Ahora ese consuelo se me había esfumado… como todos los demás.

Como siempre, debía aceptar con resignación mi destino.

—Eres agresiva.

Las palabras de Liam me hicieron hervir por la vergüenza.

—No siempre soy así —expuse cabizbaja, pero él me sostuvo con delicadeza por la barbilla para alzarme el rostro y sonreírme con ternura.

—Me gustó tu actitud. Ese idiota se lo merecía.

Una explosión se emociones se produjo en mi pecho, llenándome de calma, alegría y consuelo.

Eso era lo que me generaba Liam con sus canciones, pero ahora lo hacía él en persona, resultando mucho más intenso.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 20. Liam.

Luego de la actividad en la universidad, Madison y yo terminamos en mi departamento, no podía evitarlo. Me gustaba estar con ella, abrazado a su cuerpo cálido.

Lo normal cuando deseaba a una mujer, era que luego de pasar una noche juntos se me pasaban las ganas, incluso a ella misma. Si nos veíamos otras veces tal vez nos saludábamos como amigos, o nos ignorábamos, todo dependía de que tan bien había sido nuestro encuentro. Poco repetía y, para ser sincero, eso solo me había sucedido en un par de ocasiones, pero no durábamos mucho.

No sabía cuánto perdurarían estas ganas por Madison. Cada vez que ella se iba la extraña más y con el paso de los días ese anhelo se acentuaba. Era como un hechizo, uno del que no quería dejar de disfrutar.

Estar a su lado me resultaba relajante, porque podía ser yo, sin máscaras, sin tener que esforzarme por demostrar algo, porque ella se complacía solo conmigo, sin ningún agregado adicional. Me quería a mí y nada más, así como yo la quería solo a ella.

—¿Y esto?

Me había levantado de la cama para buscar unas bebidas al refrigerador y Madison aprovechó para ir al baño. Al regresar encontró la bolsita con marihuana sobre una mesita de noche.

—Me la dieron para encontrar inspiración —confesé, entregándole una gaseosa.

Se acomodó en la cama y se recostó del cabecero, con las rodillas alzadas. Se había puesto una de mis camisas y eso me gustaba sobre manera. Quería que dejara en ella su aroma para disfrutarlo cuando no estuviera.

Yo, en cambio, no llevaba nada puesto. Me sentía bien con mi desnudez, me encantaba que me comiera con la mirada.

—¿Necesitas inspirarte con eso?

Me senté a su lado y abrí mi bebida para darle un trago.

—Algunas veces. Eso me ayuda a relajarme y así enfocarme solo en la música y en mis emociones. Hay días en que los problemas me tapan por completo la cabeza —expuse desanimado.

Debía confesarle que no llevaba días sufriendo de un bloqueo creativo, sino meses enteros.

—Te entiendo, a mí me sucede igual, pero las drogas me caen mal en el estómago. Prefiero vivir con mis demonios y no crearme otros más.

Sonreí con poca gracia.

—¿Qué tal el asunto con tu padre? —quise saber al recordar que nuestra conversación de la última noche juntos. Allí Madison me había comentado que él intentaba contactarla de nuevo.

—Lo desahuciaron. Podría morir en cualquier momento.

Aunque me dijo aquello con mucha calma, en su rostro brilló una profunda tristeza.

—Mierda. Lo siento.

Ella alzó los hombros como si quiera quitarle peso al tema, pero era evidente que eso la estaba aplastando.

—Es cáncer, lo mismo de lo que sufrió mi madre. Ahora yo tengo el doble de posibilidades de morir de la misma manera.

Me sorprendió la frialdad con la que pronunció esas palabras.

—No pienses en eso. No todos los que han tenido padres que hayan sufrido de cáncer mueren igual.

Respiró hondo y se apoyó más en el cabecero de la cama para mirar hacia el techo, se notaba abatida.

—Mi hermanastro me llama cada dos días para pedirme que vaya a visitarlo. Él quiere verme.

—Y tú no quieres ir. ¿Supongo?

Recostó la cabeza sobre mi hombro antes de hablar, buscaba refugio. Se sentía perdida.

—De niña lo amé muchísimo, pero sufrí de la misma forma por su rechazo. De grande me prometí que lo odiaría, más aún, luego de todos los desplantes que me hizo cuando desahuciaron a mi madre. No sabes la cantidad de veces en que desee su muerte mientras lloraba de dolor e impotencia. Ahora no sé qué sentir.

Miré a la nada, sin poder evitar comparar la situación de Madison con la mía. Yo también había deseado cientos de veces la muerte de Brandon Davis, o que fracasara con su música para que sufriera de la misma manera en que me hacía sufrir a mí con su lejanía. Cada éxito que él

lograba en su carrera, yo lo sentía como una puñalada, hasta que aprendí a ser indiferente y verlo como una persona cualquiera gracias a mi interés de crear mi propia música con mis amigos.

Pero lo cierto era que me había autoengañado, porque su presencia y sus acciones seguían doliéndome como antes. Estaba seguro que igual le ocurría a Madison con su padre. Nunca, por más que se hubiese esforzado, había dejado de amarlo y ahora sufría por el hecho de perderlo para siempre.

Mientras estuviese vivo siempre existiría una «posibilidad», por muy lejana que esta fuera. Perder esa esperanza era perderlo todo, y eso dolía más que los malos tratos que pudo haber recibido.

—¿Y por qué no vas? Ya no pierdes nada. Verte será más una condena para él que para ti, porque si te llama ahora es porque está muy asustado. Quizás estar a un paso de la muerte le permitió darse cuenta de lo miserable que ha sido contigo.

Dije aquello para tranquilizarla, porque sabía que las culpas y la confusión la carcomían por dentro, pero esas palabras a mí también me afectaron. Me daban mucho qué pensar, y no quería hacerlo.

Nos quedamos allí, abrazados sobre la cama, cada uno reflexionando en nuestras propias tragedias, hasta que el timbre del departamento sonó.

—Maldición —mascullé mientras me ponía de pie y me vestía. Madison hizo lo mismo—. No, deja de hacer eso. No te irás aún —dije con severidad.

—¿Estás loco? ¿Y si entran a la habitación como sucedió la otra vez?

Resoplé al recordar la invasión de Jonathan a la habitación de hotel.

—Esta es mi casa, nadie entra en mi dormitorio si yo no lo autorizo.

—Prefiero estar preparada —anunció mientras se quitaba mi camisa para ponerse su blusa.

—Maldita sea —musité y caminé derrotado hacia la puerta, a medio vestir, bastante cabreado por la interrupción.

Iba descalzo, sin camisa y con el cinto del pantalón abierto. Me importaba muy poco lo que pensara la persona que estaba de visita. Pensaba echarlo enseguida por haber interrumpido mi momento íntimo.

Al abrir, la sorpresa me paralizó.

—Hola, disculpa que haya venido hasta aquí.

El fuego de la ira recorrió mis venas con rapidez. Solo me bastaba ver a los ojos a Brandon Davis para reaccionar de esa manera.

—¿Qué haces aquí? —pregunté con rabia contenida y apreté el pomo de la puerta para no perder la paciencia y cerrársela en las narices.

—Te necesitamos.

—¿Tú? —quise saber, con ironía.

Él calló un instante, parecía confundido.

—La banda —respondió finalmente.

—Si alguno de los chicos me necesita para algo, me llaman al móvil o vienen en persona.

—Jonathan ha estado llamándote desde hace unas horas y no respondes el teléfono.

Apreté el ceño, confundido. Desde que había llegado de la universidad con Madison no sabían dónde había dejado mi móvil.

—¿Y por qué no vino él?

—Porque está en la clínica, con Oliver.

Aquello me mosqueó. Enseguida perdí mi actitud insolente.

—¿Qué sucedió?

—Oliver intentó suicidarse y Theo está desaparecido desde ayer.

Ambas noticias me impactaron. Ahora fue un oleaje frío el que invadió todo mi cuerpo.

—¿Qué dices?

—Tienes que venir conmigo. Los doctores lograron estabilizar a Oliver, se tomó casi todo un frasco de pastillas para dormir, pero debemos ir a buscar a Theo. Al parecer, estuvo involucrado en un robo. La policía lo busca.

—Si la policía lo busca, ¿para qué vamos a ir nosotros? —pregunté con rabia. Comenzaban a molestarme por las estupideces que hacían los chicos.

—Liam, debemos encontrar a Theo antes que la policía y saber en qué se metió para ayudarlo a librarse de los problemas. Si esto llega a la prensa, puede afectar a la banda.

—Creo que te preocupas por el tema equivocado.

Él me observó con severidad.

—Esa banda es tu futuro, con eso no estoy equivocado.

Su afirmación encendió aún más mi ira.

—¿Qué mierda dices? ¿Estás aquí porque te preocupas por mí, por la banda o por tu futuro?

—¿Mi futuro?

—¿No es acaso la banda tu pase seguro a la jubilación? Ya me contaron que dejarás la música y quieres dedicarte a cazar talentos para disqueras. Nosotros solo somos tus primeros conejillos de indias, por eso nos cuidas.

Él comprimió el rostro en una mueca de desagrado ante mis palabras, pero no las rebatió. Respiró hondo poniéndose más exigente.

—Termina de vestirte y vente conmigo. Los Squids son tu problema, tienes que hacerte cargo de estos asuntos.

—Olvídalo, los chicos son grandes y saben cómo cuidarse. Lo que hicieron ha sido decisión de ellos. Ahora estoy ocupado, no puedo ir a ningún lado, y mucho menos, contigo.

Tuve intención de cerrar la puerta y dejarlo afuera, pero él dio un paso y lo impidió.

—Liam, sé que tú y yo tenemos un asunto pendiente qué atender, pero ahora hay que ocuparse de las emergencias que se presentaron.

—Lárgate de mi casa —dicté con enfado, teniendo su cara a pocos centímetros de la mía. Lo suficientemente cerca como para propinarle el golpe que llevaba años anhelando.

—No te comportes de forma mal…

Brandon cerró la boca para suerte de él, si me ofendía terminaría de desatar el odio que tenía acumulado en mi pecho, pero pronto me percaté que lo que logró callarlo no fueron mis claras advertencias, sino algo que había tras de mí.

Me giré para ver a Madison parada junto a la puerta de la habitación. Me observaba asustada, abrazada a su cuerpo.

Dejé a Brandon para acercarme a ella.

—Todo está bien, espérame adentro, ¿sí?

—Liam, tienes que ir.

—¿Qué? —indagué confuso. Ella se notaba en extremo preocupada.

—Tienes que ir con él, tus amigos te necesitan.

—Ahora estoy contigo…

—Llamé a Cleo y ya viene a buscarme.

Me enfadó esa noticia.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque Oliver te necesita, y Theo. —Ambos nos miramos con fijeza. Ella parecía entender lo que sucedía a los chicos—. No los dejes solos ahora. No es por la banda, ni por la música, o por el éxito que pudieran alcanzar algún día. Si hicieron eso es porque están muy mal, al borde de algo peor. En la fiesta de la otra noche demostraron tener serios problemas y ahora se deben sentir muy solos y asustados. No los abandones.

Apreté la mandíbula y los puños odiando esa situación.

—Tú mejor que nadie sabes lo que se siente estar solo —me dijo en susurros, solo para que yo la escuchara. Sus palabras me doblegaron porque me trajeron a la mente los amargos recuerdos de mi pasado—. No los abandones. El simple hecho de que estés a su lado para ellos será una gran ayuda. Te necesitan —pronunció eso último casi como un ruego.

Sin darme cuenta me había relajado. La tensión que invadió a mi cuerpo poco a poco me abandonó, porque entendí lo que me decía.

Cuando Brandon se marchó y mi madre se centró en su trabajo, olvidándose de mí, me volví un blanco fácil para los acosadores en la escuela. Tuve una vida miserable, hasta que los chicos llegaron a mi vida.

Ninguno vino a consolarme, ni siquiera comprendían lo que me pasaba, solo estuvieron allí, a mi lado. Me motivaron a hacer música y disfrutaban de lo que podía darles. Gracias a ellos pude ocuparme de otras cosas y superar mis derrotas.

Y yo no les devolvía el favor, solo me encerraba en mi cascarón de miedos e inseguridades y los dejaba solos.

—Perdona… —le susurré comprendiendo donde debía estar en ese momento.

—No te preocupes —respondió con una sonrisa dulce y me acarició el brazo—. Sabes dónde estoy y cómo ubicarme. Puedes buscarme en cualquier momento.

Se acercó a mí y me tomó por la cabeza para inclinarme hacia ella y así besarme. Su

contacto terminó de esfumar todo rastro de rabia que tenía en la sangre.

Apoyé mi frente en la de ella y aspiré su aroma. Hubiese querido quedarme a su lado, para siempre, pero enseguida comenzó a sonar su teléfono móvil notificando la llegada de un mensaje de texto. Se apartó para revisarlo.

—Cleo está abajo.

—Te llamaré luego.

—Hazlo, no importa que sea en la madrugada. Dormiré con el móvil pegado a la oreja por si me necesitas.

La abracé, con fuerza, agradecido por la fortaleza que me regalaba.

Ella se marchó, pero al pasar junto a Brandon redujo sus pasos y lo observó precavida. Él le dirigió una cara de pocos amigos hasta que desapareció de su vista.

Luego se centró en mí.

Ambos nos debatimos con una mirada desafiante, donde no solo latía el rencor, sino también el miedo. Miedo a lo que podría surgir más adelante entre nosotros.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 21. Madison.

El merendero ese día parecía el panal de un gran enjambre de abejas. No hubo momento en que no estuviese tranquilo. En el complejo deportivo cercano se llevaban a cabo diversas competencias con clubes de otras ciudades, lo que volvía a la universidad un hervidero de visitantes.

Por un lado estábamos felices porque las propinas caían dentro de nuestros bolsillos sin freno, pero por otro nos hacía la vida más difícil. Exigía tanto de nosotros que exprimía cada gota de nuestras energías y de nuestra concentración.

Me fue imposible mantenerme en contacto con Liam por móvil para apoyarlo desde la distancia con el terrible problema que atravesaba con los Squids, Rosita nos vigilaba como un halcón. Cuando el merendero estaba a reventar de gente, ella se volvía aún más autoritaria.

Al terminaba la jornada no podía ni caminar, los pies los tenía hinchados y la espalda me dolía a horrores por estar tanto tiempo de pie y moviéndome de un lado a otro. Al dueño se le había tatuado una sonrisa ancha en el rostro mientras yo anhelaba contar con el poder de la teletrasportación para llegar a mi cama y quedarme allí por el resto del fin de semana.

—Rogers quiere saber si iremos hoy al bowling —habló Cleo desde el banco contiguo al mío. Se había acostado sobre la madera de espaldas, para relajar los músculos antes de cambiarse para irnos a la residencia.

Mi amigo le había pasado un mensaje de texto.

—No, por favor, hoy no. Que me deje morir en paz —lloriquee casi sin fuerzas.

Segundos después, Cleo volvió a intervenir.

—Dice que somos unas quejonas debiluchas, que le debemos varias salidas, que somos las peores amigas del mundo y que no le hablemos nunca más en la vida.

Resoplé en medio de una risa débil.

—Dentro de una hora lo tendremos en la habitación atormentándonos con sus cuentos sobre el novio al que dejó esta tarde. Es sábado, le toca ser un hombre soltero.

—Dice que nos apuremos porque se aburre como una ostra esperándonos en las escaleras del edificio —comentó Cleo entre risas.

—¡¿No había dicho que no le habláramos nunca más en la vida?!

—Para Rogers «nunca más en la vida» significa un par de segundos.

Ambas reímos divertidas y con esfuerzo nos pusimos de pie para terminar de cambiarnos e ir a la residencia. Rosita, a pesar de habernos exigido como nunca, fue condescendiente con nosotras y le prestó a Cleo su vieja furgoneta para que regresáramos a casa. Si me tocaba caminar me pondría a llorar.

Salí del merendero hacia el estacionamiento para esperar a mi amiga, que se despedía de su novia con besos y arrumacos. Por el amor que se daban, cualquiera pensaría que Cleo se embarcaría en una misión militar que duraría varios años, cuando en realidad se verían de nuevo dentro de unos cuarenta minutos. Rosita, por ser jefa, debía quedarse un poco más para asegurarse que todo quedara en orden en el negocio, luego se reunirían otra vez, pero ambas eran súper dramáticas.

Mientras me dirigía al auto recibí una llamada a mi móvil, por poco rompí mi bolso al abrirlo. Pensé que se trataría de Liam. Comprimí el rostro en una mueca de desagrado al ver el número marcado en la pantalla. Se trataba de mi tío Rubens, el hermano de mi madre.

Respiré hondo antes de atender, desde hacía más de un año no se comunicaba conmigo. La última vez que habíamos hablado tuvimos una fuerte discusión por las pertenencias de mi madre que, según él, debíamos dividir.

Su cabeza codiciosa imaginaba que mi madre había dejado al morir casas, autos, joyas y equipos electrónicos de gran valor, así como hinchadas cuentas bancarias. Como me vi en la necesidad de recurrir a él para que me ayudara a solventar los gastos del sepelio y del entierro, porque había quedado en bancarrota con todos los gastos que había implicado su enfermedad, exigía un pago por la inversión hecha.

Me costó hacerle entender que para lograr que mi madre tuviera una muerte digna había tenido que disponer de todas nuestras pertenencias y de cada dólar guardado. Siempre pensó que yo me había reservado una pequeña fortuna para luego darme una vida de reina egipcia en Kingston. Nunca aceptó mi invitación a visitarme para que conociera mi precaria situación.

Los primeros meses, luego del fallecimiento de mi madre, había tenido que sostenerme de la caridad de Cleo y de Rogers hasta que fui capaz de valerme por mí misma.

Furioso por mi respuesta, cortó todo tipo de comunicación conmigo. Ni siquiera dejaba que mis primas, que ahora tenían trece y quince años, respondieran a mis mensajes al saludarlas por sus cumpleaños. Yo preferí mantenerme alejada de todos ellos mientras curaba mis heridas,

ahora no comprendía su interés por contactarme de nuevo.

—¿Sí? —respondí disimulando mi disgusto, como si no supiese con quien hablaba.

—¿Madison? Hola, es Rubens, tu tío. ¿Me recuerdas?

¿Cómo iba a preguntarme eso? ¿Quién creía que era?

—¡Tío, hola, claro que te recuerdo! ¿Cómo has estado? ¿Y la tía Deborah? Supongo que mis primas la vuelven loca con sus travesuras adolescentes —traté de bromear. Quería hacer pasar aquella conversación como un encuentro entrañable.

—Oh, sí, las niñas están muy traviesas. ¡Son imparables! —Emitió una desagradable carcajada falsa que me hizo suspirar de cansancio—. Y Deborah te manda muchos saludos, siempre te recordamos en casa.

Lo imaginé poniendo los ojos en blanco ante sus propias palabras. Ellos me odiaban. Desde que se enteraron de mi existencia me consideraron una carga imposible de sostener. Nunca apoyaron a mi madre con su embarazo, insistieron en que abortara, porque ellos no querían tener cerca esa responsabilidad. Por eso mi madre tuvo que marcharse de su casa para tenerme.

Mi tía Deborah, su esposa, era quien sentía más rechazo hacia mí, sobre todo, por ser hija natural, no reconocida por mi padre. El único momento en que ellos me tendieron una mano fue cuando mi madre murió, tal vez, motivados por algún sentimiento de culpa.

—¿Y por qué llamas? ¿Ocurrió algo en casa?

—¡No! Por aquí todo bien —respondió con cierta inquietud—. Te llamaba por otra cosa… Es que nos enteramos de la condición de Abraham Adams.

Tragué grueso al recordar esa tragedia.

—¿Ya lo saben en el pueblo?

—Sí, corazón, lo sentimos mucho. Debe ser muy difícil para ti tener que vivir esa experiencia dos veces.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Es lo que toca —dije incómoda.

—Bueno… —Calló un instante, pero escuché murmullos de fondo. Deborah parecía exigirle algo—. Supimos que está a punto de morir —siguió mi tío, con evidente tedio—. Y sabemos que tiene muchas propiedades y dinero. Solo queremos ofrecerte nuestro apoyo para

realizar un reclamo, sobrina. Aunque Abraham nunca te reconoció, tienes tanto derecho a la herencia de tu padre como la tiene su hijo legítimo.

Sus palabras me produjeron un oleaje de rabia. Creía entender el motivo de su llamada.

—Tío, para que una hija ilegítima reclame una herencia, necesita invertir mucho tiempo y dinero en abogados y en juicios. Yo no quiero ni puedo hacer eso. Apenas tengo recursos para no morirme de hambre y pagar mis estudios.

—Pero, Madison, ¡es tu derecho! Esa herencia pagará esos juicios y esos abogados, tú no tienes que invertir en nada.

—¿Y para qué voy a reclamar un dinero que gastaré en abogados y en juicios? Igual quedaré sin nada al final. Mejor me ahorro el mal momento.

—¡¿Cómo vas a decir eso, niña?! ¡Es tu derecho!

—¡Un derecho que no quiero reclamar! —expuse con cansancio. Él emitió un rugido de inconformidad.

—Abraham es un hombre con mucho dinero, un excampeón olímpico de judo dueño de varias empresas. Está obligado a dejarte algo porque eres su hija, aunque nunca haya querido reconocerte. ¿Vas a permitir que otro disfrute de esa herencia?

—Si en vida él nunca quiso compartir nada conmigo, es porque yo no le intereso. ¿No crees?

—Pero, ¡es tu derecho! —repitió al borde de su paciencia.

—¡¿Y eso qué importa?! —exclamé llena de cólera—. ¡Es mi vida y no quiero hacerlo! ¡¿Por qué te preocupa tanto que realice ese reclamo?!

Él calló, pero Deborah no lo hizo. Discutía con él pensando que no podía escucharla, pero era capaz de oír sus murmullos. Ella insistía en que les debía dinero por haberme auxiliado con el entierro de mi madre y si reclamaba esa herencia podía pagarles.

La indignación me revolvió el estómago.

—Madison, ¿qué te parece si lo hablamos en persona? ¿Puedo ir a visitarte a la universidad? —propuso mi tío con evidente molestia.

Así me dejaba en claro que él no estaba de acuerdo con la conversación que teníamos, todo era obra de su esposa. De seguro, esa mujer ya celebraba la pronta muerte de Abraham pensando que con eso obtendría algo.

—Escucha. Tengo veinte años, puedo tomar mis propias decisiones sin ser coaccionada por nadie. No tienes que venir a decirme qué hacer o no en mi vida. Nunca lo hiciste cuando de verdad te necesité, entonces, no quieras comenzar ahora. Y por favor, recuérdale a tu esposa que la casa donde ustedes viven también le pertenece a mi madre, porque fue la herencia que dejaron mis abuelos. Yo jamás les reclamaré ese derecho, tomen mi parte de esa casa como el pago de la supuesta deuda que tengo con ustedes.

—¡Pero, ¿quién habla de una deuda?! ¡¿Por qué dices eso?! —inquirió ofendido.

—¡Porque puedo escucharlos, tío! ¡No están hablando en susurros, oigo todo lo que dicen! —respondí aún más ofendida.

Él emitió un montón de gruñidos, quejas diversas y hasta maldiciones, pero en ese punto ya estaba cansada de soportarlos. Me sentía muy mal.

Corté la llamada y silencié su número. Así, si volvían a llamarme, no escucharía el repique del móvil. No quería atenderlos.

Me quedé allí, de pie en medio del estacionamiento. Apreté el teléfono con rabia para no gritar la amargura que me ahogaba y con lágrimas de ira recorriendo mis mejillas.

Sentí un brazo que me sostuvo por los hombros para darme consuelo.

—Ey, calma. Ya pasó —me dijo Cleo, pero su abrazo lo que hizo fue desatar aún más mi dolor. Me aferré a ella para descargarlo con el llanto.

—¿Qué hice para merecer esto? —pregunté indignada, pero ella no respondió.

¿Quién podía tener respuestas para ese tipo de preguntas.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 22. Liam.

Salí del hospital acompañado por Matt Thomson, ambos queríamos fumar un cigarrillo. El aroma a alcohol, cloro y tristeza que había en ese lugar nos deprimía y nos revolvía el estómago.

—Ben me dice que Theo está ya en nuestra casa —me comunicó, mientras nos ubicábamos en un área del jardín.

—¿Se lo llevaran a la mansión?

—Su madre no quiere saber nada de él por ahora, está muy enfadada.

Respiré hondo. Con Theo ya sería el segundo miembro de los Squids sin casa, refugiado con los amigos. Las situaciones conflictivas de los integrantes se agravaban y complicaban el nivel musical del grupo.

Pero no podíamos culpar a la madre de Theo. La mujer llevaba meses quejándose por la forma en que su hijo caía cada vez más en el consumo de drogas, llegando a cometer actos indebidos, como robar o pelear para conseguir un poco de ese vicio. Culpaba a la banda de propiciar esa situación.

En esa oportunidad, mi amigo logró salir bien librado del lío en el que se había metido porque todo resultó una confusión. Se había enredado en una pelea con un «amigo» para quitarle la última bolsita de cocaína que les quedaba, hecho que algunas personas consideraron un robo y lo denunciaron. Así se dio inicio a la búsqueda policial.

No sé qué excusa prepararon los Thomson para justificarlo ante la policía, pero el asunto logró quedar en el olvido, aunque no a nivel familiar.

Eso se convirtió en la gota que rebasó el vaso para la madre de mi amigo, una mujer que mantiene sola a seis hijos. Theo es el mayor. Ella aseguraba que mi amigo se había vuelto un problema difícil de manejar y un mal ejemplo para el resto de los chicos, por eso prefería tenerlo lejos. Además, él poco la ayudaba con los gastos, todo lo que ganaba con la banda lo invertía en sus vicios.

Desconocía la profundidad de la situación de Theo. Sabía que tenía diferencias con su familia, pero nunca pensé que fuesen tan profundas. Me sentía culpable por haberme sumido en mis conflictos y no tenderle mi mano cuando me necesitó, ahora no sabía cómo ayudarlo a enderezar su camino si el mío estaba igual de torcido.

—En la mansión hay mucho espacio y allí podré tenerlo más vigilado —dijo Matt y encendió su cigarrillo. Yo solo me quedé jugueteando con el mío, sin ganas ya de fumarlo. No me parecía acertada esa solución.

En la casa de los Thomson casi todas las semanas se desarrollaban fiestas saturadas de excesos. Aquel ambiente no sería el apropiado para un adicto que comenzaba a perder el control por culpa de los vicios que consumía. Nada bueno saldría de allí.

Me quedé un rato con Matt hasta que Jonathan me avisó que a Oliver le habían dado el alta y en una hora podrían llevarlo a casa.

Me acerqué a mi amigo y le conté lo conversado con Matt Thomson, así como la preocupación que me generaba la solución que ellos estaban ofreciendo.

—Mi padre tampoco está de acuerdo con eso —me confesó, en susurros—, pero él no puede hacerse cargo de Theo. Tiene suficiente trabajo con William, a quien trata de aconsejar para que no se pierda en sus problemas, y ahora velará por Oliver.

—¿Oliver se irá a vivir con ustedes? —pregunté confundido.

—No, pero mi padre quiere vigilarlo de cerca. También tiene muchos problemas familiares. Su padrastro le exige demasiado y lo trata con violencia, discuten a diario y hasta se han ido a los golpes varias veces. Oliver no quiere irse de su casa porque no desea dejar a sus hermanitas con ese hombre, a quien su madre adora como si fuera el mejor tipo del planeta ya que paga todas las cuentas y cada uno de sus caprichos. Está lleno de frustraciones, por eso está desesperado porque la banda triunfe. Necesita con urgencia dinero para convertirse en el sostén de su familia y así tener el derecho de sacar a ese hombre de su casa.

—¿Y crees que eso será suficiente? —comenté, entendiendo que si la madre de Oliver estaba tan apegada a él, nada lograría que lo alejaran de su lado.

—No, pero Oliver ahora no entiende ningún razonamiento. Mira a donde lo lleva la desesperación. Antes de consumirse medio frasco de pastillas para dormir había discutido con su madre por ese tipo y ella lo que hizo fue insultarlo y recordarle cada uno de sus fracasos. Hasta le aseguró que jamás lograría nada con los Squids porque todos sus integrantes eran unos perdedores. Que tu propia madre pisotee tus sueños, es devastador.

Jonathan se alejó porque su padre lo llamaba, dejándome pensativo. La situación de la banda era mucho más complicada de lo que había imaginado y la cantidad de compromisos que se nos vendrían encima por el asunto del festival lo que haría sería empeorarla.

—Liam, hijo, este asunto no me está gustando para nada.

Mi madre apareció a mi lado para quejarse de los problemas que ocurrían. Me resultaba imposible no compararla con las madres de Theo y Oliver, quienes se oponían con descaro a lo que hacíamos sin considerar lo mucho que la música nos ayudaba a superar las adversidades, pero por otra parte la comprendía, yo también comenzaba a ver aquellos conflictos con otros ojos.

De seguir así, los Squids podríamos alcanzar algún éxito musical aunque en lo personal nos haríamos pedazos.

—Gracias por haber venido y por darnos tu apoyo.

Ella me miró estupefacta perdiendo su actitud altanera. No se había esperado mi agradecimiento.

—Es mi deber estar aquí, a tu lado. Ellos son tus amigos.

Sonreí con pesadez, reconociendo que, a pesar de las diferencias que tenía con ella, jamás me dejaba abandonado. Me ayudaba con mis gastos y cuando algo urgente me sucedía dejaba lo que sea que estuviese haciendo para acompañarme.

—Sí, pero sé que has estado incómoda porque él está aquí —dije, y señalé con la cabeza hacia el lugar donde se encontraba Brandon Davis, quien en ocasiones nos miraba con fijeza.

Ella se inquietó por mi recordatorio.

—Él es tu padre y al parecer, tendré que acostumbrarme a que ahora esté cerca de ti —expuso alzando el mentón con soberbia. Se sentía humillada por su presencia.

—Lo que pase entre él y yo no cambia lo que hay entre nosotros.

Me observó procurando mantener su actitud orgullosa, aunque en sus ojos brillaba un temor del que no comprendía el motivo.

—Liam, esto se está pasando de los límites —expuso preocupada—. Robos, persecuciones policiales, intentos de suicidio… —enumeró.

—Lo resolveremos —fue lo único que pude decir.

Ella alzó las cejas con incredulidad.

—Theo posiblemente necesite de rehabilitación y Oliver de control psiquiátrico, pero en pocas semanas se irán a Providence para ese… festival —soltó con cierto desprecio— y luego las cosas se pondrán peor. —Lanzó una mirada recelosa hacia Brandon antes de posarla de nuevo en mí—. Una vez que se suban a ese tren, todo será diferente. El mundo comenzará a correr cada

vez más rápido para ustedes y no tendrán tiempo ni para relajarse. Si anímicamente no están estables para enfrentarlo, todo será un caos. ¿Crees que de verdad los Squids están preparados para dar este paso?

Respiré hondo y moví el cuello para estirar mis vertebras, que comenzaban a dolerme por el cansancio.

Por instinto lancé una mirada hacia Brandon y lo descubrí viéndome con inquietud. Tal vez suponía la conversación que estaba teniendo con mi madre.

—Lo resolveremos —repetí, sin ser capaz de dar una respuesta más acertada.

Ella solo se irguió mostrándose incómoda, se había percatado de las miradas que compartía con mi padre.

—Creo que ya tienes tu destino bastante claro —expuso con reproche—. Entonces, no me queda otra opción que marcharme.

Aunque había bajado el rostro para no darme la cara, pude percibir el brillo de lágrimas reprimidas en sus ojos. Se sintió rechazada. La detuve cuando quiso irse.

—¿Qué harás esta semana?

Ella me observó confundida.

—Trabajar, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Sonreí con poca gracia. Desde que habíamos quedado solos, ella se había enfocado en el trabajo para sacarme adelante y no demostrar a nadie su fracaso. Hasta su vida personal la había dejado de lado.

—¿Puedo ir a cenar contigo algún día?

La sorpresa invadió por completo su rostro y la volvió insegura, comenzó a moverse con nerviosismo.

—¿Irás a mi casa?

Alcé los hombros con indiferencia.

—¿Quieres que vaya?

—¡Por supuesto! —exclamó con más ánimo del que hubiese querido. Se aclaró la garganta para recobrar la compostura—. Cuando te decidas a ir, avísame un día antes, así tendré tiempo de prepararme.

—Así será —confirmé y vi como ahora la satisfacción le refulgía en el rostro.

No dijo nada más, me vio inquieta un instante antes de lograr coordinar sus acciones y marcharse. Una emoción súbita me abordó mientras la veía alejarse, que me produjo alivio y satisfacción.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 23. Madison.

Bailaba por la habitación con mi foca de peluche como pareja y cantaba a todo pulmón el tema de los Squids que sonaba en mi móvil. Rogers resoplaba con enfado, intentaba concentrarse en su lectura pero le era imposible. En ocasiones me acercaba a él y le cantaba al oído o le acariciaba el rostro como seduciéndolo, gestos que lo irritaban.

—¡¿Puedes dejarme en paz?! —se quejó la onceava vez en que lo molesté.

—¡No! ¡Hoy estoy feliz!

—¡Te buscaré un cactus para que lo abraces!

Puse los ojos en blanco y seguí con mi baile y mi canto. Los dos gritábamos al hablar porque yo tenía la música muy alta. Me sentía pletórica.

A pesar de todas las desgracias que doblegaban mis hombros, Liam seguía comunicándose conmigo para decirme que me extrañaba y quería verme. Me hacía sentir como una diosa con sus atenciones, era bonito saber que alguien te deseaba con la misma intensidad con que tú lo hacías.

—¡¿Sabes que cantas terrible?! —se quejó mi amigo tapándose los oídos.

—¡A Liam le gusta! ¡Tal vez un día suplante a Oliver en el escenario!

Las carcajadas sonoras de Rogers retumbaron más que la música.

Cleo perdió la paciencia por nuestros ruidos. Ella intentaba poner en orden su lado de la habitación, pero por culpa de nuestros escándalos no se concentraba. Se acercó a mi cómoda para apagar la música de mi móvil.

—Si nos corren de la residencia por culpa de ustedes dos, los tendré por un año entero lavándome las pantaletas.

Ambos pusimos cara de asco.

—¡Es culpa de ella, canta como cerdo a punto de ser sacrificado!

Estiré mi boca en una O perfecta por la acusación de mi amigo.

—¡A Liam le gusta! —repetí indignada.

—¡Liam solo quiere llevarte a la cama!

Me abalancé sobre él para golpearlo con la foca de peluche. Rogers comenzó a gritar como

niña.

Cleo suspiró con agobio.

—Lo que tengo que soportar por rodearme de enfermos mentales.

Así eran la mayoría de nuestros días: peleas, risas, desorden, trabajo y mucho estudio. Éramos como un trío de hermanos adolescentes que vivíamos solos, sin el control de un adulto. Una familia muy unida.

Horas después, nos fuimos a un bowling ubicado cerca de la universidad. Rogers buscaba llamar la atención del joven que lo gerenciaba y llevaba días queriendo arrastrarnos a ese sitio para tener una excusa de verlo. Por culpa de las obligaciones académicas y de los problemas personales que nos agobiaban no habíamos podido visitarlo.

Cuando alguno de nosotros quería algo con alguien, entre todos nos ayudábamos. Rogers y yo tuvimos que comer muchas hamburguesas en el merendero hasta que Cleo logró conquistar a Rosita y ellos tuvieron que aguantar muchos conciertos de los Squids en el Perla Negra hasta que logré que Liam supiera de mi existencia.

Por eso estábamos obligadas a acompañar a mi amigo en todas sus «cacerías». El problema era que las realizaba cada una o dos semanas.

Rogers era como un velero en alta mar. Lo suyo era dejarse llevar por la fuerza del viento sin importar si este era cambiante. Quizás algún día encontraría un puerto seguro, pero mientras tanto, disfrutaba del momento.

—Bien, este es el plan —nos dijo al ubicarnos en una mesa cercana al área de los bolos—. Nos quedaremos aquí tomando gaseosas como si fuese un día cualquiera —explicó con seriedad y recostado en el sillón con postura relajada. Todas lo mirábamos con atención, incluso Rosita, a quien habíamos incluido en aquella aventura—. Cuando Vinicio se acerque, lo saludaré como si me lo hubiese conseguido de casualidad.

—¿Por qué vas a hacer eso? Él trabaja aquí —impugnó Cleo.

—Yo no recordaba ese detalle, ¿entendido? —rebatió él torciendo los ojos—. Me haré el sorprendido y luego de saludarlo lo invitaré a quedarse en la mesa con nosotros, para que nos acompañe a comer algo y así pasarla bien.

—No puedes hacer eso, está trabajando —soltó Rosita. Todas asentimos, pero Rogers lo que hizo fue resoplar con enfado.

—Lo invitaré a que se quede con nosotros cuando termine su jornada, ¿bien? —agregó

molesto. Odiaba que lo contradijeran. Solo alzamos los hombros con indiferencia aceptando el plan—. Cuando llegue Liam, iré con él a saludarlo a su oficina.

—¡¿Qué?! ¡¿Por qué vas a llevarte a Liam?! —me quejé cruzándome de brazos.

—¡Me toca alardear de él! —explicó mi amigo con enfado—. Vinicio es fanático de los Squids, me amará con locura si le presento al guitarrista.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Liam no es un muñeco que puedes llevar a donde quieras.

—Te cargué por más de media hora sobre mis hombros para que él te viera. Me lo debes —me advirtió con severidad y me señaló con un dedo. Me mordí los labios para no rebatir sus palabras, de verdad que le debía una bien grande por su gesto.

Si Rogers no me hubiese alzado en aquel concierto de los Squids, no solo habría perdido la oportunidad de que Liam me viera, sino que tal vez, habría muerto asfixiada por el público que ese día estaba presente.

—Bien, bien, polluelo, pero… en vez de tomar solo gaseosa como si fuese un día cualquiera, ¿no podemos pedir unas pizzas y cerveza? Estoy cagadísima de hambre.

Rogers la miró con alarma.

—¿Puedes controlar tus vulgaridades por una noche?

Rosita y yo estallamos por la risa y Cleo comenzó a atormentar a mi amigo sentándose recta con exageración y haciendo ademanes de gente rica.

Rogers estuvo a punto de perder la paciencia con nosotras, pero cuando apareció Vinicio, supervisando el trabajo de los chicos que atendían las mesas, se deshizo como helado frente al sol.

Se olvidó del plan, y hasta de nosotras, para reír a carcajadas con el joven que se mostró muy alegre por habérselo encontrado, por «pura casualidad». Estaban tan prendados uno del otro que ni siquiera se percataron de Liam cuando llegó, algo que para mí fue una gran fortuna.

Me lancé a sus brazos llenándolo de besos, sintiéndome dichosa de tenerlo allí, a mi lado.

—¿Cómo salieron las cosas con tus amigos? —le pregunté en susurros para que nadie más nos oyera. Él comprimió el rostro en una mueca de desagrado antes de responderme.

—Al menos, la emergencia no fue tan trágica y logramos solventar todo sin más inconvenientes.

—Y tú, ¿cómo estás?

Me miró con anhelo y acarició mis cabellos.

—Cansado, pero ahora que estoy contigo me siento feliz.

Sonreí conmovida, con mi piel erizada por sus dulces cumplidos.

—Si quieres nos vamos a otro sitio donde puedas descansar.

—Más tarde —me dijo al oído, con picardía—. Me encantaría descansar con tu cuerpo desnudo sobre mí y abrigado con tu calor —confesó, antes de morderme el lóbulo de la oreja. Casi me enciendo en ese lugar como fogata de San Juan—, pero vamos a quedarnos un rato. Tus amigos me hacen reír y necesito de las risas para desestresarme y olvidar que el mundo es una mierda.

Lo miré a los ojos antes de besar sus labios y morderlos con anhelo. Comprendía bien su petición, habían momentos en que nos sentíamos tan saturados por las miserias que nos rodeaban que actuábamos de forma torpe y cohibida. La risa liberaba. Gracias a ella, yo había huido de la locura cuando el mundo se me vino encima tras la muerte de mi madre y muchas veces pensé en acabar con mi vida como salida a mi sufrimiento.

Si no hubiese sido por mis amigos y su eterna actitud alegre y optimista, jamás lo habría superado.

Desde ese momento me esforcé por hacer de aquella velada un encuentro divertido, tanto para Liam, como para mí. Reímos y hablamos de tantas tonterías que parecíamos borrachos de felicidad, incluyendo a Vinicio, que finalmente se nos unió cuando acabó su turno.

Jugamos algunas partidas de bolos, perdiendo casi todas. Cleo y Vinicio resultaron tan buenos en ese deporte que se unieron para humillarnos al resto, quedándose todos los puntos de la noche.

En un momento pedimos una bandeja de papas fritas con queso cheddar, mis favoritas. Aparté un poco en un plato para agregarle más capas adicionales de queso, porque me encantaban que estuviesen bien empapadas.

Cuando Liam se terminó las suyas tomó una de mi plato como si nada, Rogers enseguida le advirtió con una mirada espantada que la soltara.

—Ni se te ocurra llevártela a la boca.

Liam lo observó confundido y dejó la papa sobre el plato como precaución.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Se transforma en una diabla cuando le quitan comida. Te partirá las piernas a patadas por atrevido —aseguró y me señaló con la cabeza.

Liam dirigió su cara de preocupación hacia mí, hasta había empalidecido, pero yo lo que hice fue traspasar a mi amigo con mi ira.

—Eres un exagerado —rebatí y tomé la papa para dársela a Liam directo en la boca, luego besé su mejilla mientras él la comía y recuperaba los colores de su rostro.

Rogers se indignó.

—¡Yo hago eso y me pateas las piernas como una cabra rencorosa!

Agarré una papa y se la lancé a la cara, comenzando así una divertida y alterada discusión.

Fue Vinicio quien detuvo la pelea al realizar un comentario que llamó la atención de todos.

—¡Ey, es Oliver Jones! —dijo emocionado.

Enseguida volteamos para ver a qué se refería.

Oliver entraba al bowling acompañado por un grupo de cinco chicas y dos chicos. Se notaba algo embriagado.

—Maldita sea —masculló Liam en voz baja mientras se acomodaba en el asiento, de espaldas a su amigo. Solo yo lo escuché.

Su semblante se transformó de uno relajado a uno bien cabreado. Era evidente que aquella visita no le gustaba para nada y parecía deparar una situación conflictiva.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 24. Liam.

La pasaba tan bien esa noche que me olvidé del resto del mundo. Pensé que nada podría empañar aquel momento tan único y relajante, pero a la vida siempre le gustaba jugarme sucio.

Oliver tendría que haber estado en su casa recuperándose del cóctel letal que se había bebido el día anterior. Sin embargo, se encontraba allí, en aquel bowling. No solo mostrando claros signos de embriaguez, sino acompañado por personas nada agradables.

—Liam, ¿puedes pedirle que me regale un autógrafo? —preguntó Vinicio acentuando mi incomodidad. Para complacerlo, tendría que acercarme a Oliver y había pensado en ignorarlo para no desatar algún inconveniente.

—A las estrellas no se les puede abordar enseguida —habló Madison—. Oliver se sentirá acosado y se irá.

La miré con adoración. Me gustaba que sin decirle nada ella comprendiera mi estado y me apoyara. Cada vez descubría más detalles maravillosos de esa chica.

—Por eso se lo pido a él —porfió Vinicio—. Es su amigo, su compañero de banda. Con Liam no se sentirá amenazado.

—Es cierto, polluelo, pero acaban de llegar. Déjalos ponerse cómodos.

Vinicio no parecía convencido con las palabras de Cleo, así que pretendió intervenir de nuevo, tal vez, para hacer otra exigencia, pero Rogers se le adelantó.

—¿Me indicas donde queda el baño?

La mirada que el amigo de Madison le dedicó al otro fue bastante sugerente. Tanto, que el hombre olvidó a Oliver para ponerse de pie y acompañarlo. Las mejillas las tenía sonrojadas por la emoción.

Suspiré con alivio viendo como las chicas compartían miradas cómplices. Me sorprendió la capacidad de comunicación que tenían entre ellos. Sin decirse nada todos actuaban para salir de aprietos. Compartían un nivel de lealtad que me resultó admirable.

—¿Quieres irte?

—Sí, por favor —supliqué a Madison. Me urgía salir de allí, no quería que aquella noche terminara envolviéndonos en algún problema.

Nos pusimos todos de pie.

—Iré a pagar la cuenta y le avisaré a Rogers que nos vamos —avisó Cleo. Ya habíamos hecho la división de los gastos y le transferimos a ella el dinero que nos correspondía, para que se hiciera un solo pago—. Rosita y yo iremos al cine después, supongo que Liam y tú tienen sus planes.

—Sí, cualquier cosa estaremos en contacto por móvil —respondió Madison y me tomó de la mano para salir rápido de allí.

Agradecí la celeridad con la que finalizó aquel encuentro envolviendo su cuello con mi brazo para acercarla y darle un beso en la boca, mientras caminábamos a la salida. No quería pecar de fanático, pero comenzaba a verla perfecta.

—¡Ey, Liam!

Apreté la mandíbula para soportar el desagrado que me produjo ese llamado cuando ya estábamos en el estacionamiento del establecimiento. Se trataba de Oliver.

Me detuve y me giré controlando mi inquietud, llevándome la amarga sorpresa de que no se hallaba solo. Quienes lo habían acompañado al bowling lo seguían de cerca.

—¿Puedes esperarme en el auto? —le pedí a Madison.

—¿Seguro? —preguntó ella y lanzó una ojeada llena de desconfianza hacia mi amigo.

Asentí, intentando mostrarme lo más tranquilo que podía para evitar sus recelos.

Ella cumplió mi pedido compartiendo antes una mirada fría con Oliver. Al quedar a solas con él, respiré hondo y procuré comportarme de forma habitual.

—Ey —lo saludé, sin ningún tipo de emoción.

—Pensé que estarías con los Thomson y con el resto de la banda en el estudio.

—Estuve con ellos por unas horas, pero decidimos darnos una noche de descanso.

Oliver sonrió con burla.

—Ya se hacen habituales las noches de descanso para la banda.

Alcé los hombros con indiferencia.

—¿Qué esperabas? No estábamos completos. Nuestro cantante se tomó una dosis muy alta de calmantes y casi pierde la vida —solté con ironía, respondiendo a su desafío.

Él se irguió mostrándose tenso.

—Iban a aprovechar esta ocasión para componer la música de los nuevos temas, luego yo me les uniría para ponerles voz.

—Hicimos lo que pudimos, Oliver, pero… sabes que el resto del grupo tampoco la está pasando bien. Además, se supone que tú no ibas hoy al ensayo porque debías estar en casa recuperándote de lo sucedido —dije en referencia a su intento de suicidio y al agresivo tratamiento que tuvieron que aplicarle en el hospital para limpiar su estómago—. Creo que todos le estamos poniendo a la banda el mismo nivel de interés.

Él apretó la mandíbula con enfado.

—La he pasado mal, Liam, solo intento recobrar mi humor para enfrentar lo que se nos viene. Para mí la banda es lo primero.

—¿Y no te parece que yo hago lo mismo, por eso me encuentro aquí? —respondí molesto y le di la espalda para seguir mi camino.

—Tú eres el responsable de la composición de los temas y no has cumplido con tu parte.

Me detuve para encararlo de nuevo, comenzando a sentirme sobrepasado por sus provocaciones.

—Hago mi trabajo, Oliver. Tenemos cinco canciones listas.

Él se aproximó con actitud retadora.

—Faltan cuatro semanas para el festival, a estas alturas deberíamos tener diez temas listos para centrarnos solo en armar el show. Haz hecho tu trabajo a medias.

—Hago lo que puedo —contesté irritado.

—No, lo que haces es irte todas las noches con tu…

Callé sus ofensas al sostenerlo con firmeza del cuello de la camisa.

—No te atrevas a insultarla —le advertí, con amenaza.

No iba a permitirle que ofendiera a Madison.

Me empujó con rudeza para liberarse de mi agarre, rojo por la ira. Se alejó un par de pasos mientras una de las mujeres que lo acompañaba, y a quien yo conocía muy bien, se acercaba a él para llamar su atención.

—¿Recuerdas a Christine? —me preguntó y envolvió el cuello de la mujer con su brazo

para acercarla. Ella y yo compartimos una mirada incómoda—. Así siempre termina todo Liam. Te buscan a ti solo porque quieren llegar a mí.

Sus palabras brotaron mis rencores, apreté los puños con rudeza.

—Cállate, tonto. Ya estás borracho —se quejó ella, y lo golpeó con suavidad en el estómago haciéndolo reír—. ¿Esa es tu nueva conquista, Liam? ¿O la mitad de ella? —preguntó Christine con tono burlón señalando a Madison.

Oliver se hundió en los cabellos de ella para reír por su chanza mientras la mujer me observaba de forma provocativa.

—Váyanse a la mierda —les dije y di media vuelta para irme, pero Christine corrió para alcanzarme.

—Espera, Liam. No te vayas.

Me detuve suspirando con agobio. Ella había llegado hasta mí y me detuvo al sostenerme del brazo.

—¿Qué quieres? —pregunté enfadado.

—Saludarte —expuso ella con voz suave, y cambió su actitud provocadora por una adorable. La misma que había utilizado en el pasado para atraparme y burlarse de mí.

Aunque la Christine que había conocido meses atrás no era la misma de ahora. Esta se notaba bastante desgastada, mucho más delgada, ojerosa y pálida que antes. Sus ojos, además de estar enrojecidos por el efecto de drogas y del alcohol, brillaban por las tristezas acumuladas. Unas que buscaba ocultar con una sonrisa indolente, pero que era imposible pasar desapercibida si la mirabas de cerca, como lo hacía en ese momento.

—Nunca te he olvidado, Liam. —Me acarició el brazo aproximándose un poco más—. ¿Algún día vas a perdonarme?

Me tensé, incómodo por aquella situación. Miré hacia Oliver viendo como él disfrutaba con la escena. El muy miserable ya no era el mismo que había conocido en la preparatoria, este Oliver se regocijaba con la destrucción de todo lo que lo rodeaba.

Volví a encarar a Christine para sacármela de encima sin ser grosero. Ya no quería nada de ella, ni siquiera sus súplicas, pero de pronto la tuve sobre mí rodeando mi cuello con sus brazos y tomando por asalto mi boca.

Apliqué algo de firmeza para apartarla y, por instinto, vi hacia Madison. Ella me

traspasaba con sus ojos llenos de rabias y decepciones.

—Christine, debo irme —dije a la mujer alejándola de mí y dispuesto a ir con Madison para explicarle lo sucedido, pero ella volvió a tomarme por un brazo para retenerme.

—¡Espera, vamos a hablar!

—No puedo, tengo que irme.

Traté de soltarme, pero la mujer buscaba aferrarse a mí.

—¡Déjalo, moscona estúpida!

Madison apareció a mi lado y le dio un empujón a Christine que la tumbó al suelo. Ella enseguida se levantó hecha también una fiera.

—¡No vuelvas a tocarme, enana! —soltó con desprecio. Eso encendió las hogueras de Madison, que gruñó con enfado y quiso lanzarse sobre la mujer para agredirla.

La retuve a tiempo.

—¡Suéltame Liam!

—¡No vale la pena!

Intentaba controlarla, pero ella era más fuerte de lo que había imaginado.

—Ponle el collar a tu puta, Liam —pidió Oliver haciéndome enfadar.

Madison logró liberarse de mi agarre y enseguida fue hasta él y le pateó con energía una pierna. Él cayó al piso quejándose del dolor. Christine, ofendida, trató de alcanzarla para agredirla, pero Cleo apareció de repente y las separó.

—¡Voy a matarte zorra! —amenazó Christine, aunque no fue capaz de alcanzar a Madison porque Rosita también hizo acto de presencia y se interpuso en su camino.

—¡Maldita perra! —mascullaba Oliver en el suelo.

Varias personas que se hallaban dentro del bowling salieron para ver lo que sucedía, entre ellos, Rogers y Vinicio.

Me acerqué a Madison para calmarla y sacarla de allí.

—Vámonos.

—¡No! No permitiré que me ofendan.

—No volverán a hacerlo.

A pesar de que le prometía aquello, Oliver y Christine seguían gritándole insultos.

—Maddi, están borrachos y drogados —intervino Cleo.

—Me importa una mierda. ¡Suéltame!

Madison parecía fuera de sí. Aunque estaba furiosa y anhelaba golpearlos, su cara estaba empapada por lágrimas. Las burlas por su tamaño era algo que no podía soportar. Me dolía verla de ese modo.

Como Cleo lograba dominarla, decidí dejarla con ella y ocuparme de Oliver y de Christine. Tal vez, si los sacaba de su espacio de visión, ella se calmaría.

Levanté a Oliver del suelo y lo empujé hacia sus amigos para que ellos me ayudaran a llevarlo al otro extremo del estacionamiento mientras él cojeaba y tomé a Christine por un brazo para hacer lo mismo. Al verla debatirse, envolví su cintura con mis brazos, por detrás, y la cargué para sacarla de allí.

Escuché que Madison me llamaba con desesperación pero no pude atenderla. Aquella amarga situación se había producido por mi culpa, debía detenerla lo más rápido posible.

Cuando llegamos a los autos donde ellos viajaban escuchamos sirenas de la policía que se acercaban. Enfrenté a Oliver con enfado.

—O te vas ya o dejo que te lleven detenido por provocador y esta vez, ni los Thomson podrán salvarte.

—¿Vas a defender a esa…?

Lo sostuve del cuello de la camisa y estampé su espalda contra uno de los autos.

—No vuelvas a ofenderla, nunca más, o te juro que te partiré la cara en dos y abandonaré a los Squids.

Él se quedó inmóvil, me miraba con rabia y miedo. La alusión a la banda pareció sosegar sus arrebatos. Si yo me iba faltando tan poco para el festival sería un caos. No solo tendrían que buscar quien me suplantara en la guitarra, sino a alguien que compusiera los temas que hacían falta.

Lo solté con rudeza y me alejé para volver con Madison. Ninguno de ellos hizo nada por detenerme ni realizó algún comentario.

Cuando llegué al sitio la gente se había dispersado un poco y los encargados del establecimiento hablaban con los oficiales que habían llegado.

Me acerqué a Rogers, que se hallaba en un costado del grupo que trabajaba en el bowling. Esperaba por Vinicio.

—¿Y Madison?

—Cleo y Rosita se la llevaron antes de que llegara la policía.

—Maldición —dije, y pasé una mano con cansancio por mis cabellos—. Iré a la residencia.

—Ni se te ocurra —advirtió Rogers—. Está ardiendo por la cólera, en parte, por tu culpa.

—¿Qué? ¿Por qué por mi culpa?

Rogers me miró con obviedad.

—Te besas con una lagarta drogada delante de todo el mundo y evitas que Madison le arranque la piel a mordiscos, defiendes a Oliver al llevártelo lejos para que ella no lo parta en dos por grosero y la dejas sola sin atender a su llamado marchándote con esos dos.

—Así no sucedieron las cosas.

—Pero así ella vio las cosas. Para que sea analítica de nuevo y piense con claridad debes dejar que la sangre deje de hervirle en las venas. Ahora, cualquier cosa que le digas la pondrá peor.

Apreté los puños y la mandíbula con rabia. Me sentía impotente.

—Necesito verla y hablar con ella.

—Si de verdad quieres recuperarla, dale un poco de espacio. Esta noche será imposible.

La furia comenzaba a invadir mi cabeza nublando mi entendimiento. No podía creer que aquel maravilloso día terminaría de aquella forma tan catastrófica, concediéndole más pérdidas a mi vida.

Sostuve mi cabeza con ambas manos para soportar la presión que palpitaba en mis sienes y me alejé de allí hacia mi auto.

Necesitaba estar solo, aquel parecía ser mi único destino.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 25. Madison.

Durante todo el día anterior, Liam estuvo enviándome mensajes de texto y llamándome al móvil. Lo ignoré porque me sentía muy dolida y avergonzada.

Me costaba controlar mis emociones. Cada vez que me dominaba la furia, actuaba de forma espontánea queriendo hacer trizas todo, luego me arrepentía.

Las puñaladas verbales que había recibido habían sido tantas que me saturé. Primero, las palabras despectivas de Oliver, que no paraba de recordarme que me había comportado como una prostituta el día del concierto, haciéndome sentir poca cosa. Luego, la aparición de aquella moscona que no tuvo reparos en besar a Liam delante de todos y tratarme como un ser insignificante y despreciable. Y finalmente, el abandono del propio Liam. Mi corazón se hizo polvo cuando lo vi alejarse con ellos sin decirme ni una sola palabra. Eso me resultó más duro que todo lo demás.

Cleo y Rosita me explicaron que aquello había sido para librarme del acoso de esos infelices, pero en ese momento estaba tan envenenada por el odio que lo vi de forma diferente. Como si él hubiese querido alejarse al sentir vergüenza por mi comportamiento salvaje.

Esa noche no pude parar de llorar de rabia y pena. Me veía como la mayor idiota que habitaba la faz de la tierra por no haber sabido controlar mis arrebatos. Golpeé y pateé a dos personas y grité como una ignorante hasta el punto de ser necesaria la presencia policial.

Lo peor era que esa no había sido la primera vez en que eso sucedía, pero antes había resultado como algo divertido y necesario, para librarme de mis acosadores, ahora me parecía tan bochornoso que me costaba salir a la calle.

Me encerré todo el lunes en la residencia, ni siquiera quise ir a clases. Cleo y Rogers intentaban subirme el ánimo, pero cualquier pequeño detalle me hacía recordar las tonterías que había hecho y me ponía a llorar.

No podía ver a Liam en ese estado, por eso ni siquiera respondí a sus mensajes. Supuse que se cansaría y se olvidaría de mí enfocándose en sus asuntos, pero el martes amanecí con varias notas de voz en mi móvil, donde él me rogaba por una oportunidad para hablar.

No sabía qué decirle. No tenía palabras para explicarle lo que sucedía en mi cabeza cuando alguien me ofendía. Había sufrido tanto por las humillaciones en el pasado que la sangre se me encendía de manera involuntaria cuando me provocaban. Aquel había sido mi método de defensa

y por años me resultó efectivo, pero ahora era una mujer, no podía comportarme de la misma manera.

En la tarde me fui al merendero a trabajar, sin querer dar una ojeada a mi móvil.

—No podrás estar por siempre así —me aconsejó Cleo casi al final de la jornada. Agradecí que ese día no hubo mucho movimiento de clientes, así podía deprimirme en libertad junto a la barra—. Habla con él, también está muy avergonzado por su comportamiento.

—Él no hizo nada.

—Esa era su pelea, Maddi. Esa gente te ofendió solo para molestarlo a él, por eso Liam se siente tan mal. Te humillaron por su culpa.

—No es su responsabilidad lo que Oliver haga o diga. O las mujeres que lo acompañen.

Eso último lo dije con la rabia apretándome el pecho. No podía quitarme de la mente la imagen de aquella mujer besándolo en la boca, una boca que yo me había degustado minutos antes y que se había convertido en mi delirio. Los celos me carcomían las entrañas y llenaban mis ojos de lágrimas, pero ya no quería llorar más. Debía aprender a no dejarme llevar por mis inseguridades.

—No dejes pasar más tiempo, Maddi. Habla con él. No se hagan daño por culpa de las inmadureces de otros.

Sabía que Cleo tenía mucha razón, pero me era difícil reaccionar de otra forma. Estaba muerta de miedo por lo que Liam pudo haber pensado de mí debido a mi actuación violenta. Me aterraba perderlo.

Al terminar mi turno salí al estacionamiento a esperar a Cleo mientras ella se despedía de su novia con besos y abrazos.

Quedé paralizada al ver el auto de Liam detenido cerca de la puerta. Con angustia repasé los alrededores para buscarlo.

—Hola.

Me sobresalté al oírlo detrás de mí, muy cerca, eliminando todas mis posibilidades de escapatoria. Me giré y quedé a tan pocos centímetros de su cuerpo que podía sentir el calor que desprendía y el aroma de su colonia. Tenía un semblante serio y parecía muy calmado, pero sus ojos brillaban por la angustia, tanto como los míos.

—Hola —respondí apenada y bajé el rostro para no seguir siendo calcinada por su mirada.

Él me tomó por la barbilla y volvió a alzarlo para observarme con fijeza.

—Por favor, no me odies.

Apreté el ceño, confundida.

—A ti no tengo por qué odiarte.

—Te fallé.

—Yo fui quien se comportó como una bruta.

Me abrazó por la cintura, pegándome a su cuerpo, y apoyó su frente en la mía. Sentirlo así, tan próximo, terminó de deshacerme. Temblé de emoción y gemí estando a punto de desatar mi llanto.

—Nunca había sentido tanto anhelo por alguien, como el que he sentido por ti. Tengo miedo a perderte. Perdóname por haber sido tan cobarde.

—Tú no hiciste…

—Mi vida es un infierno, Madison. —Me calló, poniendo un dedo sobre mis labios—. Está echa un caos desde que tengo uso de razón. —Siguió acariciando mis labios mientras los miraba con anhelo—. Si te sigo metiendo dentro de ella, podrías volver a salir lastimada, pero no puedo dejarte afuera. Aunque sea un maldito egoísta, me esforzaré por retenerte.

Quise sonreír, pero me temblaron los labios. Nunca en la vida me habían dicho algo tan hermoso. Jamás había tenido tanta importancia para alguien diferente a mi madre.

—Me da igual que tu vida sea un infierno. Quiero vivir en ella.

Nos besamos como si no existiese un mañana. Como si no estuviésemos en el estacionamiento trasero de un local comercial ubicado dentro del predio de una universidad.

Cuando estaba a su lado el mundo se reducía a nosotros dos, a lo que sentíamos debajo de nuestras pieles y hacía bombear nuestra sangre.

Con dificultad detuvimos el beso y subimos a su auto. No dijimos nada, porque no podíamos. Yo tenía las emociones atoradas en la garganta. Si abría la boca estas saldrían a borbotones junto a mis lágrimas y estropearían el momento.

Llegamos a su departamento y con prisas nos quitamos la ropa, pero una vez estuvimos desnudos sobre la cama el tiempo se ralentizó y nos aportó cierta calma.

Nos tocamos como si fuese la primera vez, buscando memorizarnos las formas de nuestros

cuerpos. Descubrimos la ubicación exacta de cada pliegue y cicatriz, de cada lunar y de cada zona sensible, que además llenamos de besos.

Saboreamos cada gemido y cada lágrima derramada. Nos fundimos alrededor de un mismo fuego, que nos devoró sin compasión.

Le entregué todo sin reservas, sin preocuparme por el futuro. Dejé que hiciera música conmigo, que jugara con mis notas hasta hacerlas estallar en intensas melodías mientras las emociones insanas se desintegraban de mi memoria.

Me hizo olvidar todas mis miserias a punta de amor.

Si existía un método más efectivo que ese para superar una decepción, no quería conocerlo. Liam era todo lo que necesitaba.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 26. Liam.

Madison me había perdonado, pero además, terminó de abrir una puerta dentro de mí que llevaba tiempo tratando de destrabar.

Desperté antes de que saliera el sol por culpa de una melodía que rebotaba en mi cabeza con insistencia. Tomé mi guitarra y me fui a la sala para infundirle vida.

Cuando ella se levantó, ya había compuesto la primera progresión de acordes y me sentía muy inspirado. Las notas no dejaban de fluir en mi mente.

Se sentó sobre el brazo del sofá y se inclinó hacia mí para llenarme de mimos sin agobiarme, así permitía que continuara con mi trabajo antes de que perdiera las ganas. Cada vez que me sentía atascado alzaba el rostro y me fundía con ella en un beso profundo. Los sonidos que hacíamos al unir y chupar nuestros labios despertaban mis ideas.

En media hora logré desarrollar toda la música y comenzaron a llegar algunas frases dispersas para la letra, hasta que mi hambre por ella me superó y dejé a un lado la guitarra para poseerla allí mismo, sobre el sofá, oyendo sus seductores gemidos.

Mientras nos dábamos una ducha le canté al oído los trozos de canción que había preparado, viendo como la hacía brillar de felicidad. Entendió que era para ella.

—Nunca dejarás de sorprenderme —me dijo mientras el agua caía sobre nuestras cabezas y corría a través de nuestras pieles desnudas.

—Eso quiero hacer siempre, impactarte cada día como tú lo haces conmigo.

Fue necesario salir de la ducha porque los besos y las caricias aumentaban de forma exponencial, aunque no nos fuimos muy lejos. Terminamos haciendo el amor sobre el mesón del lavabo, con ella sentada en el borde.

Cuando regresamos a la cama me sentía tan ligero como una pluma, no solo a nivel físico, sino también, a nivel mental. Era como si hubiese desechado por el caño del desagüe años de frustraciones y amarguras.

—¿Quién era la mujer que estuvo con Oliver en el bowling? —preguntó Madison mientras le peinaba los cabellos.

—Alguien con quien nunca debí relacionarme.

—¿Fueron novios?

—No exactamente —respondí en medio de un suspiro—. La conocí en un bar luego de un concierto. Ella buscaba llamar la atención de Oliver, pero él ya se había enredado con dos gemelas a las que se llevaría a un hotel. Al quedar sola me buscó a mí y yo caí como un idiota en su juego de seducción. Salimos por un par de semanas, hasta que un día quedamos en vernos al finalizar un concierto. Cuando bajé del escenario, vi como ella se lanzaba a los brazos de Oliver y se marchaba con él. Hasta ahí quedó todo.

—¿Así, sin una despedida?

—Sin una despedida —repetí con desánimo, sintiendo rabia hacia mí mismo por haber sido tan ingenuo.

—Es una perra.

Sonreí con poca gracia.

—No fue la primera que se acercó a mí porque Oliver no la veía.

Ella se levantó de la cama para encararme.

—Nunca sabrán de lo que se perdieron.

Me tomó por el cuello para inclinarme hacia ella y así besarme.

—Por eso no dudé en elegirte a ti aquel día, en el concierto. Me sorprendió que yo fuera para ti tu primera opción.

—Desde el día en que conocí a la banda, fuiste mi primera opción. Siempre fuiste tú.

Nos entrelazamos de nuevo en un intercambio de besos y abrazos del que nos costó desprendernos. Aquel día teníamos muchas cosas por hacer, pero ninguno de los dos tenía ganas de terminar.

Sin embargo, nos esforzamos por controlar nuestros anhelos y salir a la calle. Al dejarla en la universidad me fui al ensayo que tenía programado con los Squids, llevando conmigo el tema a medio hacer.

—¿Es una puta canción de amor? —preguntó Oliver con desagrado al oír lo que había adelantado.

—Es una canción de superación, imbécil —me quejé enfocándome de nuevo en la guitarra para probar un acorde que William había sugerido.

—¿Ahora cantamos estúpidos temas positivos?

—Tal vez nos haga falta un poco de eso para seguir con esta mierda —escupió Walter, buscando un ritmo con el teclado que pudiera acompañar la melodía que había creado.

Aunque Oliver se mostró reacio al inicio, intentó participar. Aportó frases deprimentes para que la letra no quedara tan «desagradablemente luminosa», como él la había calificado.

Las aceptamos porque le daban un toque dramático a la historia que se contaba, que relataba la necesidad de una persona, llena de errores y miserias, de salir del foso donde se encontraba para ir en busca de eso que le hacía mover el suelo y lo llenaba de energías.

La estructura que poseía el tema y el ritmo que le habíamos dado nos permitió experimentar con sonidos que antes no habíamos usado, creando un estilo diferente y más fresco. Eso nos ayudó a sentir una brisa nueva entre nosotros. Nos salíamos de nuestra zona de confort para probar otros horizontes.

Las horas de ensayo resultaron más amenas, aunque la actitud terca de Oliver seguía convirtiéndose en una pared difícil de franquear.

—Se está volviendo imposible trabajar con él —le comenté a Jonathan en un descanso.

—Hace su mejor esfuerzo.

—¿Eso crees? —pregunté molesto.

Me costaba creer que Oliver intentara poner de su parte para que las cosas marcharan bien, lo único que hacía era crear obstáculos.

Lo había visto destruir tantas veces todo de un solo manotazo que ya no confiaba en su juicio, pero hubo una actitud durante el ensayo que llamó mi atención.

En ocasiones, él se retiraba a la terraza para fumar, mostrándose intranquilo, como si temiera por algo y hasta había notado que sus manos temblaban de forma sutil. Recordé que hacía tan solo unos días había intentado suicidarse, a pesar de que él lo negaba. Aseguraba que solo se había equivocado de dosis por culpa de las drogas, lo único que había querido era dormir por horas, porque llevaba días sin hacerlo.

Su extraña situación impedía que fuese más duro con él y la premura por armar canciones para el festival evitaba que tuviéramos una charla definitiva y severa en la que le exigiría respeto hacia Madison. Nunca más permitiría que la ofendiera de alguna manera.

La melancolía lo invadió durante la mayor parte de la sesión y hasta podía jurar que hubo

momentos en que estuvo a punto de llorar. Jonathan y él discutían entre susurros en los rincones, como si le exigiera algo, pero Oliver se negaba. Me debatía entre tenderle una mano y mandarlo a la mierda.

Opté por mantenerme al margen y dejarlo sufrir en paz. Era evidente que estaba pagando por sus propios errores.

Él y yo jamás habíamos estado tan enemistados como en esa oportunidad y aquello era una situación que me incomodaba. Gracias a Oliver había podido superar el momento más difícil de mi existencia y no quería que ahora se convirtiera en mi destrucción.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 27. Madison.

Nunca en mi vida había estado tan nerviosa. La invitación que Liam me había hecho para esta noche superaba cualquier otra.

Conocería a su madre. Él le había prometido a la mujer una cena juntos y deseaba que yo asistiera. Creo que lo hacía porque también se sentía tenso. Según me había comentado, llevaban un tiempo manteniendo una mala relación y no quería estar a solas con ella para seguir discutiendo, que era lo que siempre hacían.

Yo me alisté lo mejor que pude, mis inseguridades se encargaron de llenarme la mente y el corazón con temores, pero intenté controlarlos. No quería que por los nervios mis manos temblaran, o se me desatara una risa sonora, nerviosa y descontrolada como ya en otras ocasiones me había pasado. Me moriría de la vergüenza.

Cuando Liam llegó a buscarme y lo vi en el estacionamiento de la residencia por un momento me olvidé de todo. Se veía hermoso con su traje de chaqueta, aunque sin corbata. Tenía un porte elegante y conservador, pero a la vez, casual. Estaba tan arrolladoramente seductor que me provocó obligarlo a suspender la cena para irnos a su departamento y devorármelo entero.

—Estás preciosa —dijo con expresión maravillada cuando estuvimos frente a frente.

—Rosita tuvo que auxiliarme, no tenía nada apropiado para esta noche —confesé, estirando la falda de mi vestido corto de escote bardot y entallado a la cintura.

—¿Te he dicho que me encanta como te queda el verde? —Lo observé confusa— Resalta el color de tus ojos y los vuelve aún más hipnóticos.

Sus palabras me emocionaron. El vestido tenía un tono verde esmeralda que a mí también me encantaba.

—¿Mis ojos te resultan hipnóticos?

—Toda tú me hipnotizas.

No podía creerme lo que me decía, estaba a punto de estallar por la alegría. Debía buscar una forma de controlarla o terminaría cometiendo una estupidez de niña enamorada.

—Rogers siempre me dice que soy una bruja cuando le doy una patada por meterse conmigo.

Su carcajada me produjo un cosquilleo en el pecho.

—No me refiero a ese tipo de bruja.

Se aproximó a mí y me regaló un beso tan suave que me erizó por completo. Si seguía aplicando esas estrategias, nunca llegaríamos a la casa de su madre.

Subimos al auto y nos pusimos en marcha. Por el camino solo hablamos de música, de los nuevos temas que acababa de lanzar su banda musical preferida. Aquel era el tema preferido de Liam, pero además, empezaba a percatarme que era el que lo ayudaba a centrarse y controlar sus angustias. Era evidente que se encontraba tan inquieto como yo y buscaba una formar de suavizar sus emociones antes de llegar.

La casa de Fiona Davis era fantástica. Un caserón inmenso, aunque no llegaba a ser una mansión. Tenía jardines delanteros amplios y una fachada de piedra gris rodeada de vegetación que la hacía ver como una cabaña en medio de un bosque. Adentro era elegante, aunque sin exageración. La mujer tenía un buen gusto en cuanto a decoración y un gran estilo.

Lo que me inquietó fue escuchar voces dentro de la vivienda, había pensado que la madre de Liam estaría sola.

—Maldición —masculló él mientras cruzábamos el recibidor hacia un salón privado.

En ese lugar hallamos a una pareja joven cercana a los treinta, bebiendo vino sentados en un sofá largo de piel.

—¡Liam! —saludó la mujer al vernos llegar y enseguida se puso de pie para correr hacia él y darle un abrazo con un solo brazo, ya que en su otra mano tenía la copa—. ¡Al fin te veo, ingrato! ¡Ya no quieres compartir con la familia! —comentó, y comenzó a acomodarle la chaqueta del traje.

—He estado ocupado con la banda, tía —respondió él alejándose un poco, para evitar que ella siguiera manipulando su ropa como si fuera un niño.

—Pero al menos deberías dejar un día a la semana libre, para cenar con nosotros.

—Ya es un adulto, Margaret —se quejó el hombre aproximándose a ellos—. Tiene sus ocupaciones, déjalo en paz.

Liam se dirigió al hombre para saludarlo con un abrazo. Luego se giró y estiró su mano hacia mí, invitándome a acercarme.

—Ella es Madison. Y ellos son Margaret y su esposo Donovan, mis tíos —dijo eso último

para mí.

Ambos me saludaron con un beso, manteniendo una enorme sonrisa en el rostro.

Margaret le dio un manotazo suave a Liam en el pecho, impactada con mi presencia.

—No puedo creer que sea testigo de este momento —comentó con voz cantarina y como para sí misma.

—Déjalos en paz —la regañó el hombre y la tomó por un brazo para alejarla de nosotros y volver a sentarse en el sofá.

Liam se puso un poco tenso y respiró hondo.

—Es la primera vez que traigo una chica a casa —me susurró al oído.

Aquello me puso más nerviosa… y emocionada al mismo tiempo. ¿Qué significaba todo eso?

No pude evitar sobresaltarme cuando apareció la madre de Liam en el salón. Era una mujer alta, delgada y de porte distinguido. Nos sonrió con amplitud y enseguida se nos acercó. Saludó a su hijo con dos besos y a mí con un abrazo apretado y un beso.

—Entonces… Tú eres Madison —dijo dándome un repaso de pies a cabeza, sin ninguna malicia.

—Sí, señora.

—Bienvenida a mi casa.

—Gracias.

Aunque ella intentaba comportarse con naturalidad, había cierta tensión en sus movimientos. Cuando encaró a Liam, él recuperó su seriedad.

—¿Mis tíos? —preguntó confuso.

—También quise tener invitados —respondió ella mirándolo con desafío.

Percibí un impase incómodo entre ambos, pero fue muy corto. Fiona enseguida se dirigió al minibar para servir dos copas de vino.

—Siéntense, chicos. Faltan unos minutos para que esté lista la comida.

Liam respiró hondo antes de tomarme de la mano para ubicarnos en el sofá, frente a sus tíos, y recibir el vino que le ofreció su madre para él y para mí. Seguía notándose incómodo.

Me pareció que a Fiona no le agradó la idea de que él me invitara a la cena, tal vez, esperaba compartir con su hijo un momento privado para limar asperezas, o para retarlo sin tener testigos. Al enterarse de mi asistencia incluyó en el festejo a su hermana y al esposo de esta, una pareja que a Liam le ponían los pelos de punta. Lo comprendí en esos minutos de espera.

Margaret no paraba de hacerle preguntas sobre la universidad, que él trataba de esquivar para que su tía no se percatara que la había abandonado y Donovan quería saber sobre las mujeres que se le echaban encima luego de las presentaciones en vivo de los Squids. Tema que no quería tocar delante de mí, y que a mí me hacía brotar los celos.

Agradecí internamente a la madre de Liam cuando nos avisó que la comida estaba lista y debíamos pasar al comedor. Pensé que allí el ambiente cambiaría.

—Liam abandonó la universidad hace tiempo. Ni siquiera completó un semestre —reveló Fiona cuando estábamos casi al final de la cena y harta por las preguntas de Margaret por la universidad.

Yo había logrado esquivar el interrogatorio que le hacían por un tiempo, contando sobre mis estudios, pero la mujer parecía obsesionada. Liam había estado estudiando una carrera en la que ella se había titulado hacía pocos años, sabía que muchos de sus antiguos profesores aún daban clases allí y anhelaba que le contara si seguían aplicando las mismas técnicas de estudio de antes o se habían renovado.

Con la confesión de Fiona, todos guardamos silencio y nos pusimos serios.

—¿La abandonaste? —quiso saber Margaret, dolida.

Liam se irguió antes de responderle.

—Sí, no me sentía cómodo.

Ella se mostró indignada.

—¿Cómo puedes decir eso?

Donovan gruñó.

—¿Fui el único que se dio cuenta que a Liam no le gustaba esa carrera? —expuso con obviedad—. Sabía que la abandonaría. ¡Se los dije! —habló y señaló a ambas mujeres.

Fiona puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

—Solo detuve los estudios por un tiempo —explicó Liam, cabizbajo, dejando que sus cabellos le cubrieran parte del rostro—. He tenido mucho trabajo con la banda y me volvía loco

con las asignaciones de la universidad, los ensayos y los conciertos.

—Entiendo —habló Margaret tratando de recuperar la calma—, eso quiere decir que pronto los retomarás, ¿cierto? —preguntó con ansiedad. Me pareció que ella deseaba más que Liam se titulara en contaduría que su propia madre.

—No hará nada de eso. Él odia esa carrera, lo suyo es la música —reveló Fiona con fastidio. Margaret ahogó un grito de sorpresa y Donovan sonrió complacido sin dejar de terminar su cena.

—No la odio, es solo… —trató de explicar Liam, pero su madre lo detuvo.

—La odias, acéptalo —pidió molesta—. Ya es hora de que comencemos a decir las cosas como son. ¿Para qué los secretos? Es tu vida y ya eres un adulto, ¿no es así?

Ese «¿no es así?» lo dijo con un rastro de furia en la voz y dirigiéndole a Liam una mirada retadora que volvió tenso el ambiente. Pensé que iniciarían una acalorada discusión entre ellos, porque él se había puesto muy serio por las provocaciones de su madre y parecía estar a punto de comenzar a escupir quejas en cualquier momento.

—¡Mañana llevaré a Margaret a Montauk! —anunció de forma repentina Donovan para evitar que continuaran con las discusiones familiares, captando la atención de todos, sobre todo, de su esposa—. El domingo cumpliremos diez años de habernos conocido y quería darle una sorpresa.

Margaret se derritió por la noticia olvidándose de la situación anterior y se lanzó sobre su esposo, que aún masticaba el último bocado que se había metido a la boca, para darle besos y mimos. Fiona suspiró con agobio y volvió a poner los ojos en blanco. Liam seguía tenso, escondido bajo sus cabellos.

—¡Mi amor, ¿por qué no me avisaste antes?! —preguntó la mujer conmovida.

—Quería darte una sorpresa. En el bolsillo interno de mi chaqueta están los pasajes, iba a mostrártelos después de la cena, pero ya no soportaba el misterio.

Mientras ellos se fundían en besos, los Davis continuaban en sus asientos hundidos en sus amarguras. Fiona, además, se veía incómoda por el amor público que se daban su hermana y su cuñado, parecía afectarle.

—¡Eres el hombre más maravilloso del mundo! —exclamó Margaret hacia su esposo con adoración y le pellizcaba las mejillas. Él sonreía feliz.

Por un lado me alegraba por ellos, se notaban muy enamorados, pero les gustaba tanto

celebrar su amor de forma pública que resultaban desagradables. Sobre todo, porque era evidente que buscaban hacer visible su felicidad delante de Fiona, que no parecía cómoda con eso. Hasta habían llevado los pasajes del viaje para mostrarlos en esta casa, como si quisiera echarle en cara lo mucho que hacían el uno por el otro.

—¿Te das cuenta, Fiona, del excelente hombre que atrapé?

Aquello me abrió más el entendimiento. Era evidente que entre las hermanas existía una especie de competencia para ver quién elegía a los mejores hombres.

—Sí, de verdad que los felicito —respondió Fiona entre dientes y tomó su copa de vino para darle un trago largo.

Me sentí tan incómoda que no sabía qué hacer o qué decir para salvar el momento. Aquella familia tenía tantas grietas que me provocaba tristeza.

Margaret y Donovan se dedicaron a darse amor público sin importarles nada y Fiona a retorcerse en su frustración a punta de tragos de vino. Liam se había mantenido aún semioculto entre sus cabellos, pero de pronto se enfocó en su madre notando su semblante de desdicha.

—Mañana tengo un concierto con los Squids —soltó de golpe, llamando la atención de todos.

Fiona lo observó con los ojos muy abiertos.

—¿Mañana?

—Será en el bar Perla Negra, que está cerca de la universidad donde estudia Madison. Me gustaría que asistiera.

El silencio que siguió a esa propuesta fue tan pesado que me erizó los vellos de los brazos.

—¿Yo? —preguntó Fiona sin poder salir de su asombro y con los ojos empañados por lágrimas.

—No me ves tocar desde que estaba en la preparatoria, ahora tenemos un estilo diferente. Probaremos nuevos temas para evaluar cómo responde el público a ellos y quisiera que estuvieras allí… acompañándome.

Eso último le costó decirlo, pero cuando lo hizo pareció que se liberaba de pesadas cadenas.

Fiona estaba aún sin habla y a punto de derramarse en llanto.

—Son geniales —dije para cortar el tenso silencio—. El público los adora y no paran de

bailar, saltar y cantar cuando ellos están sobre el escenario.

Fiona me observó conmovida y se esforzó por salir del shock para decir algo. Liam me dedicó una sonrisa de agradecimiento y tomó mi mamo para apretarla con dulzura. Margaret y Donovan no sabían que hacer, se notaban confundidos. Era probable que no les hubiese gustado que interrumpieran su momento romántico.

—Iré. Allí estaré —respondió Fiona procurando recuperar la compostura y enseguida rellenó su copa con más vino.

La sonrisa le volvió al rostro y la tensión poco a poco desapareció del ambiente.

Margaret y Donovan retomaron su charla sobre su paseo a Montauk, una playa paradisíaca ubicada en el extremo más oriental de Long Island, donde los neoyorquinos siempre escapaban para disfrutar de la naturaleza y hacer surf. Sin embargo, esa conversión y los constantes besos ya no molestaban a Fiona, estaba tan feliz que parecía alegrarse de verdad por la dicha de su hermana. En ocasiones compartía miradas con su hijo, que ya no permanecía cabizbajo ni la miraba desafiante, era como si aquello hubiese abierto una puerta entre ellos. Una posibilidad que los hizo sentir bien a ambos.

Esa relación estaba bastante fragmentada, pero se veía mucha esperanza por recuperarla. Y me gustaba haber sido testigo de esos primeros intentos.

Me encantó descubrir como Liam comenzaba a abrirse al perdón para retomar la relación con su madre, que tanta falta le hacía. Eso me hizo repensar mi situación y recordar a mi padre, que aún esperaba por mi respuesta en una cama de hospital, con la muerte sentada a su lado.

¿Tendría el mismo valor de Liam para dar ese primer paso?

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 28. Liam.

El Perla Negra estaba a reventar y la gente se notaba eufórica por la presentación de los Squids.

Ya se había corrido la voz de que estrenaríamos temas nuevos y muchos fueron a apoyarnos. Hasta algunos miembros de los Destroyer estuvieron presentes, a pesar de que no se presentarían ese día.

—Tienen que ponerle muchas ganas, chicos. La buena actitud es contagiosa —nos aconsejó Matt Thomson antes de subir al escenario.

Él y su hermano habían organizado aquel evento no solo para evaluar el nivel de aceptación de las nuevas canciones, sino para animarnos a nosotros. Todos en la banda parecíamos obligados a realizar aquel espectáculo, nos veíamos tensos e incómodos. Como si hubiésemos perdido la conexión con la música.

—Liam, invierte más energía en los temas nuevos, no te desgaste con los antiguos —me dijo Brandon al acercarse a mí.

Su intervención me irritó, la sentía como una invasión. Aunque debía confesar que muy en el fondo movía algo en mi interior, emociones que me esforzaba por apagar.

Lo observé con rencor.

—Conozco mi trabajo.

Él me mantuvo la mirada con la misma actitud.

—Solo te doy un consejo, de guitarrista a guitarrista.

Los chicos comenzaron a dirigirse al escenario aupados por Matt.

—Es tarde para los consejos, ¿no crees? Ya debo subir al escenario.

Quise seguir al grupo, pero él me detuvo al sostenerme por un brazo.

—Hijo…

—Solo de guitarrista a guitarrista —lo interrumpí, soltándome de su agarre.

Walter aún estaba en el camerino y fue testigo del impase, me había esperado para salir juntos. Por su presencia, Brandon no dijo nada más, se quedó allí, frío por mi rechazo.

Avanzamos hasta las escaleras, allí nos topamos con dos de los integrantes de los Destroyer que bebían cerveza acompañados por unas chicas. Me sorprendió ver a Cristine con ellos. Jayson, el cantante, la abrazaba por el cuello manteniéndola muy cerca de él.

Miré hacia Oliver y vi como los observaba con odio.

—Aquí vienen los pequeños calamares —se burló Jayson.

Squids significa calamares y nosotros habíamos rebautizado a la banda con ese nombre cuando comenzamos a triunfar en el Perla Negra, que se llamaba así en alusión al barco pirata de *Jack Sparrow*, en *Piratas del Caribe*. Antes nos hacíamos llamar los «Incomprendidos», pero aquel título nos pareció de perdedores.

—¿Por qué no cierras el pico, cabrón? —rebatió William, harto de las provocaciones de esos imbéciles. Matt se interpuso para evitar una pelea y dirigirlo al escenario.

—¡Veamos qué tan bien lo hacen! —siguió Jayson. Quería desconcentrarnos para crearnos inconvenientes frente al público, aquel había sido su modus operandi desde que ambas bandas nos volvimos rivales—. Supongo que le guardaron las drogas a Oliver, ¿cierto? Y las pastillas para dormir.

La referencia a lo sucedido días atrás enfureció a Oliver, que intentó lanzarse sobre él para golpearlo. Jonathan lo detuvo y le dijo algo al oído que lo calmó de forma automática.

—¡No te vayas a suicidar delante de tus seguidores! —siguió pinchándolo Jayson, pero para suerte de todos, Oliver lo ignoró y continuó su camino.

Jayson y sus compañeros rieron por la chanza e hicieron más comentarios ofensivos. Al pasar frente a ellos le di un empujón en el pecho que lo hizo trastabillar.

—¡Liam! —me retó Cristine, quien también se había tambaleado porque Jayson la tenía agarrada por el cuello.

La ignoré mientras traspasaba a Jayson con mi odio, sin detenerme. Él no dijo nada, solo mantuvo mi desafío hasta que yo desaparecí al subir al escenario.

Arriba, la energía que me trasmitía el público hizo que me olvidara un poco de la rabia que había obtenido por culpa de los Destroyer para centrarme en lo que debía hacer. Oliver y yo compartimos una mirada. No sé si había sido de agradecimiento por lo que había hecho segundos antes, o simplemente, como parte del show.

Cuando estuve en mi posición busqué a Madison entre el público. La hallé en un costado, subida a los hombros de Rogers, que no se notaba muy feliz con la tarea. Me hacía gestos con los

brazos para que la ubicara con facilidad.

Le sonreí. Había asistido con sus amigos y entre todos se hicieron cargo de mi madre. Fiona se encontraba allí, con ellos, y me saludó con una mano cuando dirigí mi atención hacia ella. Le devolví el saludo con cierta timidez.

No entendía bien lo que sentí al tenerla allí: nerviosismo, alegría, ansiedad. El día anterior, en la cena en su casa, me dolió verla tan triste cuando mis tíos anunciaron su viaje romántico. Era evidente que se sentía sola, por eso le hice llegar la invitación al concierto. Solo quería evitar que siguieran atormentándola, pero ahora que estaba allí me hacía sentir bien. Me gustaba tenerla cerca.

Quería que me viera tocar y descubriera lo bueno que era con la guitarra. Necesitaba compartir con ella esa parte de mí, para que comprendiera que no rechazaba sus propuestas solo por llevarle la contraria.

Aunque tenerla tan cerca me puso nervioso. Las inseguridades me abordaron. No deseaba fracasar frente a mi madre. Su sonrisa satisfecha calmó mis turbaciones, parecía estar complacida con solo mirarme sobre el escenario.

El público gritaba, agitado por el saludo de Oliver. Él apenas se plantó sobre la tarima se apoderó de ellos y los manejó a su antojo.

Me giré hacia los músicos para dar la señal de inicio del primer tema. Todos se centraron en mí. Comenzaríamos con el que más gustaba a nuestros seguidores, para calentar sus motores, luego lanzaríamos las nuevas canciones esperando que les agradaran.

Bajé el rostro hacia mi guitarra para enfocarme solo en ella y cerré el puño un instante pretendiendo controlar los temblores de mi mano. Los gritos del público me hacían bullir la sangre.

Cuando hice sonar los primeros acordes, hubo un alarido general y el suelo que pisaba comenzó a vibrar. La respuesta fue inmediata y la locura impresionante. El público empezó a saltar, todos al mismo tiempo, llenando aquel lugar con una energía que se desbordaba a cada segundo.

Cada canción que tocábamos se convertía en una fiesta, a pesar de que en ocasiones cometíamos equivocaciones que solo nosotros notábamos. Por momentos veía hacia Madison y sus amigos, descubriendo como disfrutaban del espectáculo y hacían bailar a mi madre.

Jamás pensé que sería testigo de algo así.

¿La correcta, práctica y calculadora Fiona Davis desatada en un concierto de rock y junto a un grupo de desconocidos?

Ni en mil años lo hubiese imaginado, pero allí estaba ella, feliz y sonriente, compartiendo con la chica que se robaba mi corazón como si se conocieran de toda la vida.

No podía existir nada más perfecto.

Al terminar y mientras recibíamos la ovación del público, di un repaso por el escenario. Los chicos sonreían complacidos por el logro alcanzando esa noche, más relajados que al inicio.

En un costado se hallaba Brandon, parado muy serio y con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones. No tenía su atención puesta en nosotros, sino en el público, más específicamente, en el lugar donde se hallaba mi madre.

Descubrir a donde se dirigían sus ojos fue algo que me molestó y amenazó con esfumar la felicidad que había obtenido esa noche.

Seguía sin comprender su repentina aparición y su interés en la banda, pero no podía darle más largas a ese asunto. Debía encararlo cuanto antes y resolver con él nuestros asuntos pendientes. No quería que ensombreciera de nuevo mi mundo.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 29. Madison.

Había obligaciones de las que no podíamos desprendernos por más que las esquiváramos.

Tuve que viajar a Providence para reunirme con mi hermanastro. Mis pies me pesaban con cada paso que daba, porque se negaban a avanzar. Por móvil acordamos encontrarnos en un café en el centro, en un área pública. Ninguno de los dos quería intimar mucho.

Mientras iba en el bus, de camino a mi destino, recordé los pocos momentos en que me había topado con James Adams.

Él me superaba por siete años y por unos veinte kilos. Era tan solo unos centímetros más alto que yo. Había heredado la estatura de mi padre, así como su contextura robusta.

En su cara redonda siempre mantenía un semblante irritado y miraba con superioridad. Decían que eso lo había sacado de su madre, pero como jamás llegué a conocer a esa mujer en persona no podía opinar. Lo cierto era que esa forma de verme era el rasgo que más aborrecía de ese hombre. Nunca me ofendió, pero su manera de mirarme era tan molesta que no le hicieron falta palabras para expresar lo mucho que me despreciaba.

Cuando su familia supo de mi existencia y Abraham tuvo que abandonar su casa, él tan solo era un niño. Uno que vivía aferrado a su padre, que lo veía como a un dios y lo engrandecía en cada acto que llevaba a cabo y en cada cosa que decía.

Esa traición fue más dolorosa para él que para su propia madre. Desde ese momento comenzó a tener medio padre, porque una parte de él me la llevaba yo. Lo que James jamás supo era que ese trozo que me correspondía nunca lo obtuve completo.

Abraham fue un campeón nacional de Judo, ganador de varias medallas olímpicas. En Providence lo adoraban porque además era carismático y le gustaba apoyar proyectos deportivos para chicos de bajos recursos.

Cuando dejó el deporte competitivo se alió con diversas fundaciones y oficinas del gobierno local para promocionar eventos, gestionar becas deportivas y auspiciar la construcción de complejos deportivos populares en los barrios más necesitados. Viajaba mucho y se quedaba por días en poblados y ciudades de los alrededores llevando a cabo esas empresas.

Así conoció a mi madre, que trabajaba como secretaria en la oficina de gestión deportiva de nuestro pueblo, y, según las historias que ella me había narrado, lo que hubo entre ellos fue amor a primera vista.

Mi madre sintió una gran admiración por él, lo veía como una celebridad inalcanzable, pero poco a poco se fue percatando que era muy accesible y pronto se enredaron en un romance enfebrecido que tan solo duró unas semanas.

Cuando él terminó sus gestiones se marchó a otras localidades. Se olvidó con facilidad de la mujer a la que había dejado con el corazón roto. Mi madre, en cambio, jamás pudo superarlo y, al enterarse de su embarazo, lo buscó hasta dar con él.

Sabía lo difícil que sería traer sola al mundo a un bebé, porque su hermano Rubens y la esposa de este, con quienes compartía casa, no querían apoyarla con esa idea. Le exigían abortar.

De parte de Abraham solo consiguió rechazo. Por eso, al estar muerta de miedo por mi pronta venida y lastimada en su amor y en su orgullo, decidió revelar su condición en el círculo íntimo de él para causarle problemas. Esperaba con eso tener un mínimo de compasión.

Ese actuar fue lo que enemistó a James conmigo. Si mi madre había sido capaz de romper su mundo perfecto, entonces, yo era una persona similar, que merecía su odio eterno.

Mi padre intentó relacionarnos durante algunos años, nos reunió en varias ocasiones con la intención de que nos conociéramos y conectáramos como hermanos, pero con eso lo que logró fue incrementar nuestro desprecio mutuo.

Para él, yo era una ladrona, y para mí, él era un acaparador egoísta. Abraham iba muy poco a visitarme y cuando lo hacía, no compartía suficiente conmigo porque siempre estaba respondiendo llamadas de James y de su esposa. Y si yo lo buscaba a él la situación empeoraba, porque me lo negaban. No me decían dónde se encontraba o me mentían para hacerme perder el tiempo. Eso era lo que sucedía en ese momento. James me exigía que fuese a ver a mi padre a su lecho de muerte, pero acompañada por él. No quería decirme el lugar donde lo tenían hospitalizado, esa actitud suya me frustraba. Quizás creía que me lo robaría.

Me bajé junto a un parque infantil y no pude evitar conmoverme al ver a las familias compartiendo. Con mi madre, aunque hubo momentos de dicha y juegos, casi siempre me tenía a las corridas, de un lado a otro, porque ella debía trabajar en varios empleos para mantenerme y yo tenía que acompañarla ya que no había quien me cuidara. Al salir de la escuela me quedaba en el jardín de una casa ajena mientras ella la limpiaba, algunas veces la ayudaba y otras, me dejaba apartada para que pudiera hacer mis deberes hasta que llegaba la noche y nos íbamos a dormir.

Cuando mi padre venía a verme, nos reuníamos en casa. A mi madre no le gustaba que me llevara a otro sitio, porque temía que él me alejara de su lado para siempre. Era un poco como James. Por eso nunca había tenido esos momentos de alegría en un parque infantil junto a alguno

de ellos.

Dejé de pensar en mis amargos recuerdos para apresurarme por llegar al café. James ya estaba allí, sentado con aburrimiento en una mesa leyendo un diario y con una taza de café casi vacía frente a él.

Me dirigió una mirada fría al ocupar mi puesto, sin bajar el periódico.

—Hola —lo saludé, incómoda.

—Llegas tarde —respondió revisando el diario.

—Fueron solo diez minutos, el bus venía con lentitud.

Él respiró con cansancio y dobló el periódico para dejarlo sobre la mesa.

—¿Un café?

—¿Tardaremos tanto?

Anhelaba irme ya. Su presencia me hacía sentir enferma.

—Debes firmar unos documentos.

—¿Firmar? Yo solo vine para saber dónde está Abraham y que me digas cuándo puedo ir a verlo.

Él se irguió para observarme con soberbia desde su altura, pretendiendo hacerme sentir insignificante, como otras veces lo había hecho.

—El cáncer que sufre le ha producido arrepentimientos y culpas. Quiere reparar errores de su pasado, para eso son los documentos.

—Aun no entiendo qué tienen que ver conmigo.

—Tú eres su mayor asunto pendiente.

Aquello lo dijo sin mirarme, ocupado en doblar y desdoblar su periódico. Era evidente que no le agradaba lo que Abraham le había pedido que hiciera.

Se distrajo llamando al mesero para solicitar un café para mí. No lo quería, pero igual se lo permití mientras superaba la decepción. Hicieron falta que pasaran veinte años y que se ciñera cobre Abraham la amenaza de una enfermedad mortal para que se preocupara por mi bienestar, aquello fue desilusionante.

—¿Para qué me citaste aquí? —quise saber, dolida.

—Antes de que vayas a ver a Abraham, necesitamos hablar. Él te preguntará por lo que voy a decirte. —Suspiró hondo antes de continuar—. Me rogó que te hiciera firmar estos papeles.

Me alcanzó una carpeta que ubicó en mi lado de la mesa. Sentí temor al verla, no quise ni tocarla.

—¿Qué es?

—Algo así como una herencia.

Una sensación devastadora me atormentó. El recuerdo de la discusión que días atrás había tenido con mi tío Rubens y con su esposa retumbó en mi memoria.

—No la quiero.

—No sabes lo que es.

—No me importa.

—Igual tengo que dártela —reveló fastidiado, pero callamos al acercarse el mesero con el pedido.

Veía la carpeta con rabia y miedo. La repartición de una herencia ya significaba un fin, la última parte del camino. Eso era todo lo que obtendría de mi padre: restos materiales de su vida que para mí no significaban nada.

—No vine aquí para recibir dinero de su parte, solo quiero saber dónde está y cuándo podré verlo.

Él respiró con agobio.

—¿Para qué vas a verlo si eres incapaz de darle paz mental?

Sus palabras me llenaron de ira.

—¿Recibir estas migajas le dará paz mental? —solté empujando la carpeta hacia él—. Quiero verlo para que me pida perdón por su abandono, para que me reconozca públicamente como su hija y así yo pueda dejar de ser un error que mantuvo a escondidas por años. Quiero una mirada de amor, aunque sea la única y la última, un apretón de manos cálido o esa sonrisa de orgullo que me debe desde que nací, y de ser posible, el beso de consuelo que debió darme cuando mi madre murió. Eso es lo único que quiero. Si soy su mayor asunto pendiente, esas son las únicas deudas que él tiene conmigo.

James mantuvo silencio un instante mientras mi veía con desaprobación.

—No fue a apoyarte cuando tu madre murió porque en ese tiempo le informaron de su enfermedad, de lo muy avanzada que la tenía y del poco tiempo que le quedaba de vida. La muerte de tu madre lo que hizo fue llenarlo de miedos. Se paralizó al darse cuenta que ese sería su destino.

Sonreí con poca gracia, descubriendo que estaba llorando. Pesadas lágrimas rodaban por mis mejillas y no sabía desde cuándo habían comenzado a hacerlo.

—¿No se le ocurrió, al menos, llamarme para darnos consuelo mutuo?

—¡¿Eres tan egoísta que solo piensas en tu dolor?! —preguntó con enfado—. Él está a punto de morir, ya no tiene tiempo para consolar a nadie. Solo quiere que acepten sus disculpas. ¿Tanto te cuesta hacerlo?

Empujó la carpeta de nuevo hacia mi lado.

—¡¿Esta es una disculpa?! —indagué en un tono de voz más alto de lo que hubiese querido —. Jamás recibí nada de él, solo retazos de su cariño, ni siquiera su apellido quiso darme. Desde hace más de un año sabe que está condenado, pero me busca solo para darme unas pocas monedas y no el amor que siempre me negó. Esta herencia —dije con desprecio y empujé de nuevo la carpeta hacia él—, es como el pago que le dan a una prostituta luego de ser usada y desechada. No es más que una humillación, una burla. ¡No la quiero!

—Eso era lo que buscaba tu madre cuando fue a mi casa a escupirnos que estaba embarazada —soltó con amargura—. Ella solo quería dinero, pues, aquí lo tiene.

Quedé en shock por aquella expresión tan llena de odio. Tuve que tragar grueso antes de volver a hablar, para ese momento habíamos llamado la atención de medio establecimiento y hasta el dueño se había acercado, aunque no se atrevió a decirnos nada.

—Mi madre no quiso dinero, trabajó muy duro para hacerme lo que soy. Ella solo quiso que él asumiera su responsabilidad, que me amara, cosa que jamás hizo.

Me puse de pie, sorprendiéndolo.

—No te atrevas a irte sin firmar esos documentos. Abraham lo necesita para morir tranquilo.

—No pienso hacerlo, ni ahora ni nunca. Y si quieres que muera tranquilo, deja que vaya a verlo, que hable con él. Mi perdón es lo único que le dará verdadera paz. Además, es mi padre, tengo ese derecho.

—Va a preguntar por esos documentos, no puede recibir más preocupaciones. Su corazón está débil.

—Su corazón lo que necesita es amor para saber que todo quedó bien atado en este mundo antes de irse, eso es lo único que anhelamos cuando ya no tenemos fuerzas para seguir luchando. Lo sé porque ya pasé por esta maldita situación. Así que, si vuelves a comunicarte conmigo, que sea para decirme dónde está hospitalizado Abraham y cuándo podré verlo, para nada más —solté y le di la espalda para salir del negocio.

Por donde pasaba recibía miradas de lástima o curiosidad, pero eso no me importaba. Caminé hasta la salida con la frente en alto y con el rostro húmedo por las lágrimas. Me sentía hecha pedazos.

Tal vez estaba siendo una egoísta, pero me negaba a seguir poniendo la mejilla para recibir constantes golpes de la vida. Abraham nunca me concedió nada de lo que le exigía, al menos, quería una despedida de verdad. No unas simples monedas que calmaran su sosiego y me dejaran llena de más frustraciones.

Solo quería ver a mi padre a los ojos y que me dijera por última vez «hija».

¿Acaso pedía mucho?

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 30. Liam.

Llegué al ensayo con la banda algo desanimado. Minutos antes había hablado por teléfono móvil con Madison, enterándome del terrible mal momento que había vivido con su hermano en Providence. Odiaba no haber estado con ella. Sabía, por experiencia propia, lo importante que resultaba contar una mano amiga para sostenerte cuando el mundo se desmoronaba sobre tu cabeza.

Le pedí que fuera a mi departamento al llegar, le había dejado la llave con un vecino. Allí podía disfrutar de privacidad para drenar sus rabiar sin que nadie la atormentara con preguntas. Había momentos en que era imprescindible tener soledad y yo quería regalarle ese espacio.

Luego me encargaría de consolarla como se merecía, sin agobiarla con exigencias banales.

Mientras entraba al estudio procuré asumir una buena actitud. Después del éxito que habíamos obtenido en el concierto realizado en el Perla Negra, esperaba que la disposición de los chicos para hacer música mejorara, así como la mía.

Sin embargo, al reunirme con ellos me inquietó fijarme en sus estados. Las caras largas, furiosas y fastidiadas no solo se reflejaban en sus rostros, sino también, en el resto de las personas que trabajaban con nosotros.

—¿Qué sucede? —pregunté mosqueado.

Theo, que estaba sentado sobre la cabecera de un sofá, extendió hacia mí un diario local que habían doblado para resaltar una nota publicada en la sección de sociales: «Los Squids, ¿fracasaron antes de nacer?».

—¿Qué es esto?

El título me impactó.

—Léelo con calma —me aconsejó Ben Thomson.

Y lo hice, pero cada vez que avanzaba en la lectura mis emociones se agitaban.

—¡¿Cómo demonios pudieron enterarse de todo esto?!

Escuché suspiros cansados.

—Son solo chismes causados por filtraciones de información, o debido al mal comportamiento de la banda en público —justificó Matt sin darle mucha importancia al asunto.

Le dediqué una mirada irritada.

—No importa cómo la prensa se haya enterado de todas esas situaciones, muchacho, sino la reacción que esa nota, y sus consecuencias, pueda generar en los empresarios de las disqueras que estás interesadas en su música —explicó Chester Harris.

En la nota se hablaba de los problemas por los que todos atravesábamos: la adicción a las drogas de Theo, que lo llevaba a cometer delitos para conseguirlas; los conflictos de pareja de William; la falta de compromiso de Walter y el intento de suicidio de Oliver, así como su abuso con el alcohol y con las mujeres. Aunque, lo que más me irritó, fue que ventilaran la relación tensa que yo tenía con Brandon, alegando que ese asunto complicaba nuestra relación con las disqueras e impedía que recuperara la inspiración para escribir buenas canciones. Por eso, lo que habían escuchado en el concierto en el Perla Negra había sido más de lo mismo.

—Aquí se dicen cosas que acordamos no decirle a nadie —recordé con enfado.

—¿Y si vemos este asunto desde otra perspectiva?

La propuesta de Brandon aumentó mi irritación.

—¿Qué no tuvieron nada bueno que decir de nuestra música porque les pareció aburrida y por eso se les ocurrió hablar de nuestros problemas? —preguntó William tumbado en un mueble como si dormitara, con el rostro medio cubierto por una gorra y un brazo apoyado en su cabeza.

En ese momento me percaté que se veía más delgado, pálido y ojeroso que días atrás. Era evidente que no dormía ni se alimentaba bien.

—No. Solo digo que los Destroyer se están haciendo famosos por sus escándalos —contestó Brandon—. Gracias a eso se habla mucho de ellos en las redes sociales y por ese motivo Terry Morgan se interesó en ese grupo para incluirlo en su festival.

—¿Tratas de decir que esto está bien? —consulté estirando el diario hacia él.

—Es prensa, Liam. Aunque sea mala, ayudará a que se hable de ustedes.

—¡Yo no quiero que me conozcan por los problemas que puedo tener, sino por mi música!

—¡Para que conozcan tu música tienen que verte primero a la cara y no hay forma más rápida para darse a conocer que un escándalo!

No podía creerme lo que decía. Lo observé con severidad, recibiendo de su parte una mirada similar. Como si nos retáramos.

Algo que a él lo ayudó a hacerse visible cuando iniciaba su carrera musical fue el

escándalo que generó su separación con mi madre, así como las discusiones verbales que mantenía con miembros de otras bandas a través de la prensa. No quería seguir la misma estrategia.

—Para serte sincero —habló Matt dirigiéndose a mí—, hemos recibido casi una docena de llamadas de periodistas interesados en saber más sobre la relación conflictiva que tienes con tu padre. —Aquella noticia me desagradó—. Al ser Brandon un músico reconocido, ese tema se convierte en algo entretenido. Piden entrevistarte. La banda nunca había tenido tanta atención de la prensa como ahora.

Resoplé indignado. Lo último que me faltaba era que quisieran hacer un circo con mi vida.

—Los temas que se tocan en esa nota son muy atractivos —agregó Ben, ganándose una mira aireada de mi parte—: drogas, robos, alcohol, sexo, traiciones, dramas familiares… Estuve haciendo una evaluación superficial en internet antes de venir, y las búsquedas que se hacen de la banda y de cada uno de ustedes aumentaron considerablemente, así como las menciones que se producen en las redes sociales.

Pasé una mano con angustia por mi cabeza y escuché varios quejidos inconformes de los chicos. Había esperado que lo hecho el día anterior en el Perla Negra produjera comentarios positivos, porque para nosotros el concierto, a pesar de haber contado con algunas fallas, había sido todo un éxito. La respuesta del público resultó fenomenal, lo que hizo que nuestros ánimos aumentaran bastante, pero esa nota de prensa demostraba lo equivocados que estábamos y expondría nuestros problemas al escarnio público.

El teléfono móvil de Charles Harris comenzó a sonar con insistencia. Él se apartó a otro salón para responder la llamada mientras Theo se ponía de pie para aproximarse a mí.

—¿Qué hacemos, Liam? ¿Hablamos con la prensa sobre nuestros problemas? Hay un periodista que me llamó para entrevistarme en un programa de radio.

—¿Quieres hacer público tus asuntos personales? —pregunté con desagrado y en susurros, para que nadie nos escuchara.

—No, pero Brandon dice que será positivo para la banda.

Lancé una mirada cargada de reproches hacia mi padre, él la respondió de igual manera.

—A Brandon le gustan los caminos fáciles, a mí no.

Theo comprimió el rostro en una mueca de disgusto.

—Necesito independizarme, Liam. Mi madre no me quiere en su casa y yo no quiero vivir

toda la vida de la caridad de otros.

Sus palabras resultaron como una bola de hierro que colisionó contra mí. Recordé que él desde hacía días vivía refugiado en la mansión de los Thomson, ya que su madre lo había echado de casa por su conflicto con las drogas.

—Hacemos buena música, con ella podemos salir de esta situación.

Theo no parecía convencido, respiró hondo y se mantuvo reflexivo un instante analizando lo que le había dicho. Iba a responderme cuando Chester Harris apareció en el salón para dar un anuncio.

—Tenemos otro problema. —Un gruñido de William resonó como respuesta—. Jonathan acaba de llamarme. Oliver está detenido en la comisaría. Se presentó en el estudio de los Destroyer y tuvo una pelea con Jayson por lo que salió en la prensa. Él cree que fueron ellos los que le llevaron el chisme a ese periodista.

La risa de burla de Walter nos irritó a todos.

—¿Qué te produce gracia? —se quejó William sentándose en el sofá.

Walter alzó las manos en señal de rendición sin que su sonrisa guasona se borrara de su rostro.

—Vamos a rescatarlo —dijo Matt en medio de un suspiro y se puso de pie tomando su chaqueta que había dejado sobre el respaldo de una silla.

Él salió del salón seguido por su hermano y por Charles Harris. Yo esperé a que William se pusiera de pie para ir con él y con Theo a la comisaría en mi auto.

Antes de que eso sucediera, Walter pasó en medio de nosotros mascullando burlas hacia Oliver. William le propinó un empujón que lo hizo estrellarse contra una pared.

—¡¿Qué mierda te sucede, imbécil?!

—¡¿A ti qué mierda te sucede?! —respondió William pendenciero. Theo y yo tuvimos que incluirnos para evitar una pelea.

—¡Todos ustedes se creen unos putos ídolos, pero son pura basura! —soltó Walter con desprecio.

—Ey, cuida lo que dices. Recuerda que son un equipo —lo reprendió Brandon.

—Un equipo mis pelotas —se quejó Walter antes de marcharse, no sin antes compartir una mirada retadora con William.

—Este hijo de puta me tiene harto.

William quiso seguirlo para continuar con la pelea, pero Theo y yo lo detuvimos.

—Calma, vayamos por Oliver que ahora nos necesita. Luego nos encargamos de él.

Mi consejo pareció surtir efecto, porque William se tranquilizó. Theo le cubrió el cuello con un brazo y lo sacó de allí hacia mi auto.

—Liam, cuando quieras nos ponemos de acuerdo sobre lo que diremos a la prensa de la situación que tenemos tú y yo.

El odio se acrecentó en mi pecho.

—Tú y yo no tenemos nada. ¿Puedes entenderlo?

—Hijo…

—¡Ya deja de llamarme así! —La tensión fluyó entre nosotros como si fuese la filosa hoja de un cuchillo—. Para que puedas decirlo necesitas ser padre y a eso renunciaste hace doce años cuando me abandonaste. ¿Lo recuerdas?

Luego de traspasarlo con mi desprecio, salí del salón. Quería herirlo con mis palabras, alzar altas barreras entre él y yo, pero lo cierto era que también estaba siendo lastimado.

Me dolía aquella miserable situación, me asfixiaba y me hundía más en la tristeza. Ya no sabía cómo enfrentar ese problema y si se hacía público terminaría por condenarme.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 31. Madison.

Me había puesto en la tarea de salir del departamento de Liam solo para recorrer varios quioscos donde vendían periódicos. Reuní ejemplares de diferentes de diarios locales que hacían referencia al concierto de anoche en el Perla Negra y hallé en internet las publicaciones de algunos portales musicales que hablaban de lo sucedido.

Hasta revisé las redes sociales buscando menciones a los Squids y a cada miembro de la banda. El trabajo me ayudó a olvidar de momento mi amarga situación con mi hermanastro y mi padre, secando mis lágrimas de pena.

Cuando Liam regresó de la comisaría, después de haber logrado liberar a Oliver, yo tenía sobre la mesa del comedor un informe completo de lo publicado en los diarios, con los soportes que confirmaban mi evaluación. El periodismo de investigación era lo que más amaba en el mundo.

—Ese es el único diario en todo Rhode Island que critica de mala manera el concierto. Los demás no lo alaban, pero hablan bien de la nueva música y de las reacciones positivas que generó en el público. En las redes sociales ocurre igual, la mayoría de los que estuvieron presentes amaron los nuevos temas. Quienes opinan sobre los chismes que se difundieron de ustedes, son los que leyeron ese diario deprimente —revelé mirando con odio el ejemplar.

—Ese periodista no estuvo en la velada que organizaron los Thomson en su mansión y nunca ha estado cerca del grupo, alguien tuvo que contactarlo y pasarle esos datos —dedujo él, molesto.

—¿Y crees que de verdad hayan sido los Destroyer, como asegura Oliver?

Liam respiró hondo y apretó la mandíbula. Aquel asunto lo tenía muy tenso.

—El comportamiento de Walter es algo que conoce todo el mundo y los problemas de Theo pudieron haber sido comentados por sus amigos fuera de nuestro círculo de confianza. El asunto con mi padre es evidente, quienes conozcan nuestra historia y vean como nos tratamos en público puede suponer lo que pasa, pero lo que sucedió con Oliver no trascendió de la banda, mucho menos, los conflictos que William tiene con su novia. Alguien de nuestro entorno tuvo que haber dicho algo.

—O los Thomson, o Charles Harris… —Callé un instante antes de mencionar otro nombre. Liam me observó severo al deducir lo que diría a continuación—. O Brandon Davis.

Él se cruzó de brazos.

—No me extrañaría que lo hiciera para agitar escándalos a nuestro alrededor. Cree que esa es la mejor manera de volvernos interesantes para las disqueras.

Tardé en hacerle llegar mi siguiente propuesta porque sabía que le incomodaría.

—¿Y si hablas con él?

Liam se apartó de la mesa para acercarse a una encimera de la cocina, donde tenía una botella de vino espumante que había comprado y comenzó a abrirla.

—Nunca encuentro un buen momento para eso.

Lo abracé por detrás y apoyé mi rostro en su espalda cerrando los ojos.

—No esperes mucho tiempo, la vida es efímera.

Aquellas palabras me fracturaron por dentro. Por orgullo, yo esperé demasiado tiempo para reclamarle a mi padre las cosas que hacía y me lastimaban e intentar reparar nuestra relación. Si hubiese puesto un poco de empeño antes, dejando de lado mis rencores y rabias, tal vez, ahora no me sentiría tan desecha al saber que pronto moriría. Quizás no fuéramos los mejores amigos del mundo, pero tampoco, dos extraños que se hicieron mucho daño mutuamente.

Liam detuvo un instante lo que hacía para acariciar mis brazos y darme consuelo.

—¿Aún no sabes dónde está hospitalizado?

—James se guarda esa información con recelo y ahora no me dirá nada hasta que no le firme los malditos documentos de la herencia. Está convencido de que solo así Abraham tendrá paz mental.

Él mantuvo silencio un instante antes de hablar.

—Brandon ni siquiera está divorciado legalmente de mi madre. Iniciaron el trámite hace mucho, pero los viajes con su banda impidieron que viniera a Kingston para terminarlo. Pensé que había vuelto para finalizar esa gestión.

—¿Tu madre tampoco insistió en acabar con eso?

—No. Creo que nunca perdió la esperanza de que él volviera a casa, y ahora, aunque odia que se acerque a mí por miedo a que me aleje, no la he visto interesada en el tema. Es posible que siga esperando por él.

—Y, ¿entonces? —pregunté confundida, y alcé mi cabeza.

Él se giró para tenerme frente a frente y tomó mi rostro entre sus manos acariciando mis mejillas.

—Entonces, no sé nada. Quiero mandarlo a la mierda, pero a la vez no deseo hacerlo. Ellos tienen que resolver primero sus asuntos, pero ninguno da el primer paso. Esperan que yo haga algo y yo espero lo mismo de ellos. Mientras tanto, pasa y pasa el tiempo y seguimos haciéndonos daño.

Se inclinó para apoyar su frente en la mía y así descansar un rato, ambos con los ojos cerrados, como si hubiésemos corrido una maratón interminable. Nos sentíamos bastante cansados.

—Si algún día llegaran a presentarse problemas entre nosotros, te gritaré las verdades a la cara sin que me importe nada.

Él se carcajeó por mis palabras.

—Grítame todo lo que quieras, pero no me patees en una pierna. A Oliver le costó recuperarse de la patada que le diste la otra noche.

No pude evitar reír también y abrazarlo por el cuello para darle un beso en los labios.

—Ya sabes que no debes fastidiarme. Doy patadas muy fuertes y sé varias técnicas de judo que te dejarán noqueado.

Las carcajadas de Liam sobre mis labios me erizaron por completo y calentaron toda mi piel. Él me alzó para que pudiera enroscarme en sus caderas y sin dejar de besarme caminó hacia la habitación, buscando no llevarse una pared por delante.

Caímos en la cama vueltos un enjambre de miembros y abrazos. Nos aferrábamos al cuerpo del otro como si quisiéramos traspasarlo para fundirnos en él y así hacernos uno.

Nos fuimos desnudando al tiempo que buscábamos tocarnos en las zonas más íntimas, las que sabíamos que explotarían de placer con nuestro contacto, y arrullados con los sonidos que hacían nuestros labios cuando besaban cada parte de la piel.

Tenía tantas ganas de él que quise devorármelo esa noche, pero Liam me retuvo en la cama mientras me atormentaba con sus dedos inquietos. Los sumergió dentro de mí para tocar las fibras nerviosas más ocultas que poseía y hacer música con ellas. Me hizo gritar por el goce sin compasión.

Cuando su lengua se unió a ese concierto para aumentar mi tormento, yo palpitaba de deseo en sus manos. Lo presioné por los cabellos para que no se apartara de mí y me rompiera en

millones de trocitos, hasta convertirme en otra persona.

Las burbujitas del vino no hicieron más que renovar nuestras ganas y permitirnos pasar una noche muy entretenida. En algún momento él puso música suave de fondo, que nos ayudó a conservar el ritmo para amarnos sin descanso y olvidar todas las tragedias que nos agobiaban. El amor desató los nudos de rabias y frustraciones que llevábamos atados a lo largo de nuestro organismo.

Nos liberó, dejándonos bien afinados, con el tono preciso que haría sonar la mejor de nuestras melodías.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 32. Liam.

Quería sorprender a Madison, nunca le había dado una sorpresa al salir de su trabajo en el merendero. Al llegar, me topé con Rogers que iba a buscarlas para estudiar y cometí el error de contarle mi intención.

—¡Sé cómo hacerlo! —aseguró muy animado y me tomó de la mano para arrastrarme a uno de los jardines laterales del establecimiento para cortar un montón de flores—. ¡Maddi ama a las flores! —expuso mientras me llenaba las manos con todos los tipos que había en el lugar, dejando los arbustos desnudos.

—¿No te parece suficiente? —pregunté cuando ya no podía sostenerlas.

Dejé caer a varias que luego él recogió y me colocó tras las orejas, dentro de los bolsillos de mi chaqueta y hasta sostenidas del cinto del pantalón.

—Con las flores nunca es suficiente. Ya verás, te dejaré como carroza de carnaval.

Lo miré impactado, pero escuchamos que abrían las puertas traseras del negocio así que él me giró hacia esa entrada para que la persona que saliera pudiera verme. Luego corrió a esconderse.

Resultó ser Rosita que sacaba la basura.

Al verme, ella se puso blanca por la impresión. Yo alcé los hombros tratando de restarle importancia al asunto, porque su cara pronto perdió la palidez para tomar la coloración de la ira.

—Son para Madison.

—¿Tú las arrancaste? —preguntó molesta. Hasta me pareció ver que había expulsado humo por la nariz.

—Yo… eh…

—Rogers te ayudó, ¿cierto? —No supe qué decir, estaba totalmente avergonzado. Escuché movimientos tras de mí, alguien salía de su escondite y corría a toda velocidad—. ¡ROGERS! —gritó Rosita antes de correr tras él, dejando tirada la bolsa de basura en el suelo.

Por un momento no supe qué hacer, hasta que volví a escuchar que la puerta del merendero se abría y me giré de nuevo hacia ella con cara de corderito a punto de ser degollado. Madison salía con Cleo.

—¿Qué mierda pasó aquí? —quiso saber Cleo, viéndome con burla.

Madison se aproximó a mí tratando de disimular la risa y comenzó a quitarme las flores que tenía en la ropa y tras las orejas.

—Quise darte una sorpresa y Rogers me aconsejó que te gustaban las flores.

Tanto ella como Cleo se carcajearon por mi explicación.

—Nada sorprende más en el mundo que alguien que haga al pie de la letra lo que aconseja Rogers —pinchó Cleo.

—Me encantas. Eres lo máximo —dijo Madison y me quitó el gran manojo de flores de las manos.

Su mirada clara y maravillada calmó mis inquietudes y me hizo reír también.

—Listo, no escuchar los consejos de Rogers nunca más en la vida. Ya aprendí —aseguré, haciéndola reír de nuevo.

No pude soportar más y me incliné para besar sus labios.

—¡CLEO, ven a ayudarme! ¡Rogers tiró unas sombrillas de las mesas de la terraza!

El grito de Rosita me sobresaltó.

—¡¿Yo?! ¡Toda la culpa la tiene Liam, que vaya él!

La miré inquieto y con las mejillas hirviendo por la vergüenza.

—¡Ven! ¡Deja a Liam en paz con su escena romántica!

Cleo cumplió con la orden en medio de gruñidos y mascullando quejas.

—Mierda. Ahora Cleo me va a odiar.

Madison no podía parar de carcajearse.

—No te preocupes, quien pagará por todo es Rogers.

—Él me dijo que venía a buscarlas para estudiar, pero yo quería invitarte a cenar.

Madison se emocionó por mi propuesta y me tomó de la mano para hacerme correr hacia el estacionamiento por el otro extremo del negocio, lejos de sus amigos y perdiendo algunas flores en el camino.

Subimos al auto y enseguida lo pusimos en marcha para escapar de allí en medio de risas. Amaba esos momentos de locura con ella.

Compramos comida china en el muelle y nos fuimos al borde del río para comerla sentados sobre un mantel. Organizamos un picnic en la noche.

Por ser día de semana no había mucho movimiento en el lugar, solo el de los pescadores y de quienes habían salido a navegar ese día. Una suave brisa nos abrigaba y poco a poco el firmamento se oscurecía para mostrarnos la inmensidad del universo.

—Mañana faltaré a clases para ir a Providence.

La noticia me asombró. Ya habíamos terminado de comer y metíamos todos los envases vacíos en una bolsa de papel para desecharlos.

—¿Tu hermano al fin te dio la dirección de dónde se encuentra tu padre?

—Mi hermanastro —aclaró, resaltando la distancia que existía entre ellos—. Me ha llamado toda la semana para insistirme de que firme los documentos. Como me sigo negando y Abraham cada vez está peor, decidió doblegarse y hacer las cosas a mi manera. Aunque me lanzó un millón de advertencias por si mi testarudez le hacía más daño a mi padre.

—¿Y de verdad no piensas aceptar esa herencia?

—No la quiero. No solo llega muy tarde, sino que sé que James y su familia lo permiten solo para mancillar el recuerdo de mi madre. Para ellos, ella solo quería dinero de Abraham. No voy a permitir que sigan humillándola después de muerta. Si cometió errores, ya los pagó en vida. Merece descansar en paz.

Apreté los labios para no opinar sobre el tema. Aquel asunto me parecía complejo y detrás de él existían años de dolor y abandono que solo Madison había experimentado. Igual pasaba en mi caso, que nadie entendía el motivo por el que aún sentía rencores hacia Brandon a pesar de que él hacía lo posible por limar nuestras asperezas, aunque sin pedir perdón y actuando como si jamás me hubiese arrancado una lágrima.

—¿Era mucho lo que tenías que estudiar hoy? —pregunté para cambiar el tema.

—Nooo, ni siquiera tenemos evaluación o algo parecido. Lo que pasa es que Rogers no puede vivir sin tener la cara metida en los libros, pero se aburre cuando estudia solo. Todos los días se inventa algo para obligarnos a estudiar con él.

Entre risas nos ocupamos en hablar de ese tema. Madison aprovechó la ocasión para contarme de otras costumbres extravagantes que tenía su amigo, como su obsesión con las flores. Estábamos distraídos en eso cuando mi teléfono comenzó a repicar por la entrada de una llamada. Era Jonathan.

—Liam… Ayuda…

La voz se le escuchaba entrecortada y muy afectada.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estás? —Solo oía quejidos de mi amigo— ¡Jonathan! —exigí. Madison me observó preocupada.

—En mi casa… ven… me duele… No llames a… mi padre… ni a William…

Por mi cabeza pasaron un millón de ideas, entre ellas: robo, secuestro, puñaladas… Enseguida me puse de pie y apresuré a Madison para recoger todo e ir a la casa de mi amigo.

La vivienda estaba a oscuras. Sabía que Charles Harris había viajado con Brandon a Providence para reunirse con Terry Morgan y hablar sobre el festival. Ahora Charles promovía a otros cantantes de la zona y deseaba que el empresario comenzara a conocerlos.

William de seguro estaba tras su novia rogándole por una oportunidad para volver. Cuando ellos terminaron, él salió con otras mujeres para superarla, a pesar de que seguían saliendo juntos, y, cuando ella le propuso volver, él le confesó de sus anteriores andanzas pretendiendo ser sincero, pero eso le restó a la chica interés para retomar la relación. Por eso vivía entristecido.

Toqué al timbre, pero nadie respondía, así que llamé a Jonathan por móvil.

—Estoy afuera.

—No puedo… moverme…

—¡¿Dónde estás?! —pregunté al borde de mi paciencia.

—En la… cocina…

La voz cada vez se le notaba más débil, podía estar desangrándose o a punto de desmayarse.

—Maldición, no sé qué hacer. Lo único que se me ocurre es llamar a Charles o a la policía —dije a Madison al cortar la llamada. Ella evaluaba toda la fachada.

—Podemos saltar la reja.

—¿Qué?

De pronto la vi encaramarse en el enrejado de la entrada, que no era muy alto, para atravesarlo y llegar al porche. Miré en todas direcciones asegurándome que nadie nos veía, luego la imité, aunque tardé varios minutos en esa tarea porque era muy malo trepando.

Al llegar al porche, intenté abrir la puerta de la casa, pero estaba cerrada, al igual que las

ventanas. Y no había forma de pasar al patio trasero sin saltar las paredes.

—¿Tienen perro? —quiso saber ella.

—No.

Con una pericia que me sorprendió y ayudada por el tronco de un árbol cercano, Madison trepó la pared hasta llegar a la cima.

—¡Ven, sígueme!

Traté de imitarla, pero allí tardé mucho más. Era demasiado torpe para esas cosas. Cuando llegué al otro lado no sabía cómo bajar, hasta sentí un poco de vértigo. Busqué agarrarme con fuerzas del borde para ir bajando las piernas, pero resbalé y caí de culo sobre unas bolsas de basura. A pesar de haber logrado amortiguar mi caída, igual me lastimé la cadera y me costó ponerme de pie.

Cuando lo hice, corrí tras Madison, soportando mis dolores. Ella ya había alcanzado la parte trasera de la casa.

Al estar a punto de cruzar la esquina que me dejaría en el patio trasero, oí que algo se quebraba. Me apresuré y vi como Madison rompía el cristal que estaba más cerca de la cerradura de la puerta, protegiendo su mano con su chaqueta.

Enseguida la abrió y pudimos entrar a la casa. Ninguna alarma se disparó.

—¡¿Jonathan?! —grité, llamándolo mientras corríamos por todas las habitaciones encendiendo luces para hallarlo.

—¡La cocina, Liam! —me advirtió Madison al encontrarla y enseguida ambos entramos.

Lo vimos tirado en el suelo, cubierto de sangre y desmayado.

—Mierda, mierda —repetí nervioso, intentando despertarlo.

—No hagas eso, puede tener un hueso roto. —La sugerencia de ella me dejó frío—. Lo golpearon.

Cuando hizo ese comentario me percaté de que Jonathan tenía toda la cara magullada e hinchada.

—A la mierda sus peticiones —dije y saqué el móvil del bolsillo de mi chaqueta para llamar al 911, a Chester Harris, a mi madre y al resto de la banda.

Verlo en ese estado me llenó de miedos. Aquella situación superaba cualquier cosa vivida

antes.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 33. Madison.

Me sentía cansada. La noche anterior casi no había dormido. Acompañé a Liam en el hospital el mayor tiempo posible antes de regresar a la residencia, para prepararme para mi viaje a Providence.

Había esperado por semanas este momento, no podía suspenderlo aunque quisiera quedarme con él, lo bueno era que la emergencia había pasado. Aunque Jonathan seguía hospitalizado, su condición era estable, solo le habían dado una golpiza salvaje.

A pesar de que todos manejaban el móvil del robo, pude intuir que sucedía algo más. Por respeto no hice ningún comentario o pregunta, pero las caras enfadas de cada uno de los presentes, sobre todo, de Oliver, así como los secreteos que mantenían los Thomson con Charles Harris y la policía, me hacía pensar que el motivo de aquel ataque había sido personal.

La prensa estaba al acecho, así como muchos curiosos, era evidente que mantendrían la discreción. Lo que me interesaba era que Liam quedara tranquilo al saber que su amigo estaba fuera de peligro, y con respecto a eso estaba tranquila.

Su madre me prometió que se mantendría a su lado en todo momento, gesto en el que confiaba. Fiona Davis adoraba a su hijo, lo demostraba cada vez que podía. Aunque algunas veces se volvía adsorbente no dejaba de estar pendiente de él y Liam acudía a ella sin pensarlo cuando se encontraba en un aprieto. Pude notarlo al ser ella la tercera persona a la que él llamó ante esa emergencia, luego del servicio de emergencias y de Charles Harris.

Ellos tenían sus problemas, era evidente, pero se amaban a su manera, a través de sus propios códigos de cariño. Estos no incluían besos, abrazos o constantes palabras de amor, pero sí una confianza férrea, algo que me conmovió y me hizo recordar mucho a la relación que yo había tenido con mi madre.

Lo único que me gustó de esa noche tan dramática y preocupante fue que pude compartir más tiempo con Fiona. Ella y yo nunca nos separamos mientras los chicos resolvían el asunto de Jonathan. Creo que en parte, Fiona no se alejó de mí por la persecución que le tenía Brandon Davis. Él la buscaba para hablar, pero ella se negaba. Mi presencia lo cohibía de acercarse.

James me esperó en la puerta del hospital donde estaba internado mi padre, acompañado por un familiar. Como era habitual, él me recibió con su semblante de superioridad y rencor. La otra persona se mantuvo neutra.

Subimos hasta la tercera planta y nos adentramos en una sala de espera donde habían varias personas, entre ellas, una mujer de mediana edad que vestía muy elegante, pero quien tenía una cara de amargura que intimidaba.

La mirada de odio que me dedicó me erizó de pies a cabeza. Por instinto bajé el rostro. Quizás, era la esposa de Abraham.

—¿Quedó alguien en la habitación? —preguntó James al grupo.

—Tu tío Freddie está acompañando a tu padre —respondió una mujer de unos cuarenta años que me observó con recelo.

Me sentí incómoda con toda la atención que recibía de esa gente. Quien no parecía detestarme, me veía como si fuese un animal de apariencia peligrosa, aunque en realidad, era como una cierva metida dentro de la cueva de una manada de lobos.

—Iré con Madison —anunció James.

La mujer de mediana edad apretó aún más su semblante y se aproximó a mí.

—Espero respetes su estado de salud y por una vez dejes de atormentarlo.

Amplié mis ojos en su máxima expresión, impactada por su advertencia.

¿Atormentarlo? Si desde la muerte de mi madre, hacía ya año y medio, no me comunicaba con él, y antes de eso solo nos veíamos una vez al año, para mi cumpleaños, durante la última década.

Iba a replicarle, pero James se me adelantó pidiéndole calma y un par de mujeres se aproximaron a ella para llevarla al otro extremo de la sala y evitar una discusión. La trataban como si fuese una mujer que sufría una gran pérdida a pesar de no aparentar un mínimo de dolor.

Me tragué la humillación y las lágrimas para seguir a mi hermanastro, que molesto me tomó por el brazo para sacarme a las apuradas de allí. No sé si temía una explosión mía o que su madre continuara con sus reclamos.

Al salir de la sala me sacudí de su agarre. Su contacto me causaba repulsión. Sabía que aquello sucedería, que esa familia no perdería la oportunidad de lastimarme al tenerme allí, pero por más que me había preparado para esos malos tratos, igual me afectaron muchísimo.

Anduvimos por un pasillo donde pude ver a otras personas reunidas. A algunos los reconocí como amigos de mi padre, o al menos, eran conocidos de él. Varios eran celebridades del mundo del deporte o la política de Providence. Cuando Abraham salía en el diario por algún

evento en el que había participado o por alguna causa que había apoyado, ellos lo acompañaban. Por años guardé muchas de esas publicaciones e hice álbumes con ellas, y de niña jugaba a que conocía a esas personas y los saludaba por sus nombres y ellos por el mío. Todo eso quedó almacenado en cajas que meses atrás tuve que desechar, cuando debí cambiarme de residencia a una más pequeña y económica. Para poder entrar yo, debí tirar a la basura los recuerdos que no habían significado nada en mi vida.

Cuando pasé frente a cada uno de ellos bajaron el rostro o simulaban distraerse con otra cosa. Quizás pensando: «Esa es la hija bastarda de Abraham, quien lo atormentó por años con exigencias sin sentido».

Al llegar a la puerta de la habitación, todos esos rostros ajados que me recibieron con desaprobación se esfumaron de mi mundo. Me centré solo en esa lámina de madera que seguía cerrada para mí.

James la abrió siendo el primero en entrar. Adentro se hallaba un sujeto que parecía una copia exacta de mi padre en sus años como deportista, aunque mucho más delgado. Ese era el tío Freddie, su hermano menor, un sujeto al que nunca en mi vida había visto en persona y jamás saludé, pero a quien conocía gracias a las escasas anécdotas que me había contado Abraham y por las fotos de los diarios.

Él no necesitó que James le confirmara quien era yo, solo asintió con la cabeza y salió de allí dedicándome una mirada insulsa, como si yo fuese la mujer de limpieza del hospital que venía a hacer mantenimiento. No hubo sonrisas indulgentes, ni palmaditas en el hombro, o un simple apretón de manos, mucho menos, una palabra de consuelo. Solo se fue y nos dejó solos.

Cuando la puerta se cerró estaba por completo desecha. Tenía ganas de vomitar y escapar de allí, huir de todo el odio que me abrigaba. Me sentía enferma.

Pero al dirigir mi atención hacia la cama, mi estómago se revolvió por la pena y la desesperación comenzó a palpitarme con fuerza en el pecho aumentando mis malestares.

—Puede escucharte —me dijo James antes de apartarse a un rincón de la habitación.

Yo no podía moverme. Quedé paralizada ante una realidad que una vez más se repetía ante mis ojos.

Estaba tan impactada que mi mente me jugaba malas pasadas y lo que veía sobre la cama no eran los restos de Abraham Adams, sino los de mi madre.

Ella, en sus últimos años de vida, se notaba exactamente igual: delgada, con la piel traslúcida y marchita y los ojos hundidos. El aroma a medicamentos y alcohol hicieron resurgir

los recuerdos de aquellos días tristes, en que poco veía la luz del sol por pasar todo mi tiempo junto a mi madre, en espera de su último suspiro.

—Si te acercas y le hablas te escuchará —repitió James—. Aunque lo veas dormitando reaccionará a tu voz.

Eso lo sabía. Conocía muy bien la rutina de los desahuciados porque jamás había podido olvidar la que debí atravesar con mi madre, pero no podía moverme. El miedo, la rabia y el dolor clavaron mis pies en el suelo.

Respiré hondo para llenarme de valor, pero al sorber por la nariz me percaté que lloraba a raudales. Toda la ira y los reproches que pude haber acumulado en mi alma por causa del abandono de Abraham se extinguieron al descubrirlo tan vulnerable. Había esperado que estuviese más repuesto, sentado y con ganas de discutir conmigo por no haber firmado aún los documentos de la herencia.

El que estaba en la cama no podía ni abrir los ojos. Era un cadáver con algunos restos de existencia pululando entre sus huesos.

No sé exactamente en qué momento comencé a avanzar hacia él. Mi cuerpo temblaba por completo. Al llegar a su lado vi que sus párpados se abrieron un poco. Dejaron solo una rendija por donde pude ver sus iris verde agua, tan cristalinos como los míos.

Hizo un quejido e intentó alzar una mano, aunque no tenía suficiente fuerza. Enseguida dejé caer mi bolso al suelo y envolví su mano entre las mías.

—Papá… —dije en un murmullo. Él procuró abrir más los ojos y volvió a gemir—. No hables, no te esfuerces, descansa —le pedí entre llantos. Él intentó apretar mi mano, así que yo se la aferré aún más y la besé con dulzura, dejando decenas de lágrimas caer sobre su piel.

—Hija…

Aquella palabra sonó tan frágil que me rompió por dentro. La esperé con ansias por mucho tiempo, pero nunca quise que sonara de esa manera.

—Aquí estoy, tranquilo. Todo está bien.

—Per…

—¡No digas nada! —lo detuve. A pesar de que había esperado que me pidiera perdón por su abandono, en ese momento me haría polvo recibirlo. Él abrió un poco más los ojos y me miró con ansiedad. Sus pupilas resplandecían de dolor—. Estoy bien, de verdad. Ahora estoy bien —repetí, siendo sincera y le acaricié con dulzura los cabellos sin dejar de apretar y besar su mano

—. Me va genial en la universidad, no tengo notas sobresalientes, pero siempre apruebo. Me gusta la carrera y es posible que el próximo año haga una pasantía en una empresa de comunicación de Kingston. Mis amigos y yo ya estamos haciendo las gestiones. —Él pareció sonreír y su semblante se suavizó—. Por ahora trabajo como mesera en un merendero. No es gran cosa, pero gano buenas propinas y he hecho muchos amigos allí también. Es divertido y en verano tenemos helado gratis —relaté intentando controlar mi llanto, pero me resultaba imposible. Las lágrimas no dejaban de correr por mis mejillas—. Y estoy enamorada de un hombre fascinante que por algún motivo adora estar conmigo. Siempre me llama y me regala momentos especiales, me hace reír y me escucha y es muy bueno con la guitarra. Compone unas canciones preciosas que ahora suenan en la radio. ¿Quieres escuchar una?

Él asintió con debilidad. Yo saqué mi móvil y con mano temblorosa busqué «Trozos de mí», mi tema favorito de los Squids. Lo hice sonar bajito y lo canté en susurros sin dejar de mimarlo.

Abraham cerró los ojos como si durmiera, logrando dibujar una sonrisa en su rostro. Así permanecimos mientras duró la canción, luego le puse otra y después otra más y otra... Durante el segundo tema James salió de la habitación y nos dejó solos, así pude susurrarle a mi padre muchos «Te quiero» intercalados con los temas que cantaba.

Cuando íbamos por el noveno tema entraron dos enfermeras para controlar sus signos vitales y colocarle la medicina intravenosa. Apagué el móvil y le di muchos besos en la frente porque él despertó algo ansioso.

—¿Cómo está señor Adams? Hoy lo veo muy tranquilo y feliz —dijo una de las mujeres mientras evaluaba la vía intravenosa que él tenía en una mano—. ¿Eres un familiar? —me preguntó al ver que me secaba las lágrimas del rostro.

—Soy su hija —respondí con orgullo y lo vi sonreír de nuevo.

—Ah, eres esa hija que vive lejos y que él tanto esperaba. —Sus palabras le dieron un salto a mi corazón—. Pero vas a tener que salir, pronto vendrá el doctor para su evaluación.

Mientras ellas seguían en lo suyo, yo me despedí de mi padre con muchos besos y cariños. Le aseguré que lo amaba, que siempre lo había hecho y por siempre lo haría a pesar de haber compartido poco, y que estaba muy feliz por haber estado ese día con él. Y era cierto, no me importó atravesar la prueba de fuego que me hizo vivir la familia de James si al final pude disfrutar de su mirada cálida. Él cerró los ojos y se quedó dormido aún sin borrar la sonrisa de su rostro.

Afuera me esperaba James junto al tío Freddie. Quise ignorarlos para salir de allí por el lado contrario de donde se encontraba el resto de su familia, pero mi hermanastro me siguió.

—Quiero venir otro día y estar más tiempo con él —pedí con severidad, aunque tenía el corazón conmovido y el rostro hinchado por el llanto.

—Ven el lunes. Este de fin de semana lo visitarán varias personalidades con quién se relacionó y el gobernador de Providence, habrá mucha gente. El lunes será solo para la familia.

Lancé una ojeada hacia él sin comprender sus palabras. Me costaba creer que había movido algo en el interior de ese hombre para que ahora me considerara «familia».

—Entonces, vendré el lunes —aseguré, y me apresuré por salir del hospital.

—Madison —su llamada me detuvo. Suspiré hondo antes de girarme para encararlo—. Gracias. —Aquella palabra me descolocó, neutralizó mis reacciones—. Nos vemos el lunes.

Esa fue su despedida. Luego de eso dio media vuelta y regresó a la habitación.

Me costó coordinar a mi cuerpo con mi cerebro para continuar con mi caminata. Nunca hubiese imaginado que recibiría un gesto positivo de ese hombre.

Aunque por él no había hecho nada mi actitud debió conmoverlo. Para mí, Abraham no era más que mi madre, porque siempre estuvo ausente. Sin embargo, su estado me afectó sobremanera, porque había sentimientos muy arraigados en mí que no podía ocultar.

En cambio, para James, Abraham lo era todo. Para él sí fue un padre siempre presente y hasta un héroe, porque lo acompañó en todos sus actos y dirigía sus empresas. Nunca obtuvo de él más decepciones que el hecho de haber tenido una hija fuera del matrimonio. Por eso, esa enfermedad a él debía tenerlo por el suelo, completamente devastado.

Recordé el enorme vacío, el miedo y el sufrimiento que sentí cuando estuvo enferma mi madre, allí pude comprenderlo. Por eso sintió tanto temor por mi visita, quizás pensó que yo aumentaría las angustias de Abraham en vez de darle sosiego.

Retomé mi camino sintiéndome mucho mejor. No solo había logrado cambiar algo en mí, al desprenderme del odio y del rencor que me embargaba, sino que de forma involuntaria había hecho cambiar algo entre James y yo, que nos duraría para toda la vida.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 34. Liam.

Nos habíamos reunido para ensayar, pero en ningún momento llegamos a tocar los instrumentos.

Yo me dividía entre estar en el salón, con Oliver, que parecía una caldera viva y discutía con todo el mundo, y en el baño, con Theo, que no paraba de vomitar. La abstinencia por las drogas comenzaba a hacerle efecto.

William seguía tirado en un sofá, con la cara tapada con una gorra. Antes le resultaba imposible soltar el bajo, le gustaba inventar acordes con él o practicar los temas del grupo, ahora ni lo miraba. Ni siquiera abría su estuche para saber cómo había pasado la noche.

Walter de forma extraña se había quedado con nosotros, no sé si por solidaridad o por curiosidad, pero llevaba dos días sin hacer sus desapariciones misteriosas. No era mucho lo que socializaba, aunque se mantenía aquí, a nuestro lado, al menos, dándonos apoyo moral.

—Iré al hospital.

—Chester dijo que no lo hicieras —le porfié a Oliver. Odiaba tener que comportarme como el adulto consciente en esa agrupación. Todos actuaban como niños malcriados.

—¡Aquí no hacemos nada!

—¡Allá tampoco! Solo molestamos y atraemos a la prensa. A Ben le costó deshacerse de los periodistas y hacerles creer que Jonathan ya está bien, que todo había sido un susto por un intento de robo, por eso había caído por las escaleras. Si nos ven de nuevo reunidos en ese lugar querrán averiguar.

—¡Maldita sea! —se quejó molesto.

Ni William ni Theo se movían de sus asientos ante los aspavientos de Oliver ni lo veían caminar de un lado a otro como león enjaulado, ambos dormitaban esperando a que se les pasara los malestares que cargaban en el cuerpo, y en el alma. Walter, sin embargo, veía con burla a Oliver, aunque para tranquilidad de todos no decía nada. No entendía qué podía resultarle gracioso, pero no quería reclamarle nada allí para no alterar los nervios de mi amigo. Cuando estuviésemos a solas lo abordaría.

Mi teléfono móvil sonó anunciando un mensaje de texto. Oliver corrió hacia mí pensando que serían noticias del hospital.

—Es Madison —dije para calmarlo y enseguida revisé el mensaje. Me informaba que estaba de regreso de Providence y le había salido todo bien. En una hora nos veríamos en mi departamento.

No pude evitar sonreír satisfecho. Estaba feliz porque ella al fin estaba tranquila. Había pasado la mañana nerviosa al no saber con exactitud qué hallaría en ese lugar.

—¿Por qué ríes? ¿Cómo puedes sentirte bien en un momento como este? —me preguntó Oliver demostrando su irritación por mis reacciones al mensaje de texto.

—¿Qué mierda te pasa? Es un asunto personal —dije guardando mi móvil en el bolsillo de mi pantalón—. Y ya Jonathan está fuera de peligro, esta tarde le darán el alta. Deja el maldito drama.

—¿Drama? —rebatió con furia—. A Jonathan lo golpearon esos mal nacidos de los Destroyer por nuestra culpa, por la rivalidad que tienen con nosotros. ¿No te sientes culpable?

—Eso no lo hemos confirmado.

—¡Fueron ellos, maldita sea! —exclamó casi al borde de su paciencia—. Y tú, en vez de preocuparte por él y por cobrar venganza, te mensajeas con esa pu…

Silencié sus palabras al tomarlo con fuerza por el cuello de la camisa y acercarlo a mí, dispuesto a partirle el rostro si volvía a insultar a Madison.

—Te dije que no volvieras a ofenderla. Es mi novia, ¿entiendes? Dices una cosa más en su contra y esta mierda de amistad se acaba aquí.

Oliver me miró sorprendido, aunque sin relajar la rabia que lo dominaba.

—¿Es tu novia? —indagó él con un tono de burla.

Theo y William se pusieron en alerta, pero ambos estaban tan afectados por sus dolencias que no se levantaron de sus asientos. Y Walter solo disfrutaba del enfrentamiento desde su ubicación, sin borrarse la sonrisa divertida del rostro.

—Sí, lo es —respondí a Oliver—. Y te informo que gracias a mi novia, Jonathan llegó a tiempo al hospital antes de que su condición se hiciera más delicada. Ella trepó paredes y rompió cristales de puertas para entrar en la casa y ayudarlo. Si tanto te duele el estado de nuestro amigo, deberías sentir agradecimiento por Madison por haberlo salvado de una situación peor.

Lo empujé, alejándolo de mí, sin dejar de amenazarlo con la mirada. Oliver no volvió a discutir, me observó con una mezcla de rabia y asombro al enterarse de aquella noticia. No

comprendía el motivo por el que sentía tanto recelo hacia Madison, pero el saber que ella había colaborado en el rescate de Jonathan hizo que cambiara un poco su actitud.

—Chicos, ¿por qué no nos tomamos un descanso por hoy? —propuso Brandon apareciendo en el salón. Había salido a la terraza para atender una llamada telefónica—. Veo que ninguno tiene ánimos para un ensayo, lo que hacen en discutir… o dormir —habló mirando a Theo y a William, quienes volvieron a caer acostados en los sofás al ver que la pelea entre Oliver y yo finalmente no se daría—. Vayamos todos a casa a descansar, mañana volvemos a reunirnos.

Lo obedecieron enseguida, aunque se movían de forma descoordinada. Parecían perdidos.

—Vamos. Los llevaré a casa en mi auto —aseguró Walter y los sacó a rastras hacia el estacionamiento.

Yo busqué mi guitarra para marcharme también, pero Brandon me detuvo.

—Liam, espera.

Respiré hondo. No me sentía de ánimos para mantener ningún debate con él.

—¿Qué quieres?

—Terry Morgan acaba de llamarme.

—¿Para? —pregunté, resignado a recibir una mala noticia. Estas se habían multiplicado tanto las últimas semanas que parecía intuirlas.

—Sus productores ahora están indecisos. No saben si incluir en el próximo festival a los Destroyer o a ustedes. Ellos vieron por las redes sociales las últimas presentaciones de cada banda y ambas les parecieron excelentes, así que piden un demo de las canciones que tocaran en el festival para decidirse.

Sonreí con pesar. Se suponía que faltaban tres semanas para el festival, invertíamos tiempo, dinero y esfuerzo para prepararnos para ese show. ¿Cómo iban a decirnos ahora que nuestra participación no estaba asegurada? ¿Y debíamos cumplir con otra condición para ser aprobados?

—Esto es una maldita pesadilla —mascullé para mí mismo.

—Liam. No quise avisarles a los chicos porque hoy no están del todo bien, pero si pierden esta oportunidad la tendrán muy difícil en el futuro. Están en su mejor momento, no pueden dejar de asistir a ese festival.

—¿Estamos en nuestro mejor momento? ¿Eso te parece? —expuse y le señalé la puerta por

donde se había marchado un deprimido bajista, un baterista enfermo y un cantante desestabilizado por la cólera, así como un tecladista al que parecía no importarle nada.

—Es común que los grupos atraviesen momentos de estrés y conflictos. Este no será el primero ni el último de ellos, deben aprender a manejarlos —dijo con seguridad. Yo resoplé indignado—. Ahora lo importante son las canciones. Sin unas canciones potentes no servirá de nada subirles el ánimo a la banda. Tienes que enfocarte en eso, Liam, no en novias repentinas o en algo por el estilo.

Aquello último lo dijo con cierto desprecio, algo que me encendió la sangre en las venas.

—No tienes idea de lo que sucede en mi cabeza y me impide escribir canciones, tampoco sabes que logra destrabar mi bloqueo y despierta mi inspiración. No sabes nada de mí, porque nunca quisiste hacerlo. Ahora déjame en paz y guárdate los malditos consejos para otro imbécil.

Le di la espalda con intención de irme, pero él volvió a detenerme.

—Liam, espera. Si se te complica escribir canciones, podemos hacerlas juntos —habló como si esa propuesta fuera lo más natural del mundo.

—Claro, ¿cómo no se me ocurrió antes? —pregunté con ironía—. Es que pensé que te negarías porque desde que tengo uso de razón escapas de mí, refugiándote en tu música. Porque hace doce años decidiste meterte droga hasta por las orejas e hiciste trizas toda mi casa, desapareciendo luego sin dar explicaciones. Porque llevo años buscándote e intentando comunicarme contigo y solo recibo saludos cortos por móvil o a través de la prensa. Porque desde que apareciste de nuevo no has hecho otra cosa que caminar detrás de mí como una sombra incómoda, sin poder decir de una maldita vez a qué viniste. Porque ahora pareces obsesionado con mi madre, la buscas y la persigues aunque de mí sigues huyendo. No te pedí ayuda antes porque creo que tienes miedo de aceptar tus putos errores y pedirme perdón. ¿Y sabes por qué deduzco todo eso? —agregué con rabia y hastío—. Porque eres un maldito cobarde, que lo perdió todo quién sabe por qué motivo y, al quedarte sin nada, ahora aspiras colgarte de mi repentina fama esperando que eso te devuelva algo de esa vida que ya no tienes. Por eso no te pedí ayuda antes, ni te la pediré nunca. ¿Entiendes?

Él se mantuvo en silencio un instante, mirándome con unos ojos que bien podrían traducirse como llenos de tristezas, pero mis rencores solo lo veían como frustraciones.

—Hijo… —Se detuvo porque lo señalé con un dedo de advertencia.

—Recuerda, solo de guitarrista a guitarrista —dije antes de darle la espalda y marcharme.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 35. Madison.

Los hermanos Thomson le consiguieron a los Squids una oportunidad para grabar su demo en un estudio ubicado en las afueras de la ciudad. Liam me pidió que lo acompañara, no quería dejarme sola porque la melancolía me consumía a cada segundo.

Desde que regresé de Providence no había parado de llorar y de pensar en mi padre, en los pocos recuerdos que tenía del pasado. Cuando cumplí los doce años me había llamado para preguntarme qué quería de regalo y yo le pedí que me diera uno de los uniformes que había utilizado en sus competencias de Judo. Así que me trajo una de las chaquetas de su judogi y uno de sus cinturones negros. Esas prendas las conservaba como si fuesen un tesoro de gran valor y hasta había comprado un frasco de su perfume preferido para mantener siempre su aroma en ellas.

Cada vez que los reproches me inundaban la cabeza y el corazón, las guardaba en lo más profundo de mi clóset, pero cuando el anhelo me doblegaba, las sacaba y me abrazaba a ellas empapándolas con mis lágrimas. Desde que había llegado del hospital no quería soltarlas, hasta Liam había tenido que soportar dormir con esas telas en medio de nosotros.

Él me dio todo el cariño que necesité para superar mi pesar, pero no quería dejarme sola por miedo a que decayera de nuevo. Por eso me convenció de que asistiera a esa actividad, así podía tenerme cerca para animarme constantemente.

Me llevé algunos libros para intentar estudiar un poco mientras ellos se ocupaban de su música, aunque mi concentración no era muy buena, menos aún, por el ambiente inquietante que se sentía en ese salón.

William estaba tan disperso que en ocasiones se equivocaba y necesitó tener siempre a mano sus partituras, porque decía que las olvidaba. El rostro de Theo se veía tan ceniciento que en una ocasión quise proponer que lo llevaran a un médico, parecía estar a punto de caer desmayado sobre la batería. Walter se notaba ansioso, estaba más pendiente de su móvil que del teclado, al igual que Oliver, aunque en el caso de este último era la rabia lo que lo dominaba y no lo dejaba concentrarse en el tono de las canciones. Debían detener constantemente la grabación para afinar su voz o el ritmo de alguno de los instrumentos, volviendo tediosa la actividad.

Liam no estaba exento de problemas. Lo percibía tan incómodo y molesto que el sonido de su guitarra no resonaba con la misma intensidad de antes. No enganchaba ni conmovía, parecía que la forzaba.

Por un momento temí que mi tristeza hubiese sido el motivo de su desconcentración, pero al ver los intercambios de miradas severas que tenía con los chicos y con Brandon pude descubrir que allí sucedían otras cosas.

Ni siquiera los Thomson se notaban cómodos. Ambos hermanos no paraban de detener la música para hacer observaciones, sugerir cambios o lanzarle exigencias al técnico de grabación. No estaban conformes con lo que se hacía.

Yo procuré mantenerme lo más invisible posible. Oliver en ocasiones me dirigía miradas de recelo, aunque no tan duras como antes, pero Brandon Davis sí. Era evidente que él no estaba contento con mi presencia allí y lo mostró con su rostro amargado.

—No está funcionando, chicos —se quejó Matt Thomson en una oportunidad—. No están sonando ni remotamente parecido a como lo hicieron en el concierto pasado.

—Tal vez deberíamos hacerlo en el Perla Negra —propuso William apretándose el puente de la nariz, demostrando agotamiento.

—Hacer una grabación en vivo no es una mala idea —agregó Oliver, ganándose un resoplido de Ben Thomson.

—¿Saben lo que cuesta trasladar todo el equipo de grabación a ese salón y organizar el concierto? ¿Además del trabajo de producción y post producción? De esa forma no tendremos listo el demo para este fin de semana, como se lo prometimos a Terry Morgan.

—¿Y si enviamos uno de los demos que ya tenemos? —expuso Theo.

—Contienen temas viejos. Morgan busca algo novedoso.

—¿Y si remasterizamos lo que hicimos en el concierto en el Perla Negra? —inquirió Oliver. Se veía cansado, no tenía ganas de seguir con la grabación.

—Cometimos varios errores en ese concierto que los productores del festival no pasaran desapercibidos —comentó Liam sin dejar de afinar su guitarra.

—¿Por qué no nos pegamos un tiro cada uno y acabamos con esto? —masculló Theo con fastidio arrancando risas en Walter. Todos le dirigieron una mirada mortal a este último.

—Sé que están agotados, chicos, que los últimos problemas ocurridos los han dejado anímicamente mal, pero tienen que seguir intentándolo —advirtió Matt—. Lo otro es rendirse, olvidarse del festival y seguir haciendo música solo para los cuatro gatos que van a verlos al Perla Negra, mientras otras agrupaciones, con menos calidad musical que ustedes, alcanzan el éxito.

Retumbaron quejidos y se multiplicaron las malas caras entre todos los presentes. Me sentí mal por los Squids, esa banda contaba con un gran potencial musical, era injusto que los problemas personales de cada integrante hundiera poco a poco la confianza con la que se venían manejando.

—¿Y qué tal una opinión ajena al grupo?

La sugerencia de Oliver los silenció a todos y me puso nerviosa. La única que no pertenecía a la banda y que me hallaba por los alrededores era yo. Rogaba porque no me mencionara.

—¿A qué te refieres? —inquirió Matt.

—No sé, me han dicho que ver los problemas desde afuera ayuda a tener una visión más clara de la situación. —Se aproximó a mí, haciendo que mi corazón galopara inquieto—. ¿Qué opinas Madison? Conoces bien lo que sucede entre nosotros, ¿qué consejo nos das?

Todos se giraron hacia mí para observarme con atención, a la espera de mi respuesta. Liam traspasó a Oliver con una mirada mortal que él ignoró.

Me sentí tan incómoda que me puse rígida y hasta creo que empalidecí. Los ojos llenos de desaprobaciones de Brandon Davis fue lo que me ayudó a reaccionar. Hicieron que recordara la forma en que me desafiaba James y su familia. No quería seguir siendo empequeñecida por otros.

—Estos días aprendí que si no estás bien contigo mismo será imposible que logres algo con efectividad. Primero hay que liberarse de rencores y dolores antes de afrontar nuevas metas.

—¿Quieres decir que hoy nos vemos mal? —me preguntó Oliver con tono burlón e irguiéndose para demostrar la perfección de su cuerpo, confundiendo mis palabras.

Su actitud me irritó.

—No hablo de una condición física. No han podido grabar una sola canción desde que están en el estudio porque emocionalmente todos están mal. Si llegaran a hacerlo, dudo que suene de la misma forma arrolladora que poseen sus temas anteriores, y no porque la música sea mala o la letra, sino porque le ponen cero energía a lo que hacen. Cada uno está centrado en sus propios problemas. A nivel mental, ninguno se encuentra en este momento dentro de este estudio.

—Opino igual —agregó el técnico de grabación.

El silencio sepulcral que vino después fue inquietante, comencé a recoger mis pertenencias

porque estaba segura de que me echarían a patadas de ese lugar.

Pero de pronto la puerta del estudio se abrió. Nos incomodamos cuando apareció Jayson, el cantante de Destroyer, acompañado por los músicos de esa banda y por tres mujeres. Entre ellas, Cristine, la moscona con quien Liam había tenido un romance en el pasado.

—Ey, era cierto que aquí estaban mis amiguitos los calamares.

—¿Qué mierda hacen aquí? —preguntó Oliver furioso y se acercó a ellos con actitud pendenciera.

—Estábamos grabando nuestro demo y nos avisaron que cerca se encontraban ustedes. Venimos a ver si era cierto —respondió Jayson con la misma actitud.

El ambiente se volvió tenso. En los rostros de los Destroyer se mostraban evidentes signos de embriaguez y agitación. Era posible que además, estuviesen afectados por las drogas. Siempre lo estaban, incluso, cuando hacían sus presentaciones en vivo.

Vi como todos soltaban sus instrumentos para prepararse para un enfrentamiento. Ben se acercó al técnico de grabación para decirle algo al oído, que obligó al hombre a salir apresurado por una puerta lateral. El único que parecía tranquilo era Walter, quien había guardado su móvil en el bolsillo trasero y compartía con Cristine miradas y gestos significativos, como si se estuviesen comunicando algo de forma disimulada.

—Pensé que no estarías por aquí, sino cuidando al maricón de tu amigo.

Oliver se enfadó por la provocación de Jayson y le dio un empujón fuerte que casi lo tumba al piso. Sus amigos lo sostuvieron.

—Si lo que buscas es un problema conmigo, ven y dímelo a la cara, y deja de meterte con la gente que me rodea.

Aunque Liam y William intentaron detener a Oliver, fue imposible. Estaba tan encendido en furia que resultaba difícil calmarlo.

—¿Ya le diste su dosis de medicina de hoy? De seguro ustedes dos todas las noches hacen…

Jayson no pudo continuar con sus ofensas porque Oliver le propinó un golpe en el rostro que lo envió a la otra punta del estudio. Eso activó al resto de los integrantes de los Destroyer, quienes se fueron en masa sobre él para atacarlo.

Liam, William, Theo y hasta los Thomson no dudaron en incluirse en la pelea. Tuve que

apartarme para evitar ser agredida, por mi tamaño solían no verme y siempre terminaba con un golpe por accidente.

Me dirigí hacia la zona de grabación, allí pude ver cómo Cristine le decía a Walter algo al oído y este salía a las carreras por la puerta por la que se había ido el técnico con su teclado en las manos. Luego, las dos mujeres que la acompañaban tomaron sillas y otros objetos para lanzarlos sobre los instrumentos de los Squids pretendiendo romperlos.

Cuando vi a la moscona tomar la guitarra de Liam con intención de estrellarla contra el suelo, me lancé hacia ella y le di un empujón fuerte. Se golpeó contra una pared lastimándose la cabeza.

—¡¿Qué haces, maldita enana?!

Su ofensa me encendió aún más la sangre. Quise abalanzarme sobre ella para recuperar la guitarra, pero una de sus amigas vino hacia mí para agredirme. Tuve que aplicar una técnica de judo para quitármela de encima y hacerla rodar por el suelo.

Para sorprender a mi padre había aprendido por varios años ese deporte.

Volví a lanzarme sobre Cristine para recuperar el instrumento. Al lograrlo, comencé a repartir patadas y golpes a esas estúpidas, porque su otra compañera dejó lo que hacía para venir a defender a su amiga. Brandon Davis fue quien vino a apoyarme, tomando a las chicas por los brazos para sacarlas del estudio.

Todo acabó cuando apareció la policía y disolvió las peleas. Yo había quedado apoyada contra una pared, con la guitarra de Liam bien sostenida entre mis brazos, intacta, mientras los oficiales esposaban a los integrantes de los Squids, a los Destroyer y hasta a los Thomson.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 36. Liam.

No sabía si agradecer o no el hecho de haber permanecido cuatro horas detenido con los chicos de la banda en una comisaría. Aquel encierro nos permitió conversar. Sin darnos cuenta llevábamos meses alejados, disfrutando de los placeres que nos había aportado la repentina fama. De pronto, no nos conocíamos, ni siquiera pudimos percatarnos de lo mal que la pasaba cada uno.

Theo nos confesó que estaba enfermo, que sufría de problemas gastrointestinales desde hacía mucho, pero con el abuso de las drogas se agravó hasta volverse insoportables. Ahora no sabía qué hacer, porque su madre era quien lo guiaba para que se controlara, sin ella no sabía qué hacer y cada vez se sentía peor. Un par de días atrás se había desmayado en el baño de los Thomson mientras se aseaba, vencido por el dolor. No quiso decirle nada a nadie por vergüenza, pero temía que fuese un asunto muy serio que pusiera en riesgo su vida. No deseaba ir a un médico para no enterarse de nada.

William reveló que su novia estaba embarazada, por eso ella lo había buscado, pero decidió ocultárselo cuando supo sobre sus otras mujeres. Ahora estaba asustada, no sabía cómo enfrentar ese problema. Él tampoco tenía idea, solo quería permanecer a su lado, pero su futura paternidad y su inestabilidad profesional lo llenaban de miedo. Eso lo deprimía.

Oliver permanecía en un constante y latente estado de ansiedad. Estaba desesperado por hacer dinero para ayudar económicamente a su madre sin tener que depender del tipo que ella se había buscado como marido. Días atrás, habían tenido una discusión muy fuerte porque el hombre solía emborracharse seguido y comenzaba a ver a sus hermanitas con otros ojos. Buscaba las formas de hacer entrar en razón a su madre antes de que surgiera una tragedia y Jonathan lo ayudaba con eso.

Jonathan había logrado ganarse la confianza de la mujer, consiguiéndole un trabajo mejor remunerado como cajera en un supermercado de un amigo de su padre y conversaba mucho con ella sobre aquel hombre, estando a punto de convencerla de alejarse de él. Por eso, Oliver y él siempre estaban juntos, cuchucheando como si fueran viejas chismosas.

Los Destroyer se habían fijado en ese comportamiento de ambos y lo confundieron con un romance gay clandestino. Los molestaban por eso, pretendiendo de esa manera desconcentrar a Oliver para que tuviera malas actuaciones sobre el escenario rebajando la popularidad de los Squids.

Toda esa información me dejó frío, pero la sinceridad de los chicos me concedió la valentía para hablarles de mis problemas, que ahora los veía ínfimos con respecto a lo que ellos sufrían. Solo eran las confusiones de un niño mimado que aún no había logrado independizarse del todo de su madre y no paraba de sufrir por las ausencias de su padre. Mis propias cobardías me llevaron a un estado perpetuo de insatisfacción que bloqueaba mi creatividad, hasta que llegó Madison y con su ternura empezó a romper todas mis barreras.

Sin embargo, todos a mi alrededor parecían reacios a aceptarla, algunos hasta la habían tratado con desprecio. Oliver se sintió aludido por mi confesión y me pidió perdón por su actitud infantil. Había sentido miedo de que ella me alejara de la banda y así perder la única opción que le quedaba para hacer dinero y salvar a su familia.

Cuando salimos de allí, éramos otras personas. Nos sentíamos livianos, como si hubiésemos dejado dentro de esa comisaría parte de los pesos que nos agobiaban. Los Thomson nunca estuvieron detenidos porque sus abogados intervinieron a tiempo, luego ellos nos ayudaron a salir de allí.

Al estar en el exterior era de noche y esperé encontrarme con Madison, necesitaba un abrazo de su parte, pero solo estuvo mi madre. Su cara de enfado me aclaró cómo se sentía por lo sucedido.

—Esto se está poniendo cada vez peor, Liam.

—No tuvimos culpa de la pelea, los Destroyer la comenzaron.

—Lo sé, pero se supone que ustedes son músicos profesionales, no niños de escuela. Si alguien viene con una actitud pendenciera deberían aprender a manejar la situación, no enredarse en una pelea con ellos.

—¡No tuvimos otra opción, mamá! —me quejé mientras salíamos de la comisaría—. Si alguien se te lanza encima para agredirte no te quedas de brazos cruzados.

Ella resopló con hastío.

—Imagina lo que pasará el día de mañana si logran firmar un contrato discográfico y los Destroyer los molestan en medio de un concierto o de un programa de televisión. ¡Harán el ridículo! ¿No aprendiste nada con la historia de tu padre? —preguntó molesta, refiriéndose a los miles de escándalos públicos en los que Brandon estuvo implicado durante su carrera.

—No quiero una historia como la de él, pero tampoco puedo permitir que me humillen o me agredan sin razón. Mucho menos, estando Madison cerca. Debía defenderme para luego defenderla a ella.

—Madison no necesitó que la defendieras. ¡Lo hizo mejor que ustedes!

Me detuve impactado. Mi madre también lo hizo para encararme.

—¿A qué te refieres?

—Que Madison también peleó, pero ella no fue tan tonta de dejarse atrapar por la policía.

—¿Cómo que peleó? —consulté molesto.

—Tuvo que defenderse de las mujeres que acompañaron a los chicos de esa otra banda. Ellas quisieron romper tu guitarra y Madison no se los permitió.

Mascullé decenas de maldiciones. No hubiese querido que ella llegara a esos límites.

—¿Y dónde está? ¿Por qué no vino a la comisaría?

—Porque tu padre se lo prohibió.

Fiona siguió caminando y yo me apresuré a alcanzarla luego de que me recuperara de aquella fatal noticia.

—¡¿Cómo que se lo prohibió?! —quise saber, enfadado.

Mi madre se detuvo en medio de un suspiro para así explicarme lo ocurrido.

—Habló con ella después de que se los llevara la policía, para impedir que los siguiera. Le dijo que su presencia te desestabilizaba, que te dejara en paz para que pudieras enfocarte en la banda y en componer canciones. Ella se sintió mal por esa acusación y se fue a la residencia, desde allá me llamó. Si no hubiese sido por eso, yo no me entero de lo que sucedió. ¡Nadie allegado a la banda me avisó!

Froté mi rostro y mis cabellos con ambas manos, saturado por la acción vil de Brandon. Madison acababa de atravesar una situación dramática con su padre, había pasado toda la noche llorando por él y ahora recibía un desplante inmerecido.

—Brandon se excedió —mascullé lleno de rabias.

—Liam, ustedes hacen una música extraordinaria, les espera un futuro brillante, pero son incapaces de controlar sus propias vidas —reveló mi madre haciéndome sentir peor—. Si los Squids llegan a ser contratados por alguna disquera, es posible que generen muchísimo dinero, hay gente que ya se ha fijado en esa posibilidad, como tu padre y los Thomson, por eso ellos hacen hasta lo imposible por guiarlos. Si ustedes ganan, ellos ganan.

—¿Por qué me dices todo eso? —consulté, confundido.

—Cuando alcances la fama, esta te abrumará con sus exigencias. Si no sabes cómo manejarla, otros lo harán por ti, como está sucediendo esta noche. —La observé con desconcierto, sin entender aún su punto—. Mientras esperaba a que te sacaran de allí, escuché a los Thomson decir que llevaran a Theo a rehabilitación para alejarlo definitivamente de las drogas y a la novia de William le ofrecerán un arreglo para que se vaya de la ciudad con su familia que vive en Nueva Jersey, así deja al chico en paz para que pueda enfocarse en la banda. Y con Oliver tienen una solución similar, aunque a mi criterio, más agresiva, ya que quieren alejarlo por completo de su familia para no causarle más angustias. De ti no escuché nada, pero ellos buscaban evitarme para hablar en privado, así que ignoro lo que te tendrán preparado. Aunque de seguro, eso significará alejarte de Madison y de mí para que puedas actuar en libertad.

Aquello me dejó inmóvil un instante. Me costó procesar toda esa información.

—Es… ¿cómo…? —apreté los puños para canalizar mi cólera—. Theo no necesita rehabilitación, sino un médico que atienda su enfermedad gastrointestinal. William no se alejará de su novia porque está embarazada y la ama, aunque ahora está asustado y confundido, y Oliver no se apartará de su familia porque su madre y sus hermanas dependen de él. ¡¿Cómo se les ocurrieron todas esas mierdas a esos tipos?! ¡¿Y, decidir sobre mi vida?! ¡¿Creen que se los permitiré?! —pregunté al borde de mi paciencia.

—Hijo, lo malo de la fama es que ustedes dejarán de ser personas para ser una empresa, que podría enriquecer a muchos. Las manos de los codiciosos querrán estar sobre ustedes, tienen que aprender a ponerles freno desde ahora si no quieren perder el control de sus vidas. Creo que deben entender bien el lío donde se están metiendo antes de seguir avanzando.

Ese último consejo lo sentí como si fuese un yunque que caía sobre mi cabeza. Mi madre tenía razón, habíamos entrado en un juego sin conocer bien las reglas, por eso se nos complicaba cada paso que dábamos.

No quería que otros me manejaran como si fuese una marioneta, a su antojo. Si deseaba conservar mi autonomía, lo mejor era establecer límites.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 37. Madison.

Estaba devastada. Cada pilar en los que quise sostener mi mundo cayó al suelo como si fuese una torre de naipes. Me aplastaban con su peso.

Me sentía sola, perdida y vacía, y lo peor era que ya había pasado por eso. Debía haber estado preparada, pero para las tragedias no se entrena, y si se hace, estas golpean tan fuerte que ninguna precaución previa sirve para protegerte.

Sabía que Liam me había estado llamando con insistencia, pero ya las fuerzas las tenía menguadas. Cleo apartó el móvil de mi lado para que pudiera drenar mis penas tumbada en la cama, sin preocuparme por el resto de la humanidad.

Mi cabeza la tenía apoyada en la pierna de Rogers y él me acariciaba los cabellos con dulzura, aunque no podía sentir su cariño. Mi piel se endureció por culpa de los golpes y mis terminaciones nerviosas dejaron de funcionar, volviéndome insensible.

Cleo proponía cosas, Rosita la retaba y Rogers opinaba, pero no los escuchaba. Ese día mis oídos habían recibido demasiada música y demasiados sonidos, quedaron sordos ante cualquier ruido externo.

Tocaron con insistencia a la puerta y Cleo salió de la habitación hecha una fiera, dispuesta a echar a patadas al molesto visitante. Rosita la siguió. Sé que se produjeron discusiones en la entrada, aunque no entendía nada de lo que decían, mi mirada estaba perdida en un horizonte imaginario, un lugar donde pudiera escapar de la devastación que me consumía.

—Madison, amor, aquí estoy —dijeron de pronto y un rostro se ubicó frente a mi zona de visión.

Por un momento percibí una cara borrosa, deformada. Me costó enfocar la mirada para comprender de qué se trataba.

—Amor, soy yo. ¿Me escuchas?

Su voz se coló en mi subconsciente como si fuese una melodía suave y relajante, que activó mi entendimiento. Ahí pude verlo con claridad. Era Liam, mi músico preferido en el mundo, el hombre que había robado por completo mi corazón aunque solo se llevara consigo un órgano maltrecho por las pérdidas y el rechazo.

—Liam… —dije sin fuerzas, pero él me había escuchado.

Sonrió complacido y comenzó a acariciar mis cabellos y mi rostro con dulzura.

—Aquí estoy y aquí estaré siempre.

Sus palabras me parecieron irreales. Me lo habían quitado de las manos, decidieron alejarlo de mí porque le hacía daño, pero él seguía viniendo. No deseaba irse.

—Murió. Ya está muerto —fue lo único que pude decir antes de que se me escapara una lágrima. Pensé que ya no me quedaban más, que las había derramado a todas. Sin embargo, ellas siguieron pululando en mis ojos.

—Ya descansa en paz, dejó de sufrir y se fue sabiendo que lo amabas y lo perdonabas.

Esas palabras me hicieron sonreír y me llenaron de calma. Cerré los ojos para así recordar a mi padre, rememorando esa última sonrisa que me dedicó, esa mirada cálida y ese «Hija» que mencionó al verme.

No sé cuánto tiempo había pasado así, como dormida, recordándolo. Cuando abrí de nuevo los ojos, Liam y yo estábamos solos en la habitación, en penumbras, arropados con mi frazada más gruesa y abrazados como si no existiese otro soporte en el planeta de qué sostenernos.

Alcé el rostro para verlo a la cara, mi movimiento lo despertó. Aunque sonreía, me veía con unos ojos cansados y cargados de pesares.

—Hola —me saludó.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—No me gusta estar lejos de ti.

Le acaricié el rostro, arrancándole un suspiro.

—Estabas detenido en la comisaría.

—Eso fue ayer.

—¿Qué dices?

—Son las cuatro de la mañana. Hoy es domingo.

Esa información me desconcertó. El tiempo había dado un gran salto mientras lloraba, haciendo que perdiera trozos de mi vida.

—No deberías estar aquí. Yo te hago daño.

—Lo único que me hace daño es tu lejanía. Sin ti ya no puedo vivir.

Sus palabras eran tan tiernas que hacían reaccionar a mis emociones. Poco a poco iba volviendo a la vida, captando la suavidad de sus caricias en mi cara y en mi cuerpo, así como el calor de la energía que emanaba y su embriagante aroma.

—James me llamó. Mi padre murió en la mañana del sábado.

—¿En la mañana?

—Sí, él quedó tan afectado que no pudo avisarme enseguida. Después de mi visita del viernes, Abraham se durmió y nunca más despertó. Murió tranquilo, sin ningún quejido, solo dejó de respirar.

—Esperó tu visita, y una vez que le diste la paz que necesitaba, se dejó ir.

Quedé en silencio un instante, con la imagen de la sonrisa de Abraham paseándose en mi cabeza una y otra vez.

—Ahora estoy oficialmente sola. Soy huérfana.

—No estás sola. Tienes a un grupo de amigos que se desviven por ti y quienes decidieron pasar la noche durmiendo en el piso del pasillo de la residencia para darte la tranquilidad que necesitabas, sin irse muy lejos. Y me tienes a mí, tu más fiel admirador.

Mis ojos se ampliaron con sorpresa.

—¿Eres mi admirador? Aquí la estrella eres tú.

—Te equivocas. Entre nosotros, tú eres quien más brilla y lo has hecho desde siempre. Por eso te descubrí en aquel concierto. Tu luz me cegó.

Su confesión me conmovió, despertando por completo mis sentimientos. Me ericé, sus palabras emotivas me sacaron del sopor en el que me había dejado el dolor por la muerte de mi padre.

—Te amo, Liam. Lo hago desde antes de conocerte.

A él le resplandeció el rostro con mi confesión.

—Y yo desde el momento exacto en que descubrí tu existencia, cuando me elegiste como tu primera opción y me concediste el honor de ser parte de tu vida.

Lo besé, perdiendo en su boca el sabor amargo de mis lágrimas. Me llené con la esperanza que él me regalaba, una que me engrandecía y renovaba mis fuerzas.

Aunque siguiera perdiendo capas que debilitaran mi estabilidad, otras aparecían enseguida

concediéndome seguridad. Cuando mi padre me abandonó, me sostuve del amor de mi madre, luego, al perderla a ella, me soporté del cariño de mis amigos. Ahora, que me arrancaban el último eslabón consanguíneo que me quedaba, aparecía Liam y su intenso amor. Uno que poseía un ritmo acelerado, enérgico y arrollador, pero que me encantaba y me hacía bailar por la dicha.

A pesar de los golpes que recibía de la vida, debía aceptar que era afortunada. Por eso estaba dispuesta a pelear con uñas y dientes por ese amor que había ganado, sin temor a nada.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 38. Liam.

Luego de obligar a Madison a que desayunara algo para que repusiera sus fuerzas y dejarla acompañada de sus amigos, salí de la residencia hacia el departamento de Brandon. Necesitaba dejar con él las cosas bien claras antes de irme a Providence para asistir con ella al sepelio de Abraham Adams.

A mi padre le sorprendió encontrarme en la puerta de su casa, nunca se imaginó que iría a buscarlo, por eso se comportaba con cierto nerviosismo.

—Te estuve llamando ayer en la noche, necesitaba conversar contigo —me dijo.

—Estuve con Madison —respondí con actitud desafiante. Así le dejaba en claro mis decisiones.

Brandon solo apretó la mandíbula y asintió sin hacer ningún comentario. No tenía derecho a nada, mucho menos, a dirigir mi vida.

—Estuve haciendo unas averiguaciones y…

—No quiero que trabajes más para la banda —lo interrumpí—. Olvídate de los Squids, de mí y de mi madre y regresa a donde sea que habías estado antes. Lejos de nosotros.

Me observó con sorpresa.

—Solo intento ayudarte a que consigas un contrato discográfico.

—Yo no te pedí ese favor y no lo necesito. Venía haciendo bien mi trabajo hasta que tú llegaste, ahora te pido que te vayas de nuevo y me dejes en paz. Me desestabilizas. Tu presencia me genera un bloqueo mental que evita que desarrolle mi música.

Brandon se envaró entendiendo la indirecta. Sabía que aquel era un reclamo por Madison. Ella no era quien le hacía daño a mi vida, sino él.

—Hijo, escucha…

—De guitarrista a guitarrista, recuérdalo —volví a interrumpirlo, logrando que se enfadara, aunque no reclamó mi nueva intromisión.

—Bien. Como guitarrista con experiencia te puedo asegurar que existen ciertas distracciones que evitan que te concentres en el trabajo que haces, solo pretendí ahorrarte esos problemas.

—De nuevo te digo que yo no te pedí ese favor y no quiero que sigas interviniendo en mi vida, ni en mis proyectos. Yo decidiré cómo y cuándo trabajar por mi música, sin perder nada de lo que tengo ahora. No voy a sacrificar a mi familia ni el amor que acabo de encontrar por la fama. No quiero seguir tu camino.

Él se tensó por mis palabras y apretó los puños para soportar el desplante.

—Pensé que estabas decidido a sacar adelante a los Squids, por eso habías dejado la universidad.

—Si tan solo hubieses preguntado qué ha sido de mi vida, habrías entendido por qué abandoné a la universidad y por qué me refugié en la música. Preferiste entrar sin avisar y sin ser llamado, cometiendo el error de querer manipularme.

—Liam. Jamás quise manipularte, solo facilitarte las herramientas para que tu camino al éxito fuese más fácil que el mío.

—Te metiste con mi novia, impidiéndole que se acercara a mí —reclamé con rabia— y pretendes dirigir la vida de mis amigos y la mía, tomando decisiones que no te competen. Eso es manipulación.

—¿De qué hablas? —consultó molesto—. Acepto que cometí un error con Madison, pero lo hice porque esa pelea en el estudio y la detención los dejaría en una mala posición y no quería que ella la aumentara con su presencia. Se dañaron equipos costosos que ustedes deberán pagar, además, la prensa se enteró del hecho y hoy fueron publicadas noticias de lo sucedido que los dejan como un grupo de buscapleitos desequilibrados.

Al pasar toda la noche y la mañana con Madison, no había leído la prensa ni las redes sociales, no sabía que la situación del día anterior se había convertido en un escándalo.

—Me tocará lidiar con esos problemas. Son míos y no quiero que te inmiscuyas en ellos. ¿Entendido? Tampoco quiero que sigas atormentando a mis amigos con tus exigencias y con tus planes absurdos.

—¿Planes?

—Mi madre oyó a los Thomson hablar en la comisaría de lo que tiene pensado hacer con Theo, con William y con Oliver para evitar que sigan cometiendo errores que compliquen el trabajo de la banda. Desde ya te advierto que no permitiré que les hagan más daño.

Él se impactó por mi revelación.

—No sé de qué hablas, pero no he planeado nada con los Thomson. Ignoro lo que ellos

pudieron haber dicho en la comisaría, pero voy a averiguarlo. De lo que sí estoy seguro, es de lo que hacía Walter con ustedes. De eso quería hablarte anoche.

—¿Walter? —pregunté confundido.

—Ayer, cuando hablé con Madison para pedirle que se alejara de ti, ella me comentó lo que había visto en el estudio cuando aparecieron los Destroyer. Del intercambio que Walter tenía con las mujeres que acompañaban a esos chicos, por eso él escapó antes de que se desatara la pelea y se llevó su teclado para que no sufriera ningún daño. Él sabía que ellas tenían intención de destruir sus instrumentos mientras ustedes estaban distraídos peleando con los Destroyer, de esa forma les sería imposible grabar el demo y participar en el festival. Walter es quien le pasa información a los Destroyer de lo que ustedes hacen o dejan de hacer, él ha estado grabando pistas con esos chicos. Tal vez tenía planeado que ustedes fracasaran y abandonaran la idea del festival para dejar la banda e irse a tocar con ellos sin incumplir ningún contrato.

Apreté el ceño, impactado por esa noticia.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque tengo buenos contactos, entre ellos, los productores que trabajan con los Destroyer. Esos chicos les tienen una gran envidia y saben que no han podido avanzar por culpa de ustedes. Están desesperados por entrar en ese festival, por eso planearon sabotearlos. Ellos fueron quienes golpearon a Jonathan, lo hicieron para provocar una pelea con Oliver que terminara de hundirlo, porque creían que Oliver y Jonathan eran amantes y querían hacer pública esa relación para avergonzarlos. Jonathan no dijo nada para no alterar a Oliver porque sabía del plan de esos chicos. Lo hablé con Charles y él obligó a su hijo a confesar la verdad anoche.

Apreté los puños y la mandíbula para controlar el ramalazo de ira que esa noticia me ocasionó. Cada vez me decepcionaba más del mundo competitivo en el que nos habíamos metido, que se volvía peligroso a medida que avanzábamos.

—No vuelvas a intervenir en mi vida y aléjate de los Squids —le advertí a Brandon señalándolo con un dedo—. Y lárgate de la ciudad, no quiero volver a verte en mi vida.

Di media vuelta y salí de ese departamento cerrando con un portazo. Con eso acentuaba mi decisión.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 39. Madison.

Dejamos flores sobre su tumba, ya con eso terminaba un proceso doloroso y agotador que pareció no tener fin.

Durante el sepelio me mantuve alejada del grupo al que consideraban «la familia del difunto», porque no me sentía bien estando entre ellos. Aunque las miradas de desaprobación y recelo se habían suavizado, seguía experimentando tensión al encontrarme rodeada de gente que siempre me odió.

Soporté la incomodidad que me producía la atención que los curiosos mantenían sobre mí gracias a que Liam, Fiona, Cleo, Rosita y Rogers me habían acompañado y en todo momento permanecieron a mi lado. Muchos amigos y miembros de esa familia se enteraron en ese momento que Abraham había tenido una hija fuera del matrimonio y esperaban que yo hiciera algún escándalo bochornoso con el cual entretenerse.

Estuve todo el evento lo más serena posible y con mi teléfono móvil apagado. Desde que se había hecho pública la muerte de Abraham, mi tío Rubens y su esposa intentaban comunicarse conmigo, posiblemente para insistir por el reclamo de alguna herencia. Ellos no sabían que James me había ofrecido una en verdad y que la había rechazado. De enterarse, serían capaces de aparecerse en el cementerio para obligarme a aceptarla.

James quiso ubicarme a su lado durante el entierro, pero preferí quedarme a una distancia prudencial. Igual le di a mi padre el adiós que se merecía y al final esperé a que todos se fueran para así dejar mis cariños sobre su tumba sin estar rodeada de ojos que me juzgaran como actriz hollywoodense, ya que para ellos mi llanto era falso.

No quedaba nada más entre mi padre y yo, solo una piedra donde se marcaba su nombre, tan fría y dura como había sido nuestra relación por años. Luego de depositar las flores mis amigos regresaron a Kignston con Fiona y yo me quedé con Liam un poco más, disfrutando de aquel lugar calmado y de ambiente melancólico.

Paseamos entre los jardines por caminos torcidos hasta llegar a un pequeño estanque donde nos sentamos sobre la grama.

—Y pensar que todos terminaremos aquí algún día —dije en medio de un suspiro. La visita al cementerio me hizo recordar lo efímera que era la vida.

—Al menos, es bonito y silencioso. ¿No crees?

Sonreí, viendo a un grupo de aves posarse sobre el agua para comer lo que fuese que había dentro de ella, sin importarles si las personas que se hallaban en los alrededores las observaban con atención.

—Pensé que a los rockeros les gustaban los sitios transitados, donde sus fanáticos pudieran visitarlos a diario e hicieran sobre sus tumbas eventos musicales.

Él sonrió divertido.

—A este rockero solo le gustaría descansar en paz después de su muerte y no seguir sufriendo por la tensión que generan las muchedumbres.

Lo miré conmovida.

—¿Nunca te has sentido cómodo sobre el escenario? ¿Por eso te ocultas bajo tus cabellos? —le pregunté, apartando los mechones que caían sobre su cara.

—Sí me he sentido cómodo, pero hay ocasiones en que el público me produce ansiedad. Me siento evaluado y eso despierta mis miedos. Creo que si cometo un error seré apedreado sin oportunidad a rectificar.

—Cuando me toca hablar en público, en la universidad, me atacan los nervios como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento. No quiero imaginar lo que es estar sobre un escenario frente a cientos o miles de personas. ¿Cómo lo controlas?

—Hago invisibles sus rostros al cubrirme los ojos con mis cabellos, aunque te confieso que adoro los sonidos que crean. Cuando gritan o corean mis canciones me transfieren una energía que potencia mi creatividad y muchas veces me animo a experimentar estando frente a ellos para aumentar su efervescencia. Varias de las melodías que he creado han sido inspiradas sobre el escenario.

Me encantó conocer esa parte íntima que él mantenía con su música y con el público que lo apoyaba. El Liam músico era un hombre tan lleno de inseguridades y de talentos como el de sus otras facetas. No podía amarlo menos. Sus imperfecciones y sus extraños comportamientos era lo que más me atraían de él.

—Eres el músico más fascinante del planeta, ¿lo sabes? —dije cubriéndolo con mis brazos y dándole un sonoro beso en la mejilla.

Él giró su rostro en busca de mis labios. Al hallarlos, los acarició con besos suaves que me hicieron estremecer.

Apoyamos nuestras frentes permaneciendo un rato así, juntos y muy unidos, respirando el

mismo aire del otro.

—Los Squids entrarán en un receso indefinido —reveló, recuperando la seriedad. Despegué mi cabeza de la de él para mirarlo a los ojos—. Anoche los chicos y yo nos reunimos en la casa de Jonathan y eso fue lo que acordamos. La pelea que tuvimos con los Destroyer nos restó por completo las ganas por participar en el festival. Aún no tenemos todas las canciones listas, la batería la destrozaron y ya no hay oportunidad para grabar un demo, así que escribimos un comunicado para Terry Morgan que Chester Harris se encargará de entregarle hoy. También rompimos relación con los Thomson y con Brandon.

Aquello me lo contó utilizando un tono de voz neutro, sin ningún rastro de pesar o de inconformidad en su semblante. Era evidente que el grupo necesitaba de esa pausa.

—¿Y ahora… qué piensas hacer? —pregunté, sabiendo que para él la música era importante.

—Voy a aprovechar el tiempo para estudiar música —reveló animado—. Quiero hacer cursos profesionales que me ayuden a mejorar con la guitarra y con la composición de los temas. También voy a trabajar, para independizarme totalmente de mi madre. Chester nos ofreció a todos una oportunidad para enseñar música en su tienda y nos pareció bien. Eso nos mantendrá cerca y nos dará el espacio que necesitamos para resolver nuestros asuntos personales. Theo quiere retomar la relación con su madre e iniciará un tratamiento para su enfermedad, Chester lo asesora en eso; William intentará crear un hogar con su novia antes del nacimiento de su hijo y a Oliver le urge recuperar la estabilidad de su familia antes de emprender cualquier otra aventura. Sin esa seguridad no podrá concentrarse en nada más.

—¿Y qué sucedió con Walter? —quise saber. Por el inmenso dolor que me produjo la muerte de mi padre, no me interesé en averiguar qué había pasado con ese hombre.

—Él se fue con los Destroyer. Todo acuerdo que había establecido con nosotros lo desechamos. En realidad, nunca fue parte de la banda, no sé por qué lo conservamos por tanto tiempo a pesar de sus desplantes.

—¿Y no le reclamaron nada?

—No. Oliver estaba ansioso por ir a partirle en teclado en la cabeza, pero logramos disuadirlo. Eso solo nos generaría más problemas y no nos haría sentir mejor.

Respiré hondo y regresé mi mirada al estanque, viendo como las últimas aves que aún se hallaban sobre el agua se marchaban en busca de otro destino.

—Entonces, los Squids dejaron de ser los Squids y los Destroyer al fin consiguieron su

pase seguro al festival de música.

Ahora fue Liam quien me abrazó empujándome por completo hacia él, reduciendo a nada el espacio que nos separaba.

—Los Squids nunca dejaremos de ser los Squids mientras existan personas que sigan disfrutando de nuestra música.

—Yo disfrutaré por toda la eternidad de esa música. Son mi agrupación favorita en el mundo. Su guitarrista es hermoso y tiene un aire de chico perturbado y misterioso que me fascina.

Él se carcajeó sobre mi mejilla.

—¿Te gustan los chicos que están mal de la cabeza?

—Sí, mientras más locos estén, más me atraen.

Las risas resonaron entre nosotros.

—Pero ahora me conoces bien y te diste cuenta que soy un completo idiota.

—Nooo, ahora te veo más fascinante, como un ángel caído: perturbado, misterioso, valiente, sexi, aunque algo tonto.

—¡¿Me dijiste tonto?! —reclamó con fingida severidad y me apretó entre sus brazos.

—¡No sabes trepar paredes, eres un completo fracaso! —bromeé, riendo a carcajadas porque me hacía cosquillas en el cuello con sus lengüetazos.

—¡Claro que puedo trepar paredes, lo que no sé es como bajar sin partirme el culo con una caída!

No pude evitar desternillarme de risa al recordar la forma dolorosa en que Liam había caído cuando invadimos la casa de Jonathan y tuvimos que saltar una pared hacia su patio trasero. En ese momento no me resultó gracioso, temí que él se hubiese partido un hueso y tuviese que suspender el rescate de Jonathan para auxiliarlo a él, pero ahora que lo recordaba no podía dejar de reír. La risa me ayudaba a descargar tensiones y pesares.

Paramos cuando recordamos que estábamos en un cementerio rodeados de personas que sufrían por las pérdidas de sus familiares o allegados. Dimos una mirada a los alrededores mientras nos arreglábamos la ropa, descubriendo que algunos nos miraban con desaprobación, otros con curiosidad y algunos con un semblante divertido.

—Qué desatinados somos —comenté en susurros—. Si fingimos demencia, no nos

juzgarán mal.

—Salgamos de aquí caminando con total normalidad, pronto se olvidarán de nosotros —dijo Liam y se puso de pie ayudando a levantarme.

Rodeo mis hombros con uno de sus brazos y comenzamos a avanzar de regreso al estacionamiento. Nos sentíamos tan tensos por la atención que habíamos acaparado que no nos percatamos que caminábamos con postura rígida, como si fuésemos soldados en un desfile, y manteniendo ambos el mismo paso.

Cuando nos dimos cuenta estallamos de nuevo en risas y nos apresuramos a llegar a su auto para refugiarnos de las miradas severas y darnos los besos que necesitábamos para seguir adelante.

Eso era lo que más amaba de él. Con su presencia me ayudaba a superar las adversidades y las penas llenándome de amor y esperanzas.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Capítulo 40. Liam.

Había pasado un par de días desde el entierro de Abraham Adams y en esa ocasión me reuniría con mi madre a cenar. Esta vez, los dos solos. Allí le comunicaría mis nuevos planes de vida. Sobre los cursos de música que iniciaría en Providence, en los que ya me había inscrito, y el trabajo que comenzaría la próxima semana en la tienda de música de Chester Harris, como profesor de guitarra. Además, Chester me había ayudado a contactar a un estudio donde necesitaban un guitarrista para cubrir sesiones de grabación de comerciales y jingles publicitarios, eso no solo me aportaría beneficios económicos, sino también, una experiencia muy interesante.

Estaba emocionado con aquel paso que daría, porque al fin sería por completo una decisión mía. Sentía que por primera vez tomaba el control de mi existencia sin que otro me empujara a nada.

El encuentro que tendría con mi madre sería para compartir mi alegría, quería hacerla partícipe de todo. Nadie me había apoyado tanto como ella, aunque en ocasiones se volvía exigente. Era probable que jamás pudiera cambiar ese pequeño defecto, que sabía, no hacía con mala intención, pero ya me sentía preparado para controlarlo y tomar sus aportes como sugerencias que podría considerar.

Al llegar, ella me recibió tensa. Sonrió con forzada alegría luego de darme un beso.

—No me digas que mis tíos están aquí —dije con tono de advertencia. Ella resopló con fastidio.

—Pasa. —Al tenerme dentro y cerrar la puerta, asegurándose de que no escaparía, decidió sincerarse—. Ellos no son la visita.

La observé con los ojos entrecerrados, pretendiendo intimidarla, pero ella me tomó por un brazo y me giró hacia el comedor para llevarme casi arrastras a ese lugar.

—¿Quién es? —exigí.

—Cierra la boca y abre tu mente. —Arqueé las cejas con incredulidad—. Vamos a darnos todos, una oportunidad.

Esa última petición no me gustó, sentía como si de nuevo me obligara a hacer algo que no quería. Al entrar en el comedor entendí su solicitud. Brandon Davis estaba sentado a la mesa, viéndome con ansiedad.

—¿Qué haces aquí?

—Fiona me invitó.

Dirigí hacia mi madre una mirada mortal.

—Acordamos que cenaríamos solos, por eso no traje a Madison.

Ella respiró hondo y colocó sus manos unidas frente a su cara como un ruego antes de hablarme.

—Liam, si algo aprendí de Madison estos días, en que compartí mucho con ella por la muerte de su padre, es que no debemos pasarnos la vida acumulando rencores y odios, porque al final lo único que eso nos deja es devastación. Yo no quiero que tú sufras así en el futuro, ni ninguno de nosotros —dijo señalando a Brandon—. Solo… vamos a darnos una oportunidad, ¿sí? Intentemos, comer en paz y escucharnos.

Apreté la mandíbula para controlar la rabia y por un instante le mantuve la mirada, reprendiéndola de esa manera.

Pero debía aceptar que ella tenía razón, yo también había llegado a esa misma conclusión luego de la experiencia vivida con Madison, pero la ira y la decepción que aún sentía por Brandon, por su abandono en el pasado y por todo lo que me había hecho los últimos meses, me reprimía.

Suspiré con cansancio y me dirigí a la mesa para ocupar mi puesto.

Fiona se encaminó enseguida a la cocina en busca de la comida y Brandon se ocupó en abrir la botella de vino para llenar las copas.

—¿Cómo has estado? —me preguntó, sin verme. Concentrado en su tarea.

—Bien —respondí de forma lacónica, incómodo por encontrarme en esa situación.

—¿Y Madison? —Compartimos una mirada. La mía cargada de reproches y de advertencias y la de él algo avergonzada—. Siento mucho lo de su padre.

—Lo supera con calma.

Mi madre entró con una bandeja humeante, había preparado lasaña de berenjena, mi comida favorita.

—Esto parece delicioso. No porque lo haya preparado yo, sino porque su olor es fascinante. ¿No crees, Liam?

Al verla comprendí su estrategia, trataba de hacer que aquella velada se sintiera natural complaciéndome hasta el extremo. Si continuaba con mi actitud recelosa me estaría comportando como un niño malcriado, costumbre de la que pretendía desprenderme para poder crecer. Así que me armé de valor y me esforcé por modificar un poco mi postura y abrir mi mente a la posibilidad que ella proponía.

—Sabes que la lasaña de berenjena que tú preparas me encanta, por tanto, es el plato más acertado para esta noche.

Ella amplió la sonrisa por mi cumplido.

Con mejor humor repartió los alimentos y comenzamos la cena. Hablamos de mi tía Margaret y de Donovan, quienes decidieron darse una semana de vacaciones por California y se apuntaron a un crucero romántico que los llevaría a la isla de Alcatráz. Por supuesto, la conversación se centró en lo poco romántica que sería una visita a la antigua peninteciaría federal ubicada en ese lugar, donde estuvieron presos varios asesinos peligrosos, mafiosos y criminales de gran fama de los años 30’, 40’, 50’ y 60’ del siglo XX. Entre ellos, Al Capone.

Aquello bajó un poco el nivel de tensión que había entre nosotros y nos permitió mantener una charla civilizada por primera vez luego de más de doce años de separación.

—¿A que no adivinas quienes son los nuevos promotores artísticos de los Destroyer? —preguntó Brandon al terminar el postre y mientras bebíamos vino.

—Me da miedo decirlo, pero creo que son los Thomson, ¿cierto?

—Exacto. Se irán una semana antes a Providence para controlar toda su presentación en el festival y organizarles sus encuentro con la prensa. Según me comentaron, llevan una agenda bien apretada porque quieren aprovechar el evento para comenzar a promocionarlos. Al parecer, ya tienen disquera.

Esa noticia me molestó y alivió en partes iguales. Por un lado sentí rabia al saber que había perdido una gran oportunidad, los Squids también habíamos tenido en la punta de los dedos ese logro, pero por otra parte me ayudó a confirmar que la decisión de abandonar el festival había sido acertada. Un hecho como ese nos hubiese absorbido por completo, en un momento en que todos la pasábamos muy mal. Ninguno hubiese tenido tiempo para solventar sus problemas personales, lo que nos restaría energías para dar lo mejor de nosotros produciendo al final, un disco mediocre y poco atractivo.

Yo no habría tenido la posibilidad de apoyar a Madison durante su pérdida, porque el ciclón de responsabilidades que me otorgaría aquel evento sería demoledor. Quizás, la hubiese

perdido. Pensar en eso me llenaba de ansiedades.

—Veamos si los Destroyer no tiran abajo esa disquera con sus escándalos y su comportamiento violento antes de grabar el disco —ironizó mi madre.

—¿Por qué no te fuiste con ellos? —pregunté hacia Brandon— ¿No buscabas eso? ¿Iniciar con buen pie tu nuevo trabajo de cazatalentos?

El ambiente relajado que había entre nosotros de pronto se perdió. No podíamos seguir jugando a la familia feliz ignorando los problemas que aún existían entre nosotros.

—Yo no vine aquí para iniciar un nuevo trabajo, solo quería estar cerca de ti.

Su confesión hizo brotar mis rencores.

—¿Y en vez de tocar a la puerta y preguntar cómo estábamos, preferiste aparecer en el Perla Negra e imponerte como promotor de mi banda?

—¡Liam! —me regañó mi madre, pero Brandon la detuvo con un gesto de una mano.

—Sabía que si tocaba a tu puerta, me la cerrarías en las narices.

—Entonces, tu solución fue imponerte.

Fiona resopló con hastío y volvió a llenar su copa.

—Sé que hice las cosas mal. Me equivoqué, ahora y antes —aclaró incómodo—, pero mi única intención fue acercarme a ti y acompañarte en tu camino musical para aconsejarte. —Se bebió de un solo trago el vino que quedaba en su copa antes de seguir. Era evidente que necesitaba de un empujón para revelar todo lo que escondía—. Me fue mal, muy mal a pesar de que mi banda durante años alcanzó muchos éxitos musicales. Hubo demasiado exceso, demasiadas malas decisiones y demasiada traición. Perdí mucho dinero. No solo me robaban los managers, sino los productores y los empresarios, todos buscaban formas de engañarnos y quitarnos más de lo que nos correspondía. Nos estafaban con contratos engañosos que ninguno descubría porque estábamos borrachos o drogados cuando los firmábamos, hasta que llegó un momento en que musicalmente comenzamos a hacer las cosas de forma equivocada y dejamos de producir dinero. Para mantenernos, nos aferramos al escándalo, pero eso lo que nos dejó fueron heridas que aún nos ha costado cicatrizar. Abusé con las drogas y el alcohol y tuve una caída muy fuerte por culpa de una sobredosis.

Fiona y yo quedamos en shock ante esa última noticia. A pesar de ser algo que siempre habíamos imaginado que sucedería, saber que había sido real resultaba alarmante.

—Asistí a una fiesta privada donde todos podíamos hacer lo que se nos viniera en gana y yo quería desaparecer porque estaba cansado de tanto fracasar. Me inyecté más heroína de la que mi cuerpo pudo asimilar y tuve un desmayo. Me declararon clínicamente muerto, pero los paramédicos lograron reanimarme usando una dosis de adrenalina de camino al hospital. Aunque pude lograr que aquel hecho no saliera a la luz en la prensa, esa experiencia significó un punto de inflexión en mi vida. Me hizo reflexionar mucho y percatarme de lo que había tenido y de lo que perdí en la vida, y seguía perdiendo por mi inmadurez. Por eso decidí dejarlo todo y regresar para intentar recuperarte.

—¿Cuándo sucedió eso? —preguntó mi madre sin poder salir de su asombro.

—Hace once meses. Aún asisto a terapia y debo cumplir un tratamiento de desintoxicación.

Suspiré con cansancio y apoyé los brazos en la mesa para sostener mi cabeza agobiada. Por algunos minutos había perdido a mi padre, sin haber tenido la oportunidad de decirle todas las cosas que tenía atoradas en el alma y sin una despedida.

—Cuando me enteré que te habías convertido en músico y estabas de camino a conseguir un contrato musical, quise mantenerme cerca para velar que no te sucediera algo similar —continuó él hacia mí—. No quería que se aprovecharan de ti, que te estafaran ni utilizaran como lo habían hecho conmigo, hasta llevarte a la desesperación, pero fíjate que volví a equivocarme —dijo mascando una risa triste—, porque no pude darme cuenta a tiempo de lo que pretendían los Thomson, Walter o los Destroyer. Como ves, sigo siendo el mismo fracasado de siempre.

Hubo silencio un instante mientras lo evaluaba con detenimiento. Lo notaba más delgado y con la piel más arrugada. No se afeitaba correctamente y su cabello había perdido brillo, así como sus ojos. Poco quedaba de la estrella musical que un día hechizó a todos con su música atrevida, ni siquiera era posible divisar al héroe de brillante armadura que significó para mí durante la infancia, pero allí estaban esos rasgos, algo desdibujados por culpa de los excesos, de los conflictos y de los arrepentimientos. Solo se veían si lo evaluabas con detenimiento y estando muy cerca.

—Aprendiste un solo camino para llegar a la fama y quisiste hacerme transitar por esa misma vía a pesar de todos los errores que contenía —dije, captando su atención y la de mi madre—. Tal vez pensaste que podías distinguir el momento en que se volvería turbio para así sacarme de allí a tiempo, pero tienes que entender que esa no es la única forma de llegar al estrellato. Existen muchos caminos y está en nosotros saber elegir el más correcto gracias a las experiencias que hemos ganado.

—Tuve solo una oportunidad y no la quise soltar a pesar del gran sacrificio que me exigió.

—No, tuviste varias oportunidades, pero te fuiste por la más rápida ya que no tenías quien te asesorara ni ninguna experiencia previa de la cual sostenerte. Mi caso es distinto, y no solo porque tuve muchos años previos de práctica y conté siempre con el apoyo de mi madre y su guía, sino porque mi meta era diferente. No aspiro solo la fama y el dinero, que es lo que tú querías, lo que siempre he deseado es aprender y explorar al máximo mi talento, sin que eso me consuma demasiado y me haga perder las cosas más fascinantes de la vida, como el amor.

Él se mantuvo en silencio un instante, reflexionando mis palabras.

—Tienes un gran talento, Liam… y mucha inteligencia.

—Lo sé, me quedé con lo positivo de cada uno de ustedes.

Brandon me observó con los ojos resplandeciéndoles por la emoción.

—Sé que ya perdí la oportunidad de acercarme a ti por la vía musical —me dijo—. Entonces… ¿me cerrarás la puerta en las narices si decido tocar para pedirte perdón como padre?

Me tensé, porque los dos me observaban con ansiedad y súplica. Me incorporé en la silla recostando mi espalda del cabecero, buscando en mi mente, y en mi corazón, la respuesta más acertada a esa pregunta.

—No esperes de mí una reacción inmediata, porque es mucho lo que debo asimilar y perdonar, pero… podemos intentarlo.

Mi contestación los hizo respirar de nuevo, a ambos. Y a mí me produjo una sensación extraña en el pecho, una alegría que no sabía que aún permanecía allí. Era la ilusión de un niño que seguía parado frente a la puerta esperando el regreso de su padre y de pronto este aparecía, como si nunca se hubiese marchado, para darle ese abrazo que tanto había estado esperando.

Mi madre soltó la copa y estiró sus manos hacia nosotros para tomar una de nuestras manos. Las apretó, como si de esa forma sellara un pacto.

—Me esforzaré por no destruir esa posibilidad —dijo Brandon más aliviado, con sus hombros menos rígidos y sus pupilas más vivas, empapadas de lágrimas.

No solo él había regresado a la vida. Todos nosotros lo estábamos haciendo como familia.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

Epílogo.

Seis meses después.

El Perla Negra estaba a reventar. El regreso de los Squids atrajo la atención de muchos fanáticos, se vendieron entradas para cuatro días de conciertos y los dueños proponían una presentación más, pero ellos se la tomaban con calma.

Tenían música nueva y hasta nuevo estilo. La transformación había sido total. Ese día, además, estrenarían tecladista, un chico barbudo llamado Gunter que los había convencido de probar nuevos equipos capaces de hacer sonidos diferentes con la guitarra, como el talk box, que parecía hacer «hablar» a ese instrumento. Liam la pasaba en grande experimentando con él, así el grupo se desprendía al fin de la banda escolar que habían creado en la preparatoria para convertirla en una agrupación con miras a un crecimiento más abierto a los cambios.

Chester Harris seguía apoyándolos, tanto en lo profesional como en lo personal, y Jonathan ahora trabajaba como su manager oficial. Uno estricto, aunque bastante comprensivo, quien les había dejado en claro desde un principio que las «diversiones extras» serían controladas.

A pesar de su advertencia, no fue necesario hacer un seguimiento riguroso, ya que los integrantes de los Squids en esta ocasión no se sentían con ganas de hacer trizas todo, incluyendo sus propias vidas. Sí querían divertirse, pasarla bien y trabajar en lo que más les gustaba: hacer música, pero de una forma que les aportara verdaderos beneficios y los hiciera cada vez mejores, como músicos y como personas.

Querían dejar huellas, ser recordados por sus buenos aportes, no por sus acciones escandalosas o por las cosas estúpidas que pudieran hacer.

Todos entendían que aquella profesión requería de sacrificios y de mucho esfuerzo, y en ocasiones, podía ser bastante agresiva, pero ya se sentían más preparados para asumir los riesgos y enfrentarlos como un equipo.

Entre el público se hallaba Fiona, acompañada por Madison y por sus amigos, con los que había entablado una bonita amistad. Ella y Brandon no reiniciaron su matrimonio, más bien, había reactivado el proceso de divorcio, pero de una forma amistosa, que a ninguno de los dos le causara algún trauma.

Ella seguía ocupada con su empresa contable, al tiempo que iniciaba una relación con un

empresario que una vez había sido su cliente y a quien Liam no podía dejar de ver con recelo. Aquel hombre era el primer «contacto romántico» que le conocía a su madre diferente a su padre y, aunque deseaba verla feliz, le resultaba imposible que los celos lo atormentaran. Tenía miedo de que la lastimaran de nuevo.

Brandon había invertido el dinero que había reunido durante sus peripecias como guitarrista para abrir un bar/restaurante con ambiente rockero. El lugar estaba decorado con un estilo hippie y ofrecía presentaciones de rock en vivo. Brindaba su escenario a bandas emergentes y a artistas que, como él, ya se habían retirado de la música, pero quienes deseaban seguir compartiendo su talento con el que quisiera escucharlos. Esa noche no los acompañaba por compromisos laborales, pero siempre estaba en contacto con su hijo y hasta le facilitaba un salón privado, anexo al restaurante, para que los Squids lo usaran para sus ensayos sin cobrarles nada.

En cuanto a los integrantes de esa banda, todos seguían transitando sus vidas, afrontando sus alzas y sus bajas, pero en esta ocasión, con mayor serenidad. Ahora eran un grupo más unido y más enamorado del trabajo que hacían. La música fluía entre ellos como brisa fresca en medio de un valle, indetenible y poderosa.

—¿Listos? —Todos se reunieron en un círculo muy apretado luego de la pregunta de Oliver y juntaron sus puños—. Vamos a romper esta noche ese escenario, ¿les parece?

El «sí» fue rotundo y avasallante, como sus actitudes. Llenos con esa energía se mostraron ante el público y tomaron sus instrumentos.

—¡¿Están listos para los buenos tiempos?!

El grito de Oliver enloqueció a la multitud, que le respondió con una gran ovación. Enseguida comenzaron a sonar los acordes de la primera canción, una vibrante, donde Liam hacía uso del talk box por primera vez en público, e invitó a este a saltar y a aplaudir desde el inicio.

Aquel reencuentro de los músicos con sus seguidores no fue tímido, sino demoledor. Los nuevos temas resultaron bastante movidos y alegres, aunque había algunos tipo baladas que contenían una fuerza conmovedora capaz de devastar a cualquier corazón.

Los Squids enloquecieron a sus fanáticos en esa presentación, los hicieron arder como brazas.

En mitad de la función, Madison fue alzada por Rogers, que la subió sobre sus hombros con ayuda de Rosita y de Cleo. Así la chica podía disfrutar de unos minutos del concierto sin ser

bloqueada por la gente que la rodeaba.

Liam sonrió al verla por encima de las cabezas de aquel mar de personas, se movió un poco hacia ella y le guiñó un ojo sin dejar de ocuparse de su guitarra.

Ella simuló alzarse la blusa, para provocarlo, recordándole la vez en que le había mostrado las tetas para captar su atención. Él aumentó la sonrisa y negó con la cabeza. No quería compartirla con nadie más, aquel fascinante espectáculo ahora sería solo suyo.

Madison le lanzó decenas de besos que lo hicieron sentirse gigante. Le encantaba ser alguien especial para ella, su primera y única opción. Nadie había logrado mirar en su interior como lo había hecho esa chica, amarlo y respetarlo como siempre había añorado, por eso se sentía tan dichoso. Estaba dispuesto a conservarla por el mayor tiempo posible de su vida, enamorándola día a día y dándole todo el cariño y el apoyo que se merecía, para que nunca se sintiera sola.

Ambos se esforzaban por construir una relación sólida, basada en la confianza y en la diversión, llena de momentos locos y de experiencias positivas. Ella decidió aprender a tocar la guitarra, siendo una alumna pésima, aunque perseverante, con un oído musical bastante terco; y él intentaba ser más diestro con las actividades físicas como las escaladas, logrando ser muy bueno con las subidas, pero terrible con las bajadas. No había manera de que cayera de pie sin lastimarse.

Cuando la carga académica lo permitía, hacían salidas grupales, ya fuese con los amigos de él o con los de ella. Solían irse de escapada a la playa, a comer a algún restaurante de moda o a algún club donde pudieran jugar al tenis. Eran momentos de risas y distracción que todos necesitaban.

El concierto tuvo una duración de más de una hora porque los Squids se pasearon también por los viejos temas. Recordaron con el público esas canciones que los hicieron famosos en la región y que aún seguían dándoles alegrías.

Al finalizar, se fueron todos a un bar cercano, donde pudieron celebrar el gran éxito obtenido. Los amigos de Madison se unieron al festejo, así como Fiona, acompañada por su nueva conquista, quien en un momento de la velada la invitó a la pista para bailar los temas country que amenizaban el lugar. Cleo y Rosita no se lo pensaron dos veces para seguirlos, así como Rogers, que, aunque en esa ocasión no tenía pareja, no tenía problemas en bailar solo o meterse entre sus amigas para divertirse en grupo.

—¡Un brindis por esta noche! —propuso Oliver.

—¡Y por todas las noches de conciertos que tendremos en la vida! —aportó Theo, y todos alzaron sus vasos de cerveza para chocarlos sobre la mesa.

Jimena, la novia de William, lo hizo con su limonada. Ya tenía ocho meses de embarazo, pronto daría a luz a una niña que parecía ansiosa por el exterior. Se cuidaba mucho para no darle motivos de apresurarse.

—Esta vez la haremos bien —dijo William, antes de beberse la mitad de su cerveza de un solo trago y apoyado por el resto de sus amigos.

—Lentos, pero seguros. Del apuro solo nos quedará el cansancio —aseguró Gunter, que ya se sentía parte fundamental de la banda.

Aunque no había vivido con ellos los sucesos pasados, los conocía a la perfección. Algo que habían entablado con él desde el principio fue una comunicación efectiva.

El chico se prestaba a eso porque le encantaba hablar y escuchar. Aquellas parecían ser sus profesiones preferidas luego de la música. Era un excelente conversador y un compañero leal.

—Ayer escuché el tema promocional de los Destroyer. Debo reconocer que es muy bueno —reveló Oliver.

—En cuanto a letra, no tiene nada de complejidad —comentó Liam—. Su estructura es simple y bastante comercial, por eso les ha funcionado. Aunque los riffs de guitarra que aporta Dan Tasker son interesantes. Tienen un sonido aplastante gracias a que no usa guitarras tradicionales, las suyas son modificadas.

—No entiendo como Dan Tasker pudo dejar Oxygen para irse con Destroyer —habló Theo.

—Oxygen ya no tiene energía comercial, sus músicos ya están viejos. Destroyer apenas empieza y Dan aún tiene mucho que contar con su guitarra —dedujo Oliver—. Lo malo es que haya elegido esa banda, que antes de debutar ya era una mierda.

—De los Destroyer que conocimos aquí en Kingston solo queda Jayson —explicó William —. El resto se fue mientras grababan el primer disco. En seis meses se desarmaron por culpa de los problemas y de los escándalos. La agrupación que está ahora es diferente, por eso suena diferente. Solo reconocemos la voz de Jayson.

—Maldito miserable —se quejó Oliver, recordando todas las provocaciones que había tenido que soportar por ese sujeto.

—Y es posible que dure poco —informó Jonathan mientras revisaba su teléfono móvil—.

Mi padre sigue en contacto con los Thomson y al parecer, el lanzamiento de este primer tema promocional generó una fuerte disputa en la banda. Hay mucha disparidad de criterios y de enfoques creativos, lo único que hacen es discutir. Imagina lo que sucederá cuando lancen el disco y deban irse de gira.

—Jayson piensa que puede seguir haciendo con su banda lo que hacía antes. Ya no tiene control de nada, sus secuaces lo abandonaron. Los nuevos integrantes tienen todos mucha más experiencia que él y la disquera no le dejará puerta franca para sus escándalos. Quedó de brazos cruzados.

Oliver se notaba feliz con lo que decía, aquello se presentaba como su venganza, pero Liam lo ayudó a poner de nuevo los pies en la tierra.

—Eso nos hubiese sucedido a nosotros de haber seguido con los Thomson y con el empeño de ir a ese festival.

La sonrisa se borró de la cara del chico al recordar que él había sido uno de los que más se había empeñado en llevar a cabo aquel plan.

—Se habrían acercado a la meta, solo para caer desmayados a centímetros de la línea final.

La frase demoledora de Madison a Oliver le despertó la culpabilidad y dejó caer su cabeza sobre la mesa como si lo hubiesen derribado.

Para animarlo, los chicos cambiaron el tema y siguieron celebrando su triunfo reciente mirando al futuro con mayor optimismo.

En un momento de la noche, Liam y Madison se apartaron a una terraza exterior para descansar del jaleo y darse el cariño que siempre anhelaban. Se rodearon con sus brazos haciéndose una sola entidad y apoyando sus frentes entre sí para así respirar juntos el mismo aire.

—¿Te sientes satisfecho con lo que lograron hoy los Squids? —quiso saber Madison.

—Sí, al fin puedo sentir que estamos en el camino correcto, uno que quiero recorrer.

—Charles dijo que habían personas interesadas en su música entre el público. ¿Qué harán si se les presenta una oportunidad como la de hace seis meses?

—No sé, no he querido pensar mucho en eso. Esta vez, quiero tomármelo con calma y disfrutar de lo que tengo ahora —dijo, y la apretó entre sus brazos.

Ella sonrió complacida.

—Pase lo que pase, quiero que sepas que te amo y que estoy muy feliz de haber tenido una oportunidad contigo. No solo para hacerte entender lo que tus canciones han significado para mí, que fue mi meta al inicio, si no para que sepas lo mucho que tú significas para mí. Sin ti me hubiese costado el doble superar las duras pruebas que me impuso la vida.

Liam se hinchó por la dicha y buscó sus labios para besarlos antes de hablarle.

—No me importa cómo haya empezado todo, yo también estoy feliz de que las cosas sucedieran de ese modo y nos encontráramos. Ahora tú significas mucho para mí y estoy completamente seguro que no podré seguir adelante si no estás a mi lado. No quiero perderte, Madison. Te amo. No dejemos que esto termine pase lo que pase.

Ella lo besó para calmar sus ansiedades.

—Somos dueños de nuestro propio futuro, Liam. Nadie puede imponernos nada porque ahora tenemos la suficiente tranquilidad mental para conservar el control de nuestras vidas. Aunque el camino sea difícil, seguiremos adelante. Juntos.

—¿Y si mi vida se vuelve otra vez un infierno? —preguntó, mirándola con temor.

La claridad de su mirada trasparente lo ayudó a serenar sus miedos.

—*El infierno donde estés, será mi paraíso.*

Él apretó el ceño, algo desconcertado.

—Creo que esa frase la he escuchado antes.

Madison se carcajeó. Su risa lo llenó de ánimos.

—¡Eres un antiromántico! ¿Desde cuándo lees a Víctor Hugo?

—Solo me pareció conocida la frase, es todo.

La alzó un instante para tenerla a su altura y así devorarse su boca con besos ansiosos.

—Te amo, Madison Gadner. Gracias por elegirme entre tantos.

—Yo también te amo, Liam Davis. Gracias por quedarte a mi lado a pesar de mis errores y locuras y hacerme la mujer más feliz del planeta, incluso, antes de conocerme.

Compartieron una sonrisa ancha, satisfecha y llena de emociones antes de fundirse en un beso suave y profundo, tan tierno como el amor que sentían el uno por el otro.

Hicieron música con el sonido que producían sus besos, la más enérgica y romántica jamás escuchada.

Vota y comenta este capítulo en este enlace de WATTPAD y disfruta de la música que lo inspiró.

¿Te gustó?

Espero hayas disfrutado de esta romántica historia, te invito a dejar tu reseña en **WATTPAD** y leer mis otras historias que podrás encontrar gratis en esa plataforma.

También te invito a visitar mi **TIENDA** en Amazon, donde encontrarás más novelas de mi autoría, tanto new adult como de romance contemporáneo, juveniles, de suspenso y comedia. Todas disponibles en Kindle Unlimited.

¡No dejes de leerlas!

Si quieres formar parte de mi comunidad lectora (y escritora) suscríbete en el siguiente enlace: **http://eepurl.com/budMpH** o escríbeme a mi correo **jonairacampagnuolo@gmail.com**. Me encantará conocer tu opinión sobre la lectura.

Un abrazo.

SOBRE LA AUTORA

Jonaira Campagnuolo, escritora de novela romántica que nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a escribir a tiempo completo y a dictar talleres de escritura.

Sígueme en mis redes sociales:

Instagram: @jonairacampagnuolo
Twitter: @jonaira16
Facebook: JonairaCampagnuoloAutor